

NUEVA EDICIÓN
REVISADA Y ACTUALIZADA

Historia de los partidos políticos en América Latina

Torcuato S. Di Tella

Historia de los partidos
políticos
EN América Latina



NUEVA EDICIÓN
REVISADA Y ACTUALIZADA

Historia de los partidos políticos en América Latina

Torcuato S. Di Tella

Historia de los partidos
políticos
EN América Latina



TORCUATO S. DI TELLA

HISTORIA DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS EN AMÉRICA LATINA

Nueva edición revisada y actualizada



La ola de restauración democrática que avanzó sobre América Latina en la década de 1980 volvió a dar a los partidos políticos el papel protagónico de la actividad política en los países de la región. Hoy, en la segunda década del siglo XXI, asistimos a un nuevo escenario que oscila entre la bipolaridad izquierda-derecha y el surgimiento de nuevos populismos.

Con un lenguaje claro y descriptivo, apartado de complicadas interpretaciones teóricas, esta Historia de los partidos políticos en América Latina describe la génesis y la evolución de los principales movimientos políticos desde principios de siglo XX hasta la actualidad, trazando un amplio fresco del cual surgen con luz propia las semejanzas y las diferencias entre ellos, así como su importancia en el desarrollo de las sociedades en las que actuaron.

La lectura de esta obra será sumamente provechosa para estudiantes y profesores de historia, ciencia política y sociología, periodistas, políticos y para todos aquellos interesados en el pasado y el devenir de las naciones de América Latina, ya que, como sostiene Torcuato S. Di Tella, “conocer los eventos del pasado sirve para actuar mejor en los que nos toque protagonizar como dirigentes o como participantes, o aun, como meros simpatizantes”.

Índice

[Cubierta](#)

[Portada](#)

[Sobre este libro](#)

[Prefacio](#)

[I. La situación inicial](#)

[II. Anarquismo, socialismo, nacionalismo revolucionario: el impacto de las revoluciones mexicana y rusa](#)

[III. La embestida militar y corporativista: Desde los años treinta Hasta la Segunda Guerra Mundial](#)

[IV. La aurora de la posguerra: El populismo y sus transformaciones](#)

[V. Los años sesenta y setenta: De la revolución al intervencionismo militar](#)

[VI. El caldero de América Central y el Caribe](#)

[VII. La democratización y los inicios del siglo XXI](#)

[VIII. Sistemas partidarios en América Latina: una clasificación](#)

[Índice de nombres](#)

[Créditos](#)

PREFACIO

LA CULPA PRINCIPAL la tiene Alicia Hernández. Ella me pidió, a inicios de 1992 en El Colegio de México, que escribiera un Breviario para el Fondo de Cultura Económica sobre algún tema como éste. No pude negarme, siendo que mi juventud fue acunada en buena parte por libros –no todos tan breves– de esa venerable institución editorial. Pensé que bien podría yo tratar de actuar de baby-sitter para una nueva generación y contarle este cuento, que quizás es un poco largo, y por cierto sobrecogedor en algunos de sus tramos.

Otro culpable es Alejandro Archain, director del Fondo de Cultura Económica en Buenos Aires, que me pidió una actualización de este racconto hasta llegar a nuestros días, haciendo las necesarias correcciones y retractaciones. De estas últimas, no hay ninguna, lo que lo hace menos divertido para los buscadores de pasos en falso, que algunos habré dado en la vida, pero no en estos temas.

La culpa, claro está, también la tienen los políticos, que han armado tantos partidos y se han jugado tantas malas pasadas los unos a los otros, lo que hace que el cuento sea interminable, útil inclusive para alguna doncella en apuros que quiera inspirarse en la de Las mil y una noches.

Es que los partidos políticos atraen lo peor y lo mejor de nosotros. Lo peor ya lo sabemos, lo leemos todos los días. Lo mejor también existe, no vaya a creer que no. Personalmente lo he experimentado en mis recorridas por toda América Latina, en alguno de cuyos países he vivido por varios años, y en todos, con la imaginación. He conocido muchos cultores de las ciencias sociales, que eran –o son– básicamente políticos que han canalizado o “sublimado” su vocación hacia el estudio de lo que hubieran deseado realizar con más suerte. También he conocido otros –de más difícil trato– que se dedican o dedicaban, antes de morir de buena o mala muerte, a la política verdadera. Como yo también estoy un poco, no diré sublimado, sino reprimido, no puedo menos que admirar a los que se han jugado por sus ideas, aunque tuvieran que combatir con las armas que se estilan en esos lugares.

En este libro hay mucho de descripción, y un poco de interpretación. Lo malo es

que ambas cosas están mezcladas, lo cual en el fondo no es pura inocencia mía. Lo he hecho porque no hay alternativa, pero además creo que la interpretación sólo puede ser útil si sigue de cerca a la descripción factual, como si fuera una especie de bajo continuo.

Además, amable lector, hay otra pequeña trampita. Todo estudio del pasado es en el fondo un intento de dar unos pasos hacia atrás para tomar envión y saltar mejor hacia adelante. En otras palabras, es lo que decía Tucídides. No es que haya tendencias inevitables o predecibles de largo plazo, pero conocer los eventos del pasado sirve para actuar mejor en los que nos toque protagonizar como dirigentes o como participantes, o aun, como meros simpatizantes.

Buenos Aires, marzo de 2013

I. LA SITUACIÓN INICIAL

AL INICIARSE el siglo XX, América Latina se estaba consolidando –con algunas pocas excepciones– como una exitosa extensión de Occidente, finalmente administrada de manera eficaz, dejando atrás un pasado de guerras civiles, caudillismo e inestabilidad crónica. Vista desde la perspectiva teórica del positivismo evolucionista, basada en los difundidos libros de Herbert Spencer, el continente estaba muy avanzado en la transición del militarismo a la sociedad industrial y civil. Si en cambio se adoptaba un enfoque marxista, se podía pensar que el imperialismo estaba cumpliendo su rol de implantar estructuras económicas capitalistas, y que con ellas venían las instituciones liberales y las precondiciones para una futura evolución socialista. Componente esencial de esas instituciones tenía que ser un sistema de partidos políticos donde estaría representada la burguesía, pero dando margen para organizaciones de las clases medias y del proletariado, que debían prepararse para cuando sonara su hora histórica. Los liberales más avanzados, o radicales, en general compartían estas perspectivas, aunque de manera más ecléctica, convencidos de que la construcción de instituciones libres era el resultado de una compleja elaboración colectiva basada en la educación popular y la acumulación de experiencias asociativas en estratos cada vez más amplios de la sociedad.

Menos optimistas, claro está, eran los enfoques de cuño conservador tradicionalista, o católico, para quienes la modernización tecnológica y cultural no era un bien evidente ni tenía por qué producir como subproducto un conjunto de transformaciones sociales beneficiosas para todos. Lejos de ello, el deterioro que esa modernidad podía implicar para las costumbres tradicionales y los respetos de una sociedad jerárquicamente ordenada amenazaba con traer el caos, no una convivencia más civilizada.

Pero veamos con más detalle cuál era la situación en los diversos países del área en los años inaugurales del siglo.

MÉXICO O LAS RAZONES DEL LIBERALISMO AUTORITARIO

En México, después de las terribles convulsiones de la Insurgencia (1810-1815) y las guerras de Reforma (1857-1861) e Intervención (1861-1867), se había dado un reordenamiento autoritario pero constitucional, superador del golpismo y los motines populares que habían marcado la historia del país. El régimen del general Porfirio Díaz era el heredero del liberalismo, incluso del liberalismo radical de la primera parte del siglo XIX, que había conducido con éxito la lucha contra el tradicionalismo religioso y contra la conquista extranjera. Su gran creación había sido la Constitución de 1857, paradigma de posibles evoluciones futuras, pero que por el momento era preciso aplicar con mesura, dejando el poder en manos de un gobierno sólido y paternal que velara sobre una población en su mayoría apática, pero duro con las minorías activistas.

El único problema serio era que, para evitar la tendencia a la guerra civil, se había tenido que caer en un poder excesivamente personalista, con la reelección indefinida de don Porfirio. El sistema en la práctica era de partido único, pero ni siquiera se podía hablar muy seriamente de un partido de gobierno: sólo existía el entorno del presidente, formado por círculos de funcionarios y algunos intelectuales, aparte de los caudillos regionales en proceso de transformarse en administradores civiles de una economía en expansión. Los clericales habían quedado radiados desde las guerras de mediados de siglo, pero estaban lentamente retornando a ocupar una posición respetable, manteniendo siempre una excelente ligazón con las clases altas y una correcta relación con el gobierno. Para las elecciones presidenciales de 1902, se lo iba a llevar por cuarta vez a Díaz a la suprema magistratura, lo que no era excesivo para un país en reconstrucción. Formalmente, el partido gobernante se autodenominaba liberal, aun siendo un animal político algo distinto de los partidos liberales europeos. Pero justamente en esa diferencia estribaba –se podía pensar– su adecuación al medio.

En apoyo al presidente, se había formado un brillante grupo intelectual imbuido de las más modernas teorías y, por lo tanto, denominado de manera un poco burlesca, pero al final autoasumida: “los Científicos”. Contaba entre sus números

al ministro de Hacienda Yves Limantour, a Justo Sierra y al controversial publicista Francisco Bulnes, que no tenía pelos en la lengua cuando de derribar viejas nociones sobre la historia patria se trataba. Organizados en la Convención Nacional Liberal, habían estado en la primera línea de la campaña para llevar de nuevo al general a la presidencia, porque aunque en principio estaban contra el gobierno unipersonal y centralista, éste era el único posible por el momento.¹

Había grupos opositores de tipo liberal más principista, que pretendían, sin creerlo demasiado posible, competir si no por la primera magistratura, al menos por posiciones de influencia y control en el Congreso. A niveles más populares, se estaba gestando un frente de tormenta más serio, tanto en el campo como en los conflictos obreros en la industria y la minería. Obviamente, no se podía seguir perdiendo mucho más tiempo en introducir algunas reformas, y por eso la búsqueda de nuevas fórmulas políticas se intensificó entre la clase política. Lo que hizo a la larga imposible la reforma del sistema fue el temor cerval, totalmente justificado por la historia, a las degeneraciones violentas de cualquier disidencia, de cualquier competencia genuina por el poder, aunque fuera, al principio, entre caballeros.

CUBA, UNA CALDERA SEVERAMENTE CUSTODIADA

En Cuba, el largo dominio español había promovido un gran crecimiento económico, aunque muy monoprodutor, generando una fuerte inestabilidad ocupacional. La modernización y el desarrollo urbano y educacional de la isla eran mucho mayores que los de México, y por otro lado, la Iglesia no había sufrido ninguna derrota histórica como en ese país, aunque su implantación en el corazón de los cubanos no era demasiado fuerte. Quizás asociado a este más alto estadio evolutivo y a esta presencia legitimada –aunque algo superficial– de la Iglesia, en vez de plantearse un sistema de partido único liberal desarrollista a la mexicana, lo que eventualmente arraigó fue un sistema de dos partidos, uno conservador y otro liberal, que se turnarían en el gobierno. La primera guerra de independencia, protagonizada por fuerzas irregulares, conocida como guerra de los Diez Años (1868-1878), había afectado gravemente las actividades empresarias que, por otra parte, sufrían la competencia de la remolacha azucarera cultivada en Europa. Hacia fines de siglo, en 1895, estalló otra guerra separatista promovida por el Partido Revolucionario Cubano (PRC) fundado por José Martí, quien murió en las primeras acciones.

La insurgencia contó con fuertes raíces en sectores campesinos y de clase media modesta, que formaron una guerrilla difícilmente controlable por las autoridades españolas. El potencial revolucionario era muy alto en la isla. Las concentraciones de una mano de obra recién salida de la esclavitud (1880) hacían temer una rebelión quizá del tipo de la que había destruido a Haití un siglo antes.² Sólo un estricto control de seguridad y un pacto no escrito entre elites para suavizar los conflictos podrían evitar o minimizar este peligro. Pero ese entendimiento entre elites no era fácil de establecer, porque el nivel relativamente alto de educación existente y las terribles oscilaciones en la oferta de trabajo afectaban también a amplias capas de la clase media, que se convertían en campo de reclutamiento para activistas ideológicos y políticos. Esta situación estaba complicada por la gran inmigración desde España, que había creado una burguesía comercial e industrial que competía exitosamente con la nativa. El sector extranjero, poco ligado a la política, estaba necesitado, sin embargo, de protección por parte de las autoridades coloniales.³

El movimiento iniciado en Cuba en 1895 estaba a punto de imponerse militarmente cuando Estados Unidos, para evitar una degeneración en el sentido de “guerra de castas”, que tanto había preocupado desde los tiempos de los libertadores hispanoamericanos, decidió intervenir. Declaró la guerra a España y con rapidez ocupó la isla. A pesar de las tendencias anexionistas vigentes en el país del norte, la opinión pública, sensibilizada por la necesidad de mantener buenas relaciones con los vecinos, impuso una cláusula en la declaración de guerra del Congreso que negaba todo intento de incorporar Cuba a la Unión. Sin embargo, pronto se llegó a un tratado con las fuerzas independentistas de la isla, basado en una ley del Congreso de Estados Unidos, a la que se había agregado una “Enmienda Platt” que autorizaba de manera permanente al país del norte a intervenir con fuerza militar en la isla, formalmente independiente, pero en realidad un protectorado, para garantizar las libertades públicas y el derecho de propiedad. Esta cláusula sería la base para una constante interferencia en la política local durante las primeras tres décadas del siglo.

Entre los partidarios de la insurgencia antiespañola, existía un sector radical, en general vinculado a quienes habían formado las fuerzas militares, y otro más moderado, basado en los sectores civiles y administrativos del nuevo Estado. De todos modos, ambos tenían fuertes vinculaciones populares, dada su tradición de enfrentamiento contra el gobierno español y por su rechazo a entrar en la política legalmente sancionada por la madre patria. La ocupación estadounidense duró hasta 1902, cuando asumió el presidente Tomás Estrada Palma, apartidista de impecable ejecutoria independentista, pero muy moderado. De esta manera, parecía que Cuba se plegaba, con un pequeño retardo y bajo protección del tío mayor, al panorama de progreso en orden que se imponía en el continente.

EL CARIBE Y AMÉRICA CENTRAL

En los demás países del Caribe, la inestabilidad era endémica. En República Dominicana, un período de continuos golpes y sucesiones violentas hizo que Estados Unidos interviniera, ocupando las aduanas para asegurar el cobro de sus créditos.⁴ En Haití, una situación parecida desembocó en que Estados Unidos ocupara el país en 1915, con anuencia francesa.⁵

En América Central, el subdesarrollo era muy predominante, con elementos apenas discernibles de la modernización que se estaba dando en el resto del continente. La excepción era Costa Rica, donde, justamente como resultado de haber sido durante la época colonial la Cenicienta de la región –debido a la escasez de mano de obra indígena–, se pudo formar un campesinado de autosubsistencia, luego volcado al café. Un sistema político muy anárquico fue superado con la alternancia de facciones en el poder. Los liberales se habían asegurado una cierta influencia cultural cerrando la universidad, controlada por el clero. Llevó varias décadas sustituir este establecimiento educativo por otro equivalente, de manera que hasta 1940 un par de generaciones de profesionales tuvieron que realizar su formación en el exterior.⁶

En el resto de América Central, los dos países de mayor población y desarrollo económico eran Guatemala y El Salvador, que contrastaban con la deshabitada Honduras y la más balanceada Nicaragua. Guatemala tenía otra particularidad: la muy alta proporción indígena, casi la mitad de la población, de origen maya, muy distante socialmente del resto del país y poco activa en términos políticos. Los sectores blancos y ladinos (mestizos o indios aculturados) se asentaban en valles fértiles, dedicados al café y otros cultivos, teniendo a su disposición la mano de obra migrante de los indios concentrados en las zonas más inhóspitas de las montañas y del Altiplano. Al sur, en la costa del Pacífico, había posibilidades para el azúcar y el algodón, que se abrieron con el tiempo y fueron absorbiendo y movilizand a una mano de obra desarraigada de sus lugares originales. Del otro lado de las montañas, en la estrecha franja que llegaba al Atlántico, tierras bajas anegadizas sólo servían para el banano. Allí instalaron sus reales diversas empresas extranjeras que concentraron a una gran cantidad de

mano de obra. Aunque ésta no tenía las características industriales del azúcar, sus grandes números creaban un frente de confrontación clasista potencialmente muy importante. El Petén, extremo norte del país, de tierras bajas, limitando con el Yucatán mexicano, casi sin gente, servía sólo para que se establecieran algunos aventureros, incluyendo colonos indios, pues la falta de transporte hacía imposible la agricultura de exportación. Con el tiempo, la creación de nuevas redes carreteras generaría la llegada de nuevos productores más modernizados y la expulsión de antiguos ocupantes.

La modernización de Guatemala se había dado bajo la férrea dictadura desarrollista del liberal Justo Rufino Barrios (1873-1885), enfrentado a los conservadores católicos y decidido a destruir las bases de las comunidades indígenas propietarias de tierras, que dificultaban los avances del capitalismo cafetalero. Muerto en una guerra dirigida a reconstruir la unidad de América Central, Barrios fue sucedido por la más tradicional alternancia conservadora-liberal, con constantes interferencias militares, que en definitiva dio lugar a la larga dictadura, también formalmente liberal y desarrollista, de Manuel Estrada Cabrera (1898-1920).⁷

El Salvador, con una población aún más densa que la que existía en la parte habitada de Guatemala, tenía una composición étnica mezclada, de manera que el sector aborigen era poco numeroso, pero toda la población tenía un alto grado de mestizaje. También ahí predominaba el café, que había desplazado, desde mediados del siglo XIX, a las tradicionales comunidades indias dedicadas a cultivos de subsistencia. Hacia el Pacífico se abrían posibilidades de nuevas explotaciones tropicales, como en el sur de Guatemala. La competencia política en El Salvador, durante toda la segunda mitad del siglo XIX, fue altamente inestable, con una constante rotación de facciones militares y civiles, conservadoras y liberales.⁸

En vívido contraste con Guatemala y El Salvador, Honduras era un país de abundancia de tierras y poca población indígena. La mayor parte de su área de antiguo asentamiento estaba dedicada a cultivos de subsistencia, con un amplio campesinado que conservaba sus propiedades. En las zonas bajas del Atlántico, en cambio, las bananeras tenían sus feudos con miles de empleados, muchos traídos de las islas del Caribe, constituyendo verdaderas áreas autonomizadas del poder nacional. El esquema político giraba alrededor de dos partidos muy tradicionales, uno liberal (fuerte en los sectores comerciales y urbanos) y otro nacional (basado en terratenientes y dominante en zonas alejadas del centro).⁹

Nicaragua –parecida en esto a Honduras– tenía relativa abundancia de tierras, con una economía más diversificada que incluía el café, el algodón y el azúcar. En su amplio y escasamente desarrollado Oriente, vivían los misquitos, que habían pasado por una experiencia de dominio colonial inglés y por lo tanto hablaban ese idioma y eran protestantes, lo que dificultaba su integración al resto del país. Esas tierras no eran muy aptas para la banana, pero, en cambio, habían ofrecido desde mediados del siglo XIX una posibilidad de trazar, aprovechando sus ríos y los lagos del Occidente, un canal interoceánico, lo que atrajo a aventureros estadounidenses y suscitó la vigilancia de Estados Unidos. El esquema político hacia el cambio de siglo giraba en torno a la clásica dualidad conservadora-liberal, imponiéndose hacia fines de siglo José Santos Zelaya, liberal, tras derrocar a su antecesor conservador, inaugurando un período bastante largo de paz (1893-1909).

En Panamá, la independencia se consiguió en 1903 como resultado de un movimiento separatista apoyado por la intervención estadounidense. Después de cedido el Canal, el país se constituyó con una clase alta de orígenes más recientes que en otras partes del continente, y más abierta a ambiciosos recién venidos de todos lados del mundo. La estratégica posición económica y geográfica permitía augurar un destino de prosperidad, que de hecho no se alcanzó, aunque los índices de desarrollo educacional y modernización son bastante altos dentro del contexto del área, salvo si se los compara con Costa Rica. El tratado con Estados Unidos establecía el derecho de la gran potencia a intervenir para asegurar el orden. El resultado fue que no se organizó un ejército, sino simplemente una policía con título de Guardia Nacional y poco prestigio social. El sistema político estableció una tradición civilista, con escasos golpes militares, como en Colombia, de la que había formado parte. El Partido Liberal, ya dominante en la provincia, siguió hegemónico en las primeras décadas, incluso asimilando al poco efectivo Partido Conservador en 1912.¹⁰

COLOMBIA, VENEZUELA Y ECUADOR

Colombia

Colombia, con el nuevo siglo, estaba dando un lamentable ejemplo de retroceso hacia la barbarie, con un conflicto civil de insospechada crueldad, la guerra de los Mil Días (1899-1902). El sistema político, de todos modos, seguía los lineamientos clásicos que enfrentaban al Partido Conservador católico, muy fuerte en las tierras altas y en el campesinado, con el Liberal, muy anticlerical, hegemónico en la costa caribeña y en la población negra, y con amplias bases en sectores comerciales y profesionales. El liberalismo tenía, desde décadas, un ala más moderada y otra radical y populista en difícil convivencia.¹¹

El país tenía un muy escaso desarrollo económico, urbano e industrial, y no poseía las grandes concentraciones mineras o azucareras de México o Cuba. Pero su medio rural, basado desde épocas coloniales en una proliferación de propietarios, ocupantes y campesinos medios distribuidos a lo largo de una inaccesible geografía, creaba litigios por la posesión de las tierras y generaba clanes que se ligaban a los dos partidos rivales, usados como estructuras protectoras a nivel nacional. La virulencia de los conflictos políticos reflejaba entonces luchas agrarias, pero no necesariamente de los propietarios contra las comunidades indias (como en México) o contra los antiguos esclavos (como en Cuba), sino entre sectores de hacendados medios y grandes. Cada facción fácilmente reclutaba seguidores entre sus peones o clientes, y de ahí la proliferación de guerras civiles o de violencias aldeanas más reducidas pero persistentes, que alimentaban la lealtad partidaria. Por eso “se nacía liberal o conservador”, pues pertenecer a esos bandos era el necesario aunque muy caro seguro de vida que cada colombiano debía tomar al venir al mundo.¹²

La dualidad conservadora-liberal no era nítida, claro está, y hacia fines del siglo XIX se produjo una convergencia denominada Regeneración, bajo el liderazgo de Rafael Núñez, que podría haber sido una versión local, algo más atenuada, del

régimen de Porfirio Díaz. Pero la situación social era distinta a la de México. A pesar de las constantes luchas civiles, de aldea o de mayor magnitud, nunca había habido en Colombia una amenaza de subversión popular masiva como en México, y por lo tanto, los apetitos de las facciones dentro de la clase política no estaban tan reprimidos y la lucha por la preeminencia se daba constantemente, de manera que el bipartidismo se mantuvo, y al final llevó a la guerra de los Mil Días, de la que salió victorioso el conservadurismo.¹³

Venezuela

Venezuela era, en la época que estamos considerando, una región muy periférica del continente, que había sido arrasada por constantes violencias y guerras civiles. Éstas habían tenido un componente social mucho mayor que las de Colombia, sin por eso alcanzar la gravedad de las de México. La necesidad de establecer un poder dictatorial que acallara las pasiones era, por lo tanto, más sentida en Venezuela que en Colombia. En la última parte del siglo XIX, el poder fue tomado por Antonio Guzmán Blanco, de origen liberal, que evolucionó, de manera autoritaria aunque constitucional, en un proceso no del todo disímil al de Porfirio Díaz. El régimen, sin embargo, nunca alcanzó la solidez del mexicano, y fue así que en 1892, ya retirado el hombre fuerte, una revolución inauguró un período de “anarquía civil” hasta casi fin de siglo.¹⁴

Esta etapa de inestabilidad política terminó con el acceso de la “dinastía andina”, personificada por Cipriano Castro, caudillo del occidental estado de Táchira. Su gobierno dictatorial (1899-1908) tuvo que enfrentar en 1902 una intervención armada de las principales potencias europeas, empeñadas en cobrar una deuda. La reacción nacionalista y la solidaridad latinoamericana, cristalizada en la llamada “Doctrina Drago”, así llamada por el juriconsulto argentino que planteó el principio de que no se pueden cobrar las deudas mandando una escuadra, consolidaron su régimen.

Ecuador

En Ecuador, como en muchas otras partes del continente, también el siglo XIX presenció la lucha entre conservadores y liberales, mezclada con caudillismos e intervenciones extranjeras. En la segunda mitad del siglo, se formó un fuerte régimen de desarrollo y concentración de autoridad que, a diferencia de lo ocurrido en Venezuela y México, estaba dirigido por un católico conservador, austero y fanático, Gabriel García Moreno, hasta su asesinato en 1875. Se reimpuso entonces la lucha partidaria. La sierra, con gran población indígena que trabajaba en tierras propias o extrañas, era la base del conservadurismo católico, con cabeza visible en Quito. La costa, caracterizada por las grandes plantaciones de cacao y una orientación hacia la exportación, con mucha mayor movilidad social y una población más mezclada, tendía al liberalismo en economía, política y religión. El bipartidismo estaba fuertemente anclado, casi como en Colombia, apoyado en un nítido contraste geográfico y social. Para la vuelta del siglo, eran los liberales quienes, dirigidos por un caudillo con aspiraciones populares, Eloy Alfaro, administraban el país, impulsando su laicización.¹⁵

PERÚ TRAS UNA DERECHA CIVILISTA

En Perú, una convulsionada historia se había hecho aún más trágica por la derrota en la guerra del Pacífico (1879-1883) contra Chile. La oligarquía siempre había estado muy escindida, en parte como resultado de la profunda división del país en dos: la costa, muy mestizada y urbana y con amplios desarrollos azucareros y algodoneros (a los que luego se agregaría el petróleo), y la sierra, predominantemente india, con haciendas precapitalistas y algunos importantes enclaves mineros. El potencial conflicto social y étnico tenía proporciones mexicanas, y había ocasionado una gran explosión en tiempos de Túpac Amaru, a fines del siglo XVIII. Pero, luego, nunca hubo enfrentamientos del grado de intensidad de los de México, y quizá como consecuencia no se formó un régimen de orden y progreso equivalente al porfiriato.

Lo más cercano a una unificación de las clases altas, con enfoque liberal-conservador, fue la creación del Partido Civilista en 1872, decidido a evitar el militarismo, por su tendencia a degenerar en guerras civiles destructivas de haciendas y de vidas o, peor aún, a convertirse en un populismo amenazante. El civilismo tuvo dificultad en generar gobiernos constitucionales, y debió enfrentar, con motivo de la guerra del Pacífico, al nacionalismo militarista y patriótico de Andrés Cáceres y a un nuevo movimiento popular, dirigido por Nicolás de Piérola, caudillo que se había distinguido también en la resistencia contra el invasor chileno. En este juego a tres puntas –civilistas oligárquicos, militares nacionalistas y un movimiento civil popular–, se nota la ausencia de la más ordenadora bipolaridad conservadora-liberal.¹⁶

BOLIVIA Y PARAGUAY, UN CONTRASTE DE ESTRUCTURAS

Bolivia

En Bolivia, también el nuevo siglo señalaba una consolidación liberal-conservadora, en un país donde las estratégicas concentraciones mineras y el abismo étnico entre las clases dominantes y la población india generaban un fuerte potencial de violencia. Las agitadas décadas anteriores a la guerra del Pacífico habían contemplado un sucederse de facciones cívicas y militares, generándose a menudo caudillos movilizadores de las masas, sobre todo entre jefes emergidos de las filas del ejército. Quizás exagerando un poco, el escritor liberal Alcides Arguedas señalaría luego este hecho en su Historia de Bolivia, uno de cuyos tomos se titula significativamente La plebe en acción, refiriéndose sobre todo al período del general Manuel Belzu (1848-1855).¹⁷

Poco después de la guerra del Pacífico, se reavivó la economía de la plata, lo que permitió inaugurar un período de civilismo conservador, con construcción de una infraestructura de ferrocarriles, caminos y escuelas. Hacia fines de siglo, ya esta prosperidad estaba decayendo junto con los precios de la plata. Se formó una oposición liberal que enarboló banderas federalistas y de regionalismo paceño, conduciendo a la revolución y al acceso al poder en 1899. Se abrió, por un período de veinte años, una era de predominio del Partido Liberal, que enseguida abandonó sus esquemas federalistas, y que se vio sostenido por el crecimiento de una nueva explotación minera, la del estaño. Durante esa larga etapa liberal, el conservadurismo casi desapareció como partido, mientras se formaba a partir de la Primera Guerra Mundial un núcleo liberal disidente que asumió el nombre de Partido Republicano.¹⁸

Paraguay

Paraguay, dentro de su pobreza y su aislamiento geográfico, mostraba un fuerte contraste con Bolivia. Su composición étnica era mucho más homogénea, su clase alta estaba casi exenta de pretensiones aristocráticas, las posibilidades de emigración hacia Argentina eran mayores y los sectores populares estaban poco concentrados, salvo en pequeña medida en yerbatales y empresas madereras.¹⁹ La guerra de la Triple Alianza contra Argentina, Brasil y Uruguay (1865-1870) había dejado una sucesión de regímenes poco legitimados, en un país arrasado y dominado por influencias extranjeras. Pronto se dio una polarización entre el Partido Liberal, antagónico a la tradición de los López, y el Colorado, que se identificaba con ella.

El “lopizmo” es una ideología de rehabilitación del presidente Francisco Solano López, quien dirigió la lucha de su país contra los tres vecinos coaligados. Su régimen, fuertemente autoritario y desarrollista al mismo tiempo, ha sido mitificado por amigos y enemigos, y por supuesto, fue vilipendiado al terminar la guerra por las nuevas autoridades paraguayas, ligadas a quienes luego formarían el Partido Liberal, en el poder desde 1904 tras un golpe militar. Se inauguró entonces un largo período de hegemonía liberal, con lo cual el país parecía converger hacia modelos más típicos de la época, con un predominio oligárquico ejercido dentro de normas de democracia limitada y libertades cívicas para quienes no ejercieran una oposición frontal.²⁰

BRASIL EN LOS TIEMPOS DEL “CAFÉ CON LECHE”

Brasil, durante el siglo XIX, había estado caracterizado, como Cuba, por la presencia de una amenazante masa esclava.²¹ El resultado había sido una fuerte disminución de las tendencias conflictivas internas a la elite, lo que se vio favorecido por la exitosa implantación del sistema monárquico. Desde comienzos del siglo XVIII, la economía brasileña estaba muy ligada a la británica a través del tratado librecambista de Methuen (1703) entre Inglaterra y Portugal, lo que facilitó la adaptación al mercado mundial tras la independencia, que en otros países del área fue más traumática. En Brasil, por lo tanto, la guerra de independencia casi no existió, y la apelación a las masas por parte de aspirantes y sectores postergados de las clases dominantes fue muy moderada, y fuertemente reprimida apenas asomaba.²²

Bajo el control monárquico, hubo una cierta rotación de equipos políticos con las etiquetas de los partidos Conservador y Liberal, que actuaban en un ambiente muy restringido. La participación en la guerra contra el Paraguay (1865-1870) activó a las Fuerzas Armadas, hasta ese entonces, muy controladas por el gobierno y las clases altas. En 1888, la monarquía se vio obligada a decretar la abolición de la esclavitud, ante la agitación cada vez más incrementada entre sus víctimas y entre sectores de las clases medias que consideraban que los tiempos habían cambiado. El proceso fue sin enfrentamientos militares, contrastando con lo ocurrido en Estados Unidos, aunque generó un gran resentimiento entre los propietarios rurales. Éstos se vengaron apoyando una rápida e incruenta rebelión militar en 1889, que estableció la república, con consenso de una intelectualidad volcada a las nuevas ideas desarrollistas de cuño positivista comtiano. La tendencia fue hacia adoptar el sistema de monopolio partidario que regía en México, implantándose la hegemonía del Partido Republicano, que se quedó con el poder a partir de 1894 después de dos cortas presidencias militares.

La gran diferencia con México, sin embargo, fue que en Brasil el federalismo era más fuerte, por la existencia de cuatro o cinco grandes centros rivales de poder: el antiguo nordeste azucarero; Minas Gerais, con su economía agraria diversificada; Río de Janeiro; San Pablo, cada vez más cafetalero; y Río Grande

del Sur, militarista y con una sociedad de frontera. En cada estado, se formó un Partido Republicano local, sólo teóricamente afiliado al republicanismo nacional. Lo que había era una constelación de sistemas locales muy autónomos, basados en partidos que en la práctica eran únicos en cada estado.

Aun así, era necesario evitar luchas por el poder que llevaran a una guerra civil – con la consecuente movilización de posibles insurgencias populares–, y se llegó a una especie de pacto no escrito de alternancia en la presidencia entre los dos estados más fuertes, San Pablo y Minas, en la llamada “política del café con leche”. No había en el país importantes enclaves mineros, y las concentraciones agroindustriales, basadas en el azúcar, diluidas dentro de la gran extensión y población del país, constituían una fuente de confrontación clasista mucho menor que en Cuba o en Perú. Si el nordeste hubiera sido un país independiente, por cierto que las tensiones asociadas a la realidad azucarera hubieran generado ahí una política más parecida a la de la isla del Caribe que la que de hecho se dio.²³

Por otra parte, la política de cooptación ejercida por las elites dirigentes, sumada a la canalización de conflictos por vía de la tensión interestatal, dificultó también la formación de algún partido de expresión liberal progresista o radical. En ese sentido, el sistema político brasileño era muy resistente a las innovaciones ideológicas y partidistas que se iban imponiendo en otras partes del mundo.²⁴

EL CONTRASTE ENTRE CHILE Y EL RÍO DE LA PLATA

Chile

En la parte más austral del continente, Chile reproducía, en marcada diferencia con Brasil, el esquema político europeo. Tenía, en términos relativos, un alto desarrollo urbano, económico y educacional, y una consolidación institucional dentro de cánones liberales. Desde temprano en el siglo XIX, se dio una bipolaridad liberal-conservadora, pero con predominio conservador. A partir de los años sesenta, un liberalismo moderado tomó la hegemonía, y a su derecha, se creó un nuevo conservadurismo muy católico y localista. El liberalismo, que llegó a ser hegemónico en el último tercio del siglo XIX, tuvo una variante centralista con particular énfasis desarrollista, bajo el presidente José Manuel Balmaceda (1886-1891). Éste enfrentó la resistencia de un sector predominante de la clase política en una breve guerra civil que terminó con su suicidio. Desde entonces, y por treinta años, se estableció la llamada “república parlamentaria”, formalmente presidencialista, pero con poderes del Congreso que le facilitaban trabar el funcionamiento de un Ejecutivo ya muy débil, en especial dada la gran fragmentación de los partidos, de los cuales el hegemónico era el Partido Liberal. Los ministerios duraban apenas unos meses, y el país estuvo bastante a la deriva en esos tiempos.

La vigencia de libertades públicas y la madurez relativa de esta sociedad facilitaron la formación de partidos políticos basados en una participación más ampliada de sectores populares, especialmente el Partido Radical, iniciado en Copiapó, centro de una zona minera, en 1863, cuando ya consiguió cinco diputados. En 1875, tenía su primera participación en un ministerio, de hegemonía liberal, y desde entonces sería habitual encontrar a sus dirigentes en diversos gabinetes. Su primera Convención Nacional tuvo lugar en 1888, con representación de 43 “asambleas” locales, estatuto y programa, todo lo cual lo diferenciaba de los demás partidos. Más a su izquierda, se formó el Partido Demócrata, inspirado en la socialdemocracia belga, con apoyos sindicales que

incluían el del tipógrafo Luis Emilio Recabarren y un amplio espectro de mutualistas.

Los centros mineros del norte constituían un importante potencial para una política confrontacionista, que se manifestó en un incipiente anarquismo y en organizaciones de tipo sindicalista revolucionario hacia la vuelta del siglo. Por el momento, de todos modos, el Partido Radical era la principal expresión contraria al statu quo, aunque bastante heterogénea, pues incluía desde sectores con orientación socialista, dirigidos por Valentín Letelier, hasta otros muy ortodoxamente liberales en lo económico, encarnados en Enrique Mac Iver.²⁵

Argentina

En Argentina se podría haber esperado un sistema político no muy distinto al chileno, o sea, como éste, estrechamente ligado a los modelos europeos. Los motivos de esta expectativa teórica pueden buscarse en su estructura social, muy poco afectada por la experiencia de la esclavitud, y que tampoco tenía la presencia indígena de Perú o México. El predominio de una economía agrícola de clima templado facilitaba la formación, en ambos países del Cono Sur, de una clase media rural, evitando las concentraciones de mano de obra y los antagonismos sociales y étnicos típicos de los enclaves dependientes de las plantaciones. De ahí a la generación de una secuencia política conservadora, liberal, radical, socialista, había sólo un paso. Ese paso se dio en Chile, pero no en Argentina, donde el panorama fue algo diferente ya en esa época, y muy distinto luego.²⁶

Básicamente, la diferencia estribó con el tiempo en el predominio populista, típico de Argentina, y notoriamente ausente o débil, en cambio, en Chile. Volveremos a este tema en los próximos capítulos; por el momento, baste señalar que la consolidación institucional en Argentina fue algo más tardía que en Chile (1852 en vez de 1829), y nunca produjo un sistema tan claro de partidos políticos “a la europea” como en el país trasandino.

Argentina, con mucha más disponibilidad de tierras fértiles que Chile, y relativamente más ganadera que agrícola, contó con menor base campesina,

típico sostén en aquella época de los partidos conservadores. En vez de campesinos, prevaleció en el campo rioplatense desde el siglo XIX un proletariado rural, unido a una masa de ocupantes semilegales de tierras, arrendatarios y agregados, con alta movilidad geográfica y también social. Esta masa movilizaba había sido la base, en la primera mitad del siglo, del autoritarismo populista de los caudillos federales, y con notoriedad, de Juan Manuel de Rosas en Buenos Aires. Tras su caída, esa tradición persistió en facciones como la dirigida por Adolfo Alsina, en el Partido Autonomista porteño, que luego se unió a sectores políticos del interior para formar el gran tronco conservador desarrollista del país, el Partido Autonomista Nacional (PAN), que tuvo en el general Julio A. Roca a su principal jefe.

Contra este conjunto político dominante, fue difícil organizar un partido de oposición moderada, arraigado en la burguesía o pequeña burguesía urbanas, porque –de nuevo, a diferencia de Chile– en Argentina esas clases eran abrumadoramente extranjeras. Dentro de la población total, a comienzos del siglo XX, los extranjeros formaban el 30%, mientras que en Chile no alcanzaban el 5%. En los grandes centros urbanos y entre varones de edad activa, los porcentajes argentinos eran altísimos, especialmente en la burguesía urbana y la clase obrera.

Se daba entonces en la Argentina finisecular (y en la de las primeras décadas del nuevo siglo XX) la extraña situación de que las dos clases más estratégicas para la existencia de un sistema partidario moderno, la burguesía y el proletariado urbanos, eran masivamente extranjeras, a lo que se sumaba que no adoptaban la ciudadanía y, por lo tanto, no votaban. Esto creó un vacío político de gran magnitud, y es posible que éste fuera la causa de la inexistencia de un equivalente del liberalismo chileno y de la debilidad de una expresión socialista.

El general Bartolomé Mitre intentó crear un partido liberal, opositor al régimen conservador desarrollista del PAN, pero sin mucha repercusión en las urnas. Cuando consiguió armar una coalición de núcleos opositores, apelando a la insurrección popular, en la revolución de 1890, tuvo un éxito parcial al obligar a que el presidente renunciara. Pero no consiguió consolidar un partido fuerte bajo su liderazgo, pues la mayor parte de sus huestes se separaron formando la Unión Cívica Radical (UCR), más hacia su izquierda o hacia el área populista de la política. Este partido siempre tuvo más elementos caudillistas y carismáticos en su liderazgo que su homónimo chileno.²⁷

En Chile se estaba dando una contraposición entre un conservadurismo católico y un liberalismo anticlerical, a la que se sumó un tercero en discordia, el radicalismo, dispuesto a entrar al juego algo corrupto de las elecciones, las influencias y la participación en ministerios. En Argentina, en cambio, el espacio ocupado por el conservadurismo y el liberalismo chilenos era monopolizado por el desarrollismo liberal-conservador del PAN, mientras que la principal oposición estaba formada por la UCR, partido mucho más populista que el trasandino, y nada anticlerical. Pequeñas fracciones católicas y liberales independientes completaban el panorama, al que luego se agregarían las fuerzas de la izquierda. En vez de la dialéctica entre conservadores y liberales de Chile, en Argentina predominaba un contrapunto entre oligarquía modernizante y radicalismo populista.

Uruguay

En Uruguay, el impacto inmigratorio era parecido al argentino, y quizá debido a ello, tampoco en ese país se reprodujo el esquema europeo o chileno. Pero la sociedad uruguaya estaba más modernizada que la argentina (aunque algo menos que la provincia de Buenos Aires), y era así como faltaban –proporcionalmente– las bases arcaicas que sustentaban al PAN en el interior de Argentina. Emergió entonces una dualidad entre dos facciones históricas: una, la Nacional o Blanca, conservadora y católica, aunque con ribetes populistas en sectores rurales; y la otra, la Colorada, liberal y radical, urbana, vinculada a los grupos inmigratorios tanto burgueses como obreros, y con un ala izquierda.

Estas dos familias políticas provenían de inicios del siglo XIX, y ambas tenían fuertes elementos caudillistas tradicionales. Las guerras civiles en que se habían visto envueltas fueron de gran violencia y crearon en el campo uruguayo una situación de inseguridad que atrasó el desarrollo económico del país por muchas décadas. El predominio colorado era total desde el movimiento armado del general Venancio Flores en 1865. Después de un intento revolucionario blanco (1870-1872), se llegó a una pacificación basada en que a ese sector político se le darían cuatro jefaturas (governaciones) en sendos departamentos, dentro de un régimen unitario.

Ésta fue una manera de asegurar a la oposición algunas palancas institucionales con las cuales defender sus derechos, por el control de las policías locales que esa repartición de cargos implicaba. En el Partido Nacional, siempre hubo un sector más acuerdista a menudo ligado a los “doctores” de la ciudad, y otro más luchador, capaz de movilizar a masas rurales, que a fines de siglo estuvo dirigido por Aparicio Saravia, mediano estanciero del nordeste del país. Éste dirigió una guerra civil de 1896 a 1897, terminada con una pacificación que lo dejó como un gran poder con el cual el gobierno colorado debía pactar y con seis departamentos bajo su control, en lugar de cuatro.

Volvió a realizar otro intento en 1903-1904, esta vez finalizado con su derrota y muerte. El país ya estaba cambiando, y dentro del Partido Colorado se había producido una mutación que llevó al poder a su sector renovador, dirigido por José Batlle y Ordóñez, acerca del cual volveremos.²⁸

[1 Daniel Cosío Villegas \(comp.\), Historia moderna de México, 10 vols., México, Hermes, 1984; Francisco Bulnes, La guerra de Independencia. Hidalgo, Iturbide \[1910\], México, El Caballito, 1982, y El verdadero Juárez y la verdad sobre la intervención y el imperio, París, Viuda de Bouret, 1904.](#)

[2 Haití, conocido en aquel entonces como Saint Domingue, era una rica colonia francesa con una población, una producción y unas exportaciones comparables en cantidad a las de cualquiera de las colonias inglesas en América del Norte, pero donde el 90% de la población era esclava, y dos tercios de ella, nacida en África. Cuando, con motivo de la Revolución Francesa, las elites blancas y las mulatas comenzaron a luchar entre monárquicos y republicanos, y entre las diversas facciones de éstos, cada grupo empezó por incorporar a sus filas a sectores más pobres de la población, primero a los mulatos y luego a los esclavos, pensando que podrían controlarlos. Pero el resultado no anticipado de esto fue que, al tener armas en las manos y ante una situación militar caótica, los sectores populares comenzaron a movilizarse. Al final, tras una matanza de las clases antes dominantes, declararon la independencia, consolidada en 1804 a pesar de intervenciones extranjeras, o aprovechando la competencia entre éstas. Véase mi libro La rebelión de esclavos en Haití, Buenos Aires, IDES, 1984. El ejemplo de Haití produjo un terror entre las clases dominantes del continente, semejante al generado por las revoluciones rusa o cubana en tiempos posteriores, sobre todo en países de gran población esclava. Esto hizo que Cuba y el Caribe](#)

no lucharan por la independencia, sino que prefirieran por mucho tiempo quedar bajo el poder colonial o negociar la independencia como un pacto de familia y una separación consensuada para evitar la generalización de una violencia incontrolable por las clases dominantes.

³ Rolando Mellafe, La esclavitud en Hispanoamérica, Buenos Aires, Eudeba, 1984; Nicolás Sánchez Albornoz, La población de América Latina desde los tiempos precolombinos al año 2000, Madrid, Alianza, 1973; Ramiro Guerra y Sánchez, Azúcar y población en las Antillas, 2a ed., La Habana, Cultural, 1935; Fernando Ortiz, Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar [1940], 2a ed., La Habana, Consejo Nacional de Cultura, 1963; Franklin W. Knight, Slave Society in Cuba during the Nineteenth Century, Madison, University of Wisconsin Press, 1970; Herbert Klein, Slavery in the Americas: A Comparative Study of Virginia and Cuba, Chicago, Chicago University Press, 1967; Manuel Moreno Fraginals, El ingenio. El complejo económico social cubano del azúcar, 2a ed., La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1978.

⁴ Frank Moya Pons, Manual de historia dominicana, 6a ed., Santo Domingo, Universidad Católica Madre y Maestra, 1981, y La sociedad dominicana contemporánea, Santo Domingo, 1985; Harry Hoetink, The Dominican People, 1850-1900. Notes for a Historical Sociology, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1982 [trad. esp.: El pueblo dominicano: 1850-1900. Apuntes para su sociología histórica, Santo Domingo, Universidad Católica Madre y Maestra, 1972].

⁵ James Leyburn, The Haitian People, New Haven, Yale University Press, 1941 [trad. esp.: El pueblo haitiano, Santo Domingo, Sociedad Dominicana de Bibliófilos, 1986]; David Nicholls, From Dessalines to Duvalier. Race, Colour and National Independence in Haiti, Cambridge, Cambridge University Press, 1979.

⁶ James Dunkerley, Power in the Isthmus. A Political History of Modern Central America, Londres, Verso, 1988; Carolyn Hall, El café y el desarrollo histórico-geográfico de Costa Rica, San José, Editorial Costa Rica, 1976; Ciro F. S. Cardoso, “La formación de la hacienda cafetalera en Costa Rica”, en Estudios Sociales Centroamericanos, núm. 6, 1973; Lowell Gudmunson, “Peasant, Farmer, Proletarian: Class Formation in a Small Holder Coffee Economy, 1850-1950”, en Hispanic American Historical Review, núm. 69, 1989; Mitchell Seligson, El campesino y el capitalismo agrario en Costa Rica, San José,

Editorial Costa Rica, 1980.

⁷ Thomas Karnes, The Failure of Union. Central America 1824-1975, Tempe (AZ), University of Arizona Press, 1976 [trad. esp.: Los fracasos de la unión. Centroamérica 1824-1960, San José, Instituto Centroamericano de Administración Pública, 1982]; para el contexto colonial de Guatemala, véase Severo Martínez Peláez, La patria del criollo, 10a ed., Ciudad Universitaria Rodrigo Facio, Costa Rica, Editorial Universitaria Centroamericana, 1985.

⁸ Michael McClintock, The American Connection, vol. 2: State Terror and Popular Resistance in El Salvador, Londres, Zed Books, 1985.

⁹ En 1954, la United Fruit llegó a tener 26.000 empleados, que fueron reducidos a la mitad al poco tiempo, en un intento de cortar costos y modernizarse. Alison Acker, Honduras. The Making of a Banana Republic, Boston, South End Press, 1988, p. 85.

¹⁰ Sharon Phillips Collazos, Labor and Politics in Panama. The Torrijos Years, Boulder, Westview Press, 1991.

¹¹ Gerardo Molina, Las ideas liberales en Colombia, 3 vols., Bogotá, Tercer Mundo, 1970-1977; Luis Eduardo Nieto Arteta, Economía y cultura en la historia de Colombia [1942], 2a ed., Bogotá, Tercer Mundo, 1962; Jaime Jaramillo Uribe, El pensamiento colombiano en el siglo XIX [1956], 2a ed., Bogotá, Temis, 1974.

¹² Orlando Fals Borda, Campesinos de los Andes. Estudio sociológico de Saucío, Bogotá, Iqueima, 1961, y El hombre y la tierra en Boyacá. Desarrollo histórico de una sociedad latifundista, 2a ed., Bogotá, Punta de Lanza, 1973; Marco Palacios, El café en Colombia, 1850-1970, Bogotá, Presencia, 1979.

¹³ Indalecio Liévano Aguirre, Rafael Núñez, Bogotá, Cromos, 1946, y Los grandes conflictos sociales y económicos de nuestra historia, 2a ed., Bogotá, Tercer Mundo, 1966. Fals Borda, en su obra La subversión en Colombia, Bogotá, Departamento de Sociología, Universidad Nacional, 1967, señala la potencialidad revolucionaria del país, aunque, a mi juicio, exagerando un poco y sin un enfoque comparativo con el resto del continente.

¹⁴ Mariano Picón Salas et al., Venezuela independiente, 1810-1960, Caracas, Fundación Eugenio Mendoza, 1962; Germán Carrera Damas, Formulación

definitiva del proyecto nacional: 1870-1900, Caracas, Cuadernos Lagoven, 1988.

¹⁵ José Gálvez, Vida de don Gabriel García Moreno, Buenos Aires, Difusión, 1942.

¹⁶ Jorge Basadre, Historia de la República, 1822-1899, Lima, Librería e Imprenta Gil, 1939, y La multitud, la ciudad y el campo en la historia del Perú, 2a ed., Lima, Huascarán, 1947; Luis G. Lumbreras et al., Nueva historia general del Perú, 4a ed., Lima, Mosca Azul, 1985; Peter Blanchard, The Origins of the Peruvian Labor Movement, 1883-1919, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1982.

¹⁷ Alcides Arguedas, Obras completas, 2 vols., México, Aguilar, 1959.

¹⁸ Enrique Finot, Nueva historia de Bolivia (ensayo de interpretación sociológica), 7ª ed., Buenos Aires, Fundación Universitaria Simón Patiño, 1946; Mariano Baptista Gumucio, Historia contemporánea de Bolivia, 1930-1978, 3ª ed., La Paz, Gisbert y Cía., 1980.

¹⁹ Carlos Pastore, La lucha por la tierra en el Paraguay, 2a ed., Montevideo, Antequera, 1972; Rafael Barrett, Lo que son los yerbales paraguayos, Montevideo, Claudio García, 1926.

²⁰ Juan E. O'Leary, El Mariscal Solano López [1921], 3a ed., Asunción, Casa América-Moreno Hnos., 1970; John Hoyt Williams, The Rise and Fall of the Paraguayan Republic, 1810-1870, Austin, University of Texas Press, 1979; Roberto Ares Pons, El Paraguay del siglo XIX, Montevideo, Nuevo Mundo, 1987.

²¹ Paula Beiguelman, Formação política do Brasil, 2 vols., San Pablo, Pioneira, 1967, especialmente su vol. 1, Teoria e ação no pensamento abolicionista; Carl Degler, Neither Black nor White. Slavery and Race Relations in Brazil and the United States, Nueva York, Macmillan, 1971; Florestan Fernandes, A integração do negro na sociedade de classes [1964], 3a ed., San Pablo, Atica, 1978; Richard Graham, "Causes for the Abolition of Negro Slavery in Brazil: An Interpretive Essay", en Hispanic American Historical Review, núm. 46, 1966.

²² Raymundo Faoro, Os donos do poder. Pormaçoão do patronato político brasileiro [1957], 8a ed., Río de Janeiro, Globo, 1989; José Murilo de Carvalho, A construção da ordem. A elite política imperial, Brasilia, Universidade de

Brasília, 1980; Brasil Gerson, O sistema político do Império, Bahía, Progresso, 1970; Pablo Mercadante, A consciência conservadora no Brasil, 3a ed., Río de Janeiro, Nova Fronteira, 1980. Para casos de represión violenta de rebeliones regionales con alto contenido social, véanse Luiz Vianna Filho, A Sabinada. A República Bahiana de 1837, Río de Janeiro, José Olímpio, 1938; Rodrigo Otávio, A Balaiada, 1839, Río de Janeiro, Imprensa Nacional, 1942.

²³ Gilberto Freyre, Casa grande y senzala, 2 vols., Buenos Aires, Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, 1942; Edgard Carone, A Primeira República, San Pablo, Difel, 1969, y A República Velha, 4a ed., 2 vols., vol. 1, San Pablo, Difel, 1978; José Ênio Casalecchi, O Partido Republicano Paulista, 1889-1926, San Pablo, Brasilense, 1987; Alberto Sales, A pátria paulista [1887], 2a ed., Brasilia, Universidade de Brasília, 1983. Río Grande del Sur era la principal excepción al monopolio republicano. Ahí era fuerte, en la oposición, el Partido Libertador, de tradición autonomista y raíces en la república “farroupilha” de 1835-1845, capaz de movilizar, cuando la ocasión lo imponía, montoneras gaúchas para defender sus intereses, como en el vecino Uruguay. Véase Alfredo Varela, Revoluções cisplatinas. A República Riograndense, 2 vols., Porto, Chardron, 1915.

²⁴ Edgar Rodrigues, Os libertários, Petrópolis, Vozes, 1988; Vamireh Chacon, História das idéias socialistas no Brasil, 2ª ed., Fortaleza, Río de Janeiro, Universidade Federal do Ceará-Civilização Brasileira, 1981.

²⁵ Ricardo Donoso, Las ideas políticas en Chile, México, Fondo de Cultura Económica, 1946; René León Echaiz, Evolución histórica de los partidos políticos chilenos [1939], 2a ed., Buenos Aires, Francisco de Aguirre, 1971; Alberto Edwards Vives, La Fronda aristocrática en Chile [1928], Santiago de Chile, Universitaria, 1984; Peter Snow, El radicalismo chileno: historia y doctrina del Partido Radical, Buenos Aires, Francisco de Aguirre, 1972; Luis Palma Zúñiga, Historia del Partido Radical, Santiago de Chile, Andrés Bello, 1967.

²⁶ Jean Borde y Mario Góngora, Evolución de la propiedad rural en el valle del Puangue, 2 vols., Santiago de Chile, Universitaria, 1956; Rafael Baraona, Ximena Aranda y Roberto Santana, Valle de Putaendo. Estudio de estructura agraria, Santiago de Chile, Instituto de Geografía, Universidad de Chile, 1961.

²⁷ Tulio Halperín Donghi, Proyecto y construcción de una nación. (1846-1880), Buenos Aires, Ariel, 1995; Natalio Botana, La tradición republicana, Buenos

Aires, Sudamericana, 1984, y El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916, Buenos Aires, Sudamericana, 1977. La Unión Cívica, formada bajo la dirección de Mitre y con la principal colaboración organizativa de Leandro N. Alem, se dividió en 1891. De un lado quedó la Unión Cívica Nacional, como partido liberal dirigido por Mitre. Del otro, la Unión Cívica Radical, opuesta a cualquier acuerdo con el régimen, bajo la dirección de Alem y su sobrino Hipólito Yrigoyen. Véanse José S. Campobassi, Mitre y su época, Buenos Aires, Eudeba, 1980; José Landberger y Francisco Conte (comps.), Origen, organización y tendencia de la Unión Cívica, Buenos Aires, 1890; Juan Balestra, El noventa. Una evolución política argentina, Buenos Aires, Fariña, 1959; Paula Alonso, Entre la revolución y las urnas. Los orígenes de la Unión Cívica Radical y la política argentina en los años '90, Buenos Aires, Sudamericana, 2000; Ezequiel Gallo, Alem. Federalismo y radicalismo, Buenos Aires, Edhasa, 2009, y Colonos en armas. Las revoluciones radicales en la provincia de Santa Fe (1893), Buenos Aires, Siglo XXI, 2007.

²⁸ Alberto Zum Felde, Proceso histórico del Uruguay. Esquema de una sociología nacional, Montevideo, Maximino García, 1919; Héctor Gros Espiell, Esquema de la evolución constitucional del Uruguay, Montevideo, Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, Universidad de la República, 1966; Juan E. Pivel Devoto, Historia de los partidos políticos en el Uruguay, 2 vols., Montevideo, Atlántida, 1942-1943; Washington Reyes Abadie (comp.), Crónica de Aparicio Saravia, 2 vols., Montevideo, El Nacional, 1989; Juan A. Oddone, La formación del Uruguay moderno. La inmigración y el desarrollo económico-social, Buenos Aires, Eudeba, 1966.

II. ANARQUISMO, SOCIALISMO, NACIONALISMO REVOLUCIONARIO: EL IMPACTO DE LAS REVOLUCIONES MEXICANA Y RUSA

LA REVOLUCIÓN EN MÉXICO

En México, en 1904, de nuevo se presentó Díaz ante el veredicto de sus conciudadanos. Era demasiado, pero lo haría por última vez. Cuando se volvió a plantear el problema en 1910, ya la protesta entre las clases medias llevó a muchos a buscar alguna alternativa. En la izquierda, los anarquistas, junto con individuos de variada extracción ideológica, básicamente continuadores de la tradición liberal federal del siglo XIX, formaron un Partido Liberal Mexicano (1906). Tal comportamiento era extraño en esa familia política, cuyo miembro más destacado era Ricardo Flores Magón. Se trataba de una segunda generación de libertarios. La primera había asentado sus reales entre artesanos de la ciudad de México bien temprano, hacia los años setenta, bajo la prédica de un sastre griego, Plotino Rhodakanaty, de mentalidad proudhoniana, cooperativista y mutualista. Ese primer anarquismo había estado dispuesto a entrar en el juego político de la época, buscando apoyo en las facciones del régimen juarista y su sucesor Lerdo de Tejada, o aun del temprano Díaz, cuando éste se levantó en 1876 con las banderas de sufragio libre y no reelección. Ya para fines del siglo XX, los anarquistas eran más violentos, siguiendo en esto el flujo internacional de las ideas.¹

A diferencia de otros países como Argentina y Brasil, en México el anarquismo no se reducía tanto a núcleos inmigratorios europeos, sino que tuvo una fuerte inserción nacional, quizá debido a la fuerza de las tradiciones liberales populares. Ya en 1906, estos anarquistas habían estado activos en la huelga de la mina de cobre de Cananea, una gran concentración obrera en el extremo noroeste del país, donde los sentimientos anticapitalistas se fusionaban con los antiyanquis, pues tanto los propietarios como un sector privilegiado de capataces y obreros calificados eran de ese origen. Luego, en 1907 y 1908, se sumó la agitación laboral en los centros textiles del estado de Veracruz, enclavados en la pequeña localidad de Orizaba, dando lugar también a una famosa huelga en la fábrica de Río Blanco, severamente reprimida.²

Ante esta desestabilización y los problemas económicos ocasionados por la baja de la plata, se hizo necesario en 1910 apelar al sacrificio de don Porfirio y

pedirle que una vez más asumiera sus responsabilidades cívicas al frente del barco que amenazaba zozobrar. A las disidencias más radicalizadas, se había agregado una regional, proveniente del riñón del régimen, dirigida por el gobernador del nortero estado de Nuevo León, el general Bernardo Reyes; y otra, también en algún sentido regional pero más ideológica, encabezada por Francisco Madero, miembro de una acaudalada familia coahuilense. El régimen pudo imponerle prudencia al general Reyes, mandándolo a un exilio dorado como embajador, pero no fue posible contener a Madero. Cuando él proclamó su grito antirreeleccionista, por supuesto impotente en las urnas controladas, la pradera al final se incendió.

Cosa sorprendente y digna de tener en cuenta para otros casos fue que los anarquistas pronto se plegaron a este liberal progresista, apenas algo radical, formando una peligrosa amalgama. Es cierto que hubo un sector principista que despreció a Madero y aprovechó el momento para iniciar una revolución por su cuenta, en la Baja California, con poco éxito. Pero el grueso se plegó a las huestes “pequeño burguesas” con bastante tino, porque era obvio que una vez que comenzara el tiroteo no se podría medir hasta qué punto exactamente llegaría. Claro que la contracara de este argumento era que los anarquistas, si se enredaban demasiado con la revolución, podrían terminar transformados en parte de un proceso muy alejado de sus objetivos iniciales. Esto, efectivamente, es lo que ocurrió con aquellos que formaron la Casa del Obrero Mundial, y que en la lucha de facciones terminaron enfrentando a los agraristas de Emiliano Zapata, que llevaban demasiados escapularios e imágenes de la Virgen de Guadalupe en sus sombreros.³

Las muchas tensiones sociales predominantes en la sociedad mexicana, especialmente en el agro y en los enclaves mineros, azucareros, y en los textiles ubicados en pequeñas o medianas ciudades, facilitaron que se propagara la revolución, volteando al régimen de Díaz, y luego fueron la base de luchas internas de enorme violencia y duración. Bajo esas circunstancias, el liderazgo fue en gran medida militar, no porque se tratara de oficiales de carrera, sino porque eran hombres que desde las más diversas profesiones convergieron en un rol de dirección de grupos armados, primero irregulares, como Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles, miembros de la llamada “dinastía de Sonora”, presidentes entre 1920-1924 y 1924-1928. En aquellos tiempos, el esquema de partidos que se formó fue muy caótico y diferenciado regionalmente, ya que la vigencia y el tipo de fuerzas revolucionarias eran muy diversos en cada región.⁴

La expresión política de Álvaro Obregón durante su gobierno, en que la guerra civil ya había amainado, fue en un inicio el Partido Liberal Constitucionalista, que pretendía canalizar los sentimientos moderados que motivaron la revolución en su comienzo, y luego el Partido Cooperativista, que ya desde 1917 buscaba encauzar a sectores más progresistas orientados hacia una política de expropiación de tierras y otras reformas radicales. Su colaborador y sucesor Plutarco Calles dio un giro más a la tuerca del progresismo, rodeándose de gente de un nuevo partido, el Laborista, donde militaban Luis Morones y otros dirigentes sindicales exanarquistas convertidos al pragmatismo revolucionario que se transformaron en el partido oficial bajo el cuatrienio de Calles. Para 1928, se opusieron a la reelección de Obregón, que seguía siendo el jefe superior, pero éste fue asesinado antes de asumir el mando, con lo que su rol fue asumido por Calles, quien de todos modos tenía el problema de que no podía ser reelegido. Había en aquel entonces una gran proliferación de partidos, muchos de ellos, meramente estatales, y algunos con elementos socialistas en su ideología.⁵

En 1926, se había dado un rompimiento entre el gobierno de Calles y la Iglesia. Ante una serie de medidas anticlericales, la jerarquía decidió que se suspendieran los servicios religiosos en todo el país, una especie de huelga del clero, que no podía menos que impactar fuertemente en la población. La resistencia fue particularmente significativa entre la clase media pueblerina y rural de Jalisco y Michoacán, regiones donde esa clase “ranchera” era muy fuerte. La presión agrarista se hacía sentir también allí, no sólo contra los grandes terratenientes, sino también contra esos pequeños o medianos propietarios. En algunos casos, las autoridades, para evitar indisponerse con los aún poderosos grandes hacendados, canalizaban los sentimientos igualitarios de la masa rural hacia los “cabezas de ratón” de los pueblos antes que contra los leones todavía bien vinculados en las esferas de poder.

La rebelión cundió y generó una prolongada guerra civil con numerosísimos muertos, sólo terminada en 1929 mediante una intervención del Papa y de los católicos estadounidenses. Los guerrilleros, llamados “cristeros”, reprodujeron escenas de la Vendée francesa del siglo XVIII, clásica por su violencia y por el enraizamiento popular de ideas conservadoras y antirrevolucionarias.

En la defensa de su modo tradicional de vida y de sus intereses agrarios, los campesinos medios estaban dispuestos a aliarse a cualquiera con tal de que los ayudara a enfrentar al gobierno. Éstas fueron las fuentes de un conservadurismo con raíces populares y, al mismo tiempo, ideológicamente muy de extrema

derecha, que se volvió a manifestar en los años de la guerra en el sinarquismo – ya más urbano– y en el Partido de Acción Nacional fundado en 1944 con la participación, también, de gente que deseaba volver a la línea maderista, moderada, de los primeros años de la Revolución.⁶

Una de las más prestigiadas figuras intelectuales que adhirió a esta nueva derecha fue José Vasconcelos, que había tenido un destacado papel a cargo de la política educacional de Álvaro Obregón, y que fue evolucionando desde un liberalismo moderado, dispuesto a colaborar con la Revolución, hacia una aceptación de los modelos fascistas.

En 1928, como se mencionó, Obregón había intentado ser reelegido, una vez transcurrido el período intermedio desempeñado por Calles, pero una bala le cortó el camino, que de todos modos era de dudosa constitucionalidad. Calles, entonces, pasó de comodín a jefe máximo de la Revolución. Como no podía asumir la presidencia –eso hubiera sido inconstitucional con demasiada obviedad–, se quedó tras el trono manejando a tres presidentes títeres que completaron el sexenio sin poder hacerle sombra a Calles.

Para controlar mejor las cosas, Calles consiguió en 1929 unificar a los varios grupos políticos y asociaciones de clase que apoyaban el proceso, formando un partido unificado, el Partido Nacional Revolucionario, que luego cambiaría de nombre, pero no de costumbres, cuando se bautizó Partido de la Revolución Mexicana, y en 1946, Partido Revolucionario Institucional (PRI). Allí quedaron incorporados la central sindical y la campesina así como los militares, en su gran mayoría, de buenos antecedentes revolucionarios. De ahí las tres “ramas” iniciales del partido: la obrera, la campesina y la militar. Pronto se agregó una cuarta, la “popular”, cuyo nombre ocultaba el hecho de que en ella se congregaba el sector menos popular de las fuerzas revolucionarias, o sea, los nuevos empresarios, grandes y pequeños, y los funcionarios.

El PRI consiguió mantenerse hasta el fin del siglo XX como partido hegemónico, aglutinando a una alianza policlasista muy peculiar en que se encontraban las fuerzas más dinámicas de la sociedad mexicana. Es cierto que en las urnas la libertad del voto no siempre era respetada, y en esas ocasiones, muertos y ausentes revivían o volvían a sus pagos sin tener que viajar. Como gran parte del electorado era aún muy pasivo, era necesario, en vez de tomarse el trabajo de juntarlos en camiones y llevarlos a las urnas, directamente hacer que aparecieran como si ya hubieran votado.

Pero eso no era lo más grave, sino la política de mano fuerte aplicada a los opositores, especialmente a los más decididos. Cuando en 1929 José Vasconcelos pretendió disputar la primera magistratura, se vio acorralado, y para evitar consecuencias tuvo que emigrar al finalizar el recuento de votos.⁷

De todos modos, y a pesar de esas y otras manchas, el PRI se convirtió en modelo de partido de integración policlasista, con objetivos de tipo nacional revolucionario. Es típico de países que han experimentado una revolución social o una lucha nacional anticolonialista generar este tipo de partidos únicos o casi únicos, portadores de los valores de cambio, pero, al mismo tiempo, conservadores de las nuevas estructuras e intereses que se van creando. Juzgado con este tipo de cartabón, que va desde los partidos comunistas soviético, ruso o cubano hasta el Partido del Congreso en la India, o los menos orgánicos que apoyan a los regímenes nasseristas, “socialistas árabes” u otros del Tercer Mundo, el PRI no hace tan mala figura. En cuanto a institucionalización y respeto de libertades públicas, sólo cede primacía al Partido del Congreso de la India, que en su larga historia ha sido capaz hasta de perder alguna elección y después retornar al poder.⁸

EL IMPACTO EN PERÚ: EL APRISMO Y EL PENSAMIENTO DE MARIÁTEGUI

El impacto de la Revolución Mexicana fue particularmente intenso en el joven líder estudiantil Víctor Raúl Haya de la Torre, quien, expulsado de Perú, en el año 1924 llegó al país azteca de paso para completar sus estudios en Europa. Era el final del gobierno de Obregón, con José Vasconcelos todavía actuando de evangelizador de la cultura desde el ministerio, y con un sinnúmero de iniciativas de orden económico, social y cultural. Parecía que se había dado con una fórmula autóctona, basada en la lucha de las masas, a diferencia de la tendencia de las elites intelectuales a imitar los modelos europeos de tipo liberal o socialista. Ahora, en el resto del continente, se podía emular un modelo generado en la propia región. Además, la estructura social de Perú era bastante parecida a la de México, aunque con menor desarrollo económico y una historia algo menos violenta.

Haya de la Torre formó en México la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), como núcleo ideológico y base para el lanzamiento de una nueva Internacional, competitiva con las más rígidas Segunda (socialdemócrata) y Tercera (comunista). A diferencia de ellas, el nuevo movimiento se basaría en una alianza policlasista con apoyo obrero y campesino, pero, dada la debilidad de esas clases en nuestros países, lo haría bajo la dirección de un tercer componente, la clase media. Ésta, en América Latina, a diferencia de Europa, era parte de los sectores desposeídos, y no un furgón de cola de los dominantes. Así, al menos, lo veía Haya de la Torre, y lo elaboró en libros que fue desarrollando a partir de los años treinta, cuando pudo volver a su patria por un breve período de democracia para organizar la sección peruana del aprismo o Partido del Pueblo.⁹

En el pensamiento de Haya de la Torre, se nota una fuerte influencia del marxismo, mezclada con elementos fabianos socialdemócratas absorbidos durante su larga estadía en Gran Bretaña como estudiante en Oxford. Según contaba a sus amigos y discípulos, no perdía ocasión de ir a Londres a instalarse en la barra de la Cámara de los Comunes, observando la increíble esgrima de los líderes partidistas del único Parlamento que funcionaba en el mundo.

Influenciado por el ambiente intelectual ecléctico de la isla, argumentaba, en polémica con el leninismo, que aunque en los países de alto desarrollo se podía pensar en un partido revolucionario de la clase obrera, esto era imposible en regiones apenas tocadas por el industrialismo.

Lo que estaba sobre el tapete, se podría argumentar, ¿era entonces una “revolución burguesa”? No exactamente, porque tampoco la burguesía, excesivamente enfeudada al imperialismo, tenía en estos parajes la suficiente fuerza para intentar su acceso al poder. Lo que se precisaba era inventar un instrumento político nuevo, equivalente al que en Rusia había forjado Lenin, pero bajo condiciones diversas. Una alianza de las masas desposeídas, dirigidas por la clase media, tenía posibilidades de acceder al Estado, y desde ahí, con fuerte gestión planificadora e intervencionista, dirigir el crecimiento económico y las reformas sociales que incluirían, como en México, reforma agraria, industrialización y seguridad social.

Pero el programa económico debía tener en cuenta algunos de los enfoques clásicos de Marx o aun del Lenin autor de El desarrollo del capitalismo en Rusia, más que de la práctica del líder soviético. Esos planteos teóricos hacían prever la imposibilidad de construir el socialismo en ausencia de un intenso desarrollo capitalista. Si ese desarrollo capitalista no existía, sólo podía efectuarse una revolución burguesa, nunca una socialista. Pero la burguesía, en países periféricos, no tenía suficiente capacidad de acceso al poder y temía agitar a las masas para no verse superada por ellas. Por eso, Lenin argumentaba que era preciso hacerle su trabajo, reemplazándola en su rol histórico, cobrándole, claro está, un precio bastante alto, que en la experiencia soviética terminó resultando confiscatorio.

La elite revolucionaria, que para Lenin debía formar la dirigencia del Partido, sin importar en qué ambientes sociales era reclutada, ejercería el poder de manera provisoria, sin constituirse en clase, dando tiempo a los sectores obreros a madurar y haciendo trabajar a la burguesía en lo que ella sabía, que era la producción de bienes y servicios. La burguesía seguiría siendo propietaria, ejerciendo por lo tanto gran parte del poder social, pero no el político. Este difícil equilibrio resultó imposible en la Unión Soviética, y finalmente la burguesía fue desposeída, mientras que el partido se transformó, de manera no prevista por la teoría, pero sí por sus críticos, en núcleo de una nueva clase dirigente, la burocracia estatal.

Para Haya de la Torre, en cambio, era necesario actuar de manera más explícita como alianza de tres clases, incluyendo a la clase media más que a la burguesía – aunque los límites no son claros entre ambas– y robusteciendo al conjunto con el poder estatal. Para acelerar el desarrollo económico, era preciso aceptar la participación del capital extranjero, y a él no se lo podría obligar a trabajar bajo amenaza, como pensaba hacer Lenin en Rusia con los burgueses locales. Ciertamente es que Haya de la Torre decía que tanta necesidad tenían los plutócratas internacionales de invertir sus capitales en las zonas de la periferia como éstas de recibirlo. Pero llegar a un acuerdo de convivencia con tamaños tiburones no sería fácil.¹⁰

Haya de la Torre planteaba lo que él llamaba el “Estado de los cuatro poderes”, como forma de aunar esfuerzos para estimular el desarrollo económico. El cuarto poder sería el económico, y se expresaría en una cámara corporativa, con representación “cualitativa” del capital y el trabajo, aparte de otros sectores de la cultura o instituciones como las Fuerzas Armadas, sin dejar de incluir al capital extranjero. Era mejor tenerlos dentro que fuera, o sea, legitimar en un órgano constitucional la influencia que de todos modos se les arreglarían para ejercer. Así estarían más controlados y se crearía un ambiente propicio para el diálogo y los pactos. En cierto sentido, de esta manera se sustituía la ausencia de un partido conservador con suficiente fuerza electoral, y además se les aseguraba a los sindicatos una bancada propia, independiente de la que les pudieran otorgar los partidos populares.

En relación primero colaborativa y luego antagónica con Haya de la Torre, se desarrolló el pensamiento de José Carlos Mariátegui, que ponía mucho más énfasis en el problema del indio, al que hacía equivalente al de la tierra.¹¹ En sus Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana (1928), fundamentaba su actitud, que divergía de la de otros marxistas que no pensaban que esa población, por explotada que estuviera, pudiera transformarse en fautora de su propio destino sin que antes se diera un vigoroso desarrollo capitalista. Mariátegui, apartándose bastante de la doctrina oficial, creía que con la dirección de una elite fuertemente convencida de ciertos valores, hasta el fanatismo quizá, se podían generar cambios revolucionarios, enfoque poco congruente con la teoría marxista, pero cercano a la práctica de Lenin en Rusia. Agregaba que los hábitos de cooperación social adquiridos desde el incanato podían ser utilizados para la construcción de la nueva sociedad.¹²

El Partido Socialista que Mariátegui contribuyó a formar al final de la década de

1920 adhirió, por su influjo, a la Tercera Internacional, y después de su muerte (1930), se transformó en comunista. Pero en ese ambiente, por mucho tiempo, se lo etiquetó de “populista”, y fue radiado del panteón ortodoxamente reconocido. El hecho de que tomara libremente las ideas de Georges Sorel, inspirador de la corriente sindicalista revolucionaria, como base para una interpretación más voluntarista del cambio social, no ayudaba.¹³

Extrañamente, tanto Haya de la Torre como Mariátegui fundaron religiones políticas en Perú, creando fuerzas sociales cuya potencia radicaba precisamente en su capacidad de generar esos sentimientos de mesianismo colectivo. Esto tenía poco que ver con las doctrinas socialdemócratas o marxistas que predicaban. Cuando Haya de la Torre criticaba a los marxistas latinoamericanos por proponer una revolución basada en la clase obrera –que no tenía según él la necesaria capacidad–, estaba errando el objetivo. De hecho, sus observaciones se aplicaban más a los socialdemócratas que a los comunistas, pues éstos, a pesar de sus declaraciones, en realidad centraban su práctica en la formación de una elite férreamente disciplinada, mediante métodos y experiencias que trascendían por completo el arsenal teórico de Karl Marx. Haya de la Torre, por su parte, se concentró en producir esa mística, a través del culto de la personalidad, mediante una mutación en el tradicional caudillismo de la región.

EN BOLIVIA Y PARAGUAY SE ACUMULAN LOS MATERIALES COMBUSTIBLES

En Bolivia, una alternancia conservadora-liberal que había signado el renacido ciclo de la plata y el comienzo del estaño (1880-1920), con una sola interrupción violenta –en la Revolución Federal de 1899–, llegó a su fin en 1920. Ese año, la protesta de los sectores disidentes liberales, nucleados desde hacía poco tiempo en el Partido Republicano, se expresó a través de los cuarteles. Los militares, de todos modos, estaban aún reticentes a asumir ellos mismos el gobierno, y enseguida lo traspasaron a los republicanos. En la minería comenzó la actividad sindical, facilitada por las grandes concentraciones de mano de obra que ahí se daban. En ese sector, la izquierda ejercía cierta influencia organizando diversos partidos socialistas de corta vida. En las cercanías de Oruro, se formó una central minera local que decretó una importante huelga en 1923, severamente reprimida en un proceso que terminó en una matanza. En general, la vigencia del sindicalismo y de las ideas socialistas, bajo diversas formas, era mucho mayor en Bolivia de lo que se podría haber esperado por su escaso grado de desarrollo económico.¹⁴

Dentro de la corriente republicana, pronto emergió como líder Hernán Siles Reyes (1926-1930), quien formó un nuevo partido, el Nacionalista, con jóvenes reformistas, muchos de ellos, de ideas socialistas. En ese grupo se incluían muchos que veinte años más tarde formarían parte del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR). Figuraban el líder de la Federación Universitaria, Enrique Baldivieso, Augusto Céspedes, Carlos Montenegro y Víctor Paz Estenssoro, e incluso se contó en el gobierno con la colaboración del marxista José Antonio Arze, que luego fundaría el Partido de Izquierda Revolucionaria (PIR), de lealtad moscovita. El nacionalismo, sin embargo, fue dominado por su sector más moderado.

En Paraguay, en contraste con Bolivia, las tensiones sociales eran menores y el sindicalismo, muy débil. Con algunas irregularidades, la hegemonía liberal iniciada en 1904 se mantuvo hasta terminada la guerra del Chaco (1932-1935). El Partido Liberal estaba en general dividido en dos facciones, una “de

gobierno” y otra “de oposición”, más principista esta última, como es lógico. Por otra parte, los colorados, cuyo nombre oficial era Asociación Nacional Republicana, se dividían en una mayoría abstencionista (y, por lo tanto, orientada a la revuelta armada) y una minoría “infiltracionista” o colaboradora. Finalmente, se llegó a la guerra bajo la presidencia constitucional de Eusebio Ayala (1932-1936), que reunificó, ante la amenaza externa, a las facciones liberales e intentó establecer un diálogo con sectores colorados más amplios que los que habían participado hasta el momento como minoría tolerada en el Congreso. Esta paz interna no sobreviviría a los trágicos años de la guerra.¹⁵

EL DIFÍCIL APRENDIZAJE CUBANO

En Cuba, el gobierno de orden y progreso de Estrada Palma (1902-1906), primer mandatario independiente, entró en crisis al acercarse el fin de su período, cuando descubrió la necesidad de mantenerse en el poder, para lo cual formó el Partido Moderado y comenzó a hostilizar a los liberales. Los abusos que acompañaron su reelección provocaron una revuelta armada del Partido Liberal, más basado que su opositor en sectores con experiencia en la lucha antiespañola. La situación era delicada, pues, como decía el secretario de Guerra William Taft, especialmente enviado a la isla, en menos de diez días 200 millones de dólares de propiedades yanquis podían convertirse en humo.¹⁶

Para evitar la casi segura victoria de los rebeldes, que podrían producir la chispa de una revolución más allá de sus intenciones, Estados Unidos decidió intervenir ocupando la isla por otros tres años (1906-1909). Las elecciones presidenciales de 1908 dieron la victoria al héroe de la guerra independentista José Miguel Gómez (1909-1913), jefe del Partido Liberal, o más específicamente, de su ala “miguelista”, con mucho arraigo entre la gente de color. Durante su gobierno, tuvo que enfrentar, sin embargo, una rebelión del Partido Independiente de Color, fundado en 1907 y que había sido prohibido por legislación del año 1910, que hacía ilegal la existencia de agrupaciones políticas de tipo étnico, por el peligro de “guerra de colores” que ellas implicaban. Ese partido, por otro lado, amenazaba especialmente las bases de los liberales entre la población humilde, en su mayoría, negra o mulata. La represión fue violenta y costó unas tres mil vidas.

Al finalizar el período de Gómez, la influencia estadounidense lo disuadió de impulsar una reelección, y fue así que el nuevo Partido Conservador (de orígenes moderados) impuso a su candidato, Mario Menocal. Éste buscó monopolizar los cargos públicos entre sus secuaces, obteniendo la reelección en 1916. Pero para asumir su segundo período (1917-1921), tuvo que vencer una revolución liberal que por momentos casi dominó la isla, provocando parciales intervenciones estadounidenses.¹⁷

Durante los años veinte, tanto el aprismo como el comunismo se difundieron mucho en los ambientes intelectuales cubanos, y el sindicalismo tuvo oportunidad de desarrollarse con la formación de entidades nacionales de trabajadores ferroviarios, azucareros y cigarreros, y la organización de la Confederación Nacional Obrera de Cuba (CNOC), muy influenciada por el Partido Comunista. La política nacional era particularmente corrupta, y la potencial alternancia entre conservadores y liberales no entusiasmaba a nadie en la nueva generación que emergía de las universidades, proveniente en gran medida de las antiguas clases altas en descenso social, desplazadas por los inversores estadounidenses y por las continuas crisis de la economía azucarera. Ésta había tenido un momento de gloria durante la guerra, con precios de hasta 22 centavos de dólar por libra en 1922, para bajar catastróficamente ese mismo año a 4 centavos.¹⁸

Lo grave era que Estados Unidos pretendía moralizar a Cuba, lo que era un poco extraño, ya que no hacía lo mismo en sus estados del sur. Es que, como decía el secretario de Estado Bainbridge Colby, “elecciones libres y honestas son esenciales para el mantenimiento de un gobierno adecuado para la protección de la vida, propiedad y libertad individual”.¹⁹ En otras palabras, las elecciones y la libre competencia electoral constituían una garantía contra la insurrección, al canalizar las fuerzas potencialmente involucradas en esa estrategia por vías pacíficas.

En 1924, unas elecciones relativamente libres dieron la victoria al liberal Gerardo Machado, empresario que había hecho una fortuna, con claros antecedentes en la guerra de independencia, lo que no impedía una estrecha cooperación económica e ideológica con el país del norte. Sus primeros años fueron de reformas sociales, pero pronto la crisis de la economía azucarera lo presionaría hacia nuevas soluciones políticas.

AMÉRICA CENTRAL: LA LUCHA DE SANDINO

En Nicaragua se dio una influencia ideológica importante de la Revolución Mexicana, mezclada con ideas apristas y algo de marxismo. Durante los años veinte, una guerra civil de características decimonónicas, que parece extraída de las páginas de Cien años de soledad, enfrentaba a liberales y conservadores. En las fuerzas liberales, militaba al frente de formaciones irregulares Augusto César Sandino, de origen campesino acomodado, pero de descendencia extramatrimonial. De joven se había visto obligado a migrar, trabajando como obrero en varios lugares de América Central y finalmente en la zona petrolera de México. De ahí volvió muy impactado por el fenómeno revolucionario azteca, aunque en un nivel intelectual diverso al de Haya de la Torre. Cuando el líder de las fuerzas liberales llegó a un pacto con su antagonista conservador en 1927, Sandino no quiso deponer las armas y siguió en la lucha solo y con programas más radicalizados, aunque nunca suficientemente estructurados como para formar un partido político.

La guerra civil había causado la intervención de los marines estadounidenses, que tuvieron luego que enfrentar a Sandino en una guerra de proporciones nacionales. Cuando después de un nuevo acuerdo nacional basado en elecciones que dieron el poder a los liberales, en 1933, las tropas de ocupación se retiraron, Sandino se dio por satisfecho y depuso las armas, decidido a colaborar en la reconstrucción democrática del país con el jefe de la Guardia Civil, Anastasio Somoza. La colaboración no duró mucho, y en 1934 Sandino fue asesinado, orientándose el régimen de manera cada vez más represiva, aunque dirigiendo un dinámico proceso de desarrollo económico. Más tarde, nuevos movimientos de protesta radical usarían el nombre y algunas de las ideas de Sandino, aunque en un contexto ya bastante distinto al original.²⁰

En el resto de América Central, los años veinte no fueron demasiado innovadores. En Guatemala, la dictadura desarrollista de Estrada Cabrera terminó por un golpe en 1920, iniciándose un período de alternancias liberal-conservadoras por poco tiempo, pues en 1931, el general Jorge Ubico asumió de manera aún más autoritaria el rol de continuador de la tradición de Barrios y de

Estrada. En Honduras, la alternancia entre nacionales (conservadores) y liberales daba lugar a la larga tiranía de Tiburcio Carías Andino, hombre de orígenes modestos que, ligado al Partido Nacional y fuertemente apoyado por la United Fruit Company, trató de imitar a los otros ejemplos de autoritarismo desarrollista de la zona, terminando en una larga dictadura desde 1932 a 1948. En El Salvador, el continuado desarrollo cafetalero produjo un período de prosperidad para las clases medias y altas, unido al desplazamiento de ocupantes tradicionales de tierras, fenómeno cuyos efectos se incrementaron por la altísima presión demográfica en el país. La crisis del treinta añadiría otro elemento de desarticulación, generando en 1932 una amplia rebelión campesina con participación del Partido Comunista, tema al que volveremos.

LOS DIVERGENTES CAMINOS DE VENEZUELA Y COLOMBIA

En Venezuela, la “dinastía andina” había pasado la corona de Cipriano Castro a Vicente Gómez (1908), que inauguró un período de cerrada represión, centralización y desarrollo económico, facilitado por la puesta en valor de los yacimientos de petróleo durante los años veinte. Hacia el final de esa década, una agitación estudiantil tomó proporciones importantes bajo el liderazgo de la llamada Generación de 1928, de ideas marxistas. En ese grupo se incluían Rómulo Betancourt y el dirigente comunista Gustavo Machado. Betancourt estaba en esa época afiliado al Partido Comunista, y pronto tuvo que emigrar, como los demás miembros de su generación. Más tarde, se convertiría en jefe y principal inspirador de un partido, Acción Democrática (fundado con el nombre de Partido Democrático Nacional en 1937), con ideas y estructuras parecidas a las del aprismo, aunque adaptadas a un país con más homogeneidad social y mucho más desarrollo económico y educacional.²¹

En Colombia, la polaridad conservadora-liberal se volvió a imponer después de la guerra de los Mil Días, ejercida de manera relativamente no violenta, pero con predominio conservador. El liberalismo, en busca de nuevas estrategias, hacia los años veinte comenzó a considerar la necesidad de “socializarse” o, por lo menos, adoptar francamente políticas de reforma social y derecho del trabajo. Por su lado, el conservadurismo consolidaba sus componentes ideológicos católicos, en la línea de la encíclica *Quadragesimo anno* (1931). En círculos independientes juveniles, se difundían ideas socialistas, como se refleja en la tesis de doctorado de Jorge Eliécer Gaitán, *Las ideas socialistas en Colombia*, de 1924.

Gaitán osciló durante mucho tiempo, al igual que gran parte de sus coetáneos, entre la acción socialista independiente y la presión dentro del liberalismo. También existía como alternativa el modelo aprista, que fue uno de los elementos inspiradores cuando mucho más tarde, en 1946, dividiera al Partido Liberal para formar una organización propia bajo liderazgo fuertemente personalista y carismático. Colombia, de todos modos, no ofrecía condiciones favorables para una experiencia aprista, quizá por su estructura social, donde no

abundaban las concentraciones mineras o agroindustriales, e incluso las ciudades importantes eran varias y de tamaño medio, de manera que ni en la capital ni en otros centros se acumulaba, en aquella época, un numeroso proletariado.²²

MUTACIONES IDEOLÓGICAS EN BRASIL: NACIONALISMO Y TENENTISMO

En Brasil, las influencias ideológicas provenientes de otras partes del continente no eran muy fuertes. El esquema monopartidista en cada estado seguía vigente durante los años veinte. Sólo en San Pablo y Río Grande del Sur, dos de los de mayor desarrollo relativo, se daba alguna bipolaridad. En San Pablo, contra el predominio del Partido Republicano Paulista, se erguía el Partido Democrático, una especie de liberalismo progresista o radicalismo. En Río Grande del Sur, estado con estructura social más parecida a la uruguaya, y por lo tanto más pasible de bipartidismo que el resto de Brasil (salvo San Pablo), existía una larga experiencia de luchas civiles y de enfrentamientos republicanos contra las autoridades del imperio, comenzando por los años treinta del siglo XIX. Ahora, el Partido Republicano Riograndense, de tradición positivista, centralista y autoritaria, se enfrentaba al Partido Libertador, federal y más propenso a la agitación popular y a la descentralización tanto a nivel nacional como estadual.²³

En el resto del país, era notable la ausencia de un equivalente de los partidos radicales chileno o argentino, o de un fenómeno como el aprista. Esto iba asociado a la debilidad política de las clases medias y a la canalización de muchas pasiones políticas en el regionalismo. El aparente unipartidismo de casi todos los sistemas estaduais escondía un bipolarismo a nivel nacional, que enfrentaba a una coalición dirigida por San Pablo con otra basada en Minas Gerais. En sectores jóvenes, sobre todo en las clases profesionales y en las Fuerzas Armadas, este sistema estaba cada vez más desacreditado.

Sintomáticamente, la agitación por una renovación se hizo sentir en las filas del ejército, como ya ocurriera en 1889 al declararse la república. Pero esta vez, sobre todo en las camadas de menor graduación, por lo que se lo llamó tenentismo. Una intentona en 1922, por parte de oficiales jóvenes, fue inmediatamente reprimida. Más complejo fue el proceso en 1924, en que un grupo importante, rebelado en San Pablo, controló la ciudad por varios días y luego, ante la superioridad de las fuerzas gobiernistas, se retiró hacia el interior del país, por donde deambuló de lugar en lugar durante tres años, convertido en

la “columna Prestes”, por el nombre del mayor que era su jefe, en ese entonces, de ideología nacionalista. Esa columna, aunque inefectiva militarmente, actuó como factor de conmoción en la vida intelectual y emotiva de toda una generación de jóvenes civiles y militares interesada en protagonizar alguna transformación radical de las condiciones sociales de su país.²⁴

Las ideas con las que operaban eran una combinación aparentemente incongruente si se la juzga con cánones típicos de los países en que esas ideologías habían sido generadas, pero más comprensible si se la ve desde el país receptor. Se mezclaban concepciones democráticas liberales con otras de tipo autoritario de cuño ibérico o mussoliniano, interpretadas éstas como “autoritarismo desarrollista”, o sea, como una generación posterior vio al nasserismo. Ante la dificultad de formar, en un país de la periferia, partidos políticos competitivos y al mismo tiempo eficaces, se favorecía algún elemento de autoritarismo y una representación más genuina a través del corporativismo. Se sostenía que la vigencia de los partidos políticos, bajo las condiciones brasileñas, sólo podía producir el predominio de las oligarquías locales, que a través de sus vastas redes de influencia y patronazgo se las arreglarían aun por largos años para mandar mayorías adictas al Congreso. Como eso era una burla a las instituciones liberales, que en otras partes del mundo habían respondido a una situación social distinta, era mejor usar a las asociaciones empresarias u obreras como vehículos para la representación de intereses. De esta manera se eliminaba no sólo el conservadurismo inmovilista y rural, sino también la previsible demagogia, apenas las masas rurales comenzaran a despertarse, sea en sus lugares de origen o como consecuencia del impacto de la migración urbana.

Ideas de este tipo habían sido elaboradas ya por Alberto Torres, un pensador y practicante político de fuerte raíz liberal, que fue “presidente” (gobernador) del estado de Río de Janeiro (1898-1900) y muy activo en las dos primeras décadas del siglo. En su caso no se puede hablar de influencia fascista, y además, su posición general era de un liberalismo constitucional, y claramente antirracista en su enfoque de uno de los problemas que más preocupaban a la intelligentsia brasileña.²⁵

Su discípulo Francisco José Oliveira Vianna reelaboraría esos planteos, ahora sí bajo el impacto del autoritarismo europeo y con argumentos racistas, supuestamente científicos. Oliveira Vianna, desde su temprano *Populações meridionais do Brasil* (1920), que a pesar de su título en apariencia regional refleja casi todos los puntos de vista que desarrollaría en su vasta obra, se

plantea la lucha contra el predominio de las oligarquías locales, falsamente liberales. Al mismo tiempo, señala Vianna que el mayoritario sector rural agrícola de los estados centrales (a los que se refiere en su libro) provee una masa básicamente dócil, que en principio asegura la estabilidad social, lo que puede ser muy positivo si se evita su instrumentación inmovilista por las oligarquías locales. Algo distinta es la situación en los extremos sur y norte, más ganaderos que agrícolas, donde los gaúchos de Río Grande y los sertanejos del nordeste proveen una base más agresiva de potenciales reclutas para luchas civiles.²⁶

Las ideas de Torres y Oliveira Vianna ya estaban surtiendo efectos entre los sectores políticamente preocupados de la intelligentsia y las clases profesionales, incluso las armadas, durante los años veinte. Luego, durante los treinta, su prestigio se incrementó, sus obras se reimprimieron, y otros escritores siguieron sus pasos, proveyendo las bases de legitimación teórica para el Estado Novo de Vargas.

CHILE ENTRE ALESSANDRI E IBÁÑEZ: PRIMER ROUND

En Chile, el espinel político estaba más completo, “a la europea”, y por lo tanto, el espacio político, ya ocupado por el socialismo y el radicalismo, no dejaba lugar para un aprismo –ni lo hacía necesario–; tampoco para una estructura de integración policlasista de tipo mexicano. Los partidos políticos estaban más claramente ligados a las clases sociales, sobre todo en sus sectores dirigentes y activistas, pues a nivel del electorado, la derecha y el centro incorporaban a algunos sectores bajos de la pirámide social. De lo contrario, nunca podrían haber ganado una elección.

Chile era, en su predominante zona central, una pequeña Europa mediterránea, y en el sur, una Australia lanera y también algo minera, mientras que en el norte tenía elementos de minería de enclave. El temprano anarquismo, el socialismo y sus formas intermediarias (principalmente el sindicalismo revolucionario de inspiración francesa, soreliana) tomaban, bajo las condiciones chilenas, en especial en los extremos norte y sur del país, formas muy confrontacionistas. Una serie de huelgas violentamente reprimidas marcaron los primeros años del siglo, culminando en la célebre matanza de la escuela Santa María, en Iquique (1907).

Recién en 1912, el tipógrafo y periodista Luis Emilio Recabarren, abandonando su larga militancia en el Partido Demócrata, se decidió a formar un Partido Socialista, muy estrechamente ligado a la Federación Obrera. El partido, de todos modos, tardó un buen tiempo en tener una importante presencia electoral, aunque cuando la alcanzó de verdad, recién en los años treinta, bajo sus dos transformaciones, la socialista y la comunista, ocupó con facilidad un tercio del electorado.²⁷

Antes de eso, la masa popular se canalizó durante los años veinte tras las banderas de Arturo Alessandri, un político liberal que dirigía un sector de ese partido, y que aglutinó a los radicales y a los demócratas tras su candidatura presidencial, triunfante en 1920. El León de Tarapacá –así se lo llamaba– manejaba con confianza a un amplio sector popular al que cariñosamente

denominaba “mi querida chusma”, apelativo que no parece haber ofendido a muchos. Entre sus proyectos políticos, figuraba un Código del Trabajo y de seguridad social a la altura de los tiempos, y un Ejecutivo fuerte, que terminara con el empantanamiento de la república parlamentaria inaugurada con la caída de Balmaceda en 1891.

Esta experiencia de parlamentarismo chileno compite con la Tercera y la Cuarta repúblicas francesas en cuanto a ejemplificar las debilidades de un sistema muy desconfiado de las atribuciones presidenciales y excesivamente fragmentado.²⁸ Sin caer en el autoritarismo a la brasileña ni en modelos europeos autoritarios, Alessandri ponía fuerte énfasis en la necesidad de robustecer la presidencia para poder gobernar y darle a la economía la necesaria dosis de dirigismo estatal, si es que ésta iba a pasar de la etapa agraria y minera a la industrial. Su programa enfrentó una fuerte resistencia, tanto de los sectores conservadores tradicionales como de la mayoría de su propio Partido Liberal, y también de la izquierda socialista, que temía un excesivo intervencionismo del gobierno en los sindicatos.²⁹

En 1924, se dio una interrupción del proceso constitucional chileno, por obra de las Fuerzas Armadas, en un complejo proceso en el cual convergieron dos sectores de uniformados. Uno, principalmente de alta graduación, buscaba controlar lo que consideraba excesos demagógicos del presidente y, además, mejorar los propios sueldos. El otro, que incluía a los coroneles Carlos Ibáñez y Marmaduke Grove y a sectores más jóvenes, quería, por el contrario, asegurar las reformas propuestas por Alessandri, obstaculizadas por un Congreso aún dominado por los partidos tradicionales. Este último grupo, en alguna medida, era el equivalente de los tenentes brasileños, y sus concepciones ideológicas no les iban muy a la zaga en cuanto a eclecticismo.

Ibáñez pronto se reveló como la principal fuerza durante el régimen militar, buscando reproducir de la manera más fiel posible el ejemplo mussoliniano y desplazando a su rival Grove. Reprimió fuertemente al movimiento obrero marxista, intentó crear nuevos sindicatos oficiales o cooptar a algunos de los existentes, y organizó una fuerza política nueva, la Unión Social Republicana de Asalariados de Chile (USRACH) para legitimarse por el voto. En un país distinto, podría haber protagonizado una versión temprana del varguismo, pero no pudo ser. El sistema reaccionó, tanto por su derecha como por su izquierda y su centro, y combinándose con la crisis económica de 1930, derribó al dictador.³⁰

Nada quedó del intento del nuevo partido autoritario popular ideado por Ibáñez. Después de un breve episodio de república socialista, protagonizado por un sector militar que incluía a Grove, se volvió a la normalidad, con un Alessandri ahora más moderado accediendo a la presidencia (1932-1938), apoyado por una parte de la derecha y por el radicalismo. En la izquierda, ahora la principal fuerza era un socialismo renacido, dirigido de manera bastante personal y algo populista por Marmaduke Grove, caso extraño, aunque no único, de una izquierda dirigida por un militar. Paralelamente, se reorganizaba con rapidez el Partido Comunista, que pronto se convertiría en el principal representante del sector sindicalizado del país.³¹

EVOLUCIÓN POLÍTICA EN ARGENTINA: EL RADICALISMO

Si Chile tenía elementos australianos en el sur, Argentina era, directamente, una Australia italiana, o podría haberlo sido con un poco más de suerte. La diferencia estribaba, entre otras cosas, en que los que inmigraban a Australia llegaban todos del país industrialmente más desarrollado de la época y no perdían la nacionalidad al desembarcar. La transición a la independencia fue allí muy gradual y se dio bajo el control de las instituciones británicas. El trasplante, a pesar de ser transoceánico, era casi como una migración interna, una mutación de sectores del propio país en tierras nuevas.

En Argentina, en cambio, grandes masas de gente, equivalentes en proporción a las que inundaban Australia, llegaban sin más protección que la escasa que les daban sus consulados, que de todos modos no estaban dispuestas a perder a cambio de la muy teórica que les otorgarían las leyes argentinas. Por otra parte, los inmigrantes europeos venían con la aristocracia de la piel, o sea, eran blancos en un país aún muy mestizo, lo que los colocaba en una posición de estatus superior al de la mayoría de la población, compuesta por gauchos, orilleros y otros trabajadores manuales del campo y la ciudad. El inmigrante podía incluso con facilidad igualarse o superar a la clase media decadente del interior.

No era ése el caso en Estados Unidos. Allá, aparte de que el porcentaje de extranjeros nunca llegó ni a la mitad del de Argentina, los italianos, irlandeses y europeos del sur y del este se quedaban en los escalones más bajos de la pirámide social, superando solamente a los negros. No sólo la clase media de old yankees, sino también la misma clase obrera nativa, ya sindicalizada en buena medida, ocupaban posiciones por encima del recién llegado.

Por otra parte, las instituciones estadounidenses, aunque lejos de ser perfectas, daban muchas más garantías que las argentinas, y eran capaces de imponer sus reglas a los nuevos pobladores. El resultado fue que éstos, estimulados por los partidos políticos, en su gran mayoría adoptaban la ciudadanía de Estados Unidos, necesaria para acceder a ciertos privilegios. Si algo parecido no ocurría en Argentina, no era porque los partidos políticos locales fueran menos

imaginativos en buscar adherentes, sino porque básicamente los extranjeros preferían no perder su propia nacionalidad.

Cierto es que también en la elite política argentina había sectores que temían una excesiva afluencia de nuevos ciudadanos que podrían trastocar el sistema existente o introducir ideologías revolucionarias. Pero una inspección de la literatura de la época demuestra que, aparte de eso, en las colectividades recién llegadas había mucha resistencia a la incorporación política. Por otra parte, la no nacionalización era característica no sólo de los sectores más pobres de la inmigración, sino también de aquellos, muy numerosos, que accedían a posiciones burguesas, y contra ellos, las resistencias del régimen no podrían haber tenido éxito si realmente hubieran deseado adoptar la ciudadanía.

Un resultado adicional de la situación del extranjero en Argentina era un cierto desprecio por parte de éste al país de recepción, y ese desprecio se transmitió por una generación o dos a sus descendientes, aunque generando a veces como reacción una autovaloración excesiva. De aquí a toda una literatura sobre desarraigo y falta de identidad nacional, hay sólo un paso. El problema que se da en la mayor parte de los países de inmigración, es decir, el de la integración del extranjero en el país, se daba en Argentina al revés. No era el nativo quien discriminaba al extranjero, sino al contrario. Los que tenían un problema eran los nativos de raíz criolla, cuya integración al nuevo país creado por los recién venidos era más que problemática. Claro que por encima de todos estaba la clase alta nativa y algunos de sus representantes cultos que miraban a los extranjeros con un cierto desprecio. Pero la mayoría de éstos se vengaba mirando desde igual posición a la masa de “criollos”, por la cual no podía sentir esa mezcla de envidia y respeto que los que arribaban a las costas del país del norte sentían por los old yankees.

En suma, puede decirse que la amalgama social de los extranjeros en el país fue exitosa, pues ellos sufrieron muy poca discriminación social por parte de grupos significativos, y, en todo caso, más bien la ejercieron. En cambio, la amalgama política sí dejó que desear, porque al no asumir la ciudadanía, dejaron con debilitada representación a las dos clases más estratégicas para un desarrollo institucional en un país capitalista, a saber, la burguesía y la clase obrera urbanas.³²

En relación con la clase obrera, las características “australianas” de Argentina hubieran hecho pensar en el desarrollo de un partido laborista o socialista de

orientación reformista y fuertes vínculos sindicales. O sea, una versión más sólida de lo que pasaba en Chile. En cambio, lo que ocurrió fue un temprano predominio anarquista y la formación de un Partido Socialista sin suficientes vínculos orgánicos con la masa de sus simpatizantes, que no tenían el voto.

Se daba una paradoja en lo relativo al esquema ideológico partidario. Por un lado, la enorme preponderancia de los extranjeros o sus hijos en la zona próspera del país hacía que las actitudes políticas fueran una reproducción muy estrechamente calcada de las que imperaban en Europa. Pero por el otro lado, el país político era mucho más arcaico que el país productivo, y en el aún bastante vasto interior, las cosas eran muy distintas. Cuando ese interior se volcara sobre la Pampa Húmeda y sus ciudades, la transformación del electorado incorporaría elementos más nacionales, o nacionalistas, a sus posibles prácticas políticas.³³

El radicalismo argentino también se enfrentaba con un electorado más arcaico que lo que el desarrollo económico del país permitiría suponer. Fue así que mantuvo componentes carismáticos, caudillistas y tradicionales en mucho mayor medida que sus pares chilenos. Su incorporación al sistema político, por otra parte, fue más traumática, acompañada de intentos revolucionarios. La transformación del régimen político argentino en sentido democrático fue obra del último presidente del Ancien Régime, Roque Sáenz Peña, quien, habiendo accedido al poder por vía del fraude, impuso el sufragio secreto, la representación de las minorías y un recuento honesto de las voluntades populares. Por supuesto que creía que a pesar de eso iba a ganar, al precio de darles a los opositores –radicales o socialistas– una buena bancada parlamentaria.

Roque Sáenz Peña pensaba que los opositores se basaban en minorías activistas, pero que la masa de la población, sobre todo la humilde del interior, seguiría votando, aun en libertad, por sus superiores jerárquicos. Eso sí: era necesario forzarla a concurrir a las urnas, y de ahí la decisión de incluir en la ley la obligación de votar.

Es significativo que en la campaña electoral de Sáenz Peña, realizada en la segunda mitad de 1910, se enfatizaran tres obligaciones como bases de una reconstrucción política nacional. La ya tradicional obligatoriedad de la educación siempre había tenido la función latente de incorporar a los grupos extranjeros a los valores nacionales, para evitar la conversión del país en un conjunto de factorías extranjeras que podrían el día menos pensado solicitar

protección armada a sus países de origen, como habían hecho los texanos. La segunda obligación, establecida de manera reciente, era la del servicio militar, también pensado no sólo para tener una fuerza armada considerable, sino además para nacionalizar y homogeneizar mentalmente a los reclutas, sacándolos del exclusivo ambiente de sus familias y comunidades de paesani. La tercera obligación, que era la novedad introducida por Sáenz Peña y sus asesores, era la del voto, para incorporar también a los estratos más bajos y rurales de la población a la problemática nacional, superando el regionalismo y la apatía.³⁴

En los primeros años del siglo, por otra parte, la amenaza revolucionaria era bastante más alta en Argentina que lo que una mirada retrospectiva excesivamente impactada por la saga de los ganados y las mieses podría concebir. De hecho, la prosperidad alcanzada por el país y por gran parte de su población fue espectacular, y puso a Argentina, ya algo avanzado el siglo, en la lista de los ocho o diez países con más alto ingreso per cápita del mundo. Pero en el momento, las tensiones y los costos de la saga eran muy altos. Para los inmigrantes, el trauma del traslado era difícil de imaginar, y producía en períodos de baja de la coyuntura económica masas de desocupados, muchos de ellos, hombres solos sin sus familias, fácilmente conquistables por los anarquistas, sobre todo cuando les hablaban en su propio idioma.

Se daba, entonces, una importante masa urbana sin nacionalidad ni voto, pero dispuesta a la protesta, eventualmente violenta, y quizás a converger con las minorías de activistas de izquierda o bien con los radicales, que continuamente ensayaban alguna insurrección armada. Para dar salida a estas presiones, los reformistas conservadores pensaban que no había nada mejor que establecer el voto genuino, separando así a los sectores moderados de los más extremistas. También convendría, en esta perspectiva, facilitar la adopción de la ciudadanía por parte de los inmigrantes más asentados y económicamente prósperos, lo cual no se pudo hacer, en parte por las resistencias de ciertos sectores de las elites, pero sobre todo por la renuencia de los propios interesados, como se señaló antes.³⁵

No es imposible que el ejemplo mexicano haya ejercido un rol importante en acelerar la conversión a la apertura de un buen sector de la dirigencia conservadora argentina. El porfiriato era una versión algo más rígida del unicato argentino, igualmente basada en una concepción liberal conservadora de inspiración positivista, decidida a modernizar al país bajo rígidos controles de la elite. En Argentina, a diferencia de México, se había establecido la no

reelección, lo que daba más elasticidad al sistema, aunque lo podía desestabilizar por las constantes crisis de sucesión. También es cierto que el nivel de vida en Argentina era mucho más alto que en México, pero no era tan obvio que eso constituyera una garantía contra la revolución.

El general Roca, elder statesman del país, ya en sus últimos años, se demostró preocupado por el ejemplo mexicano, donde una especie de radical, Francisco Madero, encendió la mecha, y enseguida los anarquistas y las masas campesinas e indígenas proveyeron materiales combustibles que superaron las previsiones de los iniciadores de la protesta civil. En Argentina no faltaban anarquistas, y en vez de indígenas, había inmigrantes europeos, lo que bien podía ser aún peor desde la perspectiva conservadora.³⁶

El hecho es que el conservadurismo argentino tuvo desde entonces dos variantes: la aperturista, representada en 1916, cuando correspondió celebrar las primeras elecciones presidenciales genuinas, por el Partido Demócrata Progresista, liderado por Lisandro de la Torre; y la tradicionalista, fuerte en la provincia de Buenos Aires con el Partido Conservador de Marcelino Ugarte. Sus disensiones facilitaron la victoria de Hipólito Yrigoyen, al frente de una Unión Cívica Radical (UCR) hegemónizada por su sector “intransigente”, y de la cual habían sido radiados los elementos más moderados, seguidores de Bernardo de Irigoyen (no emparentado con Hipólito).

En el poder, el radicalismo, aunque no se pueda decir que haya sido revolucionario de manera alguna, era reformista y suficientemente movilizador y agitador de las masas como para que los conservadores durmieran tranquilos. Ciertamente éstos tenían un sueño liviano, pero hay que ponerse en la perspectiva de la época para comprender su alarma ante la súbita invasión de las ciudadelas del poder por parte de gente nueva con capacidad de movilizar a las masas. El radicalismo argentino hubiera sido por cierto mucho más moderado, y también más fuerte, si hubiera englobado a importantes segmentos de la burguesía urbana. Pero éstos, extranjeros en su enorme mayoría, estaban alejados del sistema partidario y observaban desde afuera lo que ocurría en el extraño “país político”.³⁷

EL MODELO URUGUAYO

En Uruguay, ya desde fines del siglo XIX, se había formado dentro del Partido Colorado un grupo más avanzado, dirigido por José Batlle y Ordóñez, hijo de un militar, también colorado, que fue presidente de la república. El sector que él dirigió, que llegó a ser conocido como batllismo, es a menudo considerado como el equivalente uruguayo del yrigoyenismo. En realidad hay bastantes diferencias, y en todo caso, si se quiere establecer una comparación regional, hay más cercanía con el radicalismo chileno, aunque de todos modos, sin reproducirlo con demasiadas semejanzas.

En alguna medida, el coloradismo, siempre lleno de corrientes diversas, como partido en su conjunto se parece más al liberalismo o al mitrismo argentino, pero con mayor capacidad de mantener en su propio seno a sectores “radicales”. Es preciso también señalar que el Partido Colorado es el que había ejercido el poder desde 1865, incluyendo el período militarista de Lorenzo Latorre y Máximo Santos (1876-1886). O sea, que sería al mismo tiempo “régimen” y “causa” (como los radicales argentinos denominaban al gobierno oligárquico y a su movimiento, respectivamente). Batlle comenzó su cursus honorum dentro del “régimen”, llegando a desempeñar cargos de jefe político de un departamento en 1887, siendo luego senador, presidente del Senado y muy bien vinculado con el presidente colorado Lindolfo Cuestas (1897-1903).

En 1903, ante la usual crisis de sucesión, las fuerzas renovadoras se impusieron en el partido, y Batlle fue elegido presidente por un congreso emergido del voto no secreto, que según la Constitución era el encargado de designar al Ejecutivo. Las negociaciones que llevaron a formar una mayoría favorable a Batlle son dignas de figurar en la antología mundial de las transacciones políticas.³⁸

De hecho, en el Uruguay posterior al eclipse del militarismo, la bipolaridad entre colorados y blancos escondía una proliferación de cinco o seis facciones, no de manera muy diversa ni más personalizada que la que enfrentaba en la Inglaterra del siglo XVIII a whigs y tories. El Ejecutivo era impotente ante un Congreso en que esas facciones estaban representadas, y donde el respeto al adversario se

basaba en la capacidad de éste de levantar fuerzas y organizar una rebelión armada en caso de verse excesivamente pisoteado en sus derechos.

El acuerdo posterior a las rebeliones de Aparicio Saravia, conocido como “coparticipación” –por la que se entregaba el control de algunos departamentos a la oposición–, tenía como resultado, si no como objeto, justamente facilitar a cada grupo el alzamiento sobre la base de policías y guardias penitenciarios locales.

Una de las primeras tareas del nuevo gobierno colorado de Batlle fue vencer la rebelión de Aparicio Saravia, que duró varios meses (1903-1904) y terminó con la muerte en combate del caudillo, con miles de víctimas entre muertos y heridos. Una vez consolidado militarmente, Batlle terminó con el sistema de coparticipación, eliminando las jefaturas políticas departamentales del Partido Nacional, salvo dos reservadas para una de sus facciones, con la que estaba aliado.

Pudo luego dedicarse a ciertas mejoras sociales, aunque en su primer período no avanzó demasiado en ese frente. Comenzó a obtener, de todos modos, simpatías entre sectores sindicales y aun entre anarquistas y socialistas. En este sentido, el batllismo tuvo, como el radicalismo chileno, un componente de izquierda bastante marcado, y quizá por eso se demoró durante mucho tiempo la formación de un movimiento explícitamente socialista con alguna fuerza en las urnas.

La elección de 1907, canónicamente, le correspondió a un reemplazante provisorio, Claudio Williman, que de manera disciplinada a los cuatro años le devolvió el puesto a Batlle. El segundo período de gobierno de éste (1911-1915) fue el más clásico, y permitió avanzar en reformas sociales en el campo de la educación, la laicización y la seguridad social. Se plantearon proyectos de aumentar el rol del Estado en el manejo de ciertos sectores productivos o de servicios, trayendo sobre Batlle la acusación de “socialista”, que desde entonces fue usual entre las fuerzas conservadoras y los observadores extranjeros.³⁹

Al terminar su segundo mandato ya no era tan fácil mantener el sistema de las rotaciones, y Batlle ideó un Poder Ejecutivo Colegiado, rotando cada año entre sus miembros el primer puesto, como en Suiza. Esto podía interpretarse como un avance democrático, pero también como un intento de romper la silla presidencial para que nadie más la ocupara y no le pudiera hacer sombra,

permitiéndole de esta manera seguir controlando el poder desde su posición de jefe de partido.

La idea era elegir un cuerpo de nueve miembros, todos del partido mayoritario, que luego se renovarían de a uno cada año. Esto garantizaría una larga hegemonía colorada, pues se daba por descontado que la primera elección, por lo menos, sería ganada por ese partido.

El proyecto de cambio constitucional, de todos modos, no tuvo éxito, pues en la elección de 1916 para designar la Convención Constituyente, las fuerzas opuestas al Colegiado, que incluían a todo el Partido Nacional y una buena parte del Partido Colorado, obtuvieron un amplio triunfo. Sin embargo, como resultado de una transacción política, se aprobó una posición intermedia. Se establecería un Consejo Nacional de Administración, con dos tercios de miembros por la mayoría, que controlaría varios ministerios técnicos, pero el presidente designaría a los secretarios de Guerra, Relaciones Exteriores e Interior. Además, se sancionaron el sufragio secreto y una representación de un tercio de legisladores para la minoría en cada departamento. El sucesor de Batlle, de su propio partido, pero más moderado, fue Feliciano Viera (1915-1919), que planteó la necesidad de frenar las reformas, con lo que su período en el gobierno fue llamado el “alto de Viera”, que tranquilizó a la derecha y al empresariado.⁴⁰

Los gobiernos de los años veinte fueron de predominio colorado, aunque con participación blanca en el Consejo de Administración. En 1927, asumió la presidencia Juan Campisteguy, de antigua militancia batllista, pero ahora reorientado hacia posiciones moderadas, y bien vinculado con las Fuerzas Armadas. Comenzaban a circular rumores sobre posibles intervenciones militares. La derecha económica y los correspondientes sectores en los partidos tradicionales buscaron una reforma constitucional que eliminara el Colegiado, al que culpaban de imposibilitar una conducción firme de la economía del país. La venida de la crisis daría mayor vigencia a sus argumentos.

¹ Véanse [Juan Gómez Quiñones, Porfirio Díaz, los intelectuales y la revolución, México, El Caballito, 1981; James D. Cockcroft, Intellectual Precursors of the Mexican Revolution, 1900-1913, Austin, University of Texas Press, 1968 \[trad. esp.: Precursores intelectuales de la revolución mexicana, México, Siglo XXI, 1999\]. La tradición yorkina, de un liberalismo populista, semejante a la del](#)

federalismo argentino pero más anticlerical, o a la de los “pipiolos” chilenos, era particularmente fuerte en México y había signado las primeras décadas de la República.

² John M. Hart, El anarquismo y la clase obrera mexicana, 1860-1931, México, Siglo XXI, 1980.

³ François-Xavier Guerra, México, del Antiguo Régimen a la Revolución, 2 vols., México, Fondo de Cultura Económica, 1988; Alan Knight, The Mexican Revolution, 2 vols., Cambridge, Cambridge University Press, 1986 [trad. esp.: La Revolución mexicana, México, Fondo de Cultura Económica, 2011]; Ramón Ruiz, The Great Rebellion. Mexico, 1905-1924, Nueva York, Norton, 1980 [trad. esp.: México, la gran rebelión, 1905-1924, México, Era, 1984]; Stanley Ross, Francisco I. Madero. Apostle of Mexican Democracy, Nueva York, Columbia University Press, 1955 [trad. esp.: Francisco I. Madero. Apóstol de la democracia mexicana, México, Grijalbo, 1959]; Fabio Barbosa Cano (comp.), La CROM, de Luis Morones a A. J. Hernández, Puebla, Universidad Autónoma de Puebla, 1980; Rosendo Salazar, La Casa del Obrero Mundial, México, B. Costa-Amic, 1962.

⁴ Héctor Aguilar Camín, La frontera nómada, México, Siglo XXI, 1977; John Womack, Zapata y la Revolución Mexicana, México, Siglo XXI, 1969; Enrique Krauze, Venustiano Carranza. Puente entre siglos, México, Fondo de Cultura Económica, 1987.

⁵ Enrique Semo et al. (comps.), Historia de la cuestión agraria mexicana, 4 vols., México, Siglo XXI-Centro de Estudios de Historia del Agrarismo en México, 1988; Barry Carr, El movimiento obrero y la política en México, 1910-1929, 2 vols., México, SepSetentas, 1976.

⁶ Jean Meyer, La Cristiada, 3 vols., México, Siglo XXI, 1973-1974; Enrique Krauze, Plutarco Elías Calles. Reformar desde el origen, México, Fondo de Cultura Económica, 1987.

⁷ Pablo González Casanova, La democracia en México, México, Era, 1965; José Luis Reyna y Richard S. Weinert (comps.), El autoritarismo en México, México, s. e., 1981; Enrique Krauze, Caudillos culturales en la Revolución Mexicana, México, Siglo XXI, 1976; José Vasconcelos, Memorias [1936-1939], 2 vols., México, Fondo de Cultura Económica, 1982; Roderick Camp, Intellectuals and

the State in Twentieth Century Mexico, Austin, University of Texas Press, 1985 [trad. esp.: Los intelectuales y el Estado en el México del siglo XX, México, Fondo de Cultura Económica, 1988].

⁸ Véase Robert A. Dahl (comp.), Regimes and Oppositions, New Haven, Yale University Press, 1973.

⁹ Luis A. Sánchez, Haya de la Torre y el APRA, Santiago de Chile, Pacífico, 1955; Felipe Cossío del Pomar, Haya de la Torre, el indoamericano, 2a ed., Lima, Nuevo Día, 1946; Eugenio Chang-Rodríguez, La literatura política de González Prada, Mariátegui y Haya de la Torre, México, Studium, 1957; Julio Cotler, Clases, Estado y nación en el Perú, 4a ed., Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1987.

¹⁰ Víctor Raúl Haya de la Torre, Obras completas, 7 vols., Lima, García Baca, 1976-1977. Una buena síntesis se encuentra en su libro Treinta años de aprismo, México, Fondo de Cultura Económica, 1956. Véanse también Harry Kantor, Ideología y programa del movimiento aprista, México, Humanismo, 1955; Robert Alexander (ed.), Aprismo. The Ideas and Doctrines of Víctor Raúl Haya de la Torre, Kent, Ohio, Kent State University Press, 1973; Thomas M. Davies y Víctor Villanueva (comps.), Trescientos documentos para la historia del APRA, Lima, Horizonte, 1978.

¹¹ José Carlos Mariátegui, Obras, 2 vols., La Habana, Casa de las Américas, 1982; José Aricó (comp.), Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano, México, Pasado y Presente, 1980; Sheldon B. Liss, Marxist Thought in Latin America, Berkeley, University of California Press, 1984.

¹² José Carlos Mariátegui “Sentido heroico y creador del socialismo”, en Defensa del marxismo, 11a ed., Lima, Amauta, 1981, pp. 71-74. Este libro póstumo reúne artículos escritos durante la década de los años veinte.

¹³ José Carlos Mariátegui “Henri de Man y la ‘crisis’ del marxismo”, en Defensa del marxismo, op. cit., pp. 19-23; “El problema de las elites”, en Variedades, Lima, 7 de enero de 1928, reproducido en El alma matinal y otras estaciones del hombre de hoy, 7a ed., Lima, Amauta, 1981, pp. 48-53.

¹⁴ Enrique Finot, Nueva historia de Bolivia (ensayo de interpretación sociológica), 7ª ed., Buenos Aires, Publicaciones de la Fundación Universitaria Simón Patiño, 1946; Mariano Baptista Gumucio, Historia contemporánea de

Bolivia, 1930-1978, 3a ed., La Paz, Gisbert y Cía., 1980; Herbert Klein, Orígenes de la revolución nacional boliviana. La crisis de la generación del Chaco, La Paz, Juventud, 1968; Andrés de Santa Cruz Schuhkrafft, Cuadros sinópticos de los gobernantes de la República de Bolivia y de la del Perú, La Paz, Fundación Universitaria Simón Patiño, 1956.

¹⁵ Policarpo Artaza, Ayala, Estigarribia y el Partido Liberal, Buenos Aires, Ayacucho, 1946.

¹⁶ Citado en Louis A. Pérez Jr., Cuba under the Platt Amendment, 1902-1934, Pittsburgh, Pittsburgh University Press, 1986, p. 104; véase también Allan Reed Millett, The Politics of Intervention. The Military Occupation of Cuba, 1906-1909, Columbus, Ohio State University Press, 1968.

¹⁷ John Dumoulin, Azúcar y lucha de clases, 1917, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1980.

¹⁸ Julio Antonio Mella, Qué es el ARPA [sic] [México, 1928], Lima, Editorial Educación, 1975; Erasmo Dumpierre, Mella, esbozo biográfico, La Habana, Academia de Ciencias de Cuba, 1965; Sheldon B. Liss, Roots of Revolution. Radical Thought in Cuba, Lincoln, University of Nebraska Press, 1987.

¹⁹ Citado por Pérez, Cuba under the Platt Amendment, p. 181; véanse también su Army Politics in Cuba, 1898-1958, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1976, y Jorge Domínguez, Cuba. Order and Revolution, Cambridge, (MA)., Belknap Press, 1978.

²⁰ William Kamman, A Search for Stability. United States Diplomacy toward Nicaragua, 1925-1933, Notre Dame, University of Notre Dame Press, 1968; Sergio Ramírez, El pensamiento vivo de Sandino, 2a ed., Caracas, Centauro, 1981; Gregorio Selser, Sandino. General de hombres libres, reed., Buenos Aires, Abril, 1984.

²¹ Arturo Sosa Abascal et al., Gómez, gomecismo y antigomecismo, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1987; Luis Salamanca (comp.), Los pensadores positivistas y el gomecismo, 3 vols., Caracas, Congreso de la República, 1983; Arturo Sosa Abascal y Eloi Lengrand, Del garibaldismo estudiantil a la izquierda criolla. Los orígenes marxistas del proyecto AD, 1928-1935, Caracas, Centauro, 1981; Robert Alexander, Rómulo Betancourt and the Transformation of Venezuela, New Brunswick, Transaction Books, 1982;

Rómulo Betancourt, Venezuela. Política y petróleo, México, Fondo de Cultura Económica, 1956.

²² Gerardo Molina, Las ideas liberales en Colombia, 3 vols., Bogotá, Tercer Mundo, 1970-1977; Roberto Herrera Soto (comp.), Antología del pensamiento conservador en Colombia, 2 vols., Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1982.

²³ José Ênio Casalecchi, O Partido Republicano Paulista, 1889-1926, San Pablo, Brasilense, 1987; Alfredo Varela, Revoluções cisplatinas. A República Riograndense, 2 vols., Porto, Chardron, 1915.

²⁴ Maria Cecília Spina Forjaz, Tenentismo e Aliança Liberal, 1927-1930, San Pablo, Polis, 1978; Paulo Sérgio Pinheiro, Estratégias da ilusão. A revolução mundial e o Brasil. 1922-1935, San Pablo, Companhia das Letras, 1991; Edgard Carone, O tenentismo, San Pablo, Difel, 1975.

²⁵ Alberto Torres, A organização nacional [1914], 2a ed., San Pablo, Editora Nacional, 1938, y O problema nacional brasileiro [1914], San Pablo, Editora Nacional, 1938; Barbosa Lima Sobrinho, Presença de Alberto Torres, Río de Janeiro, Civilização Brasileira, 1968.

²⁶ Francisco José Oliveira Vianna, Evolução do povo brasileiro, San Pablo, Monteiro Lobato, 1923 [trad. esp.: Evolución del pueblo brasileño, Buenos Aires, Mercatali, 1937]; O idealismo da Constituição, 2a ed., San Pablo, Editora Nacional, 1939, e Instituições políticas brasileiras [1949], 2a ed., 2 vols., Río de Janeiro, José Olympio, 1955.

²⁷ Hernán Ramírez Necochea, Historia del movimiento obrero en Chile. Antecedentes, siglo XIX, Santiago de Chile, Austral, 1956; Alejandro Witker, Los trabajos y los días de Recabarren, México, Nuestro Tiempo, 1977.

²⁸ Jaime Eyzaguirre, Chile durante el gobierno de Errázuriz Echaurren, 1896-1901, 2a ed., Santiago de Chile, Zig Zag, 1957; Julio Heise González, Historia de Chile. El período parlamentario, 2a ed., Santiago de Chile, Andrés Bello, 1987.

²⁹ Arturo Alessandri, Recuerdos de gobierno, 3 vols., Santiago de Chile, Nacimiento, 1967; Ricardo Donoso, Alessandri. Agitador y demoleedor, 2 vols., México, Fondo de Cultura Económica, 1952-1954; Claudio Orrego et al., Siete

ensayos sobre Arturo Alessandri Palma, Santiago de Chile, Instituto Chileno de Estudios Humanísticos, 1979; René Millar Carvalho, La elección presidencial de 1920, Santiago de Chile, Universitaria, 1981.

³⁰ Ernesto Wurth Rojas, Ibáñez, caudillo enigmático, Santiago de Chile, Del Pacífico, 1958; René Montero Moreno, La verdad sobre Ibáñez, Buenos Aires, Freeland, 1953; George Strawbridge, Ibáñez and Alessandri. The Authoritarian Right and the Democratic Left in XXth Century Chile, Buffalo, SUNY Press, 1971.

³¹ Frederick Nunn, Chilean Politics, 1920-1931. The Honorable Mission of the Armed Forces, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1970; Ignacio Sosa, Conciencia y proyecto nacional en Chile, 1891-1973, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1981; Carlos Charlín, Del avión rojo a la República Socialista, Santiago de Chile, Quimantú, 1972.

³² Hilda Sabato y Ema Cibotti, “Inmigrantes y política: un problema pendiente”, en Estudios Migratorios Latinoamericanos, núm. 2, 1986, y Hacer política en Buenos Aires: los italianos en la escena pública porteña, 1860-1880, Buenos Aires, Cisea-Pehesa, 1988; Hebe Clementi, El miedo a la inmigración, Buenos Aires, Leviatán, 1984; Carl Solberg, Immigration and Nationalism: Argentina and Chile, 1890-1914, Austin, University of Texas Press, 1970; Fernando Devoto, Historia de la inmigración en la Argentina, Buenos Aires, Sudamericana, 2003; Federica Bertagna, La stampa italiana in Argentina, Roma, Donzelli, 2009.

³³ Karen L. Remmer, Party Competition in Argentina and Chile. Political Recruitment and Public Policy, 1890-1930, Lincoln, University of Nebraska Press, 1984.

³⁴ Alfredo Díaz de Molina, José Figueroa Alcorta. De la oligarquía a la democracia. 1898-1928, Buenos Aires, Panedille, 1979; Alfredo Etkin, Bosquejo de una historia y doctrina de la Unión Cívica Radical, Buenos Aires, Ateneo, 1928; Manuel Gálvez, Vida de Hipólito Yrigoyen, Buenos Aires, Club de Lectores, 1976.

³⁵ Iaacov Oved, El anarquismo y el movimiento obrero en la Argentina, México, Siglo XXI, 1978.

³⁶ Plácido Grela, El grito de Alcorta. Historia de la rebelión campesina de 1912,

Rosario, Tierra Nuestra, 1958; Miguel Ángel de Marco y Oscar Luis Ensinck, Historia de Rosario, Rosario, Museo Histórico Provincial de Rosario, 1978.

³⁷ Ricardo Caballero, Hipólito Yrigoyen y la revolución radical de 1905, Buenos Aires, Libros de Hispanoamérica, 1975; Roberto Etchepareborda, Tres revoluciones. 1890, 1893, 1905, Buenos Aires, Pleamar, 1968; David Rock, El radicalismo argentino: 1890-1930, Buenos Aires, Amorrortu, 1977; Hebe Clementi, El radicalismo. Nudos gordianos de su economía, Buenos Aires, Siglo Veinte, 1982, y El radicalismo. Trayectoria política, Buenos Aires, Siglo Veinte, 1982; Leonardo Paso, Historia del origen de los partidos políticos en la Argentina, 1810-1918, Buenos Aires, Centro de Estudios, 1972.

³⁸ Véase Milton I. Vanger, José Batlle y Ordóñez, el creador de su época, 1902-1907, Buenos Aires, Eudeba, 1968, caps. 2-4.

³⁹ Véanse, por ejemplo, las opiniones de los representantes británicos al finalizar la década de 1920, en Gerardo Caetano y Raúl Jacob, El nacimiento del terrismo, 1930-1933, 2 vols., vol. I, Montevideo, Banda Oriental, 1989, cap. 14; Jorge Balbis et al., El primer batllismo. Cinco enfoques teóricos, Montevideo, Banda Oriental, 1985.

⁴⁰ Milton I. Vanger, El país modelo, Montevideo, Banda Oriental, 1982; José Pedro Barrán y Benjamín Nahum, Historia rural del Uruguay moderno, 7 vols., Montevideo, Banda Oriental, 1967-1978, y Batlle, los estancieros y el imperio británico, 7 vols., Montevideo, Banda Oriental, 1985-1986.

III. LA EMBESTIDA MILITAR Y CORPORATIVISTA: DESDE LOS AÑOS TREINTA HASTA LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

ARGENTINA EN LA DÉCADA INFAME

El año 1930 es cardinal en la historia latinoamericana, por la cantidad de cambios de gobierno producidos en ese momento o en su cercanía, como resultado de la crisis económica. Los cambios, de todos modos, fueron de tipo muy distinto en los diversos países. El caso de Argentina es típico de la imagen que se tiene de lo ocurrido ese año. Un gobierno popular fue derribado por una intervención militar apoyada por las clases conservadoras que intentaron crear un sistema de gobierno que no dependiera de las elecciones, adoptando el modelo corporativista impuesto en Italia. El radicalismo, en el poder desde 1916, había erosionado muy fuertemente las bases del apoyo partidario conservador, ayudándose en varios casos con intervenciones federales a las provincias.

La derecha ya se había presentado dividida en 1916, como se vio en el anterior capítulo, y siempre había tenido una estructura federativa con partidos locales muy autónomos. Esta característica se robusteció con la desbandada producida por la pérdida del poder. El radicalismo, por otra parte, generó, como para reemplazar al languideciente conservadurismo, un ala moderada, la llamada antipersonalista, o sea, antiyrigoyenista. Su inspirador fue el sucesor de Yrigoyen, Marcelo T. de Alvear, que a los dos años de asumir la presidencia prohió la escisión de quienes fueron sintomáticamente llamados “galeritas”. Yrigoyen, al finalizar el mandato de su sucesor (1928), se hizo reelegir, y la principal oposición en las urnas fue la presentada, sin éxito, por el radicalismo antipersonalista.

Después de la derrota, este sector llegó a una convergencia con lo que quedaba del conservadurismo y con grupos escindidos del socialismo, para formar una concordancia. Este conjunto heterogéneo se fortaleció ante los errores del segundo gobierno de Yrigoyen, quien, ya bastante anciano, tenía dificultad en controlar la política nacional y permitió un cierto caos y corrupción en su administración. Por otra parte, su intento de nacionalizar el petróleo, aunque contaba con apoyos en una parte de las Fuerzas Armadas, antagonizó a importantes sectores de la actividad económica. Finalmente, el golpe militar dirigido por el general José Félix Uriburu a fines de 1930 tuvo poca dificultad en

voltear al gobierno –ya debilitado por las elecciones de diputados de inicios de ese año– y consiguió un respaldo civil nada despreciable en un comienzo.

Dentro del régimen militar, había dos facciones. Una, comandada por Uriburu mismo, pretendía establecer un régimen de representación corporativista, sin partidos políticos, o bien con un partido o movimiento único, oficial. La otra facción estaba más ligada a la tradición política nacional y deseaba volver al predominio conservador clásico, ayudándose con algo de fraude en las urnas, pero esperando poder convencer, a la larga, a una mayoría del electorado, con el apoyo de la Concordancia. Uriburu intentó cooptar al prestigiado dirigente del ala progresista conservadora Lisandro de la Torre, que había sido el candidato de la derecha moderna en 1916, pero no consiguió atraerlo, a pesar de su amistad personal y de algunas vacilaciones por parte del dirigente político, que en los últimos años había estado evolucionando en dirección más avanzada.

Unas elecciones parciales, sólo para la provincia de Buenos Aires, realizadas como sondeo a pocos meses del golpe de 1930, dieron la victoria a los radicales. El gobierno reaccionó invalidándolas, y el radicalismo contestó yendo a la abstención revolucionaria, táctica que había practicado por largos años desde su creación en 1891 hasta la aplicación de la Ley Sáenz Peña en 1912. Ante esta súbita simplificación del panorama electoral, el gobierno convocó a elecciones nacionales, a las que se presentó como opositora una alianza entre el Partido Demócrata Progresista de Lisandro de la Torre y el Partido Socialista, dirigido por el sucesor de Juan B. Justo, Nicolás Repetto. El candidato oficialista, el general Agustín P. Justo (pariente lejano del socialista), de extracción radical antipersonalista, acompañado por el hijo de Julio A. Roca, se impuso con ayuda de un poco de relleno de urnas y por la ausencia de gran parte del electorado radical, que obedeció la orden de abstenerse o votar en blanco.

Se inició así un período conservador, con bastantes libertades públicas aunque abusos numerosos y, sobre todo, la práctica inveterada del fraude electoral, especialmente en la estratégica provincia de Buenos Aires. Las organizaciones obreras, que a comienzos de siglo habían tenido expresión de forma mayoritaria anarquista, y luego se habían orientado por las vías de una versión moderada del “sindicalismo revolucionario” soreliano (de hecho, pragmático), ahora pasaron a ser en su mayoría socialistas, con una importante y creciente minoría comunista.

El espinel de los partidos tenía, en ese entonces, un cierto parecido con el chileno y, por lo tanto, con el europeo: un partido conservador (Demócrata

Nacional) en la derecha; una fracción radical (Unión Cívica Radical Antipersonalista) y una Democracia Progresista que en algún sentido cumplían el rol de partido liberal; un radicalismo centrista y mayoritario con orientaciones hacia lo popular; y una izquierda formada por socialistas y comunistas (la fracción socialista independiente, que había apoyado a la Concordancia, pronto se extinguió).

Sin embargo, había dos diferencias importantes con Chile. Primero que todo, en la derecha no se reproducía la capacidad de ganar elecciones de las fuerzas de ese cuño en el país trasandino, aunque fuera comprando algunos votos, ya que en Argentina los colocaban directamente en las urnas antes de que llegaran los votantes. En segundo lugar, la izquierda estaba más reducida que en Chile a los grandes centros urbanos, y en especial, a la ciudad de Buenos Aires. La composición social del país, ya aludida en el capítulo anterior, hacía que la mentalidad prevaleciente en esa izquierda fuera excesivamente europeizante.

Aunque el impacto inmigratorio estaba siendo absorbido a través de la nueva generación, todavía quedaba un porcentaje muy alto de extranjeros, sin voto, en la burguesía y en la clase obrera. Pero el interior del país, siempre muy periférico en términos de poder, iba adquiriendo más presencia política, por la extensión del sistema de comunicaciones y porque una buena cantidad de sus habitantes se estaban trasladando a los grandes centros urbanos, donde su condición más “criolla”, a menudo étnicamente mezclada, los hacía sentir discriminados. En Chile no se daba el fenómeno con igual intensidad porque la clase trabajadora de ese país era más homogénea que la argentina y el porcentaje extranjero, mucho menor.¹

El gobierno conservador ha sido estigmatizado por la historiografía nacionalista y de izquierda como protagonista de la Década Infame, tanto por sus prácticas fraudulentas como por la política de robustecer la integración a la economía mundial. Sin embargo, buena parte de esta estrategia estaba dictada por la situación mundialmente imperante. Éste es el caso del Pacto Roca-Runciman (1933), que permitía entrada preferencial a los productos industriales británicos a cambio de poder seguir exportando carne, que, de lo contrario, no hubiera podido superar las barreras proteccionistas de la Commonwealth. Esta apertura a la relación con Gran Bretaña implicaba dejar de lado los intereses de la industria local, y también los de los exportadores estadounidenses.

La crisis, de todos modos, forzó al gobierno a tomar medidas de planificación

económica inspiradas por el antiguo socialista independiente Federico Pinedo, convertido ahora en conservador, pero visto como el mago de las finanzas. Por otra parte, la escasez de divisas hacía difíciles y caras las importaciones, aunque éstas estuvieran permitidas, y de tal manera se generó, sin necesariamente proponérselo, un proteccionismo bastante marcado para la industria, en buena parte en manos de firmas estadounidenses o europeas, pero incluyendo un importante sector nacional.

Esta burguesía industrial estaba cada vez más inquieta acerca de su futuro, ya que le era difícil encontrar eco en los principales partidos políticos. Los sectores empresariales o de clase media que simpatizaban con los conservadores o con los radicales, por encima de sus diferencias, tenían fe en el esquema agroexportador que tan exitoso había sido en el pasado, y que se podía intentar revivir una vez pasada la crisis. La misma izquierda, especialmente por la tradición justista en el socialismo, era reacia a apoyar esquemas proteccionistas que a su juicio sólo servirían para aumentar las ganancias de grupos capitalistas parasitarios, como los azucareros de Tucumán, que además pagaban los más bajos salarios del país.

Si en el esquema político partidario principal la sensibilidad hacia un proteccionismo industrial era escasa, lo mismo no podía decirse respecto a ciertas minorías intelectuales y militares que, cada una por razones diversas, habían adoptado un nacionalismo muy intenso. En el campo militar, el motivo era obvio, pues la industria era un componente esencial de una política armamentista, considerada necesaria ante la posibilidad de verse envueltos en un conflicto mundial, y por motivos de competencia con Brasil y Chile. Entre los intelectuales, había un sector, de origen en general de clase alta decadente o periférica, cuyo conservadurismo básico lo había llevado, ya desde la segunda o tercera década del siglo, a reaccionar contra el cosmopolitismo implicado por la oleada inmigratoria.

Fue así como se formó un sector “nacionalista”, motivado no sólo, como en otros países, por sentimientos antiimperialistas, sino también por actitudes antiinmigratorias, por temer las posibilidades revolucionarias que venían con ese aporte humano. El nacionalismo, entonces, que en muchas otras partes del mundo de la periferia tomaba colores de izquierda, en Argentina fue por mucho tiempo mayoritariamente de derecha, con simpatías por el autoritarismo fascista o el falangismo, buscando una revitalización de las tradiciones hispánicas y católicas. También hubo un nacionalismo de izquierda, en personajes como

Manuel Ugarte, disidente y finalmente expulsado del Partido Socialista, pero las suyas eran voces minoritarias dentro de ese sector ideológico.

En cuanto a las masas populares, ellas tenían que soportar las peores consecuencias de la crisis, especialmente en sus sectores menos calificados, a menudo migrantes internos, que no tenían suficiente protección sindical ni estatal. En suma, se estaban preparando los elementos para una mutación histórica en el esquema partidario argentino, lo que ocurrió con el surgir del peronismo, tema al que volveremos.

EL INICIO DEL VARGUISMO EN BRASIL

En Brasil, también hubo un cambio violento de gobierno en 1930, pero sus características fueron casi opuestas a las de Argentina, a pesar de que algunos actores fueron semejantes. El pacto implícito de la política del “café con leche” implicaba que en 1930 debía asumir un presidente mineiro, pero esta vez, ante una crisis de la magnitud de la que se perfilaba, la elite paulista no estaba dispuesta a abandonar el poder que ejercía en ese momento, y con él, el control de la economía nacional. No se pudo evitar entonces una competencia electoral en que se impuso, lógicamente, el candidato de San Pablo, que contaba con el apoyo de los oficialismos de casi todo el país, salvo los de Minas Gerais y otros dos estados. Getúlio Vargas, presidente (gobernador) de Río Grande del Sur, miembro del Partido Republicano local, fue el candidato de la alianza.

La protesta cívica se hizo sentir en sectores muy amplios del país, incluyendo los partidos opositores paulista y riograndense, el Demócrata y el Libertador. Además, incorporó al tenentismo, y contó con algunas simpatías en mandos altos de las Fuerzas Armadas. La naturaleza muy federativa del país, que incluía la existencia de importantes fuerzas armadas estatales con el nombre de Policías Militares, facilitó el complot, que fue de iniciativa civil, aunque incluyendo desde el comienzo al elemento tenentista. Después de una corta guerra intestina, las fuerzas revolucionarias, primero basadas en Río Grande y con la colaboración posterior de Minas Gerais, se impusieron por la poca convicción con que el alto mando del ejército estaba contemplando la represión.

Fue así que se inauguró el gobierno provisional de Getúlio Vargas, que, por lo tanto, no fue resultado de un golpe militar, como el proceso argentino del mismo año. Sin embargo, un sector de intelectuales nacionalistas y los tenentes, todos ellos con una mezcla de ideas progresistas y dirigistas en lo económico y algo autoritarias o corporativistas en lo institucional, estuvo presente en Brasil como en Argentina. Pero el grupo brasileño, debido quizás a la diversa estructura social y política del país, desempeñó un papel antioligárquico en vez de antipopular, lo que no impidió que también estuviera decidido a reprimir los “excesos” de las fuerzas populares.

La izquierda, en general, no apoyó a la revolución, pero un buen número de sus componentes se plegó desde muy temprano, ante las perspectivas de reforma social que se abrían. Sin embargo, éste no fue el caso de Luis Carlos Prestes, el jefe tenentista que durante su exilio porteño había evolucionado hasta adherir al comunismo, del cual se transformaría en jefe después de varios años de entrenamiento en Moscú. Pero siempre mantendría la marca de su origen nacionalista y militar, y por ello sería objeto de desconfianza en el partido, dada su tendencia a caer en un “populismo pequeño burgués”.²

El nuevo gobierno provisorio, que duraría cuatro años, mandó interventores a casi todos los estados, usando principalmente a los tenentes. En el norte, fue designado Juárez Távora, prácticamente como “virrey” de esa zona. En Minas Gerais, cuyo gobierno había sido parte de la coalición revolucionaria, al inicio no fue necesario enviar interventor, pero Francisco Campos, ministro de Educación y originario de ese estado, organizó una legión semimilitarizada muy inspirada en modelos fascistas. Más pragmático fue el médico Pedro Ernesto Batista, al frente del Distrito Federal (Río de Janeiro), muy orientado hacia la política social. João Alberto Lins de Barros, del grupo tenentista, fue interventor en San Pablo, y también organizó una legión local. En la capital, se creó el Club Tres de Octubre, como Estado Mayor de las fuerzas revolucionarias, sobre todo las ligadas al tenentismo, que buscaban mantener el espíritu de las reformas y sentar las bases para un movimiento político de escala nacional, lo cual, dado el federalismo brasileño, no era nada fácil. En el gabinete, Lindolfo Collor se encargaba de la política laboral.³

Pronto hubo conflictos con las fuerzas tradicionales del estado de San Pablo, donde João Alberto terminó por antagonizar no sólo a los cafetaleros, sino también al mismo Partido Demócrata y a los industriales, así como a la opinión pública más liberal, orquestada por el diario O Estado de São Paulo. Al final, la revuelta estalló bajo banderas constitucionalistas en julio de 1932, como protesta por la eternización del régimen provisorio. En esta rebelión, había algunos elementos separatistas, nunca del todo acallados en la clase política paulista, pero de lo que se trataba era sobre todo de volver al régimen constitucional anterior, retomando además el predominio paulista, que ahora peligraba ante un centralismo robustecido.⁴

La guerra civil demandó ingentes esfuerzos de ambos lados, pero pronto el gobierno central se impuso, aunque tuvo que acelerar los proyectos de Constituyente. El problema era cómo elegir a este cuerpo. Al final, se decidió

hacerlo sobre la base del sufragio tradicional (sólo de los alfabetizados), pero agregando el 20% aproximado de sillas para representantes directos de entidades profesionales, tanto empresarias como obreras y culturales. Este componente corporativista debería proveer un elemento adicto al gobierno, en parte por la forma en que éste daría los reconocimientos a las entidades en cuestión, lo cual, sobre todo en el caso obrero, sería resultado de una fuerte manipulación para evitar influencias izquierdistas. En la Constituyente hubo mayoría gubernista creada por los interventores a través de una panoplia de partidos y legiones locales del más diverso tipo. La Constitución, sancionada en 1934, de todos modos resultó ser una versión algo modernizada de las típicas liberales, sin incluir representación corporativa en la legislatura. Las votaciones se realizaron por primera vez en el país con sufragio secreto y mayores garantías acerca de la inscripción en los padrones.⁵

En la inmediata elección presidencial de 1934, Getúlio Vargas fue ungido por un período de cuatro años, por una coalición de partidos locales y sin posibilidades de ser reelegido. Bajo las garantías de la nueva Constitución, la izquierda se reorganizó con el nombre de Aliança Nacional Libertadora (ANL), frente dominado por el aún ilegal Partido Comunista y por su jefe Prestes, que había retornado subrepticamente al país después de un largo período de formación en Moscú. Este movimiento consiguió bastante apoyo, sobre todo en las ciudades, y contó con un nada despreciable componente de simpatías militares entre los antiguos tenentes amigos de Prestes, tanto entre los mandos medios como entre los conscriptos.

Contando con esa base y como grito postrero de la política internacional comunista de enfrentamiento de “clase contra clase”, se planeó un levantamiento armado. Éste estalló en noviembre de 1935 en Río de Janeiro y en las norteanas Recife y Natal, consiguiendo gracias a sus contactos uniformados copar algunos cuarteles. La movilización popular, sin embargo, fue escasa y las tropas leales bombardearon sin piedad los focos insurgentes, destruyendo esta intentona y pronto apresando a Prestes, que estuvo en la cárcel por los próximos diez años. Su mujer, alemana, fue deportada y entregada a los cuidados de la Gestapo.⁶

La derecha dentro del régimen se vio robustecida como reacción ante esta amenaza, de la cual se podía pensar que seguiría latente. Por otra parte, en la sociedad en general, la agitación nacionalista católica y de derecha era fuerte, y tenía en Plínio Salgado a su jefe. Éste organizó en 1932 la Asociación Integralista Brasileña (AIB), muy directamente calcada sobre el modelo alemán

y con una letra sigma mayúscula (Σ) como símbolo de unificación. El programa incluía medidas de legislación social y una organización corporativa del Parlamento, así como la existencia de un partido único con liderazgo vertical. Consiguió apoyos muy estratégicos en las comunidades inmigratorias alemana e italiana, en la burguesía, en los altos mandos del ejército, en la intelligentsia nacionalista, y en ciertos ambientes católicos, sobre todo en un comienzo en que aún no estaba totalmente marcado su carácter totalitario. Figuras que luego tuvieron un rol altamente progresista y de izquierda, como el obispo Helder Câmara y San Thiago Dantas, o que evolucionaron hacia una posición católica liberal, como Alceu Amoroso Lima, pasaron por etapas de simpatía integralista.⁷

En 1937, se avecinaban los comicios que legalmente no permitían a Vargas ser reelegido, aunque los opositores temían una maniobra de último momento en ese sentido. El principal candidato opositor, activo en los días de octubre de 1930, pero identificado con la tendencia más liberal y democrática de ese conjunto, José Américo de Almeida, se perfilaba como posible ganador, como heredero del régimen aunque crítico de algunas de sus orientaciones. Las fuerzas oficialistas aún no habían podido organizar un partido único, y la usual proliferación de formaciones locales seguía vigente. Ante el incremento de la inseguridad por el futuro y la persistente amenaza comunista, así como la muy fuerte agitación popular del integralismo, surgió en el gobierno el proyecto de un autogolpe, que se concretó en noviembre de 1937.

Vargas disolvió el Congreso e instituyó el llamado Estado Novo, muy inspirado en las doctrinas de los escritores nacionalistas, corporativistas o autoritarios como Alberto Torres y Oliveira Vianna, a los que se había sumado el influyente Antonio José Azevedo do Amaral. El modelo concreto existente, que se copiaría en bastante detalle, era el provisto por el régimen corporativo italiano. Fue así como se dictó desde el Ejecutivo una Constitución que establecía la representación corporativa combinada con la clásica liberal, pero filtrada por elecciones indirectas y sin partidos políticos. De hecho, sin embargo, la emergencia política impuso un régimen, supuestamente transitorio, de dictadura unipersonal, con censura de prensa y persecución a opositores, de manera que esta Constitución nunca llegó a aplicarse.

Como una de las organizaciones políticas que debían disolverse era la Asociación Integralista de Plínio Salgado, éste retiró el apoyo que había estado dando cuando imaginaba convertirse en partido o movimiento oficial. El Estado Novo, sin embargo, distinguiéndose en esto del fascismo italiano, no estableció

un partido único, sino que los eliminó a todos y nunca pretendió organizar uno desde el poder. Las condiciones sociales, por cierto, y no sólo la Constitución, diferenciaban a ambos regímenes. En Brasil, la amenaza subversiva, aunque no podía ignorarse, nunca tuvo la inmediatez que adquirió en Italia, donde estuvo apoyada por un fuerte partido marxista. Fue así que Vargas no pudo, durante la vigencia del Estado Novo, contar con un movimiento que le permitiera el dominio de las calles y una gestión movilizacionista de la dictadura de derecha. El integralismo, que no le respondía totalmente, hubiera podido ser el más cercano equivalente de ese brazo político. Pero su extremismo, fuera de lugar en la realidad brasileña, no le permitió cumplir ese rol. Cuando finalmente, hacia el fin de la Segunda Guerra Mundial, Vargas consiguió un apoyo popular significativo, éste fue de tipo diverso al que sostenía al fascismo, e incluso antagonizó a los sectores que habían acompañado la experiencia inicial del Estado Novo.⁸

El integralismo, despechado por su marginación del poder e ilusionado con las numerosas simpatías de que gozaba en las Fuerzas Armadas, intentó un golpe de mano en 1938. Casi tuvo éxito en copar la residencia presidencial y apresar a Vargas, pero el Ejército fue leal al régimen y, después de una brevísima indecisión, reprimió la intentona. Desde entonces, el integralismo decayó visiblemente, y muchos de sus simpatizantes, impactados por los excesos del modelo alemán, emigraron hacia otras posiciones conservadoras más clásicas o adoptaron actitudes inspiradas en la doctrina social de la Iglesia, llegando algunos a la izquierda nacionalista.

Las nuevas actitudes que se estaban gestando en Argentina entre industriales, intelectuales nacionalistas, militares y la nueva masa obrera marginada o recientemente inmigrada también se manifestaban en Brasil. En esa época, el desarrollo industrial de este país, tomado en su conjunto, era algo menor que el de Argentina, y mucho menor medido en términos per cápita, aunque las mayores dimensiones del mercado local permitían augurarle un futuro más brillante. La enorme masa de población pobre del interior era una fuente inagotable de mano de obra barata y poco inclinada a un sindicalismo autónomo o de izquierda. Sin embargo, el otro lado de la moneda estaba dado por esa misma masa pauperizada, tanto en sus lugares de origen como en los nuevos centros urbanos donde se agolpaba, y que podía proveer la base para fuertes estallidos de violencia social a la mexicana. Para eso, claro está, tendría que ser dirigida por elites disconformes que muy previsiblemente fueran creadas por la endeblez de las clases medias (salvo en el sur) y por el inevitable incremento de

la educación secundaria y superior.

En Argentina, la próspera y amplia clase media se encargaba de absorber las tensiones en su seno, y la misma clase obrera tenía una experiencia sindical que, aunque le daba capacidad reivindicativa, le quitaba potencialidades revolucionarias. El sólido sistema de partidos políticos del país del Plata, por otra parte, canalizaba hacia la vía pacífica todas esas tensiones, lo cual hubiera sido más total y definitivo si los conservadores hubieran abierto algo más las compuertas electorales. La estructura social argentina hacía que las clases dominantes tuvieran rivales fuertes, tanto en los estratos medios como en los populares, capaces de luchar por porciones del ingreso nacional, pero sin que una salida revolucionaria fuera considerada realista por nadie.

En Brasil, en cambio, en lo inmediato el predominio de las clases propietarias era quizá más incontestado que en Argentina, y tanto las organizaciones profesionales como sindicales y políticas, en las clases medias y populares, eran débiles o inexistentes. Pero el gigante dormido podría despertarse algún día, derribando de manera violenta e imprevista a los liliputienses que proliferaban sobre su cuerpo. En otras palabras, la clase alta argentina enfrentaba a fuertes rivales, pero no realmente a enemigos irreconciliables; en cambio, sus pares brasileños imperaban con menores resistencias por el momento, pero en las sombras se ocultaba un enemigo potencialmente mortal, que el tiempo no podía menos que activar.⁹

EL CHILE DEL FRENTE POPULAR: CONTRASTE CON ARGENTINA

Chile tenía una estructura social bastante parecida a la argentina, aunque con un nivel de vida menor y concentraciones mineras que aumentaban los enfrentamientos sociales. Por otra parte, el desarrollo institucional y la experiencia asociativa eran iguales si no mayores, y lo mismo podía decirse de la educación, salvo la primaria. El resultado era que la clase media chilena cumplía un rol moderador menos sólido que en Argentina, pudiendo albergar elites disidentes de mayor belicosidad. Su arquetípico Partido Radical, de todos modos, era básicamente centrista. En cuanto a los sindicatos y la izquierda, eran más fuertes en Chile que en el Plata, y sobre todo más maximalistas en sus programas, lo que se evidenciaba en el rol predominante del comunismo y en la prevalencia de actitudes antirreformistas en el socialismo.

Pero la alta urbanización del país y la prevalencia desde fechas tempranas de políticas sociales hacían que no se pudiera realmente hablar, como en Brasil, de un gigante dormido cuyo despertar fuera catastrófico. Lo único preocupante para la clase alta chilena era que las fuerzas contestatarias, aunque canalizadas por vías constitucionales y asociativas, mantenían actitudes de mucha confrontación, al menos en sus proclamas y en la mentalidad de sus minorías activistas.

El tablero político chileno, normalizado a partir de 1932 tras varios años de intervención militar y dictadura, volvió a agitarse hacia el final de la segunda presidencia de Arturo Alessandri (1932-1938), en parte ante las noticias que venían de Europa. Si en Francia y en España se formaban frentes populares para luchar contra el fascismo, ¿por qué no repetir esa experiencia para promover el cambio social? El hecho es que para las elecciones de 1938, ante la candidatura conservadora del delfín de Alessandri, Agustín Ross, se unieron radicales, socialistas y comunistas en el Frente Popular y se impusieron por escasa diferencia al radical Pedro Aguirre Cerda en la Moneda.

La campaña agitó las pasiones más que lo ordinario y estuvo acompañada por cornejas siniestras. Algunos extremistas habían organizado un partido nazi, versión mucho más débil del integralismo brasileño. Rechazados por la derecha

clásica, hicieron campaña propia, y en un momento quisieron dar un golpe de mano desde su sede en pleno centro. Alessandri ordenó una represión sin piedad, de la cual resultaron muertos unas cuantas decenas de jóvenes en la flor de la edad y muy conectados a las mejores familias. Todavía hoy una placa recuerda a estos mártires, y son muchos los que condenan la bárbara violencia de Alessandri, olvidándose de la que hubieran desatado estos muchachos en caso de haber tenido éxito. Lo peor del caso es que el candidato presidencial de ese grupo era nada menos que el general Ibáñez, que había intentado infructuosamente volver al primer plano de la política desde su caída, y para ello estaba dispuesto a cualquier cosa. Ante el despecho producido por la represión gubernamental, Ibáñez y el partido que lo había adoptado decidieron dar sus pocos votos a los enemigos del oficialismo, o sea, al Frente Popular.¹⁰

El Frente formó un gabinete con radicales y socialistas, quedando los comunistas como apoyo parlamentario, pero sin ejercer cargos ejecutivos. De todos modos, la alarma fue grande en la derecha, tanto en la nacional como en la de los países vecinos, por no hablar de los vigilantes ojos y oídos del imperio. Las medidas que encaró el gobierno, sin embargo, no fueron muy extremas. Lejos de eso, se tomaron todos los recaudos para disminuir la alarma, sobre todo, la de las clases terratenientes. Fue así que no se habló de reforma agraria ni se estimuló la sindicalización en el campo, que podría ella sí haber tenido elementos incontrolables “a la brasileña”. Hubo una fuerte promoción estatal de la industrialización, mediante la Corporación de Fomento (CORFO), y se realizaron avances en el área de la seguridad social y el sindicalismo.¹¹

El ejemplo chileno fue particularmente tenido en cuenta en Argentina, donde la posibilidad de reproducirlo para luchar contra el continuismo de la Concordancia era obvio. El Partido Socialista se transformó en el principal entusiasta del modelo, a pesar de su tradicional desconfianza hacia el radicalismo y de su fuerte oposición hacia los comunistas. De hecho, fue la Unión Cívica Radical la más renuente a entrar en estas tratativas, pues algunos grupos identificados con la línea “intransigente”, que había sido la bandera inicial desde la Revolución del Parque (1890), se oponían a diluir sus doctrinas con cualquier tipo de alianza. Las tratativas se vieron totalmente obstaculizadas con el inicio de la guerra y el pacto germano-soviético, pero hacia 1941 éstas habían sido relanzadas muy seriamente y estaban a punto de fructificar cuando se dio el golpe militar de junio de 1943.

Este golpe contó, en su fase inicial, con el apoyo del mismo elenco que había

promovido la intervención militar de 1930, o sea, un activo involucramiento de nacionalistas y corporativistas, con la anuencia esta vez mucho más pasiva de la derecha económica. Las dudas en este sector se debían a que ahora el golpe no era contra un gobierno popular supuestamente descontrolado y corrupto, como en 1930, sino contra un establishment conservador, algo desprestigiado por el fraude y desorientado en cuanto a la política exterior por seguir, pero de sólidas raigambres en la clase alta del país.

La sucesión del general Justo había sido canónica, con el fraude llevando al poder al radical de la Concordancia Roberto Ortiz, enfrentado con el muy moderado Marcelo T. de Alvear. La inaceptabilidad, por la derecha gobernante, de un retorno de Alvear al poder ha sido considerada a menudo como un exceso de ceguera política. Efectivamente, negarse a competir de un modo leal con un personaje de esa trayectoria era un poco suicida, aunque siempre se podía argumentar que el moderadísimo Alvear iba a ser prisionero de los resentidos activistas de su partido. De todos modos, en la selección de Roberto Ortiz como futuro presidente había un elemento de apertura, que evocaba al proceso que llevó a Sáenz Peña a la primera magistratura en 1910 y enseguida a sancionar la Ley de Sufragio Universal.

Ortiz, apenas posesionado del sillón de Rivadavia, inició una limpieza política. En 1940, mandó la intervención a la provincia de Buenos Aires, ante el escándalo de las elecciones que había ganado el incorregible Manuel Fresco con los métodos usuales. Igualmente importante, ese mismo año el presidente garantizó en todo el territorio nacional elecciones libres para la renovación de la Cámara de Diputados, con el resultado de que la oposición se apoderó de la mayoría de ese cuerpo. Pero de nuevo volaron cornejas siniestras, y la enfermedad inhabilitó al reformista presidente, que sin duda se proponía abrir una competencia limpia para designar a su sucesor en el aún lejano 1943.¹²

El poder cayó entonces en el vicepresidente, Ramón Castillo, un político de la provincia de Catamarca, que había hecho carrera en el Poder Judicial y era algo nacionalista, pero muy poco convencido de la necesidad de preguntar a la gente su opinión acerca de cómo se los debía gobernar. Las elecciones en la provincia de Buenos Aires, al finalizar la intervención y bajo la nueva orientación, dieron otra vez el triunfo de manera tramposa al conservadurismo, aunque fue uno de sus políticos renovadores, Rodolfo Moreno, quien fue designado. La renovación presidencial, entonces, estaba ya cantada, y el gobernante Partido Demócrata Nacional seleccionó a Robustiano Patrón Costas, barón del azúcar del norte,

donde poseía un progresista pero muy estrechamente controlado enclave agrario e industrial. Patrón Costas era además bastante anglófilo, y esto no era bueno para las nuevas fuerzas industriales y militares que se agitaban en el país, y, mucho menos, para los intelectuales nacionalistas.

Bajo estas condiciones, se generó el golpe de 1943, resultado de contrapuestas líneas de tensión, suscitando por un muy breve tiempo esperanzas entre sectores progresistas por haber derrocado al fraudulento régimen de Castillo, que ya se había distinguido por cerrar el Concejo Deliberante y amagaba con hacer lo mismo con el Congreso. Sin embargo, el predominio autoritario y corporativista en el nuevo gobierno fue pronto bastante evidente, alejando a la opinión liberal, radical y de izquierda, pero sin poder recuperar las simpatías de las fuerzas conservadoras tradicionales que, al fin y al cabo, eran las que habían sido apartadas del poder por obra del golpe militar.¹³

EL URUGUAY POSBATLLISTA

En Uruguay, el predominio colorado se mantuvo durante los años veinte, aunque jaqueado desde cada vez más cerca por el Partido Nacional, que bajo la dirección de Luis Alberto de Herrera combinaba una clara apelación a la derecha ideológica y económica con una cierta movilización de sentimientos nacionalistas y populares. Batlle pudo seguir controlando el delicado equilibrio entre un presidente debilitado, aunque no anulado, y un Consejo de Administración que compartía algunas de las responsabilidades del Ejecutivo y que tenía a menudo un predominio de partidos o facciones distintas a las que habían elegido al presidente. Con su muerte en 1929, el sistema quedó librado a sus propias fuerzas.

En aquella época, la división de los partidos tradicionales, que se mantenían unidos gracias en parte a la Ley de Lemas, hacía que bajo el aparente bipartidismo se escondiera un verdadero multipartidismo, aunque con estructuras de alianzas bastante permanentes, sancionadas por una larga experiencia histórica. Dentro del coloradismo existía una básica división entre el sector más conservador, autodenominado riverista (por el caudillo iniciador del partido) y el batllismo. Éste, a su vez, reconocía graduaciones en el nivel de convencimiento acerca de las bondades del Colegiado o de la necesidad de seguir avanzando en reformas que parecían plantear un modelo socialista. En 1930, en la elección de presidente, ante la desaparición de Batlle, hubo un vacío de poder que fue llenado con la candidatura –exitosa– de Gabriel Terra, un político con larga trayectoria en el partido, que había desempeñado cargos económicos y mantenía fuertes ligazones con el ambiente empresario.¹⁴

En el Partido Nacional, la gran mayoría del electorado seguía a Herrera, e incluso en 1926 casi lo impone para ocupar la presidencia. Pero la oposición a su liderazgo, dentro del partido, fue cada vez mayor, sobre todo en sectores profesionales y de convicciones liberales, antagonizados por sus tendencias autoritarias y su intransigencia.

La crisis económica de 1930 removió el espectro político del país. En el

coloradismo se reactivaron las tendencias hacia la reforma, congeladas desde el “alto de Viera”. La derecha, muy ligada al sector riverista colorado y al herrerista entre los blancos, organizó un Comité Nacional de Vigilancia Económica. Este grupo de presión, muy apoyado por las entidades patronales, estaba claramente lanzado a la acción política, aunque evitando el partidismo, esto último en parte por la conveniencia de distribuir sus opciones en ambos lemas. Por el otro lado, en cambio, el ímpetu reformista se cristalizó en un pacto –que los descontentos denominaron “pacto del chinchulín”– entre los batllistas (que aún incluían a Terra) y los nacionalistas independientes, a quienes se otorgaron cargos en la administración pública a cambio de dar su anuencia a reformas acerca de las cuales estaban apenas parcialmente convencidos. Los proyectos incluían no sólo mayores avances en el área de la seguridad social, las jubilaciones y los salarios mínimos, sino también un fuerte proteccionismo industrial y la ampliación del área de propiedad pública, especialmente al crearse la Administración Nacional de Combustibles, Alcohol y Portland (ANCAP), el monopolio estatal de la refinación y expendio de petróleo y derivados.

En la confrontación subsiguiente, la oposición consiguió aunar, aparte de riveristas y herreristas, al propio presidente Terra, que de esta manera abandonaba su militancia batllista. Al verse sin mayoría legislativa, el presidente apeló al golpe de Estado, disolviendo el Parlamento en marzo de 1933 y enseguida convocando a una Convención Reformadora.

La nueva Constitución (sancionada en 1934) fortalecía al Ejecutivo, eliminando el Colegiado, y creaba un Senado con casi igual participación del partido mayoritario y del minoritario, o sea, eternizando lo que en el lenguaje técnico de la política uruguaya se llamaba “coparticipación”. Terra fue constitucionalmente elegido para el período 1934-1938, y fue sucedido por el colorado Alfredo Baldomir (1938-1942), alrededor del cual se agrupó la izquierda del panorama partidario tradicional (colorados batllistas y nacionalistas independientes). Esta vuelta de dados llevó al poder al sector reformista, que, sin embargo, se encontró sin un sólido apoyo en el Congreso. En 1942, una obstrucción legislativa de los opositores de derecha fue superada por un breve golpe de Estado del presidente, que convocó a una Convención Reformadora para sancionar otra Constitución. Ésta de nuevo introdujo un Colegiado junto a la presidencia, y eliminó la coparticipación en el Senado, haciendo que éste fuera elegido de manera proporcional, en distrito único nacional.

Los golpes de Estado de Terra y de Baldomir fueron interrupciones

relativamente “blandas” si se las juzga en el escenario comparativo latinoamericano de la época. Evidenciaban un malestar en el sistema de partidos, pero no fueron acompañadas de seria represión y enseguida se recanalizaron de manera constitucional. De alguna manera, se las puede parangonar con el proceso irregular a través del cual llegó Charles de Gaulle al poder en Francia en 1958, en medio de una grave crisis de legitimidad, pero rápidamente vuelto al cauce legal. En el caso uruguayo, sin embargo, estos “correctivos” no consiguieron, como en Francia, introducir cambios permanentes y sustanciales en el sistema político o constitucional, quizá porque las condiciones no estaban maduras para una mutación del sistema de partidos políticos, cosa que, en cambio, ocurrió en Francia.¹⁵

LOS EFECTOS DE LA GUERRA DEL CHACO EN BOLIVIA Y PARAGUAY

En Bolivia y Paraguay, la guerra del Chaco (1932-1935) produjo alteraciones permanentes en sus sistemas políticos. Hasta ese momento, ambos países se habían regido durante varias décadas por gobiernos de tipo liberal con escasa participación popular. En Bolivia, a la clásica dupla conservadora-liberal, se había añadido, en 1920, como vimos, un movimiento renovador, el Partido Republicano, una especie de equivalente de los partidos radicales de los países del Cono Sur, que se fue orientando de manera más derechista tras varios años en el poder. Cuando estalló en 1932 la guerra del Chaco, los fracasos militares llevaron a una rebelión protagonizada por el dinámico héroe de guerra, el capitán Germán Busch. Aún se resistían los uniformados a asumir directamente el poder, de manera que forzaron la delegación del mando en el vicepresidente, quien tuvo sus funciones prorrogadas hasta poco después de que se firmara la paz, cuando el retorno de los conscriptos agudizó el ya caldeado ambiente político. Se formó una Legión de Ex Combatientes (LEC), que tenía a Busch como su jefe supremo. Entre los intelectuales, cundieron las ideologías de izquierda, formándose la Confederación Socialista de Bolivia (CSB), dirigida por Enrique Baldivieso, que cultivaba amistades en las Fuerzas Armadas. Los sindicatos tuvieron más campo de acción, y se reactivaron las Federaciones Obreras del Trabajo en varios centros, especialmente mineros, aparte de los trabajadores calificados de La Paz. Estos últimos protagonizaron una huelga, dirigida por el gráfico Waldo Álvarez, que pronto se convirtió en paro general.

La esperada represión no vino. Lejos de ello, las Fuerzas Armadas decidieron poner fin al caos asumiendo directamente el poder bajo la dirección de Germán Busch. Éste, de todos modos, llamó a su superior jerárquico, el coronel David Toro, para que asumiera la presidencia de una junta. Lo extraño fue que la proclama prometía aplicar un programa de “socialismo de Estado” con la ayuda de los “partidos de izquierda”. Finalmente, se estaba corporizando –por obra de los uniformados– el temido fantasma comunista que tanto había desvelado a intérpretes conservadores de la escena boliviana, como Alcides Arguedas y Franz Tamayo. Así, al menos, le parecía a gran parte de la opinión pública, sea que estuviera a favor o en contra de los cambios contemplados.¹⁶

El nuevo gobierno estuvo apoyado por una amplia gama de grupos de izquierda. Pero más a la derecha estaba el grueso de los militares, no muy claros acerca del significado del socialismo, como los que formaron la logia Razón de Patria (RADEPA) o la Estrella de Hierro. En la gran minería, magnates como Mauricio Hochschild y Carlos Víctor Aramayo intentaron influir sobre el gobierno, procurando reemplazar la tradicional hegemonía de Simón Patiño como poder detrás del trono.

Como órgano de expresión para la elite socialista decidida a actuar pragmáticamente, se fundó en ese mismo año 1936 el diario La Calle, orientado por Armando Arce, Augusto Céspedes y Carlos Montenegro, y donde también hizo su experiencia periodística Víctor Paz Estenssoro. El grupo apoyó decididamente a la República Española durante la guerra civil. Pero la política de alianzas locales llevó a este grupo a privilegiar contactos con los cuarteles y a acercarse a quienes sustentaban ideologías muy poco izquierdistas, aunque antioligárquicas, que cundían en las Fuerzas Armadas.

El gobierno de Toro aplicó decretos de persecución a actividades comunistas y anarquistas, y contrató una misión italiana para remozar la policía local. Se propusieron, sin éxito, proyectos para que el próximo Congreso tuviera una mitad de representantes corporativos. Más decisiva en cuanto a alianzas internacionales, sin embargo, fue la nacionalización del petróleo explotado por la Standard Oil, medida forzada por Busch ante la indecisión oficial.

En julio de 1937, Busch finalmente se desembarazó de sus escrúpulos y depuso y envió al exilio a Toro, asumiendo la presidencia provisoria mientras convocaba a una Convención Reformadora, a cuyas elecciones sólo concurrió el oficialista Frente Único Socialista. Enseguida, el capitán fue elegido presidente constitucional, acompañado en el segundo término por Baldivieso. En el ambiente de la derecha, muy golpeada por todos estos acontecimientos, se formó un núcleo activista de clara inspiración nazi dirigido por Oscar Unzaga de la Vega, quien creó la Falange Socialista Boliviana, fuerte sobre todo en su nativa Cochabamba. El apelativo de socialista, en este caso, provenía del nacionalsocialismo de su inspirador, el chileno Jorge González von Marées (jefe del Partido Nazi de ese país) y con las ideas de José Antonio Primo de Rivera. Por el lado de la extrema izquierda, el Partido Obrero Revolucionario (POR) celebró su Segundo Congreso en 1938, y ahí se dividió en dos, manteniéndose una facción leal al nombre y a la tradición trotskista, orientada por Aguirre Gainsborg, mientras que otra, con Tristán Maroff, se abrió hacia una política más

nacionalista con el nombre de Partido Socialista Obrero Boliviano (PSOB).

La derecha más moderada, inspirada en el ejemplo argentino, formó una “Concordancia”, nucleando a los liberales con los restos del republicanismo. El gobierno intentó formar un Partido Democrático Socialista, con Montenegro, Paz Estenssoro y Céspedes, pero la iniciativa no consiguió cuajar. La proliferación de partidos con adjetivación socialista, fuera ésta real o simulada, clara o confusa, era realmente impresionante.

Ante la dificultad de unificar a la opinión pública mediante el sistema democrático, Busch decidió en abril de 1939 dar un golpe de Estado proclamando la dictadura, contando sobre todo con el apoyo de los excombatientes, aunque sus amigos socialistas, comenzando por el vicepresidente Baldivieso, lo acompañaron en la aventura. Al comparecer ante las masas convocadas en torno del balcón presidencial, Busch no tuvo mejor idea que saludarlas con el brazo en alto, traicionando quizá su inestabilidad emocional –que lo llevaría a suicidarse sin motivo aparente a los pocos meses– no menos que su poca percepción de las sutilezas ideológicas que preocupaban a los intelectuales.¹⁷

La dictadura logró aprobar un Código de Trabajo, obligó a los empresarios mineros a venderle al Estado sus dólares o libras al valor oficial, y planificaba instalar una refinería de estaño. Por otra parte, incurrió en excesos como condenar a muerte a Mauricio Hochschild por violar las regulaciones cambiarias, aunque, después de una agonizante sesión de gabinete, lo perdonó. Según el que luego sería ideólogo del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), Augusto Céspedes, con el golpe a la “Rosca” de grandes empresas mineras, la dictadura se transformó de “fascista y minoritaria” en “nacionalista y popular”. Como fuera, después del intempestivo suicidio de Busch (agosto de 1939), el poder fue retomado por las Fuerzas Armadas, desplazando al vicepresidente socialista Baldivieso y lanzando un proceso electoral del que salió ungido el general Enrique Peñaranda, apoyado por la derecha.

En 1941, los “socialistas independientes” del grupo de La Calle decidieron formar un movimiento político de carácter patriótico, y formalmente lo inauguraron al año siguiente con el nombre de MNR. Los ya vistos Paz Estenssoro, Céspedes y Montenegro aparecían como fundadores, junto a José Cuadros Quiroga, que redactó el manifiesto inaugural. Este manifiesto proponía una serie de medidas de progreso social, aunque, como resultado de su

moderación y pragmatismo, no incluía nada sobre reforma agraria, expropiación de empresas extranjeras ni sobre extensión del voto a los analfabetos. Sí hacía declaraciones genéricas sobre antiimperialismo y agregaba una condena a la falsa democracia, al socialismo internacionalista y al judaísmo. Esta última inclusión no ayudó a mejorar su imagen internacional, ya oscurecida por la colaboración estrecha con el régimen de Busch, y el sambenito de “fascistas” les quedó colgando por bastante tiempo. Sus antecedentes, como hemos visto, no justificaban esta designación, aunque por cierto estaban incursos en una política de alianzas que parecía insólita para cualquiera que no hubiera vivido en el Altiplano, pero no era mucho más extraña que la de sus antagonistas, aparentemente más democráticos o liberales.

En Paraguay, los efectos de la guerra también se hicieron sentir en la política. El gobierno liberal del presidente Eusebio Ayala (1932-1936) había tenido relativo éxito en la contienda, pero no a la medida de las esperanzas de los sectores más belicistas. Tanto Ayala como el jefe de las Fuerzas Armadas, José Félix Estigarribia, fueron acusados de poco duros en asegurar ventajas territoriales después de la victoria. En febrero de 1936, a través de un golpe de Estado, el héroe de guerra mayor Rafael Franco asumió plenos poderes, aunando a un heterogéneo grupo de colaboradores.

La típica mentalidad tenentista se expresaba en el sector militar, y en el gabinete había desde marxistas confesos como Anselmo Jóver Peralta (que luego evolucionaría hacia el aprismo), hasta fascistas y filonazis como los ministros del Interior Gomes Freire Esteves y de Agricultura Bernardino Caballero, pasando por el colorado disidente Juan Stefanich. Éste elaboraría luego, sobre la base de su ideología “solidarista”, los elementos ideológicos del febrerismo, que depuraría con el tiempo las influencias mezcladas de su primera experiencia en el poder, para convertirse en una versión local del aprismo, más tarde afiliada a la Internacional Socialista. Una de las bases de este movimiento fue una asociación de excombatientes, como en Bolivia.

El régimen se declaró identificado con los procesos “totalitarios” (palabra usada sin connotaciones peyorativas) en ese momento vigentes en Europa y creó el Departamento del Trabajo y el Comité de Movilización Civil de la República. El grado de agitación social, de todos modos, fue mucho menor que en Bolivia. La estructura étnica del país era relativamente homogénea, y la fácil emigración

hacia Argentina quitaba virulencia a la formación de elites anti statu quo. Fue así que, al año, un golpe más claramente militar terminó con este experimento, iniciando una etapa de regímenes dictatoriales con parcial participación liberal.

PERÚ: INICIOS DEL ANTAGONISMO ENTRE MILITARES Y APRISTAS

En Perú, la crisis del treinta produjo un golpe que terminó con el Oncenio, período de gobierno autoritario aunque desarrollista y con algunos visos de legislación social, presidido por Augusto Leguía, disidente del más tradicional civilismo. Los militares golpistas de 1930, dirigidos por el coronel Luis Sánchez Cerro, intentaron perpetuarse en el poder mediante elecciones controladas. Sánchez Cerro, de origen modesto y marcadamente mestizo, tenía una buena imagen para ser líder popular, y lo intentó basándose en la simpatía que generó al voltear a la dictadura. Formó la Unión Revolucionaria, claramente personalista, compitiendo con el otro partido más genuinamente populista y de muy diferentes orígenes ideológicos, el aprismo.

Los apristas sostenían que en las elecciones de 1931 ellos ganaron, y que el fraude les birló la victoria. El hecho fue que planearon enseguida la insurrección, buscando algunos aliados militares. Consiguieron en 1932 copar la ciudad de Trujillo, centro azucarero norteño donde tenían un gran número de adherentes. Al ser rodeados por fuerzas militares superiores, asesinaron a unos cuantos oficiales que tenían presos. La retribución, cuando a los pocos días las Fuerzas Armadas se adueñaron de la ciudad, fue terrible, con miles de militantes apristas llevados en camiones a ser fusilados y enterrados en tumbas cavadas por ellos mismos. Desde entonces, el odio cerval entre apristas y militares ha dominado la historia del país por décadas.

La venganza no se hizo esperar, y en 1933 una bala aprista abatió a Sánchez Cerro. Su partido se desintegró, y su sucesor fue otro militar que mantuvo un sistema muy cerrado. Los apristas seguían intentando golpes de mano, con Haya de la Torre en general en el destierro y muchos militantes presos. Luego, otra bala aprista tronchó la vida del director del diario conservador *El Comercio*, que desde entonces juró no referirse más a ese partido, ni siquiera en la sección policial.¹⁸

En 1939, al tocar la renovación presidencial, se buscó una normalización constitucional, facilitándose la elección –con el aprismo, por supuesto, fuera de

la ley– de Manuel Prado (1939-1945), banquero y representante de la tradición civilista conservadora. La atmósfera de cooperación antifascista vigente durante la Segunda Guerra Mundial influyó para que este régimen introdujera un mayor respeto cívico, pero siempre sin permitir las actividades apristas, a pesar de que en esos mismos años Haya de la Torre evolucionaba de manera asaz reformista y solidaria con el esfuerzo bélico aliado. El problema era saber qué iba a ocurrir al terminar el mandato de Prado.

El aprismo se había difundido fuertemente en el país, sobre todo en ciertos enclaves que concentraban a una mano de obra a menudo de reciente origen rural, pero que experimentaba serios enfrentamientos laborales. Éste era el caso sobre todo en el norte azucarero, donde se formaría con el tiempo el famoso “bastión aprista” de los departamentos de La Libertad y Lambayeque, centrados en la ciudad de Trujillo. Ahí un escaso número de grandes empresas, nacionales y extranjeras, habían desplazado a un preexistente estrato de pequeños y medianos productores, afectando incluso a miembros algo periféricos de las clases altas en decadencia, uno de los cuales era precisamente Haya de la Torre. En Cerro de Pasco, localidad de los valles andinos centrales, en la llamada sierra, se daba otra importante concentración, esta vez minera, de cobre y otros metales, con una fuerte empresa extranjera que generaba un temprano sindicalismo. En el litoral norte, había también concentraciones debidas al petróleo, y en otras partes de la costa, el algodón producía núcleos numerosos de mano de obra (aunque no comparables con los azucareros) y una presión proletarizante sobre antiguos propietarios, ocupantes o arrendatarios consuetudinarios, que de esta manera pasaban, no sin un intenso resentimiento, a engrosar las filas proletarias.

El sindicalismo había tenido un temprano desarrollo en la ciudad de Lima ya desde mediados del siglo XIX, aunque con orientaciones moderadas mutualistas. El anarquismo comenzó a influenciar al movimiento obrero en la primera década del siglo XX, y en 1919 protagonizó dos huelgas generales, como se vio en el capítulo anterior. En cierto sentido, el Oncenio presidido por Augusto Leguía fue una respuesta a esa amenaza de rebelión popular. Ahora, era el aprismo el heredero de esas tradiciones, y en buena medida pudo incorporar a la dirigencia anarquista, muy enfrentada con el naciente comunismo. El aprismo, entonces, se convertía en expresión sintética de amplios sectores sindicales, más núcleos intelectuales universitarios y militantes de una clase media provinciana muy endeble que resentía los efectos del capitalismo tanto local como internacional, con el cual no podía competir.¹⁹

El Partido Socialista, que Mariátegui había refundado en 1928 (después de un poco exitoso intento en 1918) y orientado hacia la Tercera Internacional, se convirtió después de su muerte en Partido Comunista, de fiel observancia, pero con poco respaldo popular. Por mucho tiempo, no respetó la figura teórica de Mariátegui, visto como excesivamente involucrado en una línea “populista” o soreliana. Recién hacia los años cincuenta, su figura fue rescatada por el partido, aunque ya antes había comenzado a influir en amplios sectores de la intelectualidad de su país y de la región.

En la lucha contra el aprismo, el Partido Comunista utilizó las más diversas estrategias. Aprovechó las mayores garantías constitucionales existentes durante el gobierno de Prado, lo que le permitió formar núcleos sindicales abrigados de la competencia aprista. Su entusiasmo por el mandatario conservador que aparentemente conducía al país hacia la redemocratización lo llevó incluso a bautizarlo con el nombre algo exagerado y en el fondo inmerecido de “Stalin peruano”.

ECUADOR, COLOMBIA Y VENEZUELA

Ecuador

En Ecuador, la clásica bipolaridad conservadora-liberal, muy interrumpida por golpes militares, había comenzado a enfrentar problemas sociales serios que hicieron erupción con una huelga en Guayaquil, en 1924, reprimida con el costo de mil muertos. La búsqueda de nuevas soluciones se canalizó a través de los militares jóvenes, con una mentalidad parecida a la de los tenentes brasileños, con su típica mezcla de ideas fascistas y de izquierda. La “revolución juliana” (de julio de 1925) prolongó su influencia de diversas maneras hasta 1931 e introdujo una serie de medidas de progreso social. Sin embargo, no pudo resistir los efectos de la crisis del treinta, cuando militares más clásicamente ligados al Partido Liberal produjeron el retorno de esta facción al poder, forzando el veredicto de las urnas.

Contra este liberalismo fraudulento, se alzó una resistencia dirigida por un político de origen católico provinciano, con raíces electorales propias en Guayaquil, pero muy ligado al Partido Conservador, José María Velasco Ibarra. La agitación callejera obligó a convocar nuevos comicios, de los que salió Velasco Ibarra ungido, pero por poco tiempo (1933-1934). Se estaba iniciando la gestación de un fenómeno que daría pábulo para largas disquisiciones entre políticos y politólogos acerca de su naturaleza, en realidad, no mucho más contradictoria que la de otros populismos, pero aún menos organizado, si cabe, en cuanto a estructuras partidarias. Sus apoyos, inicialmente tomados en círculos conservadores y católicos, comenzaron a engrosarse por la adhesión de la plebe de la costa. Su campaña y aún más su primer gobierno antagonizaron fuertemente a los intelectuales, la izquierda y los liberales. Terminó por declararse dictador, lo que dio una perfecta excusa al ejército, aún de fidelidad partidaria liberal en sus altos mandos, para derrocarlo al año de haber asumido sus funciones.

Se sucedieron varios años de inestabilidad cívico-militar, hasta que en 1940 una nueva elección le dio la oportunidad a Velasco de presentarse, esta vez ya con la adhesión de una izquierda “infiltracionista”. Pero ganó el liberalismo plutocrático con los métodos de siempre, lo que ocasionó una explosión de furia popular y un intento del jefe derrotado de apelar al cuartel de aviación para insurreccionarlo, con poco éxito, ya que fue apresado y enviado al exilio.

Colombia

En Colombia, el régimen de hegemonía conservadora, que venía desde la guerra de los Mil Días, se enfrentó con la clásica crisis que permite los cambios de gobierno donde la democracia aún no está muy consolidada. En este caso, el detonante fue la división del oficialismo, demasiado confiado en su predominio y teatro de rivalidades de personas y de clanes. Fue así como un liberalismo muy moderado aprovechó la oportunidad para imponer al embajador en Washington, el apartidario Enrique Olaya Herrera (1930-1934). La crisis económica de 1930 no tuvo, por lo tanto, un desenlace militar en ese país, aunque las tempestades que levantó posiblemente fueran responsables por la división conservadora.

Las huestes liberales, retornadas después de décadas al poder, generaron una elite innovadora que buscaba incorporar decididamente los programas reformistas y avanzados que se estilaban en otras partes del mundo. Fue Alfonso López Pumarejo el encargado de llevar a efecto la “revolución en marcha” (1934-1938 y 1942-1945). El sindicalismo no era muy fuerte, pero los núcleos liberales que en él había se sumaron a los comunistas para apoyar una política de reforma agraria, industrialización y legislación social. Ante la imposibilidad de ser reelegido, López llevó a la presidencia a una figura de menor relevancia y ambición de poder, Eduardo Santos (1938-1942). Como correspondía entre caballeros, el sustituto le devolvió la presidencia –mediante consulta popular, cierto es– en 1942 a López, quien seguiría, aunque con menor dinamismo, sus reformas y su política de industrialización en las críticas condiciones de la guerra mundial.²⁰

Ahora eran los conservadores los que se desesperaban ante la prolongada hegemonía de los liberales, y éstos los que se sentían algo excesivamente

seguros y podrían caer en la tentación divisionista. Esto es, efectivamente, lo que ocurrió con Jorge Eliécer Gaitán, político que, según ya hemos visto, oscilaba entre promover sus ideas socialistas dentro del cauce liberal o por medio de algún partido propio. Había optado finalmente por quedarse dentro del liberalismo, pero la lucha interna lo llevó en 1946 a dividir el partido, de manera que éste tuvo dos candidatos, el oficial, Gabriel Turbay, y Gaitán, rodeado de sectores juveniles de izquierda y con una notable capacidad de movilización popular. Había en su panoplia ideológica elementos de aprismo, aunque su movimiento nunca tuvo el grado de organización, disciplina y elaboración ideológica de los peruanos, pero sí el verticalismo y la veneración por una figura carismática.

Ante la división liberal, el conservador Mariano Ospina Pérez ganó las elecciones, pero deslegitimado por representar a una minoría. La violencia política, bastante usual en la historia colombiana (aunque raramente productora de golpes militares), se incrementó y estalló en el asesinato de Gaitán (1948), que mientras tanto había retornado al tronco liberal, reunificando al partido. La reacción popular quemó y arrasó con gran parte de la ciudad de Bogotá, en el famoso Bogotazo, y las vendettas se sucedieron hasta sumir al país en un baño de sangre, la llamada Violencia, que produjo 200 o 300 mil muertos en menos de una década. Esta violencia contraponía a clanes de propietarios u ocupantes rurales, cada uno con su clientela. No se trataba, por lo tanto, en un inicio, de una lucha entre sectores poseedores y desposeídos, aunque fue adquiriendo con el tiempo algo de ese carácter.²¹

Así como en el liberalismo se había producido la radicalización gaitanista hacia la izquierda, en el conservadurismo hubo un simétrico movimiento hacia la derecha más extrema, de cuño franquista. El jefe de este sector fue Laureano Gómez, que había comenzado su carrera como conservador progresista preocupado por aplicar la doctrina social de la Iglesia, pero que evolucionó hacia el autoritarismo corporativista. Fue así que en la renovación de 1950, a la que por protesta contra la inseguridad existente no se presentaron los liberales, Gómez fue elegido, y al poco tiempo, disolvió el Congreso y asumió el gobierno unipersonal. Esto no hizo más que intensificar la violencia y dividir al conservadurismo. Finalmente, en 1953 el general Gustavo Rojas Pinilla cortó por lo sano, asumiendo el poder para pacificar al país, contando con el beneplácito de gran parte de los sectores moderados de ambos partidos, que esperaban supiera ejercer la dictadura dentro de los cánones de la tradición romana.

Venezuela

En Venezuela, el sólido régimen de Juan Vicente Gómez, consolidado por la bonanza petrolera, no se inmutó ante la crisis de 1930. Pero la muerte deshizo lo que los políticos no pudieron, y en 1935 se planteó el problema sucesorio, en medio de reacciones populares de violencia, como para festejar el suceso. El general Eleazar López Contreras, otro miembro de la “dinastía andina”, oriundo de Táchira, asumió la presidencia (1935-1941), introduciendo reformas liberalizadoras y armando un partido que era apenas una dependencia del Ministerio del Interior. Lo mismo ocurrió con su sucesor Isaías Medina Angarita, más genuinamente encarrilado por las vías de la democratización, aunque su rol era el de guardar la silla para devolvérsela a López Contreras. El destino no lo quiso, y en 1945 el ambiente mundial de cambios llegó a Venezuela, convenciendo a un amplio grupo militar de efectuar un golpe, con apoyo del partido Acción Democrática, nuevo nombre del Partido Democrático Nacional fundado por Rómulo Betancourt, cuyos dirigentes habían vuelto del exilio ya desde la muerte de Gómez.

MÉXICO, DEL MAXIMATO AL CARDENISMO

En México, la crisis de 1930 tampoco fue particularmente traumática en lo político. El trauma, en todo caso, había ocurrido en 1928, cuando al terminar su cuatrienio a Calles le correspondía, según una tradición latinoamericana aunque no muy bien vista en México, “devolver” el mando a su antecesor y patrón, Álvaro Obregón. Éste fue efectivamente elegido, pero una bala disparada por algún fanático católico le cortó la fiesta. Calles se encontró entonces ungido jefe máximo, en ausencia de alguien que le hiciera sombra, y organizó un partido oficial (el futuro PRI) para consolidar mejor su control. Promovió a una seguidilla de tres personalidades opacas para llenar provisionalmente la silla, en lo que ahora había devenido sexenio, y al que se denominó maximato (1928-1934).

En 1934, ya la experiencia política mexicana desaconsejaba una reelección, y Calles optó por ungir a otra figura menor, el general Lázaro Cárdenas. Éste, sin embargo, al poco tiempo mostró los dientes, expulsó del país a su antiguo jefe e inició una fase radicalizada de la Revolución, con un intenso programa de distribución de tierras, lucha contra la Iglesia y, al final, nacionalización del petróleo.

Con esta nueva política, el régimen revolucionario reverdeció sus laureles y consiguió cooptar a gran cantidad de sectores de la izquierda, consolidando su vigencia entre los trabajadores manuales y las asociaciones campesinas. El sindicalismo, con figuras cumbres como Luis Morones y Fidel Velázquez, se estableció como rama orgánica del partido oficial, aunque siempre hubo algunos sectores autónomos en el mundo obrero. De todos modos, el liderazgo sindical era muy caudillista, basado en un clientelismo del tipo de las political machines estadounidenses, cada vez más corrompido y violento en el tratamiento de las oposiciones, pero no por ello necesariamente menos popular en cuanto a capacidad de movilizar a las masas detrás de sus jefes. Si esto era un sistema de representación de las bases, “a la mexicana”, o un método de represión sobre ellas, es algo difícil de decir, porque posiblemente estaba en algún lugar intermedio entre ambos modelos.

Durante las transformaciones radicales protagonizadas por Cárdenas en la estructura de la propiedad y en otros campos, los ruidos de protesta en las clases acomodadas y en las Fuerzas Armadas no dejaron de sentirse, aunque fueron manejados con habilidad por el presidente. Quizá debido a este malestar, sin embargo, Cárdenas decidió favorecer como sucesor a otro militar, Manuel Ávila Camacho, que gozaba de mejor predicamento en la derecha y que impuso un compás de espera a las reformas.

LA REVOLUCIÓN DEL 33 EN CUBA: ENTRE GRAU Y BATISTA

En Cuba, el gobierno de Gerardo Machado (1925-1933) se había iniciado bajo los mejores auspicios reformistas, aunque con fuerte coloratura anticomunista, que le había valido el apoyo de la American Federation of Labor para crear un movimiento obrero amigo. Sin embargo, los abusos cada vez mayores en el campo de las libertades públicas le valieron la oposición de la dirigencia sindical interamericana y de las nuevas fuerzas políticas que se formaban en el país. En este sector proliferaron nuevas formaciones, que estaban cada vez más determinadas a usar la violencia y aun el terrorismo contra una dictadura apenas recubierta de formas legales. Entre esas nuevas agrupaciones, se destacaba el grupo denominado ABC, reclutado en ambientes universitarios, y el más izquierdista Directorio Estudiantil Universitario (DEU). También tomó cuerpo el Movimiento de Veteranos y Patriotas, cada vez más politizado, algunos de cuyos sectores luego convergieron hacia la izquierda.²²

La crisis de 1930 golpeó a una economía ya muy dañada y generó fuerzas revolucionarias incontenibles, percibidas por los observadores estadounidenses como comunistas en potencia, no necesariamente por su ideología, sino por la inevitable evolución a que estarían expuestas si llegaran al poder. El peligro era tan inminente como para inducir al representante del nuevo gobierno de Franklin D. Roosevelt, Sumner Welles, a desempeñar un rol de mediador para forzar a Machado a eclipsarse y permitir una transformación sin excesivas violencias, lo que ocurrió mediante un golpe de Estado dirigido por el general Alberto Herrera, jefe de las Fuerzas Armadas, traspasando el poder al prestigiado pero poco efectivo héroe de la independencia Carlos Céspedes, en agosto de 1933. A los pocos días, sin embargo, el diablo puso la cola: las nuevas condiciones de libertad estimularon a los suboficiales, bajo la dirección del sargento Fulgencio Batista, a amotinarse en demanda de mejores condiciones salariales. Los oficiales de las Fuerzas Armadas, viéndose superados por el momento, optaron por una retirada estratégica y dejaron el control del cuartel en manos de los insurgentes, esperando capitalizar la inevitable reacción de la sociedad.

Pero ocurrió lo contrario. Los suboficiales rebeldes de inmediato se vieron

rodeados por activistas civiles, del Directorio Estudiantil hacia la izquierda (aunque no del Partido Comunista), y quedaron dueños del poder por omisión. Ante la incredulidad de la opinión pública y del aprendiz de mago Sumner Welles, los rebeldes nombraron a un gobierno transitorio que enseguida se transformó en una presidencia para el profesor Ramón Grau San Martín, rodeado de un ministerio altamente progresista y que de inmediato se lanzó a una serie de medidas de transformación social, incluyendo reforma agraria.

Los sargentos y sus tropas rodearon el Hotel Nacional donde se habían reunido los oficiales en “huelga” y los forzaron a rendirse, mientras Grau distribuía 400 promociones a la categoría de oficial a repartir entre quienes hasta el día anterior habían sido sargentos o cabos. El temido “comunismo” asomaba la cabeza como resultado inesperado de las convulsiones entre fracciones civiles y militares. Sin embargo, pudieron hacerlo por poco tiempo. Tanto la derecha como los representantes yanquis pronto comprendieron que sus esperanzas estaban en Batista. Bastaron pocas entrevistas para decidir a éste a dar un golpe de Estado en enero de 1934, sustituyendo al radicalizado Grau San Martín por otros personeros más moderados.

Finalmente, en 1940 Batista se decidió a salir de detrás de las bambalinas, promoviendo la nueva Constitución, recibida en aquel entonces como una de las más progresistas del continente, y haciéndose elegir presidente de manera democrática. Este período de gobierno batistiano (1940-1944) fue muy significativo, porque contó con el apoyo de los comunistas, llevando a dos de ellos a ejercer cargos ministeriales, lo que no dejó de producir fuertes escozores en Washington, que veía esta peligrosa innovación sumarse a la reciente del Frente Popular chileno, donde al menos no había miembros del partido en el gabinete. La oposición a Batista la llevaba adelante Grau, que había organizado un partido que adoptaba el nombre del de José Martí, pero que para demostrar su indiscutible raigambre añadía un adjetivo identificador: Partido Revolucionario Cubano Auténtico.

El sindicalismo mostraba ya una significativa presencia, basado numéricamente sobre todo en la inestable fuerza de trabajo azucarera, entre industrial y agraria, y con más solidez organizativa en sectores ferroviarios y en la muy antigua industria elaboradora de tabaco. La intelligentsia, sobre todo el estudiantado, muy numeroso y muy bloqueado en sus aspiraciones ocupacionales, proveía una base de reclutamiento ideal para los más diversos movimientos contrarios al orden establecido.

AMÉRICA CENTRAL EN LLAMAS EXIGE UNA REVISIÓN TEÓRICA

En América Central, se dieron durante los años treinta dos significativos fenómenos en términos de experiencias políticas de lucha contra la dominación conservadora y extranjera. Uno fue el de Nicaragua, con Sandino, iniciado durante los años veinte y terminado con el asesinato del jefe rebelde ya pacificado, en 1934, al que hicimos referencia en el capítulo anterior. El otro fue el intento de revolución apoyado por el Partido Comunista en El Salvador en 1932.

En ese país era muy intensa la presión demográfica, unida a la de los grandes cafetaleros sobre la pequeña propiedad. Una sucesión de presidentes civiles, emparentados entre sí y poco respetuosos de los derechos de la oposición, se alternó en el poder desde la Primera Guerra Mundial hasta fines de la década de 1920.

Finalmente, el último de ellos, Pío Romero Bosque (1927-1931), optó por liberalizar el régimen aprovechando la prosperidad cafetalera que aún duraba al inicio de su mandato, aunque se desplomó en sus últimos dos años. La crisis activó a los sectores populares, sindicales y campesinos, que contaron con mejores condiciones para organizarse, a la par que se creaba el significativo Partido Comunista, que junto con esas organizaciones protagonizó una imponente marcha por las calles de la capital el 1º de mayo de 1930. Más importante en el aspecto electoral fue el recientemente formado Partido Laborista, dirigido por un político moderado pero populista, Arturo Araujo, quien ganó las elecciones y asumió el gobierno a comienzos de 1931.

La agitación social siguió bajo su mandato, generando gran alarma en la derecha. Los campesinos del oeste del país comenzaron protestas en forma multitudinaria, dentro de las pautas clásicas de rebeliones de ese origen, con poca centralización, mientras el Partido Comunista, bajo la dirección de Farabundo Martí, buscaba orientar esa insurgencia. Ante la amenaza creciente, expresada en levantamientos y violencias parciales, las Fuerzas Armadas derrocaron al presidente, traspasando el poder al vicepresidente, el general Maximiliano

Hernández Martínez, quien, a pesar de haber compartido la fórmula con Araujo, había evolucionado rápidamente hacia posiciones de derecha. A las pocas semanas, estalló el complot dirigido por el Partido Comunista, aunque mal planificado, de manera que no hubo mucha coordinación entre sus diversos componentes, en parte por las demoras debidas a buscar hasta último momento apoyos en sectores jóvenes del Ejército.

La represión fue rápida y venció con facilidad los pocos focos donde los rebeldes llegaron a controlar pequeñas ciudades por uno o dos días. Pero después de vencida la resistencia, comenzó una persecución paranoica de posibles simpatizantes de los rebeldes. Al mes había, según estimaciones de la época, 30 mil muertos, constituyendo lo que se llamó La Matanza, fenómeno precursor de lo que luego sería mucho más común en los años setenta.²³

Durante el largo régimen del general Hernández Martínez (1931-1944), las fuerzas de seguridad, divididas en Policía y Guardia Nacional (para el sector rural), se impusieron como principal brazo armado del régimen, desplazando al propio Ejército. Por otra parte, el presidente se hacía reelegir de manera sistemática, contando con un partido oficial sin verdadero respaldo y con una milicia armada de voluntarios, calcada en modelos fascistas: la Guardia Cívica. Sus excesos finalmente lo indispusieron con los sectores más renovadores de las Fuerzas Armadas y con los representantes de Estados Unidos, alarmados por las simpatías con el Eje expresadas por el gobierno. Un golpe militar derribó a Hernández Martínez en 1944, iniciando un período de “anarquía militar”.

En Nicaragua, Anastasio Somoza, jefe de la Guardia Civil, fortaleció su posición hasta poder desafiar al presidente liberal Juan Bautista Sacasa (1932-1936), apoyando una huelga general a inicios de 1936, organizada por el Partido Trabajador de Nicaragua (PTN), organización de fuerte influencia comunista. La Tercera Internacional, en esta época, y lo mismo sus representantes locales, rechazaban toda involucración con la línea de resistencia armada que había promovido Sandino, lo que ya se había notado cuando éste había buscado en 1930 apoyo del gobierno mexicano para su guerrilla. Si bien Somoza luego reprimió al partido, cuando éste se negó a aceptar los resultados de la intermediación por él ofrecida, la búsqueda de apoyos populares fue una característica importante de la primera parte de su carrera.²⁴

En 1938, Somoza preparó su reelección a través de una reforma constitucional, para facilitar la cual nuevamente cultivó el apoyo del PTN. Al año siguiente, se reorganizó el movimiento comunista con un sector del PTN, formando el Partido Socialista Nicaragüense (PSN), que en 1944 volvió a una estrategia de apoyo a Somoza, negándose a participar en una huelga general contra el régimen. Esta actitud, basada en la decidida solidaridad de Somoza con los aliados y en su enfrentamiento con los conservadores, era semejante a la que en Costa Rica llevaba a los comunistas a apoyar a Calderón Guardia.²⁵

En Panamá también hubo un desafío al sistema de dominación tradicional, aunque de mucha menor envergadura que los intentados en Nicaragua y El Salvador. Ya desde los años veinte, se había formado un grupo político en torno a los hermanos Arnulfo y Harmodio Arias, denominado Acción Comunal, imbuido de ideas de reforma social combinadas con antiyanquismo y algo de racismo respecto a los negros, inmigrantes desde el Caribe británico en su mayoría. Este grupo consiguió apoyo armado para deponer a las autoridades, y organizó un nuevo partido, el Liberal Doctrinario, que por su nombre podría parecer una más de las trasmutaciones del viejo tronco vigente desde la independencia. Al inicio, fue efectivamente así bajo la presidencia de Harmodio (1932-1936), para caer luego en manos del hermano menor, Arnulfo, orientado a nuevos horizontes de tipo populista.

Simbólicamente, Arnulfo Arias cambió el nombre al partido, adoptando el de Partido Nacional Revolucionario (PNR), adalid de una nueva ideología, el panameñismo, una mezcla de aprismo y peronismo que se constituyó en el principal antagonista de las clases altas por décadas, antes del acceso de Torrijos al poder al final de los años sesenta.²⁶

En términos teóricos, los sucesos de El Salvador fueron como para hacer revolver a Marx en su tumba, suponiendo que estuviera tranquilo en ella después de la toma del poder en Rusia. Para Rusia, sin embargo, Trotski había ensayado la hipótesis de que en ese país periférico, pero de tan grandes dimensiones, se daban fenómenos de concentración industrial insospechados. Según sus estadísticas, el porcentaje del total de la mano de obra industrial que trabajaba en empresas de gran tamaño era allí más alto que en Alemania, lo que explicaría el

desarrollo de una significativa conciencia de clase en ese sector obrero. Claro está que Trotski no hablaba del enorme mar campesino en el que sobrenadaba ese sector industrial, muy concentrado, sin duda, pero formando un pequeño iceberg.²⁷

De todos modos, el hecho de que en países de la periferia se pudieran dar esas grandes concentraciones era un factor para tener en cuenta en la táctica revolucionaria, así como en cualquier intento de interpretación teórica de los sistemas de partidos y de los enfrentamientos sociales que ellos reflejaban. En América Latina, el equivalente de las concentraciones industriales, formadas en Rusia en buena parte por el capital extranjero o por el Estado, eran los enclaves mineros o agroindustriales, principalmente el azúcar, y en menor medida el banano y el algodón. Pero el café –producción dominante en el agro salvadoreño– de ninguna manera creaba esas concentraciones, sino que más bien generaba un estrato medio de colonos y arrendatarios. Había sin embargo dos factores superlativamente presentes en El Salvador, que eran la avidez de tierras de los grandes productores capitalistas y la presión demográfica. Ambos factores proletarizaban a la familia rural y creaban minicampesinos hambreados, así como nuevos reclutas a la fuerza de trabajo asalariado rural o urbana. Pero para que la rebelión se diera, era necesario que viniera el liderazgo desde otro sector de la sociedad.

En los países de América Latina se dan ciertos factores que deben ser tenidos en cuenta en la formación de elites capaces de otorgar liderazgo a amplias masas de la población. Es cierto que con un enfoque marxista clásico se podría argumentar que la revolución salvadoreña de 1932, así como las guerras campesinas alemanas del siglo XVI, eran prematuras y por eso fracasaron. Es posible que esa insurgencia de 1932 haya sido efectivamente prematura, pero lo mismo ya no puede argumentarse acerca de los fenómenos que décadas más tarde afectarían a ese y otros países de la región, algunos de los cuales tuvieron éxito, como el nicaragüense.

La evidencia internacional hace ya muy obvio que las tensiones revolucionarias no emergen de una clase obrera generada por el alto capitalismo, sino que más bien obedecen a otras fuerzas, radicadas en muy diversos lugares de la pirámide social, y que no son sólo ni principalmente el campesinado. Para analizarlas, es preciso tener en cuenta las siguientes características de sociedades como las centroamericanas:

Dualismo estructural, debido a la coexistencia de áreas particularmente subdesarrolladas con otras muy modernizadas y, en general, ligadas a la inversión extranjera y la tecnología importada.²⁸

Niveles de urbanización y de educación que producen una mayor oferta de aspirantes a empleos de estatus medio o alto que lo que la economía puede satisfacer. El resultado, unido al factor anterior, es una muy compleja estratificación social que genera grupos insatisfechos en los lugares menos esperados.

Migraciones internas muy intensas y otras formas de movilización social que no van acompañadas de una paralela experiencia de organización clasista autónoma.

Concentración del poder económico en empresas extranjeras y en sectores nacionales muy minoritarios, a menudo aliados a ellas, y que, por lo tanto, pierden legitimidad, especialmente ante las clases medias, que son las que de otra manera podrían proveer un colchón conservador.

Estos factores, que se dan de manera muy desigual en los diversos países, serán tenidos en cuenta en los análisis que siguen, para ver cómo su interacción genera modelos diversos de cambio social, cada uno con su propio sistema partidario.

¹ [Horacio Sanguinetti, Los socialistas independientes, Buenos Aires, De Belgrano, 1981; Alberto Ciria, Partidos y poder en la Argentina moderna, 1930-1946, 2a ed., Buenos Aires, Hyspamérica, 1986.](#)

² [Eurico de Lima Figueiredo \(comp.\), Os militares e a revolução de 30, Río de Janeiro, Paz e Terra, 1979; Virgílio A. de Melo Franco, Outubro 1930 \[1931\], 5a ed., Río de Janeiro, Nova Fronteira, 1980; Boris Fausto, A revolução de trinta. Historiografia e história, San Pablo, Brasiliense, 1970; Edgard Carone, O PCB, 2 vols., San Pablo, Difel, 1982; Leôncio Martins Rodrigues, “O PCB: os dirigentes e a organização”, en Sérgio Buarque de Holanda y Boris Fausto \(dirs.\), História Geral da Civilização Brasileira, 3 t., 11 vols., t. 3, vol. 3, Río de Janeiro, Difel, 1963-1986, cap. 8.](#)

³ [Octavio Malta, Os tenentes na revolução brasileira, Río de Janeiro, Civilização](#)

Brasileira, 1969; Anna Maria Martinez Corrêa, A rebelião de 1924 em São Paulo, San Pablo, Hucitec, 1976; R. S. Rose, Getulio Vargas and Brazilian Social Control, 1930-1954, Westport, Greenwood Press, 2000; Alejandro J. Groppo, Los dos príncipes. Juan D. Perón y Getulio Vargas. Un estudio comparado del populismo latinoamericano, Villa María, Editorial Universitaria de Villa María, 2009.

⁴ João Alberto Lins de Barros, Memórias de um revolucionário, 2a ed., Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, 1954; Joel Wolfe, “Anarchist Ideology, Worker Practice: The 1917 General Strike and the Formation of Sao Paulo’s Working Class”, en Hispanic American Historical Review, núm. 71, 1991.

⁵ Michael Conniff, Urban Politics in Brazil. The Rise of Populism, 1925-1945, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1981; Angela Maria de Castro Gomes (coord.), Regionalismo e centralização política: partidos e Constituinte nos anos 30, Rio de Janeiro, Nova Fronteira, 1980.

⁶ Ricardo Antunes, Classe operária, sindicatos e partido no Brasil. Da revolução de 30 até a Aliança Nacional Libertadora, 2a ed., San Pablo, Cortez, 1988; Stanley Hilton, A rebelião vermelha, Rio de Janeiro, Record, 1986; Moacyr de Oliveira Filho, Praxedes. Um operário no poder. A insurreição comunista de 1935 vista por dentro, San Pablo, Alfa-Omega, 1985; Leôncio Martins Rodrigues, op. cit.

⁷ Hélgio Trindade, Integralismo (o fascismo brasileiro na década de 30), San Pablo, Difel, 1979.

⁸ Aspásia Camargo et al., O golpe silencioso. As origens da república corporativa, Rio de Janeiro, Rio Fundo, 1989; Hélio Silva, A ameaça vermelha. O plano Cohen, Porto Alegre, L&PM, 1980; Robert M. Levine, O regime de Vargas. Os anos críticos, 1934-1938, Rio de Janeiro, Nova Fronteira, 1980; Kenneth Erikson, The Brazilian Corporative State and Working Class Politics, Berkeley, University of California Press, 1977.

⁹ Warren Dean, A industrialização de São Paulo, San Pablo, Difel, 1971; Wilson Cano, Raízes da concentração industrial em São Paulo, 3a ed., San Pablo, Hucitec, 1990.

¹⁰ Sandra McGee Deutsch, Las Derechas. The Extreme Right in Argentina and Chile, 1890-1939, Stanford, Stanford University Press, 1999 [trad. esp.: Las

derechas. La extrema derecha en la Argentina, el Brasil y Chile, 1890-1939, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2005].

¹¹ Federico Gil, El sistema político de Chile, Santiago de Chile, Andrés Bello, 1969; Weston Agor, The Chilean Senate, Austin, University of Texas Press, 1971 [trad. esp.: El Senado chileno. Distribución interna de la influencia, Santiago de Chile, Andrés Bello, 1973]; Benny Pollack, “The Chilean Socialist Party: Prolegomena to its Ideology and Organization”, en Journal of Latin America Studies, núm. 10, 1978; Raffaele Nocera, Chile y la guerra, 1933-1943, Santiago de Chile, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana-LOM, 2006.

¹² Comisión de Homenaje, El presidente Ortiz y el Senado de la nación, Buenos Aires, Buenos Aires Herald, 1941; Walter Ansaldi, Alfredo Pucciarelli y José C. Villarruel (comps.), Argentina en la paz de dos guerras, 1914-1954, Buenos Aires, Biblos, 1993; Fernando Devoto, Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002.

¹³ Raúl Larra, Mosconi, general del petróleo, Buenos Aires, Futuro, 1957, y El General Baldrich y la defensa del petróleo argentino, Buenos Aires, Mariano Moreno, 1981; Enrique Mosconi, La batalla del petróleo, Buenos Aires, Problemas Nacionales, 1957.

¹⁴ Por la Ley de Lemas o de “doble voto acumulativo”, el elector elige un partido o “lema”, y dentro de él, una lista interna. Todos los votos del lema se suman y, en su interior, vence la lista con más votos, que de esta manera puede tener menos apoyo que la lista más votada del lema perdedor. Véase Germán Rama, El club político, Montevideo, Arca, 1971.

¹⁵ Gerardo Caetano y Raúl Jacob, El nacimiento del terrismo, 1930-1933, 2 vols., Montevideo, Banda Oriental, 1989. Véase el vol. I, pp. 223-234 para un estudio estadístico sobre la estrecha correlación entre la dirigencia empresarial y los sectores herrerista del Partido Nacional y riverista del Partido Colorado.

¹⁶ Porfirio Díaz Machicao, Historia de Bolivia. Toro, Busch, Quintanilla, La Paz, Juventud, 1957.

¹⁷ Acerca de esta tendencia fascista en Busch y en otros militares, véase Mariano Baptista Gumucio, Historia contemporánea de Bolivia, 1930-1978, 3a ed., La Paz, Gisbert y Cía., 1980, p. 484.

¹⁸ [Orazio Ciccarelli, “The Sánchez Cerro Regime in Perú, 1930-1933”, microfilme, tesis doctoral inédita, Gainesville, Universidad de Florida, 1969.](#)

¹⁹ [Peter Klarén, Las haciendas azucareras y los orígenes del APRA, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1970; Michael J. Gonzales, Plantation Agriculture and Social Control on Northern Peru, 1875-1933, Austin, University of Texas Press, 1985; Imelda Vega Centeno, Aprismo popular. Mito, cultura e historia, Lima, Tarea, 1986, e Ideología y cultura en el aprismo popular, Lima, Tarea, 1986.](#)

²⁰ [Álvaro Tirado Mejía, Aspectos políticos del primer gobierno de Alfonso López Pumarejo, 1934-1938, Bogotá, Pro Cultura-Instituto Colombiano de Cultura, 1981.](#)

²¹ [Mariano Arango, Café e industria, 1850-1930, Bogotá, Carlos Valencia, 1977; Luis Ospina Vásquez, Industria y protección en Colombia, Medellín, ESE, 1955; Arturo Alape, El Bogotazo. Memorias del olvido, Bogotá, Fundación Universidad Central, 1983; Germán Guzmán Campos, Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña Luna, La violencia en Colombia, 2 vols., Bogotá, Iqueima, 1963-1964; John Booth, “Rural Violence in Colombia, 1948-1963”, en Western Political Quarterly, núm. 27, 1974.](#)

²² [James O’Connor, The Origins of Socialism in Cuba, Ithaca \(NY\), Cornell University Press, 1970.](#)

²³ [Roque Dalton, Miguel Mármol. Los sucesos de 1932 en El Salvador, San José, Universitaria Centroamericana, 1972; Joaquín Méndez, Los sucesos comunistas en El Salvador, San Salvador, Imprenta Funes Ungo, 1935; David Browning, El Salvador. Landscape and Society, Oxford, Clarendon Press, 1971 \[trad. esp.: El Salvador. La tierra y el hombre, San Salvador, Ministerio de Educación, 1975\]; Thomas P. Anderson, Matanza. El Salvador’s Communist Revolt of 1932, Lincoln, University of Nebraska Press, 1971; Michael McClintock, The American Connection, vol. 2: State Terror and Popular Resistance in El Salvador, Londres, Zed Book, 1985; Rollie Poppino, International Communism in Latin America. A History of the Movement, 1917-1963, Nueva York, Free Press, 1964.](#)

²⁴ [James Dunkerley, Power in the Isthmus. A Political History of Modern Central America, Londres, Verso, 1988, p. 81, n. 43, cita al respecto La Correspondance](#)

Internationale del 4 de enero de 1930 y del 22 de marzo de 1933.

²⁵ Véase Dunkerley, op. cit., pp. 113 (n. 62), 123 y 156 (n. 26). También Roosevelt, que pensaba que Somoza era “un hijo de..., pero ubicado del lado correcto”, tenía atenciones hacia el dictador centroamericano, al que invitó a Washington.

²⁶ Stephen C. Ropp, Panamanian Politics. From Guarded Nation to National Guard, Nueva York, Praeger, 1982; Sharon Phillips Collazos, Labor and Politics in Panama. The Torrijos Years, Boulder, Westview Press, 1991.

²⁷ John Booth, Christine Wade y Thomas Walker, Understanding Central America. Global Forces, Rebellion and Change, Boulder, Westview Press, 2010.

²⁸ Durante los años sesenta, fue usual condenar el “dualismo”, como si éste sostuviera que no había ninguna relación entre el sector moderno y el arcaico de la economía. Así, por ejemplo, Rodolfo Stavenhagen, Siete tesis equivocadas sobre América Latina (Turrialba, Costa Rica, Instituto Interamericano de Ciencias Agrarias, 1972), argumenta que al darse una explotación de la fuerza de trabajo de un área por las empresas más modernas de la otra, y generarse una baja de niveles salariales por la provisión de mano de obra barata del interior rural, no puede hablarse de una “dualidad”, sino que hay que tomar toda la economía como un conjunto. Por cierto que hay que hacerlo, y que ciertas versiones iniciales o muy extremas de la teoría dualista no son válidas, pero esto no impide aceptar la existencia de una fuerte discontinuidad en la estructura social de muchos países de América Latina, más marcada que la que se da en el Primer Mundo.

IV. LA AURORA DE LA POSGUERRA: EL POPULISMO Y SUS TRANSFORMACIONES

LA ARGENTINA PERONISTA

Durante la Segunda Guerra Mundial, Argentina sufrió transformaciones cuantitativas y cualitativas de enorme envergadura. El primer impacto del conflicto internacional sobre su economía fue negativo, pues las dificultades de transporte redujeron las compras de alimentos por los beligerantes y complicaron la provisión de insumos esenciales para la industria. Pero después de un par de años y al ver que la guerra prometía ser de larga duración, se comenzó a producir de todo localmente, en un ambiente recalentado en el que cualquier cosa se podía vender, con independencia de su precio. Esta protección inesperada y no planeada amplió de un modo sustancial la gama de productos fabricados y las ganancias de los industriales, entre los cuales se generó un extenso sector de nuevos empresarios, amenazados todos ellos por la espada de Damocles de la terminación de la guerra.

Bajo estas condiciones de prospectiva económica, se preparaba la sucesión presidencial de 1943, siempre dentro del grupo dominante, que sin dudas iba a tratar de perpetuarse. La tendencia más tradicionalista se impuso dentro del Partido Demócrata Nacional, llevando como candidato a Robustiano Patrón Costas. Éste era un barón del azúcar en el norte del país, y como tal, industrial necesitado de protección. Pero se trataba de una industria alimenticia, poco representativa del nuevo crecimiento manufacturero que experimentaban las zonas más prósperas del país; y la protección que exigía era contra los azúcares brasileños o caribeños, lo que era fácil de conseguir, y además ya llevaba décadas de haberse establecido.

Para los nuevos intereses, que debían enfrentar la competencia de los productos manufacturados europeos o estadounidenses, Patrón Costas no era ninguna garantía y, además, era muy pro británico. La realidad era que, con el existente sistema de partidos políticos, resultaba muy difícil que los intereses industriales que estaban creciendo y expandiéndose cualitativamente en todas direcciones gozaran, después de terminada la guerra, de la protección a ultranza que necesitaban para sobrevivir.

La oposición estaba formando, como se vio en el anterior capítulo, un frente que debía ser una versión moderada de los populares vigentes en España, Francia y Chile, incorporando a radicales, demócrata progresistas, socialistas y comunistas. En la Unión Cívica Radical (UCR), que se sabía partido hegemónico sin necesidad de ayudas externas, había resistencias a este tipo de alianzas. La muerte de Alvear en 1942 creó una lucha interna en ese partido, dividido entre una fracción más moderada, la unionista, dispuesta al diálogo, y otra más intransigente, dirigida por el cordobés Amadeo Sabattini, que se inspiraba en Yrigoyen y cultivaba una imagen de inaccesibilidad y pureza doctrinaria. En los sectores jóvenes, había muchas figuras, desde Moisés Lebensohn hasta Arturo Frondizi, que ya se inclinaban bastante francamente a soluciones de izquierda. Pero ninguno de los componentes del frente en formación estaba demasiado sensibilizado por la temática del proteccionismo, poco atractiva para su electorado de clase media agropecuaria o comercial, o para la mentalidad de aristocracia obrera ligada al socialismo. Por otro lado, el liberalismo económico estaba muy difundido en los ambientes políticos del más diverso sello, incluso en la izquierda, especialmente por la tradición justista, que veía con malos ojos una excesiva interferencia con las fuerzas del mercado, únicas que desde esta perspectiva podían protagonizar un crecimiento económico sólido.

Cuando en junio de 1943 estalló un golpe dirigido por la logia GOU (Grupo Obra de Unificación), compuesta principalmente por coroneles, entre ellos, Juan D. Perón, la situación cambió de manera súbita. Los sectores, cada vez más amplios, que no tenían adecuada expresión en el panorama partidario existente encontraron un cauce para sus preocupaciones. Convergieron los industriales necesitados de protección, los militares en busca de consolidar la producción de armamentos, los intelectuales nacionalistas y católicos preocupados por la posible subversión generada por la pronosticada desocupación de la posguerra, y las nuevas masas que llegaban del interior del país, o las que se despertaban ante el impacto de la radio y otros medios de comunicación social.

Por otra parte, en el movimiento que finalmente logró formar Perón desde el poder, se incorporaron sectores desgajados de los partidos tradicionales, desde el conservadurismo, que proveyó a más de un caudillo pueblerino, hasta el radicalismo, que generó la Junta Renovadora, o el socialismo y las centrales obreras, que transfirieron dirigentes y cuadros sindicales.¹

Los partidos que habían estado intentando crear un frente siguieron, de todos

modos, en su mayor parte como opositores al régimen militar, y finalmente formaron, ante las elecciones que se convocaron para 1946, la Unión Democrática, a la que el conservador Partido Demócrata Nacional no fue convidado pero, de hecho, apoyó. Fue así como lo que podría haber sido una variante de un frente popular se convirtió en una convergencia ideológicamente muy amplia, pero sobre todo basada en sectores medios y altos de la estratificación social, pues las masas fueron ganadas en su amplia mayoría por el “coronel del pueblo y general de la nación”, Juan D. Perón.

La coalición de fuerzas que respondía al dinámico secretario de Trabajo y Previsión del gobierno militar era, de todos modos, muy heterogénea, e incluso fue cambiando con el tiempo. En el primer o segundo año del régimen (1943-1944), era evidente el interés de los nuevos y antiguos empresarios industriales en dar su apoyo a la política de estímulo manufacturero y neutralismo en que estaban embarcadas las nuevas autoridades. Pero ya hacia 1945, comenzó a preocupar a los empresarios la decisión de Perón de movilizar a las masas y conceder notables conquistas sociales, algunas de las cuales habían sido demandadas infructuosamente por décadas por las fuerzas de izquierda y el sindicalismo. Perón tenía en mente un modelo de partido nacional integrador, siguiendo esquemas que pueden haber variado desde el fascismo italiano, visto como “autoritarismo desarrollista”, hasta el aprismo o el Partido Revolucionario Institucional (PRI) mexicano, que sin duda conocía y que desde fines de los años treinta había adquirido gran proyección internacional debido sobre todo a la acción de Lázaro Cárdenas.²

El hecho, un poco paradójico, fue que Perón, de orígenes intelectuales nacionalistas autoritarios, pero pragmático, terminó generando un movimiento político muy distinto del que proyectaba. Su objetivo era unificar a los sectores modernizadores y nacionalistas de la sociedad argentina, de arriba abajo, incluyendo sobre todo a la burguesía industrial, a los técnicos, a la clase media y a los obreros más calificados. Con este partido unificador, pretendía combatir la amenaza de la lucha de clases, y al mismo tiempo, dar la pelea contra las excesivas influencias extranjeras en el país y quizás intentar un proyecto de hegemonía continental.

El destino no lo quiso así. Aunque ciertas minorías de empresarios industriales y un buen sector de intelectuales de derecha y católicos lo apoyaron, la mayoría de las clases altas y medias se le opusieron. Por otra parte, la Iglesia y las Fuerzas Armadas, aunque favorables en un comienzo, se fueron apartando

progresivamente a medida que las características tendientes a la movilización de su régimen se hicieron sentir. Al final, lo que se inició como intento de superar las luchas de clase protagonizó los principales enfrentamientos sociales de la historia argentina.³

En su búsqueda de apoyos populares, Perón se acercó a los líderes del sindicalismo existente, entre los cuales encontró una fuerte resistencia al inicio, pero luego cada vez más voluntades dispuestas a secundarlo. La renovación a que estaba siendo sometida la clase obrera de los centros más poblados del país con la migración interna facilitó esta trasmutación de lealtades, y los viejos dirigentes que se mantuvieron en un irreductible antiperonismo fueron superados por las bases y por nuevos líderes, o por algunos más pragmáticos de entre los antiguos.⁴

El precio de estas conquistas fue el antagonismo con varios de sus primeros apoyos, incluso entre sus compañeros de armas. Cuando a inicios de octubre de 1945 un golpe de palacio lo desplazó del ministerio y lo confinó a un hospital militar, la reacción popular no tardó y generó la pueblada del famoso “17 de octubre”, que contó, cierto es, con la anuencia de un mayoritario sector de la policía, afín a Perón, y de elementos en la jerarquía militar.

Durante sus años en el gobierno (1946-1955), Perón consolidó el desarrollo industrial del país, evitando que la diversificación productiva lograda durante la guerra se revirtiera. Estableció un riguroso proteccionismo, incluyendo la prohibición de importar gran cantidad de elementos de fabricación nacional. Los principales servicios públicos fueron estatizados, lo que satisfizo al sector nacionalista de la opinión pública, copiando por otra parte modelos puestos en práctica en ese entonces por regímenes socialdemócratas de Europa, notablemente el laborismo británico. La administración de esas fuentes de trabajo, sin embargo, dejó mucho que desear, y se convirtió en lugar para cultivar una amplia clientela política. La disciplina de trabajo en las empresas, por otra parte, se vio debilitada por un sindicalismo que siempre imponía sus demandas, por el calor oficial.

El nivel de vida popular y las conquistas sociales, de todos modos, crearon un clima de prosperidad que sólo parcialmente se vio disminuido en los últimos años de la segunda presidencia, ante el cambio en la coyuntura internacional, que quitó valor relativo a las exportaciones argentinas.

En el campo cultural, la universidad fue avasallada. Con el tiempo, se “peronizó” la educación estatal hasta convertirla en base de propaganda personalista, y se cerraron la mayoría de los diarios y las radios con inclinaciones opositoras.

BRASIL: DEL ESTADO NOVO AL VARGUISMO POPULAR

En Brasil, bajo la dictadura desarrollista del Estado Novo establecida en 1937, se había dado un importante crecimiento industrial. En los centros urbanos, la situación era parecida a la argentina, y los muy numerosos recién llegados del campo constituían una base muy apta para generar un movimiento populista. La tentación de lanzarse al movilizacionismo de masas fue irresistible, y en buena parte, estimulada por el exitoso ejemplo peronista. Esto generó la oposición de las clases acomodadas, ya no sólo por los pruritos democráticos de algunos de sus componentes, sino por el temor muy difundido ante cualquier intento serio de agitación popular.⁵

Al final, en 1945 Vargas se vio obligado a conceder elecciones libres y competitivas, prometiendo no ser candidato. Formó dos partidos políticos para que continuaran su obra. Uno, moderado y rural, el Partido Social Democrático (PSD, nombre de fantasía, para nada socialdemócrata), agrupaba a los notables provincianos que seguían su política. Otro, el Partido Trabalhista Brasileiro (PTB), estaba destinado a encauzar las fuerzas más populares y obreras, ya estructuradas en sindicatos oficiales controlados por el Estado, pero con un elemento movilizador muy alto. Las concentraciones de partidarios más exaltados demandaban la permanencia de Vargas en el poder, o bien su reelección, dando origen a que se los denominara “queremistas”, por su grito de “queremos a Vargas”. La oposición formó la Unión Democrática Nacional (UDN), sintomáticamente con el mismo nombre que la coalición antiperonista del país del Plata, aunque con carácter de partido. Sin embargo, en un inicio era una confluencia de diversos sectores antivarguistas, con un componente conservador-liberal hegemónico, pero con integrantes de centro y aun de izquierda o del movimiento estudiantil. Con el tiempo, la UDN se convertiría en el principal partido conservador del país, mientras que su homónima argentina se disolvió para dejar en libertad a sus componentes.⁶

En el agitado mes de octubre de 1945, en que tuvo lugar el putsch militar contra Perón y luego su retorno triunfal, se generó en Brasil un ambiente golpista, para evitar la previsible estratagema de Vargas de hacerse reelegir o impedir las

elecciones, como había hecho en 1937. El golpe, que de forma sorprendente encontró poca resistencia, se planteó como meramente preventivo, para asegurar la realización de las elecciones, según estaban prometidas, hacia fines de ese mismo año. Vargas, por supuesto, no pudo ser candidato presidencial, pero sí a otros puestos.

A pesar de la obvia simpatía de los militares por el candidato de la UDN, éste perdió la elección ante el general Eurico Gaspar Dutra, que había sido ministro de Guerra y baluarte del Estado Novo por muchos años, pero que había estado algo apartado de Vargas en los últimos tiempos, por temor a que el dictador le quitara su candidatura por el PSD. A pesar de esas fricciones, la orden de Vargas fue la de votar por Dutra, a cambio, por cierto, de que en la siguiente elección éste le retornara el favor y, como mínimo, le permitiera candidatearse.

Durante la agitación del queremismo y la liberalización que acompañó a la preparación de las elecciones, el Partido Comunista fue legalizado y Prestes, liberado. Los comunistas apoyaron la agitación queremista, tratando de evitar el destino de sus pares argentinos, que se habían visto apartados del favor popular por no seguir los entusiasmos colectivos generados por una figura carismática. En las elecciones de 1945, lanzaron un candidato extrapartidario que consiguió el apoyo del 10% del electorado, y ganaron un senador y 14 diputados nacionales. En 1947, obtuvieron de nuevo un fuerte apoyo en la designación de legisladores estatales, sobre todo en San Pablo y otras áreas industriales. El gobierno de Dutra (1946-1951) se encargó de frenar lo que parecía ser una seria amenaza, y finalmente el partido fue ilegalizado y nunca recobró gran fuerza electoral, aunque mantuvo un significativo enraizamiento en sectores profesionales, estudiantiles y aun militares, esto último, como efecto de los orígenes tenentistas de Prestes.⁷

En 1950, la candidatura de Vargas, promovida por el PTB, arrolló en las urnas a pesar de no haber sido secundada por el otro sector de origen varguista, el PSD. La UDN consiguió una decente votación, pero sin poder competir por el primer puesto. Ahora, en esta “segunda venida”, Vargas se demostró cuidadoso demócrata, aunque no pudo controlar algunos excesos de corrupción y la acción de sectores violentos de sus seguidores que amenazaban a los dirigentes opositores.

La ideología de Vargas había sufrido una radical reorientación, no sólo hacia la democracia, sino incluso hacia el socialismo, o al menos eso se podía deducir si

se tomaban literalmente numerosas declaraciones suyas. En una de ellas, de 1946, decía que había dos formas de democracia, una de las cuales era la “liberal y capitalista [...] basada en la desigualdad”, mientras que la otra era “la democracia socialista, o democracia de los trabajadores”, por la que combatiría en beneficio de la colectividad. En las elecciones estaduais de 1947, había llegado a hacerse sacar una foto junto a Luis Carlos Prestes en una tribuna. Su victoria en las urnas en 1950, aunque no contó con el apoyo oficial del Partido Comunista, arrastró a muchos simpatizantes y aun militantes de esa fuerza.⁸

La derecha y los militares tuvieron que apelar a sus máximas dotes de tolerancia para aceptar la vuelta al poder del dictador al que habían derrocado, quien no mejoraba para nada las cosas con sus declaraciones “socialistas”, que podían no ser muy creíbles, pero que alarmaban a la opinión moderada del país. Ya estaba ocurriendo en el varguismo ese proceso de mutación que en tantos otros casos en el continente transformó movimientos populares con ideología algo autoritaria y elementos de raíz fascistoide en expresiones de tipo revolucionario tercermundista.

Vargas procuró intensificar la política social de distribución con el nombramiento de João Goulart –obviamente su delfín en el PTB– como ministro de Trabajo. La resistencia empresarial a esta medida llegó a crear un ambiente golpista. Ese ambiente se consolidó como reacción a los fenómenos de corrupción que se iban revelando y a un par de atentados contra líderes opositores, especialmente el fallido contra Carlos Lacerda, líder de la UDN en Río de Janeiro y periodista combativo, cuyo pasado comunista había sido totalmente olvidado y no le quitaba ningún predicamento en la derecha.

En definitiva, un planteo de las Fuerzas Armadas le exigió a Vargas la renuncia, o que se tomara una licencia para permitir que el Poder Judicial dilucidara, libre de interferencias, los varios escándalos de que se acusaba a su gobierno. Viéndose contra la pared, Vargas decidió, no sin algunas vacilaciones, dar un paso histórico, y después de redactar un testamento político, se suicidó, esperando sin duda que explotara la ira popular, sentando las bases para un nuevo régimen. La reacción fue menos intensa que lo que el viejo ocupante del Palacio esperaba, pero de todos modos consiguió parar el golpe militar que se estaba tramando.

Su vicepresidente lo reemplazó, y al año, cuando correspondía, las elecciones dieron la victoria a la alianza de las fuerzas varguistas, o sea, al PSD más el

PTB, ahora aunados tras el moderado Juscelino Kubitschek. No dejó de haber, de todos modos, un último episodio en este enredo. Estando ya avanzado el proceso electoral, comenzó a sospecharse que algunos sectores militares que rodeaban al vicepresidente en ejercicio buscaban una intervención para cortar de raíz con la influencia varguista. Para precaverse de eso, el general Henrique Teixeira Lott dio a su vez un golpe preventivo, asegurando la realización normal de los comicios. Claro está que esta acción le abriría un amplio crédito con la facción victoriosa.⁹

CAÍDA DEL PERONISMO Y PRETORIANISMO DE MASAS EN ARGENTINA

En Argentina, el sistema de partidos políticos organizado por Perón también fue plural en un inicio. Estaban los independientes, especialmente reclutados entre los conservadores y los intelectuales nacionalistas. Luego, sobre todo en el interior del país, la Unión Cívica Radical Junta Renovadora, equivalente en alguna medida del brasileño PSD. Más visibilidad tuvo, principalmente en las grandes áreas urbanas, el Partido Laborista, equivalente del PTB, pero más ligado a estructuras sindicales fuertes. Lo iniciaron algunos dirigentes sindicales de experiencia en el movimiento obrero, como el telefónico Luis Gay, dirigente de la Unión Sindical Argentina (USA), central minoritaria donde se refugiaba lo que quedaba del antiguo “sindicalismo revolucionario”. Muy central en ese partido fue el rol del dirigente de la carne, Cipriano Reyes, que había tenido una trayectoria bastante marginal en el movimiento obrero, como rival de la dirigencia principal del gremio, que era comunista. El laborismo argentino, aunque en teoría pautado según las normas del homónimo inglés, de hecho no tuvo autonomía, y apenas Perón se vio presidente electo disolvió a las estructuras que lo habían llevado al poder, sustituyéndolas por el mucho más jerarquizado Partido Único de la Revolución Nacional, que luego tomaría diversos nombres, desde Peronista hasta Justicialista o Partido Nacional Justicialista.

La fuerte confrontación política y social existente en el país pronto llevó al gobierno peronista a restringir las libertades públicas, especialmente a partir de una razia de diarios independientes realizada en 1950. La prosperidad generada por los grandes superávits acumulados en la balanza de pagos en los últimos años de la guerra y el estímulo a la producción industrial dado por una protección a rajatabla crearon condiciones de plena ocupación y de alto nivel salarial por varios años. La figura de Evita Perón ayudó a robustecer la imagen mítica de una pareja dadivosa en el poder, dispuesta a ocuparse de los problemas de todos, por encima de las complejidades de la política formal de la división de poderes y el equilibrio institucional.

Durante el segundo período presidencial (iniciado en 1952), la prosperidad disminuyó y comenzaron a hacerse sentir los efectos del incremento excesivo de empleados públicos y de una gestión poco cuidadosa del erario. La Iglesia empezó a retacear su apoyo para evitar verse envuelta en una posible crisis del régimen, al que había apoyado abiertamente en un inicio. Ahora, para preparar una eventual transferencia de lealtades, la curia organizó escuelas de formación de dirigentes afines, lo que era tocar un punto muy neurálgico del régimen. En represalia, el gobierno decidió tomar medidas como la Ley de Divorcio, y de un hecho al otro, se llegó a un fuerte enfrentamiento.

Paralelamente, las fuerzas económicas se demostraban preocupadas por la continuada orientación populista de la prédica política gubernamental, a pesar de que en el frente económico se intentaba tomar un rumbo más moderado. Los opositores liberales doctrinarios y los partidos de centro y de izquierda acentuaban sus críticas y la búsqueda de contactos en los cuarteles. Ante esta convergencia, se generó un ambiente golpista que culminó con un intento en junio de 1955, incluyendo el bombardeo de la Plaza de Mayo por unidades rebeldes con numerosas muertes de civiles. Perón llamó a la venganza, y pronto la curia y las cuatro más tradicionales iglesias de la ciudad de Buenos Aires ardían por obra de activistas peronistas, entre los que quizá se infiltraron otros de ideologías diversas.

Ya dos años antes (1953), en reacción a una bomba plantada en una concentración peronista, que ocasionó varias muertes, los manifestantes en su desconcentración habían incendiado las sedes de varios partidos de oposición y la del Jockey Club, quizá como sustituto de un inexistente partido conservador con presencia en las urnas. Finalmente, en septiembre de 1955, otro movimiento armado consiguió después de breves días captar la gran mayoría de las unidades de las tres fuerzas y derribar al gobierno.

Se iniciaba así el período llamado “Revolución Libertadora”, que contó con el apoyo de prácticamente todos los partidos antiperonistas, a los que convocó (con excepción del Partido Comunista) a formar una junta asesora civil. A partir de este momento, durante 18 años el peronismo estaría casi de un modo permanente fuera de la legalidad, o sólo de manera parcial admitido en ella. Los militantes respondieron constituyendo grupos de acción violenta para preparar un retorno al poder mediante una convergencia de sectores civiles y militares, lo que no ocurrió como estaba previsto. Generó, sin embargo, uno de los episodios de mayor violencia de la historia argentina, con la proliferación de grupos

irregulares armados, en especial los llamados Montoneros y su estructura de superficie, la Juventud Peronista. Sobre ese tema volveremos en el próximo capítulo.¹⁰

En Argentina, el régimen militar que derribó al peronismo tuvo un primer período corto bajo la presidencia del general Eduardo Lonardi, de convicciones nacionalistas católicas, quien intentó una política conciliatoria hacia los vencidos, no tanto por magnanimidad cuanto por coincidencia en algunas actitudes básicas hacia el Estado. Pero los sectores más definidamente liberales que formaban parte de la coalición vencedora pronto se impusieron a través de la dupla formada por el general Pedro E. Aramburu y el almirante Isaac Rojas, ambos apoyados por la mayoría del radicalismo y del socialismo, que buscaban dismantelar las estructuras juzgadas totalitarias del peronismo, sobre todo en el ambiente sindical. Fue así que se dieron intervenciones y tomas de sindicatos, donde muchos de los antiguos dirigentes que habían sido desplazados por el justicialismo retornaron brevemente a ejercer la dirección, aunque en general con poco apoyo de las bases.

En 1956, una rebelión cívico-militar para permitir el retorno de Perón fue ahogada en sangre con el fusilamiento de una veintena de militantes, encabezados por el general Juan José Valle, que dirigió la intentona. Dentro del frente cívico antiperonista que sostenía al gobierno, comenzaron a evidenciarse fisuras, hasta que se dio una seria división dentro de la Unión Cívica Radical, principal fuerza electoral no peronista del país.

Un sector autodenominado intransigente, dirigido por Arturo Frondizi, se planteó objetivos más “progresistas”, nucleando a importantes grupos juveniles y tratando a la vez de integrar a sectores del peronismo en una nueva alianza popular, en que la Unión Cívica Radical Intransigente (UCRI) cumpliría el rol de representante de la burguesía nacional, entidad a la que se le daba un papel central en el proceso de desarrollo económico del país. De ahí el nombre de “desarrollismo” que adoptó la ideología de este partido, al comienzo aún muy influenciada por el origen marxista de muchos de sus dirigentes, pero luego cada vez más rechazado. El otro grupo de la UCR fue el más tradicional, rígidamente antiperonista, autodenominado Unión Cívica Radical del Pueblo (UCRP) y dirigido por Ricardo Balbín, contando con simpatías en la derecha y el centro liberales (casi desprovistos de representación partidaria) y en los sectores más antiperonistas del viejo Partido Socialista.

En 1958, fueron convocadas elecciones generales con la invalidación del Partido Peronista o sus alter ego, declarados como de origen totalitario y, por lo tanto, inhábiles para presentarse. Frondizi, ante la existencia de esta masa vacante, redobló su prédica integracionista y sus críticas al régimen militar, y finalmente firmó un pacto con Perón, por el cual éste le daba sus votos a cambio de reconocimiento para el futuro.

Con esos votos prestados por un antiguo enemigo, Frondizi llegó a la Casa Rosada burlando los cálculos del régimen de la Revolución Libertadora, que veía alarmada retornar, de manera encubierta, una presencia peronista en los centros de decisión nacional. Hubo dudas en aceptar el veredicto de las urnas, pero al final éste fue respetado, aunque manteniendo a las nuevas autoridades bajo estricta vigilancia.

En el nuevo gobierno, inaugurado en 1958, enseguida comenzaron las tensiones entre las demandas del movimiento peronista y las limitaciones a que obviamente estaba condenado el presidente para evitar ser derribado. Se dio así una violenta ruptura entre los aliados ocasionales, lo que dejó a Frondizi en una situación de extrema debilidad, aunque tenía mayoría en las cámaras. Su gobierno se vio jaqueado por un movimiento sindical que él mismo había contribuido a devolver a manos peronistas, y por la mala voluntad de la derecha económica, de los militares y del centro y la izquierda liberales. De todos modos y a pesar de los constantes “planteos” militares, Frondizi trató de seguir una política exterior independiente, llegando a tener conversaciones con el Che Guevara, con desastrosos efectos, pues no consiguió reconciliarse con la opinión de izquierda, pero alarmó a la derecha que comenzaba a acercársele.

En 1962, la renovación de la Cámara de Diputados, más la elección de gobernadores, dio la oportunidad para intentar una normalización del sistema político. Frondizi autorizó la actuación de partidos neoperonistas provinciales e intentó concentrar alrededor de su UCRI el voto antiperonista y de derecha. La jugada casi le resultó, pues a escala nacional la UCRI aventajó a la UCRP como polo antiperonista, aunque no lo suficientemente como para superar al peronismo, que de todos modos quedó colocado con alrededor del 40% en una provincia clave como Buenos Aires. Lo grave fue que los justicialistas ganaron esa estratégica gobernación y, por lo tanto, el manejo de la policía (provincial) que debía controlar los excesos de los sindicalistas en el cordón industrial porteño.

El temor cundió en las esferas militares y de la derecha, a pesar de que, vistas las cosas con más perspectiva, el hecho de que el peronismo ahora aparecía con menos del 50% del electorado era una señal positiva. Ciertamente es que quizás esto se debía a circunstancias ocasionales de divisionismo, ausencia del jefe y poco acceso a los medios de difusión. El hecho fue que se suscitó un golpe que derribó al presidente y usó a su vicepresidente, José María Guido, como figura formal tras la cual establecer un régimen militar.¹¹

URUGUAY, PARAGUAY Y BOLIVIA ANTE EL RETO POPULISTA

Uruguay

En Uruguay no se dio un equivalente de los fenómenos argentino y brasileño. Quizás esto esté ligado a la característica del país, casi una ciudad-Estado, sin mucha industria ni concentraciones mineras o agroindustriales. La prosperidad del Uruguay de aquel entonces, cercana a la de Argentina, pero con menores concentraciones humanas, creaba una mentalidad dominante de clase media. En vez de migraciones del campo a la ciudad, lo que predominaba era la emigración del país hacia el exterior, sobre todo hacia Argentina. La población envejecía, no había mucha renovación, y los recuerdos y los prestigios persistían. Fue así como se mantuvo el predominio electoral de colorados y blancos, con un pequeño sector ocupado por la izquierda socialista y comunista, que sin embargo era influyente en los sindicatos. No estaban dadas las condiciones para la formación de un populismo, ni en los estratos bajos ni en los medios y altos, donde había amplio lugar para el acomodamiento de elites y grupos disidentes dentro del sistema existente de partidos e instituciones. Más adelante, las cosas cambiarían, aunque siempre en condiciones inhóspitas para el populismo.

En lugar del populismo, en Uruguay se consolidó una variante progresista y redistribucionista en el Partido Colorado con Luis Batlle Berres, sobrino del viejo caudillo, que ocupó la presidencia entre 1947 y 1951. Al finalizar su mandato, se aprobó otra reforma constitucional, de acuerdo con los cánones de su facción, para introducir el Colegiado integral. Ahora ya no existiría más presidente de la nación y los miembros del Colegiado se rotarían cada año en la presidencia del cuerpo. Esta vez, por cálculo político, el herrerismo dio su apoyo al cambio, a pesar de su resistencia ideológica. Es que se temía una preponderancia excesiva de la figura de Luis Batlle Berres, y para anularla, se combinaron su propio ideologismo y la astucia de sus principales opositores, que pensaban más fácil penetrar en el Colegiado que lanzarse a la conquista del cargo máximo.

La suerte acompañó esta cábala, y en 1958 finalmente el Partido Nacionalista triunfó, orientado por su jefe Luis Alberto de Herrera, aunque éste sólo pudo ocupar la jefatura del cuerpo colegiado. Fue apoyado, además, por una facción de origen colorado, el así llamado ruralismo (Liga Federal de Acción Ruralista), dirigido por Benito Nardone, alias “Chicotazo”, que a través de un popular programa de radio movilizaba los sentimientos de productores medios del campo y de otros sectores pueblerinos. Por otra parte, el desarrollo industrial de la época estaba trayendo migrantes del campo a la ciudad que poseían más sensibilidad a la prédica tradicionalista de los blancos que a la más modernizada de los colorados. El fenómeno tenía algunas características del populismo, sin embargo, en escala muy reducida, por comparación a los efectos mayúsculos que tuvo en Brasil o Argentina.¹²

Paraguay

Paraguay tampoco tuvo muchas condiciones para la generación de un populismo clásico, por las pocas concentraciones de mano de obra existentes, a diferencia de Bolivia, que las tuvo en la minería. Bolivia además presentó siempre una fuerte diferenciación entre la minoría de clase media europeizada y la masa india ligada a sus comunidades tradicionales. En Paraguay, la mezcla étnica ha sido mayor desde los orígenes de la colonización, y por consiguiente fue un país mucho más homogéneo en ese sentido que Bolivia. La emigración desde el campo, por otra parte, fue principalmente hacia afuera del país, en vez de engrosar las propias ciudades. Éstas, entonces, cambiaron mucho menos su composición demográfica y sus memorias colectivas que sus equivalentes de Brasil. El resultado fue la permanencia de un partido tradicional, el colorado, muy distinto en sus características del homónimo uruguayo, y que tuvo y tiene algunos aspectos de nacionalismo popular, de raíces históricas ligadas al culto de los López y al recuerdo de la guerra de la Triple Alianza contra sus vecinos (1865-1870).

El gobierno dictatorial existente en 1947 tuvo que enfrentar ese año una seria guerra civil contra las fuerzas coaligadas de liberales, febreristas y grupos de izquierda, que contaron con el apoyo del pequeño Partido Comunista. Al vencer en la guerra civil, el presidente tuvo que movilizar más que antes al elemento

colorado. Pero las luchas de facciones, sumadas al juego de presiones externas que provenían de los grandes vecinos, terminaron por desestabilizar al régimen, aunque para sustituirlo pronto por otro igualmente autoritario y mucho más sólido, dirigido por Alfredo Stroessner. Ahora el coloradismo se transformaba decididamente en partido de gobierno, con una cierta simpatía desde Argentina, donde el peronismo compartía su nacionalismo populista y su admiración por la gesta del Mariscal López. El componente populista era, sin embargo, mucho menor en Paraguay que en Argentina, y el grado de autoritarismo vigente en ese país nunca fue igualado en Argentina, ni la popularidad del general Perón fue alcanzada por Stroessner. Éste evolucionó con el tiempo de manera cada vez más totalitaria y terrorista de Estado, aunque guardando algunas formas democráticas más aparentes que reales, y un lugar tolerado al Partido Liberal, que mediante sucesivas escisiones había conservado un tronco principal denominado Partido Liberal Radical Auténtico. La oposición más decidida era la de los febreristas, así como la de algunas facciones coloradas desplazadas del poder, y en los extremos estaba el comunismo.

Bolivia

En Bolivia, las convulsiones civiles tuvieron mucha mayor amplitud que las del Paraguay. La mentalidad nacionalista que se había expresado a través de Busch volvió a emerger a fines de 1943 en un golpe, con participación de la logia militar Razón de Patria (RADEPA) y del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), que llevó al general Gualberto Villarroel al Palacio Quemado (1943-1946). El gabinete incluyó a miembros del MNR más algunos otros socialistas independientes, y contó con el apoyo de nuevos sindicatos, sobre todo mineros organizados por Juan Lechín, líder venido desde afuera de las filas obreras, como hijo que era de un comerciante árabe arruinado. La lechinista Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia (FSTMB) combatió al viejo sindicalismo de inspiración marxista o anarquista. En el sector rural, en general poco trabajado por la izquierda, se organizó el Primer Congreso Campesino con fuerte participación de indígenas, que planteó el objetivo de la reforma agraria y la extensión del voto, aunque no se encontró eco oficial para esas medidas.

En el gobierno, hubo también elementos de derecha militar, autodefinidos como “independientes”. En la oposición, se nucleó la derecha “concordancista”, aliada con el Partido de Izquierda Revolucionaria (PIR) pro comunista, en una Unión Democrática (1944) que buscaba su justificación en la naturaleza supuestamente fascista del gobierno. En noviembre de 1944, se intentó un golpe contra el régimen de Villarroel, basado en el apoyo civil de los partidos tradicionales más sectores de izquierda como el PIR y algunos sindicalistas. Al reprimir este complot, el gobierno recurrió a medidas extremas ordenando el fusilamiento de decenas de involucrados, incluidos algunos de las mejores familias, mezclados con dirigentes sindicales y militantes marxistas. Esta “masacre de Chuspipata” acrecía el número no pequeño de episodios similares de la historia boliviana, pero esta vez con una muy peculiar mezcla de víctimas que marcó a fuego al régimen, quitándole el apoyo de sectores moderados, aparte del de la extrema izquierda.

La agitación que siguió debilitó al gobierno, y finalmente una ola de huelgas de maestros, estudiantes, ferroviarios y obreros de la construcción terminó en una pueblada dirigida por el pro soviético PIR, que penetró en la plaza principal ante la indecisión de las Fuerzas Armadas y apresó y asesinó al presidente, colgándolo de un farol para escarmiento de tiranos, en julio de 1946.

Se volvió entonces a una democracia limitada, con una competencia entre el Partido Liberal y lo que quedaba del viejo republicanismo. Durante este período (1945-1952), las elites dirigentes descuidaron las presiones sociales que se iban acumulando no sólo en la clase obrera, sino también en el campesinado y, más importante aún, en la emergente clase media de empleados y profesionales.

Cuando en 1951 el MNR, finalmente autorizado a competir en elecciones libres (aunque limitadas a los alfabetizados), obtuvo la mayoría, un golpe militar de derecha invalidó el proceso, pero se enfrentó con una masiva resistencia popular. Los mineros, con sus cargas de dinamita y la simpatía de sectores significativos de la Policía y las Fuerzas Armadas, de raíces villarroelistas, vencieron a la oligarquía de tres frentes, con sus empresas mineras, sus latifundistas y sus partidos de derecha o centro liberal. La izquierda marxista, en su faz pirista, quedó enganchada con la alianza anti-MNR, y sólo con el tiempo superó en parte esa actitud de rechazo visceral a lo que consideraba aspectos fascistas y, en todo caso, capitalistas nacionales, pero nunca genuinamente populares, del MNR. Los votos, sin embargo, iban a ese partido, y lo mismo el apoyo de las principales organizaciones de masas, obreras o campesinas.

El MNR en el poder llevó a la primera magistratura a Víctor Paz Estenssoro (1952-1956), quien realizó una de las transformaciones sociales más profundas del continente hasta ese momento. Incluyó la expropiación de la mayor parte de los latifundios y de las empresas mineras del estaño, así como del petróleo (que había sido reprivatizado), y se pusieron serios límites a la acción y a la formación profesional de las Fuerzas Armadas. La tensión social interna se mantuvo en un alto nivel, aunque las fuerzas antagónicas al triunfante MNR tuvieron poca presencia en las urnas. Los partidos tradicionales de la derecha y el centro liberal prácticamente desaparecieron, siendo sustituidos por la Falange Socialista Boliviana (FSB), cuyo apelativo de socialista evocaba más al nacionalsocialismo alemán que a otros fenómenos de ese nombre. Ésta se extendió hasta obtener el apoyo de la mayor parte de la clase alta y de los sectores medios anti-MNR, moderando además, en el nuevo ambiente posterior a la Segunda Guerra Mundial, su original filonazismo.

Dentro del MNR se generó una división entre el sector de Paz Estenssoro y una izquierda dirigida por el líder sindical Juan Lechín, de gran prestigio carismático entre sus seguidores, a quienes había unido en una Central Obrera Boliviana (COB) oficialista. A la izquierda, fuera del partido, persistía el trotskismo del Partido Obrero Revolucionario (POR) y el estalinismo del PIR, ambos con significativas bases sindicales y estudiantiles, aunque muy minoritarios a nivel nacional. En 1956, ante la imposibilidad de la reelección, fue proclamado candidato el más moderado Hernán Siles Suazo, y luego, al finalizar ese típico “mandato intermedio”, volvió Paz Estenssoro a ocupar su silla (1960-1964). Walter Guevara Arce, importante dirigente del MNR, al ser dejado de lado, formó un nuevo partido, primero denominado Movimiento Nacionalista Revolucionario Auténtico (MNRA) y luego Partido Revolucionario Auténtico (PRA). Por otra parte, para filtrar mejor las presiones castrenses, se formó una célula militar del MNR, dirigida por los generales René Barrientos y Alfredo Ovando.

A esta altura del desarrollo de la revolución boliviana, se había perdido bastante el inicial ímpetu reformista, generándose una importante burguesía nacional ligada a la derecha del partido gobernante. Bajo condiciones algo diversas, se podría haber reproducido el proceso mexicano, con el MNR convertido en un PRI integrador, policlasista y sólidamente asentado en el poder. No fue así, sin embargo, y las fuerzas tanto a la derecha como a la izquierda mantuvieron en jaque al gobierno, que por otra parte no contaba con los recursos de un país como México.

Cuando en 1964 se buscaba evitar la crisis de sucesión con la reelección de Paz (hecha posible por un cambio constitucional en 1961), la crisis interna al MNR no se pudo eludir, provocándose la escisión de Juan Lechín, quien formó su propio Partido Revolucionario de Izquierda Nacionalista (PRIN). Por presión militar y de derecha, Paz Estenssoro eligió como compañero de fórmula al general René Barrientos y ganó por amplio margen la votación. Pero era ya obvio que Barrientos constituía un caballo de Troya en el régimen, y a los pocos meses dirigió un golpe junto con el otro connotado movimientista militar, Alfredo Ovando (1964).

Al proclamarse el golpe, Lechín, en un arranque de estrategia maquiavélica, procuró perfilarse como apoyo del nuevo gobernante, y fue llevado en andas por una multitud de sindicalistas al Palacio de Gobierno, sólo para ser recibido con una fusilada. Al poco tiempo, era expulsado del país y su COB, puesta fuera de la ley. Barrientos, que al principio cogobernó con Ovando, formó una nueva fuerza política presuntamente heredera del MNR, nucleando restos de diversos grupos, desde el PIR ya exangüe hasta algunos antiguos socialistas de los tiempos de Busch y miembros disidentes del MNR. Su carácter derechista se evidenció al tener que enfrentar huelgas mineras que fueron severamente reprimidas en una matanza denominada “de San Juan”, que incluyó ataques de aviación a los pueblos mineros y a barrios de La Paz. En 1966, una elección en que las principales fuerzas de la oposición se abstuvieron por falta de garantías puso a Barrientos en la presidencia.

Barrientos se proclamaba, de todos modos, heredero del proceso de 1952 y cultivaba un importante apoyo entre sectores campesinos medios, criaturas de esa misma revolución, a quienes les garantizaba la posesión de sus parcelas, por encima de cambios institucionales.

CHILE Y LA SEGUNDA VENIDA DE IBÁÑEZ

En Chile, el Frente Popular había tenido problemas internos, pero básicamente se había mantenido una sucesión de presidentes radicales con ministerios en que se incluía a miembros de la izquierda, especialmente del socialismo. En 1946, el radical Gabriel González Videla llegó a la presidencia con el apoyo del Partido Comunista y nombró un ministerio con miembros de ese partido, ya el segundo caso en el continente después del ejemplo que había dado Batista en Cuba en el ambiente de cooperación de la guerra. La luna de miel duró poco, sin embargo, y González Videla se transformó de ser el Kerenski chileno en el principal enemigo del comunismo, a cuyos militantes hizo borrar del registro electoral, poniendo al partido fuera de la ley.

Su gobierno terminó con poca gloria en 1952 y dejó a su partido huérfano de opinión. La derecha conservadora y liberal quedaba en pie con bastantes votos, y la izquierda tradicionalmente podía reunir un buen tercio del electorado. Pero ocurrió algo distinto. El general Ibáñez, casi un cadáver político por muchos años, resucitó como una esperanza para quienes estaban transitoriamente desengañados de los partidos políticos. Es decir, se trataba de un candidato por encima o en contra de la “partidocracia”. Formó, a pesar de eso, un partido propio, el Partido Agrario Laborista (PAL), con un nombre que recordaba los caros a Perón y Vargas, y armó una campaña de tipo populista, inspirado claramente en su colega trasandino, en el acmé de su popularidad en aquel entonces. Más extraño, consiguió el apoyo del grueso del Partido Socialista, que se dividió en la ocasión.

Un sector, el Partido Socialista de Chile (PSCH), apoyado por el comunismo, llevaba a Salvador Allende de candidato. El otro sector, el Partido Socialista Popular (PSP), con la mayoría de las estructuras partidarias, se alió con el ibañismo y recibió en pago algunos ministerios. La mayor parte del sindicalismo, influido por el PSP y por la atracción de esta versión local del peronismo, también apoyó al candidato, a pesar de sus muy discutibles antecedentes, que incluían un período de gobierno dictatorial (1927-1931) con represión antiobrera y una candidatura por el Partido Nazi (1938). Al llegar al

gobierno, Ibáñez respetó las normas democráticas, aunque mantuvo hasta casi el final de su mandato el veto al Partido Comunista establecido por su antecesor.¹³

Cuando, a los dos años de haber iniciado su gobierno, enfrentó problemas económicos, se produjo un conflicto con el socialismo, y éste abandonó la coalición llevándose consigo su apoyo casi intacto, dejando en cambio a Ibáñez con escaso respaldo. A la postre, el ibañismo desapareció como movimiento, fue sólo una estrella fugaz en el firmamento de los partidos políticos chilenos. Es interesante contrastar el proceso de formación de la coalición entre militares y sindicalistas en Argentina, entre Perón y el Partido Laborista, y en Chile, entre Ibáñez y el socialismo popular. El proceso chileno fue una alianza explícitamente planteada, y desde posiciones de autonomía, en un esquema político que sólo tenía un moderado componente de movilizacionismo por una figura carismática. En Argentina, en cambio, se había generado una verdadera fusión política, y el electorado ya no pertenecía a los antiguos sindicalistas y miembros disidentes del socialismo que habían formado el Partido Laborista, sino a Perón mismo y a su futuro Partido Peronista, que barrió con los intentos de autonomía por parte de algunos jefes laboristas, como Luis Gay y Cipriano Reyes.

Al terminar el período de Ibáñez, se reconstituyó el tradicional sistema chileno de “tres tercios”. En la derecha, se ubicaba un poco más de un tercio del electorado, dividido entre los dos partidos de raíces decimonónicas, el Partido Conservador y el Partido Liberal. En la izquierda, otro tercio seguía fielmente al Partido Socialista (dividido a veces en Chileno y Popular) y al Partido Comunista, más algunas formaciones pequeñas, divisiones del “sello” democrático. En el centro, el radicalismo estaba siendo reemplazado por la Democracia Cristiana, que merece una consideración aparte.

Durante los años treinta, se había formado una juventud politizada y renovadora dentro del ambiente católico, en general de clase alta. La tradición de enfrentamiento religioso-laico en Chile hacía impensable para estos jóvenes progresistas ligarse al “arco laico”, que iba desde el Partido Liberal al Partido Radical, y que se extendía hasta el socialismo y el comunismo. Volcaron entonces sus ideas dentro del Partido Conservador, en el cual formaron una juventud muy autónoma, con dirigentes como Eduardo Frei Montalva, Bernardo Leighton y Radomiro Tomic. Entre las ideas nuevas que estos jóvenes adoptaban, se incluían las de la doctrina social de la Iglesia y algunos elementos mussolinianos y del autoritarismo ibérico. En otras palabras, una reproducción

más civil y más intelectualizada del tenentismo brasileño, pero ellos no eran militares y actuaban en un contexto social muy distinto.

Hacia mediados de la década del treinta, se separaron del viejo tronco conservador y formaron un partido propio, la Falange Nacional, nombre que refleja esa confusión de tendencias. Al poco de andar, sin embargo, borraron su pasado autoritario y se convirtieron en uno más de los partidos que tejían y destejían la trama de las coaliciones necesarias para apoyar los gabinetes o gestar las candidaturas presidenciales. Durante los años cincuenta, se produjo una división en el propio Partido Conservador, donde aún militaba un fuerte sector – nada juvenil– con ideas socialcristianas, aunque más moderadas que las de los falangistas. Ese grupo se separó formando un Partido Conservador Social Cristiano, pero a los pocos años (1958), se fusionó con la Falange para formar el Partido Demócrata Cristiano.

Este partido es el que hacia la década de 1960 comenzó a reemplazar al radicalismo como representante del tercio de sufragios que optaba por el centro. Dado su origen, por supuesto, la opinión pública de derecha le tenía bastante más confianza que a los propios radicales, y por cierto, lo consideraba un baluarte contra la izquierda, que en Chile a veces aparecía como amenazante, sobre todo por sus extremismos verbales, pero también por su práctica de agitación. De todos modos, al finalizar el mandato de Ibáñez y desaparecido su movimiento, la que ganó fue la derecha, con Jorge Alessandri, hijo totalmente domado del León de Tarapacá. La izquierda, ahora unida bajo dirección de Allende, que reivindicaba su consistencia antiibañista, llegó a un par de puntos porcentuales detrás de Alessandri. En el centro, la Democracia Cristiana aventajaba claramente al radicalismo.¹⁴

PERÚ Y ECUADOR: VARIANTES DE ESTRATEGIA POPULISTA

Perú

En Perú, el gobierno conservador de Manuel Prado (1939-1945) otorgó elecciones libres, pero de nuevo sin legalizar al Partido Aprista. Éste decidió votar por un candidato progresista de centro, José Luis Bustamante y Rivero, que de esa manera llegó a la presidencia. Los apristas, que entraron a la Cámara bajo las siglas de sus aliados, consiguieron formar el mayor grupo de diputados, dirigidos desde la sombra por Haya de la Torre, que había evolucionado en sentido moderado decidido a cooperar con los sectores progresistas de Estados Unidos, especialmente los sindicatos y el ala izquierda del Partido Demócrata.

Pero la cooperación con Bustamante no duró mucho. Las tradiciones rebeldes de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) se impusieron a pesar de las nuevas actitudes promovidas por Haya de la Torre, y fueron responsables de olas de huelgas y de intentos subversivos, de los cuales uno cobró mayor calibre, basado en marineros apostados en el Callao. La reacción gubernamental se hizo sentir enseguida con una ilegalización del APRA, y al poco tiempo, las Fuerzas Armadas intervinieron dirigidas por el general Manuel Odría (1948-1956).

Odría, inspirado en modelos falangistas, tuvo el apoyo de la derecha nacional e internacional y se benefició de una época de prosperidad que le permitió intentar políticas sociales. La ciudad de Lima y otros centros urbanos crecieron, albergando a una numerosa población que se hacinaba en barrios marginales. La construcción de viviendas en esas zonas, aunque insuficiente, permitió a Odría gozar de una cierta popularidad. Al comienzo de los años cincuenta, quiso emular el proceso argentino, en un contexto continental donde se daba el retorno, en vestes populistas y democráticas, de antiguos dictadores como Vargas e Ibáñez. Pero las condiciones del país eran distintas, entre otras cosas porque ya existía un populismo fuertemente arraigado, el APRA, que no estaba dispuesto a colaborar con él.

Odría no consiguió en medida suficiente el apoyo popular, pero con los amagues que hizo amedrentó a la derecha, que súbitamente redescubrió sus convicciones democráticas (siempre que no llevaran a una victoria aprista). Fue así como hacia 1956 las presiones provenientes de diversos sectores de la sociedad, incluyendo una buena parte de la opinión estadounidense que deseaba ver al continente libre de dictadores impresentables, forzaron a convocar una elección. Ésta debía ser competitiva y libre, aunque, claro está, sin los apristas.

La derecha se podía presentar de nuevo con Manuel Prado, de buenos antecedentes aunque sin muchos votos. En la izquierda había varios pequeños partidos sin fuerza propia. El gran vacío era el creado por la ausencia del APRA. ¿Quién podría ocuparlo? Odría pensaba que él o su marioneta elegida para sucederlo (porque él había aceptado no candidatearse) podrían conseguir un buen sector de votos populares, especialmente en las afueras de Lima, lo que sólo de manera muy parcial ocurrió. La nueva estrella que se levantaba en esos momentos era la del arquitecto Fernando Belaúnde Terry, que formó un nuevo partido, Acción Popular (AP), con características que lo asemejaban a la Democracia Cristiana, con mucho apoyo de sectores profesionales acomodados con responsabilidad social. Lanzó un programa para reemplazar al APRA, procurando canalizar ese electorado hacia el posibilismo que representaba su candidatura.

Ante esta situación, se esperaba que el APRA apoyara a Belaúnde. Sin embargo, no ocurrió así. El argumento dado por Haya de la Torre era que si ganaba Belaúnde, un hombre sin tradición partidaria propia, con votos apristas, se volvería a dar la situación de 1945-1948, en que bajo el manto del débil Bustamante y Rivero se ocultaba la fuerza del APRA, generando los consiguientes miedos y el peligro de desestabilización. Para hacer respetar el veredicto de las urnas, era mejor combinar votos con dineros, y por lo tanto, dio la orden de votar por Prado, en cuyas listas se incluyeron algunos diputados apristas. Con esto esperaba dividir el campo de sus enemigos, formados por las clases altas conservadoras y por los militares. Para terminar con el predominio de las Fuerzas Armadas, había que aliarse con la derecha económica, bajo su faz liberal; algo así como la lucha, durante la Segunda Guerra Mundial, de derechas e izquierdas aliadas contra el fascismo.

La estrategia aprista fue muy criticada en ambientes de izquierda y en el propio partido, que en consecuencia sufrió escisiones, formándose un APRA rebelde que luego se transformó en guerrilla. Pero Prado ganó la elección, los apristas

consiguieron no sólo diputaciones, sino también muchas intendencias municipales, que en aquella época eran designadas por el gobierno central, y robustecieron su influencia en los sindicatos ante el calor oficial. El precio de esta convivencia era, para el APRA, desprenderse de su izquierda más extrema, y para la derecha, aceptar el fin del fantasma aprista y tolerar su llegada a la presidencia en la siguiente renovación, planteada para 1962.¹⁵

Ecuador

En Ecuador, Velasco Ibarra había creado una fuerza social que constituía casi una caricatura del aprismo, con menos cohesión, disciplina política y desarrollo ideológico que los que Haya de la Torre había sabido infundir en sus seguidores. Guayaquil, con su heterogénea población y sus clases acomodadas de reciente ascenso social, otorgaba más facilidades que la sierra para construir la fórmula populista. Velasco Ibarra consiguió superar las diferencias regionales y formar un movimiento a escala nacional. El futuro le depararía una seguidilla de breves períodos en el poder y violentas expulsiones, que lo convirtieron en un paradigma de político con apoyo de masas, pero demasiado endeblemente estructuradas como para permitirle consolidar un régimen propio. Aunque fue un constante factor de irritación para ciertos sectores de la derecha (otros lo apoyaban), nunca llegó a generar una fuerza social del grado de peligrosidad para el orden constituido que significaron otros populismos del continente.

Habíamos visto en el capítulo anterior que Velasco, derrocado y exiliado en 1934, se había presentado a las elecciones de 1940, y ante el fraude que benefició a sus adversarios, intentó sin éxito una insurrección popular y una apelación a los cuarteles. Realizó un nuevo intento en 1944. Ya estaba listo el fraude, y ante la certidumbre de que no habría acceso legal al poder, estalló otra rebeldía popular, esta vez más extendida, con centro en Guayaquil, a la que se unió un sector importante de las Fuerzas Armadas. Después de intensos combates, una junta se hizo cargo del gobierno, con el apoyo de la Alianza Democrática de velasquistas, liberales disidentes, conservadores, comunistas, socialistas e independientes.

Éste fue el momento de mayor espectacularidad de la carrera de Velasco, por la

forma en que la “gloriosa revolución del 28 de mayo” había conseguido vencer al fraudulento régimen liberal de derecha. Los uniformados toleraron y en parte apoyaron a este proceso, porque estaban explorando nuevos horizontes, frustrados por la pérdida de territorio amazónico ante Perú como resultado de un corto conflicto bélico. En otras palabras, una versión en tono menor del síndrome militar posterior a la guerra del Chaco (1932-1935) en Bolivia y Paraguay.

Velasco asumió enseguida dando gran injerencia a sus colaboradores de izquierda, pronto rechazados y perseguidos, y orientados al apoyo de Carlos Guevara Moreno, otro dirigente popular, con un pasado juvenil socialista, también de Guayaquil, donde había creado la Concentración de Fuerzas Populares (CFP). A los dos años, Velasco, cansado de resistencias formalistas y desembarazado de algunos de sus primeros colaboradores, proclamó la dictadura (1946), tropezando otra vez con las Fuerzas Armadas, que lo depusieron e hicieron que su período fuera completado por el más tratable Carlos Julio Arosemena, designado por el Congreso.

Cuando hubo que renovar las autoridades, en 1948, quedó en pie la alternativa clásica liberal-conservadora. El Movimiento Cívico Democrático, coalición de raíz liberal, venció por poca diferencia a los conservadores e impuso a Galo Plaza en la presidencia (1948-1952). Galo Plaza, empresario dinámico respetuoso de las instituciones, era modelo de gobernante para Estados Unidos, empeñado en pulir la imagen internacional que daban los países de su natural esfera de influencia. Dentro de estos principios, a los cuatro años la renovación presidencial no podía menos que abrir el camino a Velasco Ibarra, que contó con decidido apoyo de Perón y del populismo independiente de Guevara Moreno y su CFP, aparte de la pro fascista Agrupación Nacionalista Revolucionaria Ecuatoriana (ARNE). Esta vez –la tercera–, Velasco pudo terminar su período (1952-1956), y al finalizarlo, decidió apoyar al conservador socialcristiano Camilo Ponce (1956-1960). El país parecía estar finalmente encauzándose en la senda de las elecciones periódicas, con alternancias genuinas en el poder.¹⁶

Sin embargo, la renovación de 1960 se hizo en un clima que incorporaba la nueva radicalización posterior a la Revolución Cubana, aunque con la usual presencia del viejo caudillo. Esta vez, se presentaba con una mezcla de apoyos que iban desde la derecha católica hasta grupos de izquierda, independientemente de las peleas que con ellos hubiera tenido en el pasado. Aunque hubo una candidatura de izquierda, basada en el Partido Comunista,

sectores socialistas y el populismo de la CFP, muchos simpatizantes de esa posición volcaron sus votos por Velasco para evitar el “mal mayor” de un Galo Plaza pro estadounidense retornado a las lides electorales.

La rutina se cumplió una vez más, y Velasco Ibarra ocupó la presidencia con un programa de cambios sociales que al menos consiguieron irritar de manera profunda a la fácilmente alarmable derecha y a los militares, que lo echaron al año de iniciado su mandato, en 1961, dejando que el vicepresidente completara el período. Sin embargo, antes de que esto ocurriera, ante el peligro de ingobernabilidad, asumieron directamente el poder en 1963, para retenerlo con diversas ficciones hasta 1968.

Durante ese período, ya se barruntaban algunas tendencias hacia el reformismo militar, pero eran aún prematuras. Una asamblea constituyente creó nuevas reglas de juego para la renovación presidencial que, como era de temer, trajo otra vez al palacio a Velasco Ibarra, con el apoyo de la CFP, en la que el liderazgo de Guevara Moreno había sido sustituido por el del intendente de Guayaquil Assad Bucaram, un hombre fichado como “peligroso” a pesar de –o quizá debido a– su fama de honestidad, sumada a su decisión de movilizar a los barrios.

VENEZUELA, CUBA Y COLOMBIA: LA LUCHA CONTRA EL MILITARISMO

Venezuela

En Venezuela, el régimen de los sucesores más liberales de Gómez terminó en 1945 con un golpe militar protagonizado por oficiales jóvenes, apoyados por el principal grupo civil, Acción Democrática (AD). Las elecciones dieron una abrumadora victoria a ese partido, con un programa de cambios radicales, especialmente una reforma agraria profunda y una transformación educativa que podría llevar a enfrentamientos muy serios con la Iglesia y otras instituciones del Ancien Régime de Gómez. El Partido Comunista también emergió de la clandestinidad, pero sin tener mucha presencia en las urnas. En el sindicalismo, Acción Democrática estableció fuertes raíces, flanqueada de lejos por el comunismo. En la oposición se formó un partido demócrata cristiano, denominado Comité de Organización Política Electoral Independiente, mejor conocido como COPEI, dirigido por Rafael Caldera, quien había evolucionado desde posiciones autoritarias hacia actitudes más afines con los nuevos modelos europeos.

La presidencia fue ejercida, después de dos años de junta militar de transición, por el escritor Rómulo Gallegos, hombre de poca garra política, mientras que el verdadero poder en el gobierno era Rómulo Betancourt, jefe de Acción Democrática. El régimen, conocido como Trienio (1945-1948), transcurrió en medio de una gran polarización política. Las fuerzas ligadas a la derecha local, a la Iglesia, a las corporaciones petroleras y a Estados Unidos terminaron por apoyar una intervención militar que frenara los excesos.

Fue así como se inició una larga y represiva dictadura bajo el mando del general Marcos Pérez Jiménez (1948-1958), quien se benefició de buenos precios y pudo realizar una obra de desarrollo económico. La urbanización creó alrededor de Caracas y otras ciudades enormes cinturones de pobreza, a pesar de los intentos

de paliar el problema con construcciones de casas baratas por parte del gobierno. De manera parecida a la de Odría en Perú, Pérez Jiménez consiguió un cierto predicamento entre los habitantes de esos barrios, aunque en menor escala que en Lima y sin poder competir con Acción Democrática.

Sin embargo, la fuerza de Acción Democrática (como la del APRA en Perú) no residía en la capital y menos en sus cinturones periféricos, sino en los núcleos obreros sindicalizados del petróleo y otras industrias, así como entre los campesinos y la baja clase media provinciana. La clase media capitalina se orientaba más hacia partidos con menores características tendientes a la movilización, como el demócrata cristiano COPEI o un nuevo grupo moderado escindido de AD, la Unión Republicana Democrática (URD) de Jóvito Villalba.

En enero de 1958, como resultado de la ola internacional de “limpieza de dictadores” que ya había derribado a Odría (1956) y a Rojas Pinilla (1957), Pérez Jiménez fue depuesto por un golpe militar con amplio respaldo ciudadano. El largo exilio había convencido a Betancourt de la necesidad de moderar radicalmente su programa y de buscar la alianza con los sectores progresistas estadounidenses, lo cual implicaba aceptar la política exterior del gran vecino, respetar más sus inversiones, profundizar el anticomunismo y antagonizar a la izquierda de su propia Acción Democrática. Con este paquete, Betancourt fue a la mesa de negociaciones con los otros partidos, especialmente el COPEI y la URD, así como con las federaciones empresarias, pero exceptuando al PC por las razones arriba apuntadas. El resultante Pacto de Punto Fijo estableció reglas de competencia electoral y de respaldo mutuo, para evitar situaciones de ingobernabilidad.

Betancourt llegó de tal manera a la presidencia (1959-1964), pero su partido sufrió la escisión del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) que pronto se lanzó a la guerrilla. La principal oposición fue la del COPEI, la URD quedó en un modesto tercer lugar y pronto desapareció, mientras que el PC, débil en votos, mantuvo algunos bastiones sindicales minoritarios y apoyo estudiantil.¹⁷

Cuba

Para estos años de mediados de los sesenta, el modelo que magnetizaba a la izquierda era el de Fidel Castro, no ya el de los partidos comunistas. En Cuba, tras el primer gobierno constitucional de Batista (1940-1944), se generó una hegemonía del Partido Revolucionario Cubano Auténtico que llevó a la presidencia a Ramón Grau San Martín (1944-1948) y a Carlos Prío Socarrás (1948-1952), quienes, a diferencia de Batista, adoptaron una política de enfrentamiento contra el Partido Comunista, al cual consiguieron sustituir en buena parte en el ambiente sindical, altamente corrupto y violento. Nuevas fuerzas se generaban, invocando las tradiciones martianas más genuinas, y fue así como el senador Eduardo Chibás formó su Partido del Pueblo, autodenominado Partido Ortodoxo, uno de cuyos jóvenes militantes era Fidel Castro. El inestable Chibás, en un desesperado intento de impactar a la opinión pública, a la que accedía a través de un popular programa de radio, decidió pegarse un tiro en plena audición, convirtiéndose en mártir de la causa moralizadora y en inspirador de una joven generación.

El final del período de Prío Socarrás prometía una reelección de Grau, pero esto fue impedido por un golpe de Estado de Batista (1952-1958), quien inició un ciclo dictatorial no exento de ribetes populistas basados en sus impecables antecedentes del período 1940-1944. En esta época, el movimiento obrero cubano estaba internamente dividido entre los seguidores de Batista (que aspiraba a formar una versión cubana del peronismo), los revolucionarios auténticos de Grau y Prío (una versión mucho menos disciplinada e ideológica del aprismo), y los comunistas. Los ortodoxos del autoinmolado Chibás eran más fuertes entre el estudiantado que en las filas obreras.

Batista, cuyo régimen, a pesar de sus aspiraciones, caía cada vez más en extremos represivos y antipopulares, era uno de los dictadores a quienes correspondía poner las barbas en remojo ante la ola de limpieza que se llevó a Odría, Rojas Pinilla y Pérez Jiménez entre 1956 y 1958, y que también acabaría años después con Trujillo. Cuando hacia fines de la década de 1950 la presión desde Washington se hizo insostenible, los días de Batista estaban contados. Una guerrilla inspirada por un grupo de activistas universitarios y de jacobinos de diversa extracción social creó una espina en el flanco del régimen y recibió ayuda del exiliado Prío Socarrás y de otros sectores que pensaban usar a los muchachos para voltear al dictador y quedarse luego ellos con el poder. El mismo gobierno estadounidense decidió cortar los suministros de armas a Batista, impactado por sus excesos represivos, en un momento en que había que enfatizar el contraste con lo que ocurría en el mundo “socialista” donde se

ahogaba en sangre a la rebelión húngara (1956).

Fue así que el 1º de enero de 1959 Fidel Castro ocupaba La Habana e inauguraba un régimen que prometía ser una versión local de los movimientos revolucionarios populares de tipo aprista, como el MNR boliviano o la Acción Democrática venezolana. De hecho, Castro recibió apoyo de Betancourt y el espaldarazo inicial de Haya de la Torre. Pero la resistencia de las fuerzas conservadoras locales y la poca apertura del gobierno de Estados Unidos, aún ejercido por el general Eisenhower, radicalizaron la situación y forzaron a concertar una alianza con la Unión Soviética, con los consiguientes cambios internos. El Movimiento 26 de Julio, organización política de los revolucionarios, desplazó a sus competidores políticos y pronto evolucionó hacia el régimen de partido único, adoptando el nombre de Partido Comunista, después de haberse fusionado con esa organización (cuyo nombre local era Partido Socialista Popular).¹⁸

Colombia

En Colombia, como vimos antes, la violencia había terminado por generar una intervención militar en 1953. Su jefe, el general Rojas Pinilla, consiguió pacificar en buena parte al país, con lo que las demandas de retorno a la Constitución se intensificaron. Pero la tentación de seguir ejerciendo el mando era muy fuerte para imponer las reformas que eran obviamente necesarias para cortar las bases de la violencia. Fue así que Rojas se rodeó de consejeros de izquierda, como Antonio García, líder del minúsculo Partido Socialista, y aglutinó a los restos del gaitanismo, tratando de emular el modelo argentino. Esto exigía lanzar un partido propio, tema no tan fácil como puede parecer.

El hecho fue que no contentó ni a tirios ni a troyanos y se vio derribado por una masiva protesta cívica con apoyo militar, en 1957, sin haber podido sentar las bases de un movimiento propio suficientemente fuerte como para mantenerlo en el poder. Los dos partidos tradicionales llegaron a un entendimiento, el Pacto de Benidorm, firmado en España por los jefes de ambas agrupaciones, incluyendo al ahora redemocratizado conservador Laureano Gómez y a la plana mayor del liberalismo.

El pacto implicaba que por 16 años la presidencia rotaría entre ambos partidos, estándole prohibido presentarse al que no le correspondía el turno. Los ministerios y las gobernaciones de provincia estarían también divididos por igual. Este pacto se incorporó como ley con fuerza constitucional, aprobada por un plebiscito. Luego fue extendido por otro período más, hasta 1978, primer año en que hubo una competencia libre.¹⁹

El primer presidente del así llamado Frente Nacional fue el liberal Alberto Lleras Camargo, encargado de llevar adelante los juicios contra el depuesto dictador por abuso de su función y peculado. Rojas, de todos modos, una vez salido más o menos dañado de estos procesos, formó un partido propio, la Alianza Nacional Popular (ANAPO), tratando de aprovechar la popularidad ganada al final de su gobierno y el desprestigio que inevitablemente se acumulaba sobre las nuevas autoridades. Este deterioro se sumaba a la tradicional apatía del electorado colombiano, que hacía que la concurrencia a las urnas raramente subiera del 50% de los inscriptos.

En la elección de 1970, cuando les correspondía a los conservadores acceder a la presidencia, se dio una situación límite. Aprovechándose de una cierta ambigüedad del texto legal acerca de quiénes podían denominarse conservadores, Rojas Pinilla se inscribió como afiliado de ese partido y se presentó como candidato presidencial. Por otra parte, un conservador enemigo del Frente se presentó por su cuenta. El Frente puso como candidato oficial a Misael Pastrana, quien recibió los votos de prácticamente todos los disciplinados liberales y de los conservadores frentistas. El resultado fue que el candidato oficial ganó por pocos votos –mal contados, según los rojistas–, llegando el general en segundo lugar y el conservador disidente en tercero. Éste fue el máximo reto al Frente, que, según muchos observadores, sobrevivió gracias a un fraude. Es preciso tener en cuenta, de todos modos, que las fuerzas que normalmente lo apoyaban estaban divididas por la escisión conservadora que luego se reintegró al partido.

Después de este golpe, la ANAPO se debilitó, pasando a ser dirigida por la hija del fundador. Al final, se disolvió y muchos de sus dirigentes pasaron de manera más definitiva a formar parte del conservadurismo. Habría que esperar unas cuantas décadas para presenciar otro reto de más envergadura al tradicional bipartidismo colombiano. Pero mientras tanto, la violencia se reencendía, cada vez con más componentes agraristas y de izquierda, luego combinados con el narcotráfico. En enero de 1966, el cura Camilo Torres se lanzaba a la guerrilla,

donde halló la muerte al poco tiempo, pero diversos grupos marxistas continuaron en esa línea. A ellos se sumó un sector radicalizado del rojismo, que formó el Movimiento M-19, cuyo nombre evocaba la fecha del 19 de abril de 1970, en que se había realizado la elección “robada”.²⁰

EL PARTIDO REVOLUCIONARIO INSTITUCIONAL SE CONSOLIDA EN MÉXICO

En México, el régimen revolucionario, cada vez más integrador de diversas tendencias, seguía consolidado y dirigiendo un proceso de crecimiento económico espectacular en forma progresiva, aunque poco distributivo. A Ávila Camacho lo sucedió Miguel Alemán (1946-1952), mientras el sistema partidario llegaba a su más clásica expresión. El PRI ganaba las elecciones con bastante manipulación del voto, aunque posiblemente igual las hubiera ganado si se hubiera hecho un recuento honesto. Sin embargo, eso hubiera desatado las pasiones, y los responsables de administrar el sistema tenían siempre presente la admonición –más bien, imprecación– de Porfirio Díaz al tomar el barco para el exilio, acerca de los tigres que tan desaprensivamente Madero había desatado. Así como Adenauer, después de los cuarenta millones de muertos de la Segunda Guerra Mundial, decía en Alemania “keine experimenten!”, a los mexicanos les bastaba uno para avanzar con cuidado en la senda de la democratización.

El predominio del PRI se basaba en su tradición revolucionaria, que le granjeaba abundantes adhesiones populares, y en su experiencia exitosa de desarrollo industrial, que le permitía integrar a las nuevas fuerzas económicas. Éstas hubieran preferido quizás una fraseología algo menos revolucionaria y una política más consensual hacia la Iglesia, pero, de todos modos, en gran medida aceptaban el régimen. Algunos de sus sectores más principistas, sin embargo, favorecían al Partido de Acción Nacional (PAN), de raíces católicas y vasconcelianas, que, sin negar una raigambre en las primeras etapas maderistas de la Revolución, de hecho canalizaba muchos sentimientos conservadores y partidarios de la libre empresa. Pero gran parte del empresariado nacional estaba muy consciente de que las teorías de Von Mises o de Friedman no se aplicaban a un país en la etapa de desarrollo de México, donde la injerencia estatal y un decidido proteccionismo eran necesarios para asegurar el lanzamiento de la industrialización. Además, las tradiciones violentas del país hacían aconsejable la permanencia de un partido que pudiera mediatizar las demandas populares, concediéndoles algo, tanto en la realidad como sobre todo verbalmente. Esto dificultaba, sin embargo, el desarrollo capitalista rural, por la constante amenaza

de intervención agrarista, pero en los sectores del comercio, la industria y las finanzas, las perspectivas eran muy amplias. Mientras la tasa de crecimiento anual llegara o se aproximara a los dos dígitos, no había problema. A la izquierda, una proliferación de pequeños partidos sólo agitaba a decididas minorías de la intelligentsia y a algunos núcleos obreros.

¹ [Robin A. Humphreys, Latin America and the Second World War, 2 vols., Londres, Athlone, 1981-1982; Carlos Escudé, Gran Bretaña, Estados Unidos y la declinación argentina, 1942-1949, Buenos Aires, De Belgrano, 1982; Mario Rapoport, Gran Bretaña, Estados Unidos y las clases dirigentes argentinas: 1940-1945, Buenos Aires, De Belgrano, 1981; Eugenia Scarzanella \(comp.\), Fascisti in Sudamerica, Florencia, Le Lettere, 2005 \[trad. esp.: Fascistas en América del Sur, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2007\]; Robert Potash, Perón y el GOU. Los documentos de una logia secreta, Buenos Aires, Sudamericana, 1984, y El ejército y la política en la Argentina, 2a ed., 2 vols., Buenos Aires, Hyspamérica, 1986; Alain Rouquié, Poder militar y sociedad política en la Argentina, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986; Manuel Mora y Araujo y Peter Smith \(comps.\), El voto peronista, Buenos Aires, Sudamericana, 1980; José Vazeilles, Los socialistas, Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1967.](#)

² [Loris Zanatta, Perón y el mito de la nación católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo, 1943-1946, Buenos Aires, Sudamericana, 1999.](#)

³ [Adolfo Dorfman, Cincuenta años de industrialización en la Argentina, 1930-1980, Buenos Aires, Solar, 1983; Dardo Cúneo, Comportamiento y crisis de la clase empresaria, Buenos Aires, Pleamar, 1967; Cristina Lucchini, Apoyo empresarial en los orígenes del peronismo, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1990; Jorge Schvarzer, Empresarios del pasado. La Unión Industrial Argentina, Buenos Aires, Cisea-Imago Mundi, 1991; Roberto Cortés Conde, La economía argentina en el largo plazo. Ensayos de historia económica de los siglos XIX y XX, Buenos Aires, Sudamericana-Universidad de San Andrés, 1997.](#)

⁴ [Gino Germani, Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas, Buenos Aires, Paidós, 1968, caps. 4 y 9, y “El surgimiento del peronismo: el rol de los obreros y los migrantes internos”, en Desarrollo Económico, núm. 13, 1973; Miguel Murmis y Juan Carlos](#)

Portantiero, Estudios sobre los orígenes del peronismo, Buenos Aires, Siglo XXI, 1971; Juan Carlos Torre, Perón y la vieja guardia sindical, Buenos Aires, Sudamericana, 1990; Torcuato Di Tella, Perón y los sindicatos. El inicio de una relación conflictiva, Buenos Aires, Ariel-Planeta, 2003; Louise Doyon, Perón y los trabajadores. Los orígenes del sindicalismo peronista, 1943-1955, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006; Loris Zanatta, Breve historia del peronismo clásico, Buenos Aires, Sudamericana, 2009.

⁵ Fernando Henrique Cardoso, Ideologías de la burguesía industrial en sociedades dependientes. Argentina y Brasil, México, Siglo XXI, 1971; Christian Buchrucker, Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial, 1927-1955, Buenos Aires, Sudamericana, 1987.

⁶ Maria Vitória de Mesquita Benevides, A UDN e o udenismo, Río de Janeiro, Paz e Terra, 1981; Lucia Hippolito, De raposas e reformistas. O PSD e a experiência democrática brasileira, Río de Janeiro, Paz e Terra, 1985; Angela Maria de Castro Gomes, A invenção do trabalhismo, San Pablo, Vértice-Iuperj, 1988; Edgard Carone, Movimento operário no Brasil, 1877-1944, San Pablo, Difel, 1979.

⁷ Jean-Pierre Bernard et al., Tableau des partis politiques en Amérique du Sud, París, Armand Colin, 1969, p. 136.

⁸ Pablo Brandi, Vargas. Da vida para a história, 2a ed., Río de Janeiro, Zahar, 1985, pp. 204, 205 y 211; Maria Celina Soares D'Araújo, O segundo governo Vargas, 1951-1954. Democracia, partidos e crise política, Río de Janeiro, Zahar, 1982; John W. F. Dulles, Getúlio Vargas. Biografía política, Río de Janeiro, Renes, 1974.

⁹ Gláucio Dillon Soares y Nelson do Vale Silva, "Urbanization, Race and Class in Brazilian Politics", en Latin American Research Review, núm. 22, 1987.

¹⁰ Silvia Sigal y Eliseo Verón, Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista, Buenos Aires, Legasa, 1986.

¹¹ Robert Alexander, Labor Relations in Argentina, Brazil and Chile, Nueva York, McGraw Hill, 1962; Eugenio Kvaternik, Crisis sin salvataje: la crisis político-militar de 1962-63, Buenos Aires, Ides, 1987.

¹² Véase esta interpretación acerca del origen de la mayor atracción hacia los

blancos por parte de sectores nuevos del proletariado urbano en Gonzalo Varela, De la República liberal al Estado militar. Crisis política en Uruguay 1968-1973, Montevideo, Nuevo Mundo, 1988, p. 30.

¹³ Paul Drake, Socialism and Populism in Chile, Urbana, University of Illinois Press, 1978 [trad. esp.: Socialismo y populismo. Chile 1936-1973, Valparaíso, Instituto de Historia-Universidad Católica de Valparaíso, 1992].

¹⁴ George Grayson, El Partido Demócrata Cristiano Chileno, Buenos Aires, Francisco de Aguirre, 1968; James Petras y Maurice Zeitlin, El radicalismo político de la clase trabajadora chilena, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1969; Jorge Barría, El movimiento obrero en Chile, Santiago de Chile, Universidad Técnica del Estado, 1971.

¹⁵ Francisco Miró Quesada, La ideología de Acción Popular, Lima, Tipografía Santa Rosa, 1964; Carlos Valenzuela, Frustraciones y realidades políticas en América Latina: del APRA al MNR, Buenos Aires, Peña Lillo, 1961; Víctor Villanueva, La tragedia de un pueblo y un partido (páginas para la historia del APRA), Santiago de Chile, s. e., 1954.

¹⁶ Miguel Murmis (comp.), Clase y región en el agro ecuatoriano, Quito, Editora Nacional, 1986; George Blanksten, Ecuador. Constitutions and Caudillos, Berkeley, University of California Press, 1951; John Martz, Ecuador. Conflicting Political Culture and the Quest for Progress, Boston, Allyn and Bacon, 1972; Agustín Cueva, El proceso de dominación política en el Ecuador, Quito, Solitierra, 1973, y sus artículos “Interpretación sociológica del velasquismo”, en Revista Mexicana de Sociología, núm. 32, 1970, y “Ecuador: 1925-1975”, en Pablo González Casanova (comp.), América Latina: historia de medio siglo, 2 vols., México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1977-1981; Rafael Quintero, El mito del populismo en el Ecuador, Quito, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, 1980; Felipe Burbano de Lara y Carlos de la Torre Espinosa (comps.), El populismo en el Ecuador, Quito, Ildis, 1989.

¹⁷ John Duncan Powell, Political Mobilization of the Venezuelan Peasant, Cambridge, Harvard University Press, 1971; Philip B. Taylor Jr., The Venezuelan Golpe de Estado of 1958. The Fall of Marcos Pérez Jiménez, Washington DC, Operations and Policy Research, 1968; John D. Martz, Acción Democrática. Evolution of a Modern Political Party in Venezuela, Princeton, Princeton University Press, 1966.

¹⁸ Andrés Suárez, Cuba. Castroism and Communism, 1959-1966, Cambridge (MA), Massachusetts Institute of Technology Press, 1967.

¹⁹ Robert Dix, Colombia. The Political Dimensions of Change, New Haven, Yale University Press, 1967; Richard Sharpless, Gaitán of Colombia. A Political Biography, Pittsburgh, Pittsburgh University Press, 1978; Antonio García, La rebelión de los pueblos débiles, La Paz, Juventud, 1955; Elmo Valencia, Libro rojo de Rojas, Bogotá, Ediciones Culturales, 1970; Felipe Echavarría Olózaga, Colombia, una democracia indefensa. La resurrección de Rojas Pinilla, Roma, Blasa, 1965; John A. Booth, "Rural Violence in Colombia, 1948-63", en Western Political Quarterly, núm. 27, 1974.

²⁰ R. Albert Berry, Ronald G. Hellman y Mauricio Solaún (comps.), Politics of Compromise. Coalition Government in Colombia, New Brunswick, (NJ), Transaction Books, 1980; Jorge Villegas et al., Libro negro de la represión. Frente Nacional, 1958-1974, Bogotá, Comité de Solidaridad con los Presos Políticos, 1974, y Camilo Torres: biografía, plataforma y mensaje, Medellín, Carpele-Antorcha, 1966.

V. LOS AÑOS SESENTA Y SETENTA: DE LA REVOLUCIÓN AL INTERVENCIONISMO MILITAR

PERÚ: DE LA CONVIVENCIA A LA REVOLUCIÓN PERUANA

Al finalizar en Perú la segunda presidencia de Manuel Prado (1956-1962), se realizaron finalmente elecciones abiertas, con el resultado de una victoria aprista, aunque por escaso margen, contra Belaúnde Terry, y con Odría en tercer lugar. La animadversión contra la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) era aún muy fuerte en la derecha y en las Fuerzas Armadas. Por otra parte, se había difundido una guerrilla persistente, alimentada con disidentes apristas y con grupos de orientación marxista. Los militares, ante el nuevo panorama político que amenazaba con una mayor desestabilización, decidieron intervenir, alegando abusos electorales por parte del gobierno conservador saliente a favor de Haya de la Torre, sobre la base del pacto que había llevado a los seguidores de éste a votar por Prado seis años antes.

El nuevo régimen, dirigido por una junta, fue breve, dentro de la estrategia que Alfred Stepan ha llamado moderadora, o sea, que sólo se propone compensar algunas “malfunciones” del sistema electoral para enseguida devolver el poder a los políticos, preferentemente a un grupo más sensible a las necesidades del sistema de acumulación de capital que el depuesto. Esto es lo que ocurrió, y al año de haber tomado el poder, ya los militares convocaban a elecciones, esta vez sin las supuestas o reales presiones oficiales pro apristas, o con otras ejercidas en sentido contrario, llevando a un triunfo de la Acción Popular de Belaúnde sobre el APRA, y con Odría siempre en un tercer lugar no demasiado lejano. En el nuevo Congreso, el APRA intentó todas las posibles tácticas para robustecer su situación y hacerle la vida imposible a Belaúnde, inclusive el aliarse con su antiguo enemigo Odría, cuya Unión Nacional Odriísta (UNO), de todos modos, no sobrevivió por mucho tiempo.¹

Durante el breve período de intervención militar, se habían oído rumores acerca de un presunto “nasserismo” en el seno de los uniformados. Esta corriente, originada en los sectores dedicados a la inteligencia en el Ejército, buscaba desarrollar una estrategia de amplias perspectivas contra la subversión. La idea a la que se llegó fue que era necesario introducir profundas reformas en la sociedad peruana para evitar que ella generara constantemente nuevas bandas de

guerrilleros, que emergían de las entrañas de la tierra después de cada operación exitosa de represión armada. Vistas las cosas así, tan peligrosos como los guerrilleros para la defensa del orden social existente eran sus propios beneficiarios, enceguecidos por sus intereses inmediatos. Por otra parte, para poder realizar con tranquilidad las reformas necesarias, había que suspender sine die el accionar de los partidos y la competencia electoral. Los militares de las más diversas graduaciones, en su lucha contra la guerrilla, habían tenido que ponerse en contacto con el país real y habían descubierto las inmensas lacras de que estaba plagado, llegando incluso a comprender algunas de las preocupaciones de los revolucionarios, si no a compartirlas. Así, al menos, se contaba en los mentideros sociológicos de la época, y es probable que hubiera bastante de cierto en esos análisis.

En 1968, cuando sólo faltaba un año para la terminación del período de Belaúnde, se preveía una casi segura victoria aprista, debida al deterioro del gobierno de Acción Popular. Los militares, que no estaban dispuestos a aceptar esa eventualidad, aprovecharon, como excusa para el golpe, un escándalo ligado a una concesión petrolera por parte del gobierno de Belaúnde. Era necesario intervenir un poco antes y no un poco después de la previsible victoria aprista, para evitar el consiguiente papelón.

El nuevo régimen de la autodenominada revolución peruana fue dirigido por el general Manuel Velasco Alvarado, que sin duda era uno de los que más genuinamente creían en el nuevo enfoque. Se introdujeron muchos elementos de lo más radical de la plataforma aprista, tomando incluso de los partidos de izquierda. Se obtuvo el apoyo de una buena parte de la intelligentsia y de algunos dirigentes apristas que veían la oportunidad de realizar sus objetivos, aun bajo un régimen distinto, uno de cuyos objetivos, sin embargo, y no el menor de ellos, era destruir la fuerza del propio Partido Aprista.

El gobierno de la revolución peruana terminó con los latifundios de la sierra, en general arcaicos, poniéndolos en manos de comunidades agrarias. También expropió las eficientes empresas azucareras del norte, convirtiéndolas en cooperativas con control estatal. En este caso, el objetivo era claramente debilitar el tradicional bastión aprista del azúcar, demostrando a los trabajadores que más ganaban con el nuevo gobierno que con una inútil lealtad a sus viejas banderas. Importantes explotaciones mineras extranjeras pasaron también a propiedad pública, y se inició una reforma industrial por la cual las empresas debían adjudicar un porcentaje de sus ganancias a crear un fondo de acciones de

propiedad del personal, hasta el 49% del total.

El Estado también se apropió de todos los diarios de circulación nacional, entregándoselos a cooperativas de periodistas o a entidades populares como la central sindical o la campesina. Se creó –bajo dirección de un conocido exmilitante aprista– una entidad denominada Sistema Nacional de Movilización Social (SINAMOS), encargada de establecer conexiones con entidades populares de base o crearlas donde no existieran, para que en diálogo con ellas se sustituyera el juego del Congreso y demás instituciones partidocráticas. El régimen liberal democrático era visto como caduco e indefendible, actitud en la que los reformistas militares del gobierno coincidían con muchos análisis corrientes en la izquierda y en el populismo de aquellos días.

En la izquierda, la fascinación por el modelo cubano era muy fuerte, y para muchos el apoyo a la experiencia peruana era una forma de aproximarse a los objetivos que se estaban cumpliendo en la isla del Caribe. A muy pocos se les ocurría pedir elecciones, porque eso hubiera sido una ingenuidad que habría terminado por entregar el poder de nuevo a los politiqueros y, por lo tanto, a la oligarquía que se escudaba detrás de ellos o los manipulaba.

Lo significativo es que el gobierno no intentó formar un partido político propio, en parte por su ideología, pero en buena medida porque no consiguió hacer cuajar las iniciativas del SINAMOS en un movimiento más orgánico. La preexistencia de un fenómeno populista muy arraigado en su ambiente cultural, como el APRA, explica en parte este fracaso, que debe contrastarse con el éxito que en circunstancias semejantes tuvo el grupo militar del Grupo Obra de Unificación (GOU) en Argentina. Ciertamente es que las condiciones sociales de los dos países eran muy distintas, y en Perú no se estaba en presencia de años de vacas gordas como en Argentina.

Los primeros años del régimen, sin embargo, fueron prósperos, y contaron con bastante buena opinión. Se podía pensar en una repetición menos violenta de la Revolución Mexicana, con un sistema político de movilización popular garantizando la acumulación de capital por parte de una nueva burguesía industrial, a expensas de sectores vistos como feudales y de algunas inversiones extranjeras. Sin embargo, el consenso nunca fue tan amplio como en el caso mexicano. Al final, la economía y el régimen entraron en crisis ante la reticencia de los inversores, la dificultad de establecer la autoridad en las nuevas empresas con participación social y la hostilidad de los sectores liberales de la opinión

pública nacional e internacional, a lo que se agregó un desastre ecológico que alejó de la costa a los peces que proveían de materia prima a una de las principales industrias del país. El régimen entraba así en declinación.²

BOLIVIA REVOLUCIONARIA, PARAGUAY SIN NOVEDADES

En Bolivia, el golpe de Barrientos (1964) inauguró un período en que por veinte años se intentaron las más diversas estrategias de participación militar en el campo de la política. Ya Barrientos buscaba una mezcla de autoritarismo militar con apoyo campesino, como hemos visto. Un accidente mortal de aviación (1969) le impidió consolidar su modelo. Su vicepresidente, un civil, a pesar de sus antiguas vinculaciones socialistas, fue considerado como representante de la Rosca por la población rural, que proclamó “líder campesino” al general Ovando, quien pronto fue llevado al poder por las Fuerzas Armadas, a fines de ese mismo año 1969, para reeditar el pacto militar-campesino que había sido planteado por Barrientos.

Con la nueva orientación, la Confederación Obrera Boliviana (COB) dio apoyo al gobierno revolucionario de las Fuerzas Armadas, mientras se desarmaba la estructura represiva. Un amplio grupo civil, formado por miembros del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), socialcristianos de izquierda y el socialista Marcelo Quiroga Santa Cruz, colaboró en el gabinete. Una de las primeras medidas fue la renacionalización del petróleo, que había sido dado en concesión a la Gulf por Barrientos.

La persistencia del foco de confrontación social representado por las minas de estaño, sumada a la movilización campesina que provenía de los tiempos de la revolución de 1952 y al inconformismo de una intelligentsia mal ubicada en el proceso productivo, estimulaba la más desprejuiciada búsqueda de estrategias por parte de los guardianes del orden, justamente para poder mantenerlo. Al final, la acumulación de estas tensiones explotó en 1970, cuando, tras encontradas presiones de derecha y de izquierda sobre el presidente Ovando, éste renunció. En el caos subsiguiente, un golpe militar, secundado por una huelga general, llevó al poder al general Juan José Torres, inspirado en el modelo peruano. Los bolivianos quisieron aplicar una versión aún más radical y popular de lo que ocurría en el vecino país, movilizándolo a importantes grupos de izquierda, aunque sin conseguir incorporar a sectores importantes del MNR, que se consideraban, como en el Perú el APRA, los verdaderos propietarios de estos

esquemas.

El nuevo gobierno militar convocó a una asamblea popular para que lo asesorara. Ahí hubo una importante representación de la extrema izquierda, incluyendo al recientemente formado Partido Socialista, al Partido Revolucionario de la Izquierda Nacional (PRIN) de Lechín, al Partido Obrero Revolucionario (POR) trotskista, orientado por Guillermo Lora, y a ramas escindidas del MNR o de la Democracia Cristiana, habiendo formado estas últimas el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). Las discusiones que se establecieron alrededor de esta asamblea resuenan con los ecos de las que tuvieron lugar en el París de la Convención o en la Rusia de Lenin. Las tomas de empresas, fundos y aun entidades de investigación generaron una situación caótica que con facilidad se les podría haber salido de las manos a los militares. Finalmente, un sector de derecha dentro de esa corporación dio otro golpe, llevando al poder al general Hugo Banzer Suárez en agosto de 1971. Éste fue apoyado por una alianza entre el MNR oficialista, dirigido por Paz Estenssoro, y la Falange (FSB), ahora liderada por Mario Gutiérrez, que habían convergido en los últimos años de estar fuera del poder.³

En 1974, se inició una segunda etapa del régimen de Banzer, con la cancelación del acuerdo con los dos partidos (el MNR y la FSB), la prohibición de toda actividad partidaria, la intervención de los gremios y el compromiso de redemocratizar al país recién en 1980, objetivo que se adelantó en dos años, aunque no tuvo un desencadenamiento fácil. Volveremos sobre este tema en el próximo capítulo. Los años de Banzer, de todos modos, fueron de estabilidad y desarrollo económico, con fuerte apoyo estadounidense e inversión internacional y nacional.

En Paraguay, mientras tanto, no ocurrían acontecimientos capaces de alterar el control cada vez más férreo, pero no exento de popularidad, del general Stroessner. Una de las bases de esa popularidad era la política de distribución de parcelas, usando tierras fiscales, que vista en cuadros estadísticos se parece a la que se practicaba en México. Es cierto que no existía un adecuado apoyo crediticio o técnico para permitir a estos nuevos productores, en general minifundistas, un éxito económico, pero el acceso a la propiedad les daba un sentimiento de ascenso social que fructificaba en gratitud hacia el régimen.⁴

BRASIL: RADICALIZACIÓN BAJO GOULART Y GOLPE MILITAR

En Brasil, el período de fuerte desarrollo económico presidido por Juscelino Kubitschek (1956-1961), con apoyo internacional y grandes iniciativas del tipo de la construcción de Brasilia, tuvo que enfrentar un serio problema sucesorio que ese año venía complicado por los coletazos de la crisis posterior al suicidio de Vargas. En esa coyuntura, la normalidad constitucional se había salvado por la asunción del mando por el vicepresidente, João Café Filho, que estaba distanciado de Vargas y por lo tanto merecía la confianza de los militares golpistas. Al acercarse las elecciones, parecía que las presiones que se realizarían para asegurar una victoria conservadora o para invalidar el proceso – en caso contrario– serían muy fuertes. Para evitarlas, un sector militar nacionalista dirigido por el general Henrique Teixeira Lott había dado un golpe preventivo, sólo destinado a asegurar la realización normal de los comicios.

Ahora era el momento de retribuirle al general su gesto, nombrándolo candidato por la alianza varguista del Partido Social Democrático (PSD) y el Partido Trabalhista Brasileiro (PTB). Su candidatura, aunque no era capaz de crear entusiasmo en nadie, especialmente en el PTB, era una obligación no sólo moral. Se la compensó con la designación, como vicepresidente, de João Goulart, que podría atraer a los activistas y a las nuevas masas que el proceso económico traía del campo a la ciudad y que necesitaban figuras carismáticas en quien creer.

La oportunidad fue tomada de los cabellos por la Unión Democrática Nacional (UDN), que inesperadamente veía una luz al final del túnel en que desde años se debatía. Fue así que se decidió a integrar en su fórmula a un condottiero político independiente, Jânio Quadros, de San Pablo, que había llegado a la intendencia de esa ciudad bajo la sigla poco significativa del Partido Demócrata Cristiano, pero con el símbolo nada críptico de una escoba. En tercer lugar, se presentaba un candidato populista regional de San Pablo, Adhemar de Barros, antiguo varguista que hacía tiempo se había separado del tronco común y regenteaba su propio Partido Social Progresista (PSP). La elección fue muy reñida, correspondiendo la presidencia a Jânio Quadros, pero recayendo la vicepresidencia, por la que se vota separadamente, en Goulart, es decir, la peor

de las combinaciones en términos de estabilidad del sistema.⁵

Básicamente, y a pesar de algunos excesos verbales del candidato, se trataba de una victoria conservadora, ganada al precio de la cooptación de un personaje que previsiblemente sabría guardar su lugar. Lejos de eso, Jânio Quadros pretendió aplicar una política interna y sobre todo exterior independiente, inspirada en el ejemplo de Charles de Gaulle, que fue capaz de retirar a su país de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) y encontrarse con Mao Tse-Tung sin que nadie se asustara demasiado. Fue así como decidió invitar al Che Guevara y condecorarlo, una medida más que nada simbólica pero provocativa, a la que sumó otras decisiones de política interna irritantes para el sector empresarial y para la derecha, que al fin y al cabo acababa de ganar una elección y pretendía recoger los frutos de su victoria. Inútil convencerla de que sólo se trataba de consolidar el sistema tirando un poco de lastre por la borda. La resistencia tanto militar como civil fue dura, y terminó en un planteo similar a los que cada dos meses se le hacían a Frondizi en aquellos mismos años, con los que el gobernante argentino sistemáticamente transaba.

Quadros no quiso repetir ese ejemplo y se plantó en sus trece. Sin llegar al exceso de Vargas, optó por renunciar indeclinablemente a su cargo, esperando quizá que el Congreso y la opinión pública lo disuadieran, ante la hecatombe que significaría la ocupación del Palacio Presidencial por Goulart. Los motivos de la renuncia han sido pasto de todo género de hipótesis, y es muy probable que nunca se tenga la verdad al respecto. Quizá ni siquiera exista una sola verdad, ya que en estos casos las motivaciones son a menudo múltiples. El hecho fue que Jânio Quadros se vio enredado en su propia tela, ya que el Congreso le aceptó la dimisión, aunque por cierto hubo intentos de disuadirlo, pero sus negativas llegaron a un grado en que ya no podía volverse atrás.

Goulart estaba visitando China continental cuando estos hechos ocurrieron, lo cual no contribuía a mejorar su imagen. Las Fuerzas Armadas se pronunciaron, determinando que Goulart estaba incapacitado para asumir la primera magistratura. Pero un importante sector del Ejército, no por casualidad basado en Río Grande del Sur, de donde Goulart era nativo y gozaba de gran predicamento, se resistió a la imposición, declarándose constitucionalista. Las condiciones para una guerra civil estaban dadas, pero a los pocos días de este impasse las negociaciones de los dirigentes políticos encontraron una solución. El Congreso sancionaría una reforma constitucional, bajo forma de ley fundamental, por la cual se adoptaba el régimen parlamentario, de manera que Goulart quedaba

reducido a la triste condición de presidente de cualquier país europeo (salvo Francia), con pompa, pero sin ningún poder.

La característica del electorado en Brasil era tal que aunque en el Ejecutivo podía darse una mayoría de izquierda o populista, los diputados locales electos eran en general bastante moderados, incluso los que pertenecían a los partidos que habían llevado a la presidencia (o vicepresidencia) a una figura amenazante para el sistema. Esto era así porque sólo la movilización de sentimientos, esperanzas y milenarismos suscitada por una elección nacional en que se jugaba todo a una cabeza podía vencer la apatía de gran parte de la población. La misma gente que era capaz de votar por Goulart a nivel nacional terminaba dando sus preferencias a algún notable local eminentemente negociador y, por lo tanto, moderado.⁶

Goulart, entonces, se encontró en el Palacio da Alvorada, aunque maniatado. Pero como Brasil no es Europa, consiguió, moviendo los hilos de la presidencia, que se convocara al pueblo a un referéndum sobre la nueva reglamentación constitucional. Previsiblemente, una mayoría se pronunció en enero de 1963 por un retorno al presidencialismo, con el argumento de que el sistema parlamentario, aunque ideal en teoría, en la práctica brasileña implicaba dejar el poder en manos de los notables locales.

El hecho fue que Goulart volvió a estar en uso del temible poder presidencial, rodeado por un equipo heterogéneo, pero ya muy cargado de sectores de izquierda, desde el Partido Comunista hasta varias corrientes fidelistas, y con el apoyo del ala más militante del PTB. En cambio, la derecha varguista (o sea, el PSD) estaba muy preocupada con lo que ocurría, ya que ella basaba su fuerza justamente en el apoyo de los notables locales, tanto o más que la UDN. Ésta era en contraste más moderna en sus estructuras, que incluían a gran parte de los estratos profesionales, de clase media alta, y empresariales del área desarrollada del país. Debido a la señalada característica del electorado brasileño y a las reticencias del PSD, el presidente no tenía una mayoría en el Congreso, que previsiblemente se opondría a los cambios radicales que meditaba.⁷

El programa de Goulart incluyó una reforma agraria con poca o nula compensación para todos los latifundios cercanos a las vías de comunicación, para imponer lo cual comenzó a formar “grupos de once”, con militantes armados. En el nordeste, especialmente en el azucarero estado de Pernambuco, ya desde hacía algunos años estaban activas las ligas agrarias ideadas por

Francisco Julião, un político enrolado en el pequeño Partido Socialista, pero ligado a los sectores identificados con Goulart, al igual que al jefe local trabalhista, Miguel Arrais, de la izquierda de ese movimiento. Las reformas propuestas, como no tenían muchas posibilidades de pasar por el Congreso, fueron objeto de una agitación de calles que incluyó a sectores bajos de las Fuerzas Armadas, especialmente suboficiales y aun soldados y marineros. Goulart y su entorno pensaban de esta manera imponerse en las próximas elecciones para el Congreso, después de esclarecer masivamente a la opinión pública, llegando hasta los más apartados lugares del país. Pero los más exaltados pensaban en un golpe de mano, con apoyo de alguna minoría militar, acompañado de movilización de masas.⁸

Toda esta agitación ocurría en un contexto político en que los gobiernos de los tres principales estados estaban en manos de la oposición: San Pablo, con Adhemar de Barros, y Minas Gerais y Guanabara (Río de Janeiro) gobernados por la UDN. La Iglesia católica, que también se sentía amenazada por reformas con fuerte participación comunista, movilizó a las amas de casa en interminables passeatas con ollas vacías y demás detalles del género.

Al final, en marzo de 1964, se dio el golpe, dirigido por el general Humberto Castelo Branco, con fuerte apoyo del sector de la mitad para arriba de la pirámide social, pero con muchos pruritos constitucionales. Sólo se derrocó al presidente y se dieron por terminados los servicios de una cuarentena de miembros del Congreso. Más no era necesario, pues el Congreso tenía mayoría contraria a Goulart. Después de esta “limpieza”, se pasó por el ritual de que este cuerpo lo eligiera presidente a Castelo Branco. No se tocó en un primer momento a los partidos políticos, salvo los de orientación marxista. Hubo persecución y violencias, pero mucho menores que en otros fenómenos parecidos, como los que luego ocurrieron en Argentina y Chile.

Una serie de “actos institucionales” quedó consagrada en la Constitución de 1967, que fue redactada por el gobierno y presentada al Congreso, con un plazo de un mes para decidir por sí o por no. La mayoría gubernamental rápidamente optó por la aceptación. Para evitar los fenómenos populistas, siempre desencadenados por las elecciones presidenciales, se adoptó la designación del presidente por el Congreso, pero dejando luego en manos del primer magistrado una suma muy grande de atribuciones, de manera que el régimen no era precisamente parlamentario. Por otra parte, se forzó a todos los representantes del pueblo a agruparse en partidos políticos a escala federal, para lo cual se

precisaba tener 20 senadores y 120 diputados. De esta manera, hubo lugar para sólo dos grandes núcleos, lo que era congruente con la teoría política del nuevo régimen, que consideraba al bipartidismo garantía de futura democracia, a la europea o estadounidense.

Los oficialistas formaron la Aliança Renovadora Nacional (ARENA), donde se congregaron casi todos los miembros de la UDN, más una mayoría de los del PSD –o sea, de la derecha varguista– y muchas estructuras regionales, empezando por el paulista PSP de Adhemar de Barros. Los opositores, principalmente el trabalhismo, formaron junto con algunos integrantes del PSD el opositor pero moderado Movimento Democrático Brasileiro (MDB). Los más radicales trabalhistas quedaron fuera, porque no aceptaron esta componenda, convirtiéndose en el extraparlamentario grupo de auténticos.

Los gobernadores también debían ser elegidos de manera indirecta, por las legislaturas estatales. En 1965, antes de que esta disposición se adoptara, se habían llevado a cabo elecciones en varios estados, en que la oposición ganó y consiguió imponer sus candidatos. Ahora, con el nuevo sistema (aprobado por acto institucional antes de la Constitución), en 1966 el oficialismo ganó todas las renovaciones. A fines de ese mismo año, también se dio una victoria de la ARENA contra el MDB en la selección de diputados para el nuevo Congreso, aunque hubo un significativo porcentaje de votos nulos (el 7%) y en blanco (el 14 por ciento).

A pesar de estas distorsiones, durante el transcurso del régimen militar se mantuvieron, con la excepción del año 1969, la vigencia del Congreso y las elecciones de sus miembros por voto secreto, sin intimidaciones explícitas en el momento de votar, teniendo el elector la alternativa de la ARENA o el MDB. El gobierno en general obtenía una sólida mayoría, en parte con la astucia de la “cédula única”, que impedía el corte de boletas. Obligaba a optar por una sola papeleta partidaria, donde figuraban tanto los candidatos municipales como los estatales o nacionales, o sea, diputados o senadores, pues el presidente y los gobernadores eran designados por los cuerpos legislativos. De esta manera, se pensaba –y con razón– que el elector, con el deseo de llevar al Palacio Municipal a un notable local con amigos en el gobierno, capaz de conseguir mejoras, pondría toda la cédula en el sobre, dando entonces también la victoria a los candidatos nacionales del oficialismo. Esta estrategia, claro está, sólo podía tener éxito con un cierto tipo de electorado, aún no muy movilizado, y que se dejaba influenciar por estas consideraciones, pues, estrictamente hablando, nadie le

impedía elegir la cédula del MDB, donde también había notables locales, aunque por supuesto peor colocados para conseguir favores del gobierno central. Para evitar todo tipo de riesgos, en las capitales estaduais –a menudo centros de oposición– y en algunas zonas fronterizas, se decidió que los alcaldes serían designados por el Ejecutivo, y no electos.⁹

A Castelo Branco lo sucedió el general Costa e Silva en 1967, mediante una designación por el Congreso pleno hegemónico por el oficialismo. La lucha entre una corriente nacionalista, autoritaria y algo reformista y otra más orientada a la cooperación con Estados Unidos se mantenía como factor de inestabilidad interna y posibles cambios políticos. La incrementada dinámica opositora, durante el año 1968, acompañada por grandes manifestaciones estudiantiles y algunas huelgas, generó una reacción de derecha que impuso una especie de autogolpe canalizado por el mismo presidente. Este golpe tomó la forma del Acto Institucional N° 5 (AI-5), que atribuyó al Ejecutivo el poder de disolver o postergar las reuniones del Congreso, de continuar la expurgación (cassação) de políticos electos o no, de implementar la censura de prensa y de enviar intervenciones a los estados, por encima de las disposiciones de la propia Constitución sancionada por el régimen en 1967.

La enfermedad de Costa e Silva, víctima de un ataque al corazón a fines de 1969, obligó a anticipar la crisis de sucesión, que benefició al candidato de la línea dura, general Emilio Garrastazú Médici, propuesto primero por amplias consultas militares y luego aprobado por la disciplinada mayoría del Congreso.

El período de Médici (1969-1974) fue el más represivo del régimen brasileño, y estuvo acompañado por torturas y censura, y por una activa guerrilla urbana dirigida por un antiguo líder comunista, Carlos Marighela, y un capitán de ejército que defecionó, Carlos Lamarca. Después de algunas ostensibles acciones, incluyendo raptos de varios embajadores, el movimiento fue destruido, con la muerte de sus dos principales jefes en 1969 y 1970. Las relaciones con la Iglesia comenzaron a deteriorarse seriamente, mientras se extendía en niveles medios y aun altos de la jerarquía el movimiento de la Teología de la Liberación y otras corrientes de crítica social radical.

En 1974, el Congreso, siempre después de consultas militares, eligió a Ernesto Geisel (1974-1979), del ala más moderada de las Fuerzas Armadas, quien inició un proceso de apertura. Éste se expresó el mismo año 1974 de su asunción con la realización de elecciones de diputados y senadores, en que hubo bastante libertad

de prensa y asociación. El resultado fue una importante afirmación del MDB, sobre todo en las grandes ciudades, mientras que la ARENA seguía imponiéndose en el interior rural. Los votos nulos y blancos bajaron de manera notable, reflejando una mayor confianza por parte de la población en lo genuino de las elecciones, a pesar de que las “casaciones” de diputados y otros políticos seguían cada tanto cayendo sobre los más rebeldes.¹⁰

LOS INESTABLES REGÍMENES MILITARES ARGENTINOS

En Argentina, el intento de sustituir al peronismo con un gobierno civil estable había naufragado con el golpe militar de 1962, que estableció un régimen provisorio (1962-1963) durante cuyo transcurso hubo dos enfrentamientos internos entre las facciones “azul” y “colorada”. La primera, bajo la dirección del general Juan Carlos Onganía, buscaba reeditar, desde posiciones más sólidas de poder, la política frondizista de integración de los sectores más moderados del peronismo. La segunda era más antiperonista y creía en la necesidad de seguir poniendo fuera de la ley al movimiento popular mayoritario del país.

Onganía fracasó en su intento de lanzar su candidatura apoyado por el peronismo moderado y por un conjunto de partidos innovadores en cuanto a estrategias políticas, que iban desde los nacionalistas y católicos independientes hasta los demócrata cristianos, los conservadores populares y la Unión Cívica Radical Intransigente (UCRI), pero fue imposible combinar a todos estos elementos. Ante este hecho, se mantuvo la inhabilitación del peronismo, que ordenó el voto en blanco, obedecido por un cuarto del electorado. En primer lugar llegó la Unión Cívica Radical del Pueblo (UCRP), con apenas otro cuarto de los votos, que de esta manera poco legítima aunque legal impuso en la presidencia a Arturo Illia.

Illia inició un gobierno respetuoso de las libertades públicas y legalizó diversas fuerzas neoperonistas, aunque siempre dejando fuera del panorama a Perón, cuyo intentado retorno al país fue prohibido. Los sindicalistas efectuaron una serie interminable de movimientos de fuerza, que iban desde huelgas generales hasta ocupaciones de fábricas con toma de gerentes como rehenes. El sector más duro del peronismo hacía tiempo que había iniciado actividades de sabotaje y otras acciones violentas, en la llamada “Resistencia”, que buscaba crear condiciones para una revolución popular que permitiera el retorno del líder, seguramente en alianza con un sector de las Fuerzas Armadas. La derecha peronista era un componente esencial para asegurar esta última conexión, pues en las Fuerzas Armadas siempre había sectores ideológicamente de derecha o nacionalistas, no necesariamente peronistas, pero que quizás estarían dispuestos

a una coalición contra el común enemigo liberal. De hecho, esta convergencia no se dio, pero la esperanza de establecerla explicaba gran parte de las estrategias peronistas, obsesionadas en rearmar la unión de ejército y pueblo que había estado en la génesis del movimiento.

Para 1967, debían darse las elecciones de renovación del Congreso y de gobernadores, equivalentes a las que habían destruido a Frondizi. La UCRP gobernante ahora intentaba, como antes la UCRI, convertirse en el polo del sentimiento antiperonista. Pero era más que previsible que los peronistas ganarían aquellas elecciones, y no existían genuinas posibilidades de incorporarlos en alianzas menos amenazantes, dirigidas, por ejemplo, por los generales Onganía o Aramburu. El golpismo militar –con fuerte apoyo civil de clase alta y media– se activó y decidió esta vez no esperar al veredicto de las urnas, sino hacerlo un poco antes y buscar una excusa. Ésta fue la supuesta poca eficacia del presidente Illia en conducir el desarrollo económico del país y fue también su real debilidad en imponer orden ante el caos de las huelgas y las tomas de fábricas.

Hubo aquí una extraña convergencia de tácticas y estrategias por parte de varios actores sociales. El peronismo, en esos años, estaba dividido entre un grupo de inspiración sindical, dirigido por el metalúrgico Augusto Vandor y el sastre José Alonso, y otro más directamente verticalizado bajo las órdenes de Perón. Los sindicalistas pensaban que podían convertirse en un grupo de presión más o menos reconocido en el país si sólo Perón, con los antagonismos un poco arcaicos que suscitaba, diera un paso atrás. Perón, claro está, no pensaba de igual manera, e incluso empezó a usar para la lucha contra sus enemigos civiles o militares a radicalizadas formaciones juveniles. Algunos de esos jóvenes eran de extracción peronista, otros, cada vez más, venían de medios hasta hacía poco extraños a ese movimiento, especialmente de la universidad y la intelligentsia de izquierda. Ésta había hecho una profunda autocrítica de su anterior antiperonismo cerval, cuando aún estaba dominada por los valores liberales que ahora, ante la luz de la Revolución Cubana, demostraban su poca validez y su rol “objetivamente” reaccionario. De aquí a descubrir que, debido a su masivo apoyo obrero, el peronismo debía a la larga ser revolucionario, con independencia de las opiniones de sus líderes, había sólo un paso, que fue franqueado.

Los activistas más decididos terminaron formando la Juventud Peronista, como estructura de superficie, y los Montoneros, como formación guerrillera. Entre los

enemigos que debían ser eliminados por ésta se encontraban, en primera línea, los dirigentes reformistas o “burócratas” del movimiento obrero, quienes, conscientes de esa selección, no podían menos que responder en natura. De ahí que se dio una bipolarización interna en el peronismo, que en realidad se basaba en una proliferación de grupos y subgrupos dentro del movimiento, unidos por sus comunes enemigos.

Por un lado, estaba el sindicalismo, con sus propias formaciones paramilitares. Por el otro, los Montoneros y una alianza de dirigentes provinciales, básicamente moderados pero desprejuiciados en su selección de estrategias. En el entorno de Perón había sectores de extrema derecha, de ideología fascista, que habían reemplazado a los restos del izquierdismo capitaneado por John William Cooke. El jefe de la derecha cercana a Perón y a su esposa Isabelita era su secretario privado, José López Rega.

Cuando se dio el golpe de 1966, que llevó al general Juan C. Onganía al poder, el objetivo militar era claramente evitar la victoria peronista en las elecciones de gobernador. Los principales enemigos, por supuesto, eran Perón y ciertos sectores de su rama política que seguían apoyando a las formaciones juveniles de izquierda, no los sindicalistas. Éstos, en consecuencia, se sintieron con ánimo como para comparecer a la ceremonia de asunción del mando. Muy pronto, la realidad aventó estas ilusiones de alianzas tácticas, y la política económica oficial ortodoxa antagonizó a los sindicalistas, haciendo concreta otra vez más la unidad peronista.

El peronismo, durante los años del régimen militar autodenominado Revolución Argentina (1966-1973), armó una coalición opositora de potencia insospechada. El principal partido político, con fuerte apoyo sindical, unido a activistas de la violencia tanto de izquierda como de derecha, jaqueó al gobierno hasta que lo obligó a convocar a elecciones. Era como si en Italia se hubiera dado durante los años sesenta o setenta una alianza entre el Partido Comunista, los sindicatos a él asociados, el Partido Socialista y las Brigadas Rojas sumadas a las fascistas. Esa pesadilla fue la que quitó el sueño y la vida a muchos argentinos durante los trágicos años finales del régimen militar de 1966-1973 y luego del de 1976-1983.¹¹

La Revolución Argentina se vio desestabilizada por sus luchas internas, en parte resultado de las contrastantes estrategias adoptadas para combatir al fantasma peronista y al de la subversión armada, tácticamente aliada a ese movimiento. En

1969, una huelga en Córdoba, promovida por sectores de izquierda del sindicalismo peronista, unidos a otros de diverso signo ideológico y a estudiantes universitarios, se transformó en un episodio de violencia conocido como “Cordobazo”, la primera evidencia de que la lucha contra el régimen podía transformarse en un fenómeno de masas.¹²

En esferas oficiales, se generó el usual enfrentamiento entre quienes proponían como paliativo una apertura social y los que preferían una mayor represión. Onganía mismo estaba del lado de la apertura, aunque la línea divisoria entre represión (de extremistas) y cooptación (de sectores moderados sindicales) no era muy clara.

Como resultado de esta lucha, un golpe interno llevó al general Norberto Levingston, del arma de inteligencia, al poder, combinando a su manera la represión con una política de promoción a la industria nacional y cooptación de sectores tecnocráticos, algunos con tradición de izquierda. En algunos momentos, pudo parecer que lo que se estaba dando era una versión del fenómeno peruano, pero pronto se hizo evidente que ése no era el caso. Al año, un nuevo golpe interno llevaba al sillón presidencial al general Alejandro Lanusse, del sector liberal del Ejército, quien pronto optó por realizar elecciones, permitiendo la legalidad de todos los partidos, incluso el peronista, aunque no la candidatura del creador del movimiento.

En estas elecciones (1973), el régimen no pudo presentar una fuerza oficialista con perspectivas de éxito. Contrastando en esto con Brasil, el delfín del régimen, un oscuro brigadier Ezequiel Martínez, apenas arañó el 2% de los votos. Los partidos de derecha y de centro derecha, incluyendo a otro personaje que había tenido un rol importante bajo el régimen militar, Francisco Manrique, juntos no llegaron al 20%. El radicalismo tampoco estuvo muy exitoso, con apenas algo más del 20%, por debajo de su performance de décadas. El peronismo, en cambio, con el apoyo total de las juventudes radicalizadas de simpatía montonera y un par de aliados (Democracia Cristiana y Movimiento de Integración y Desarrollo, pequeño grupo fiel al expresidente Arturo Frondizi), se alzó con la mitad del electorado. La izquierda, formada por una alianza del Partido Intransigente (PI), fracción del tronco frondizista de la UCRI, con un sector demócrata cristiano y el pequeño Partido Comunista, juntó el 10% del electorado.

El acceso al poder del peronismo triunfante, que festejó su ascunción con

discursos desde la Casa Rosada, a la que habían sido especialmente invitados Salvador Allende y el presidente cubano Osvaldo Dorticós, alarmó grandemente al empresariado y a los militares. La derecha peronista temía también un golpe de mano de los sectores radicalizados de su propio partido, que fácilmente podían rodear al débil presidente, Héctor Cámpora, seleccionado por Perón para que no le hiciera sombra. La guerrilla suspendió sus acciones por un tiempo, pero pronto se volvió a armar la lucha entre ella y una alianza de las Fuerzas Armadas y la derecha peronista, con sus formaciones especiales que incluían las de los sindicatos y que rivalizaban con las de los Montoneros y del marxista Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP).

La caótica situación generada indujo a Perón a intervenir, forzando al recién electo presidente a renunciar y convocar a nuevas elecciones, en las que Perón fue ungido con el 62% de los votos, porque esta vez la izquierda decidió sumarse al bando ganador. Perón, desde el gobierno que asumió a fines de 1973, dirigió la pacificación del país con una campaña frontal contra sus exaliados montoneros, quienes después de diversos intentos de mantenerse en buenos términos con el anciano caudillo, rompieron definitivamente con él.

A la muerte de Perón, a mediados de 1974, le sucedió su esposa, que había sido incluida en la fórmula como vicepresidente, ante la dificultad de decidir de otra manera la expectativa sucesoria. El caos y la violencia sobrevinieron, hasta que las Fuerzas Armadas intervinieron para dirigir más directamente la lucha antissubversiva y lo que consideraban la necesaria reorganización productiva del país. Se inició así el último régimen militar argentino (1976-1983), que a costa de innumerables abusos exterminó a la guerrilla, pero no pudo lanzar un proceso de crecimiento económico parecido al brasileño o aun al que tuvo Chile en los últimos años de Pinochet.¹³

DEMOCRACIA CRISTIANA Y UNIDAD POPULAR EN CHILE

En Chile, al finalizar la presidencia conservadora de Jorge Alessandri (1958-1964), la perspectiva de una victoria socialista era muy firme. La derecha no tenía un candidato adecuado y sufría el deterioro natural de una gestión bajo condiciones económicas nada prósperas. La Democracia Cristiana formaba la tercera familia ideológica en cantidad de votos. Fue así que conservadores y liberales decidieron hacerse a un lado y dar sus votos al candidato demócrata cristiano, Eduardo Frei Montalva, quien de esa manera accedió a la presidencia con una gran mayoría, aunque no propia, pues combinó dos de los clásicos tres tercios en que se dividía el electorado. Su gobierno fue de transformaciones bastante profundas, sobre todo en el terreno de la reforma agraria y en la política habitacional, y se benefició del apoyo de Estados Unidos, que deseaba consolidar esta experiencia de “revolución en libertad”.

La derecha, que había apoyado a Frei como baluarte contra el socialismo, quedó desilusionada con su gestión y decidida a dar la lucha otra vez en 1970. En ese año, volvió Alessandri a ser su candidato, mientras la Democracia Cristiana llevaba a su sector más izquierdista, representado por Radomiro Tomic, como forma de competir con la Unidad Popular. Ésta, por otra parte, se había visto engrosada por el aporte de dos fracciones juveniles demócrata cristianas, que formaron la izquierda cristiana y el Movimiento de Acción Popular Unificada (MAPU). También se le sumó el Partido Radical, ya muy debilitado ante fuertes desprendimientos hacia la derecha (radicalismo democrático). Salvador Allende, de nuevo al frente de la Unidad Popular, se impuso por la mínima diferencia contra el candidato conservador (el 37% contra el 35%), quedando Tomic bastante atrás.

Al no haber ningún candidato con mayoría absoluta, correspondía decidir al Congreso pleno, que no se había renovado, pues las fechas de sus elecciones no coincidían con las presidenciales. En él Allende no tenía mayoría. Tampoco la hubiera tenido si se hubieran realizado elecciones de renovación en ese momento, pero el hecho de que se tratara del Congreso viejo, no validados sus mandatos por una nueva consulta, quitaba legitimidad a su eventual arbitraje.

La Democracia Cristiana había cultivado en la campaña una imagen decidida de izquierda no marxista, para compensar, ante cierto sector de la opinión pública, el rol de sustituto de la derecha que en alguna medida había cumplido Frei, al menos por la forma en que sumó votos para acceder al poder. De manera que no era fácil para la dirigencia demócrata cristiana apoyar al candidato conservador en el Congreso, que es lo que posiblemente hubiera reflejado de un modo más directo los sentimientos de su electorado.

La Democracia Cristiana, en todos sus niveles, sufría fuertes tensiones contradictorias, pues si bien deseaba contribuir a los cambios sociales, desconfiaba de las tendencias autoritarias existentes en la Unidad Popular, con su modelo cubano y su fuerte Partido Comunista, así como del extremismo juvenil de muchos de sus cuadros. Al final se decidió a votar por Salvador Allende, después del Pacto de Garantías acerca del respeto a la autoridad del Congreso.

El comienzo del gobierno de Unidad Popular transcurrió de manera relativamente tranquila, pero pronto la radicalización de sus propuestas y la movilización popular que las acompañaba generaron un ambiente de guerra civil. La reforma agraria fue acelerada y acompañada de numerosas ocupaciones de campos. La misma táctica se empleó con empresas industriales, rápidamente pasadas al dominio público, sin anuencia del Congreso, aprovechando una legislación casi olvidada que daba en estos casos grandes poderes al Ejecutivo. En los extremos del espectro político, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), que quedó fuera de la Unidad Popular, incrementaba sus acciones con constantes ribetes de violencia, aunque no se llegó en esa época a la formación de una verdadera guerrilla.

Con el control de precios en condiciones de inflación, fue posible ahogar a cualquier empresa o escuela privada y luego tomarla bajo control o propiedad del Estado. Al mismo tiempo, una política de incrementos salariales y mejoras en la seguridad social obtenía simpatías populares y permitía en elecciones municipales aumentar el porcentaje de sufragios favorables al gobierno hasta casi el 44%, aunque poco después hubo un reflujo en estos guarismos en elecciones parciales legislativas. Un sector nada despreciable de dirigentes y asesores gubernamentales, ilusionado con el espejismo cubano, estaba muy poco convencido de las virtudes de la “democracia burguesa”.

Más de uno esperaba con ansiedad llegar al 51% de los votos para desde ese momento imponer un gobierno expeditivo, con poca preocupación por los

derechos de las minorías, vistas como oligarquías. Otros vislumbraban un posible golpe de mano con apoyo militar, para realizar una versión más de izquierda de lo que se estaba experimentando con tanto éxito en Perú. En este ambiente, las tradicionalmente disciplinadas Fuerzas Armadas chilenas se decidieron a dar un golpe de Estado, contando con el apoyo de un gran sector de la población, es probable que una mayoría, que incluía a la derecha y al Partido Demócrata Cristiano, que pensaba que se trataría de una intervención “moderadora” para pronto devolver el poder a la mayoría civil, que se sabía era antisocialista. De hecho, sin embargo, el golpe estuvo acompañado por una dura represión, y el régimen que creó duró casi dos décadas, bajo dirección muy unipersonal.¹⁴

La estabilidad política de la dictadura chilena (1973-1989) debe contrastarse con la caótica sucesión de facciones en Argentina (1966-1973 y 1976-1983) y con el legalismo experimentado en Brasil (1964-1985). En Argentina, durante el primero de esos períodos militares, hubo dos golpes internos (Levingston sustituyó a Onganía, y Lanusse a Levingston) y otros dos durante el segundo (Galtieri reemplazó por la fuerza a Viola, y Bignone a Galtieri después de la guerra de las Islas Malvinas). Ya antes, otros regímenes militares argentinos habían tenido semejante suerte. En el período 1943-1946, hubo tres golpes internos (Ramírez contra Rawson, en los primeros días, Farrell contra Ramírez al año, y luego el breve intento antiperonista de octubre de 1945); durante la llamada Revolución Libertadora (1955-1958), hubo una movida (Aramburu por Lonardi); y durante el interregno 1962-1963, otros dos enfrentamientos armados entre facciones “azules” y “coloradas”.

En Chile, no hubo un solo cambio, a pesar de ciertos malestares entre la Fuerza Aérea y el general Pinochet, que no pasaron a mayores. En Brasil, la legalidad fue aún mayor que en Chile, pues, como vimos, ni siquiera se disolvió el Congreso –aunque fue purgado de numerosos diputados– y los presidentes se fueron eligiendo con regularidad, por la Legislatura, donde había una sólida mayoría del partido oficialista, la ARENA. Este partido, de hecho, estaba controlado por los militares, pero consensuado y de alguna manera legitimado por elecciones populares, aun cuando acompañadas de serias restricciones a la libertad de prensa y de asociación (pequeñas, de todos modos, comparadas con las vigentes en otras latitudes).

En Brasil, la tradición de conservadurismo constitucionalista siempre fue muy fuerte, aunque aplicable a una minoría urbana del país, nadando en un mar de

población rural y analfabeta, vista como potencialmente amenazante desde la época de la esclavitud. Un programa de desarrollo capitalista “salvaje”, con niveles de vida muy bajos reservados para la masa de la mano de obra, podía imponerse en Brasil con relativamente poca resistencia de la sociedad civil, que no contaba con una tradición de sindicalismo fuerte ni con un partido popular masivo organizado con fuerza. De ahí que fue posible aplicar el modelo sin encontrar resistencias invencibles, ni sindicales ni de tipo guerrillero, fenómeno este último que fue de corta duración. Estas condiciones de control social facilitaron en Brasil el éxito de una industrialización que en alguna medida recuerda a las que se dieron en Asia Oriental, por el dominio conservador autoritario poco cuestionado en que estaba basado.

En Argentina, en cambio, una experiencia de prosperidad y escasez de mano de obra, que facilitaba su agremiación, existía desde inicios del siglo XX. La sociedad civil, más fuerte y organizada, tanto en niveles altos como medios y populares, tiene en Argentina también su reflejo en sólidos partidos de clase media como el radical, o de formaciones populares como las de cuño socialista de antes de la Segunda Guerra Mundial, o el peronismo después.

La prosperidad del modelo agroexportador, con el consecuente impulso de los sectores terratenientes pampeanos (sin equivalente, proporcionalmente hablando, en Brasil), añadía otra fuerza con la que había que contar, capaz de imponer sus condiciones ante cualquier política de industrialización que no consultara sobre sus intereses. El hecho, entonces, es que en Argentina durante muchas décadas el empate social fue mucho más intenso que en Brasil, donde realmente tal cosa no existía.

Ese equilibrio de grupos de presión, incluyendo los populares, que se las arreglaban para sobrevivir bajo los regímenes más represivos y antisindicales, no podía menos que reflejarse en las esferas del poder. Se puede plantear la hipótesis de que la inestabilidad de los regímenes militares argentinos no era el resultado de una especial belicosidad o tendencia facciosa de los uniformados, sino que derivaba de la existencia en la sociedad civil de aguerridos bandos con poderes equivalentes, y entre las cuales era muy difícil llegar a un pacto de coexistencia. Al menos fue así por mucho tiempo, durante el cual se generó una situación de guerra civil permanente, en potencia o en hecho, y se produjo la decadencia del país.¹⁵

En Chile, como en Brasil, existe una fuerte tradición de conservadurismo

constitucionalista, pero basada en una sociedad civil que es más igualitaria y más funcionalmente diversificada y organizada que la brasileña, con altos niveles de educación y cultura urbana. La diversidad de grupos de presión, por lo tanto, es equivalente a la argentina, pero canalizados los populares de manera asociacionista y no populista.

La disciplina social siempre ha sido mucho mayor en Chile que en Argentina, lo que no es incompatible con un mayor desarrollo de la izquierda en ese país. Ese fenómeno recuerda al de Gran Bretaña, cuya sociedad más deferencial, jerárquica y disciplinada, que debería hacerla más conservadora, efectivamente facilita la existencia de un Partido Conservador, pero crea por el otro lado un laborismo de ideas socialistas, aunque moderadas. En contraste, Estados Unidos, signado por la experiencia inmigratoria y por la tradición de igualitarismo y, en alguna manera, populista de la frontera, es un país mucho menos disciplinado, con partidos políticos más caóticos y ausencia de un movimiento obrero de orientación socialista. Mutatis mutandis, Chile tiene las pautas británicas, mientras que Argentina –también inmigratoria– se asemeja más a las estadounidenses.

Es significativo que en Chile, a pesar de la persistencia en el mando de Pinochet, el personalismo del poder nunca fue excesivo, y el régimen se planteó una constitucionalización, refrendada por un plebiscito. Luego, en 1988, otro plebiscito convocado con la esperanza de eternizar al general en el poder no dio los resultados esperados, y el gobierno no pudo menos que aceptar el veredicto de las urnas. Fue así que se llegó a elecciones genuinamente competitivas a finales de 1989, perdidas por el oficialismo.¹⁶

EL FINAL DE LA SUIZA URUGUAYA

En Uruguay, el sistema del Colegiado terminó en 1966 ante un plebiscito en que la mayoría, impulsada por amplios sectores colorados y blancos, decidió volver otra vez al Ejecutivo clásico. En las elecciones presidenciales se impuso el general Oscar Gestido, colorado independiente, que llevaba como compañero de fórmula al tradicionalista Jorge Pacheco Areco. La muerte de Gestido llevó a Pacheco a la primera magistratura, creando una situación de deslegitimación por la forma de llegar a ese cargo. De todos modos, Pacheco cultivaba una personalidad de “hombre fuerte” que no dejaba de tener apoyo en amplios sectores populares.

Sin embargo, la crisis económica estaba ya para ese entonces atenazando al país, y el modelo cubano operaba sobre las elites intelectuales y estudiantiles. La frustración en Uruguay, como en Argentina, fue particularmente fuerte en esos sectores, porque estos dos eran los países de mayor nivel de vida de la región y estaban al mismo tiempo muy avanzados en su desarrollo cultural e institucional. La posición de privilegio que ambos países tenían en el continente se venía erosionando desde hacía décadas y constituía el fenómeno que los sociólogos han dado en denominar atimia, o sea, descenso de estatus a escala nacional y también individual.

Hubo así un excelente campo de reclutamiento para guerrilleros de origen urbano y de clase media, provenientes de familias profesionales y universitarias. Ése fue el origen de los Tupamaros, muy fuertes en algunos momentos (1968-1972) y con simpatías en significativas capas de la población, pero nunca ligados a un fuerte movimiento popular, como fue el caso de los Montoneros en Argentina gracias a su vinculación con el peronismo. El fundador de la organización tupamara, Raúl Sendic, se había iniciado durante varios años (1962-1965) como organizador de huelgas y protestas agrarias en el departamento cañero del norte, Artigas, de donde luego pasó a actuar en escala nacional.

El Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros (MLNT) tenía como

organización legal o “de superficie” al Movimiento 26 de Marzo (M-26). Su acción se sumó a las huelgas obreras y a la inquietud estudiantil, estimulada por los sucesos de París del año 1968. Los secuestros y las violencias de la guerrilla fueron respondidos con una represión generalizada sancionada por las llamadas “medidas prontas de seguridad”. En 1970, la directiva principal del grupo guerrillero fue apresada, pero al año se evadió y retomó la lucha.¹⁷

En 1971, fue elegido el sucesor de Pacheco, miembro de su misma línea, Juan María Bordaberry, un colorado de origen ruralista del grupo de Nardone. En esos comicios, el Partido Colorado ganó por pequeña diferencia contra el Partido Nacional o Blanco, que estaba hegemonizado por una nueva corriente, muy renovadora y con elementos de izquierda, dirigida por Wilson Ferreira Aldunate.¹⁸ En la izquierda se formó la coalición Frente Amplio con una multitud de partidos, incluyendo al Partido Comunista, al Partido Socialista, muy cambiado desde 1961 en que había desplazado a Emilio Frugoni de su dirección, y a la igualmente transformada Democracia Cristiana. A esos grupos se añadían fracciones de izquierda coloradas (Zelmar Michelini) y blancas (Enrique Erro). En total, sin embargo, no consiguieron más que el 18% de los votos, una notable superación de sus anteriores niveles, pero aún lejos de luchar por la mayoría. En Montevideo, no obstante, ya alcanzaban el 30% del total, superando al Partido Nacional.

La violencia generada por los Tupamaros iba acompañada por una aguda agitación que también afectaba a otros sectores, simpatizantes en diversos grados con la guerrilla, aunque no intervinientes en ella. Esta coyuntura facilitó y justificó ante sectores de la opinión pública el golpe militar que se dio de manera gradual, iniciándose con planteos al presidente, que lo transformaron en 1973 en agente del poder de los cuarteles, disolviéndose el Congreso. Este modelo se convirtió en arquetipo de una de las formas de intervención militar, y se creó así el neologismo “bordaberrización” para referirse a él. La represión en Uruguay fue menor que en el resto del Cono Sur, y rápidamente terminó con la guerrilla.

Antes de finalizar su período, Bordaberry tuvo un conflicto con los militares y renunció. Al parecer, él deseaba introducir cambios más profundos y autoritarios en el sistema político, mientras que la opinión dominante en las Fuerzas Armadas prefería un retorno controlado al gobierno civil. Los militares habían creado el Consejo de Estado, con personalidades designadas por ellos, a las que se agregaron luego los altos mandos de las Fuerzas Armadas, en lo que se llamó el Consejo de la Nación. Este Consejo designó a un nuevo presidente civil, de

extracción colorada, Aparicio Méndez (1976-1981), sustituido luego por el teniente general Gregorio Álvarez (1981-1985). Se habló en esa época de posibles tendencias “peruanistas” en los cuarteles, pero nada hubo de serio.¹⁹

LA EXPERIENCIA DEMOCRÁTICA EN COLOMBIA Y VENEZUELA

En Colombia, la alternancia fijada por el pacto que condujo al Frente Nacional terminó en 1978. Las primeras elecciones genuinamente competitivas fueron ganadas por el Partido Liberal, pero a los cuatro años un conservadurismo renovado llevó a la presidencia a Belisario Betancur, con orientación socialcristiana. La violencia nunca pudo ser totalmente erradicada, y desde hacía un tiempo, a los tradicionales problemas agrarios se combinó el narcotráfico, que entraba en las más insólitas alianzas con tal de mantener su capacidad de resistencia a la autoridad.

Los grupos más extremistas del movimiento populista lanzado por el general Rojas Pinilla formaron una organización guerrillera, M-19, que consiguió bastante simpatía en sectores de la población que lo veían como reivindicador de los pobres. Otros sectores marxistas también tenían sus propias formaciones guerrilleras, lo que generaba una situación de inseguridad ampliamente extendida en todos los estratos sociales.

A pesar de la violencia, el desarrollo económico continuó con bastante dinamismo y, a diferencia de otros países del área, con muy poca deuda externa. El sistema partidario en lo básico se mantuvo hasta años más recientes. Como siempre, tanto liberales como conservadores tenían numerosas corrientes internas, señalándose la existencia dentro del liberalismo de grupos de orientación socialdemócrata, mientras que en el conservadurismo había dos polos ideológicos de atracción: la línea socialcristiana progresista, encabezada por Betancur, y la más dura y nacionalista de Álvaro Gómez, hijo de don Laureano, que había acaudillado al partido en los duros años cincuenta y sesenta.

En Venezuela, en cambio, la violencia amainó después de haber sido destruida militarmente. Los grupos guerrilleros aceptaron el ofrecimiento de indulto por parte del presidente demócrata cristiano Rafael Caldera (1968-1973) y se transformaron en dos partidos legales. El más importante en términos de opinión pública y respuesta electoral fue el Movimiento Al Socialismo (MAS), capaz de

obtener el 10% de las preferencias, donde militaban muchos antiguos comunistas y otros marxistas que habían tomado el camino de la selva. Ahora, dirigidos por Teodoro Petkoff y con un importante grupo de intelectuales, evolucionaron hacia posiciones moderadas. Su objetivo era transformarse en la opción socialdemócrata nacional, rol que a su juicio Acción Democrática no cumplía adecuadamente. El Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), de orígenes adecos (ligados a Acción Democrática), en cambio, tuvo menos éxito electoral. En cuanto al sindicalismo, en lo principal se mantenía fiel a las banderas de Acción Democrática.

En diversos momentos, hubo intentos de lanzar candidaturas externas al sistema bipartidario o de “dos partidos y medio” (si se incluye como relevante al MAS). Una de ellas fue la del prestigioso escritor Arturo Uslar Pietri, en 1963, quien logró aunar a una parte importante de la opinión pública nacional, pero sin muchas posibilidades de victoria. En 1968, la división de Acción Democrática, por la defección de un sector de izquierda (que luego reingresó al partido), permitió la victoria de Rafael Caldera con sólo el 27% de los votos.

La bonanza petrolera coincidió con la presidencia de Carlos Andrés Pérez, que se encaminó en el sendero de las grandes obras públicas, en la promoción de nuevas industrias como la siderurgia y en la nacionalización del petróleo. Todo esto costó mucho dinero, y según sus críticos, se despilfarró. La corrupción, por otra parte, se hacía difícil de combatir en todos los niveles nacionales.²⁰ El sistema democrático se consolidó, con una ya plenamente legitimada alternancia entre una Acción Democrática de ideología socialdemócrata (afiliada, igual que el MAS, a la Internacional Socialista) y un Comité de Organización Política Electoral Independiente (COPEI) demócrata cristiano. Las clases altas y el empresariado simpatizaban más con el COPEI, pero con suficiente pragmatismo como para distribuir sus apuestas y sus apoyos en el momento de la financiación de candidatos.

EN MÉXICO SE ACUMULAN LAS TENSIONES

En México, el desarrollo industrial de los años sesenta y setenta seguía transformando al país, congestionando sus ciudades y creando una masa cada vez más difícil de integrar al sistema casi monopartidario existente. La educación, a pesar de los siempre graves déficits en el nivel de alfabetización y primario, producía en sus ciclos secundario y universitario estratos sociales que no conseguían con facilidad ocupación conmensurable con sus aspiraciones. El contraste entre ambos factores no podía menos que generar resentimientos en amplios sectores de clase media, notables sobre todo en el nivel de los estudiantes universitarios. El fenómeno era general en América Latina y en el Tercer Mundo. En México tomaba formas peculiares (también presentes en Brasil) por la coexistencia, lado a lado, de zonas de amplia expansión económica y posibilidades de empleo con otras mucho más estancadas. Las comparaciones y las consiguientes frustraciones estaban mucho más extendidas en esos dos países que en otros, como Chile o Argentina, donde el nivel de crecimiento tanto de la economía como de la educación era mucho menor, aunque partían de niveles más altos.

La explosión ocurrió en 1968 bajo el influjo de la rebeldía juvenil del mayo parisino. Una protesta estudiantil pasó de los temas universitarios a los generales, buscando sentar las bases de cambios más trascendentales en el país, al que se veía como uno más de los varios autoritarismos latinoamericanos. Un conflicto con la policía en Tlatelolco terminó en una masacre que quedó grabada a fuego en la memoria colectiva del país. La reacción de amplios sectores de la opinión pública y del propio gobierno propició una reconsideración de los métodos usados por el oficialismo, al que largos decenios de ejercicio del poder habían hecho más rígido.

El propio ministro del Interior Luis Echevarría, responsable en última instancia del mantenimiento del orden y, por lo tanto, visto como culpable, evolucionó hacia posiciones más aperturistas, y sobre esa base, fue seleccionado para representar a su partido en las siguientes elecciones, realizadas en 1970. Su sexenio (1970-1976) creó grandes esperanzas de cambio y llevó al poder a un

grupo renovador que –según las pautas ya canónicas en el país– fue cooptado por el sistema, pero contribuyó a realizar cambios de importancia en él.

Las siguientes presidencias recibieron los efectos del boom petrolero. José López Portillo (1976-1984) en particular se benefició no sólo del descubrimiento de nuevos yacimientos, sino también de los altos precios internacionales. Durante el siguiente sexenio, de Miguel de la Madrid (1984-1990), fue necesario ajustarse al descenso de los precios del oro negro, que alteró todas las relaciones económicas. Comenzó a pensarse que el sistema de intenso intervencionismo estatal y protección a rajatabla de la industria nacional, que había sido un estímulo al desarrollo en un comienzo, se había convertido en un impedimento. Algo parecido ocurría con el sistema de explotación agraria en manos de pequeñísimas unidades familiares y con la constante amenaza de expropiación que pendía sobre cualquier empresa rural exitosa. No era fácil introducir cambios en estos delicados temas, muy ligados a la ideología revolucionaria y a las emociones colectivas, pero los primeros pasos fueron dados en esa dirección.²¹

¹ [François Bourricaud, Poder y sociedad en el Perú contemporáneo, Buenos Aires, Sudamericana, 1967; Francisco Miró Quesada, La ideología de Acción Popular, Lima, Tipografía Santa Rosa, 1964; Henry A. Dietz, “Political Participation in the Barriadas: An Extension and Reexamination”, en Comparative Political Studies, núm. 18, 1985; José Matos Mar, Yanaconaje y reforma agraria en el Perú, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1976.](#)

² [Cynthia McClintock y Abraham Lowenthal \(comps.\), El gobierno militar. Una experiencia peruana, 1968-1980, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1983; Vivián Trías, Perú: Fuerzas Armadas y revolución, Montevideo, Banda Oriental, 1971; Víctor Villanueva, ¿Nueva mentalidad militar en el Perú?, Buenos Aires, Replanteo, 1969; Carlos Delgado, El proceso revolucionario peruano: testimonio de lucha, México, Siglo XXI, 1972.](#)

³ [James M. Malloy y Richard Thorn \(eds.\), Beyond the Revolution. Bolivia since 1952, Pittsburgh, Pittsburgh University Press, 1971; Herbert Klein, Bolivia. The Evolution of a Multiethnic Society, Nueva York, Oxford University Press, 1982; Mario Rolón Anaya, Política y partidos en Bolivia, La Paz, Juventud, 1966; Guillermo Lora, De la Asamblea Popular al golpe fascista, Buenos Aires, El](#)

Yunque, 1972.

⁴ Domingo Rivarola, Estado, campesinos y modernización agrícola en Paraguay, Asunción, Centro Paraguayo de Estudios Sociológicos, 1982; Werner Baer y Melissa Birch, “La expansión de la frontera económica: el crecimiento paraguayo en los años setenta”, en Revista Paraguaya de Sociología, núm. 20, 1983; Fran Gillespie, “Comprehending the Slow Pace of Urbanization in Paraguay between 1950 and 1972”, en Economic Development and Cultural Change, núm. 31, 1983.

⁵ Maria Vitória de Mesquita Benevides, O governo Kubitschek. Desenvolvimento econômico e estabilidade política, Río de Janeiro, Paz e Terra, 1976, y O governo Jânio Quadros, 2ª ed., San Pablo, Brasiliense, 1982; Mário Beni, Adhemar, San Pablo, Grafikor, 1973.

⁶ En el interior de Brasil, se llamaba “coroneles” a los grandes terratenientes locales o a otros notables, desde el siglo pasado en que esos individuos eran en general los seleccionados para ser coroneles de las milicias locales. Véanse Francisco Weffort, O populismo na política brasileira, Río de Janeiro, Paz e Terra, 1978; Moniz Bandeira, O governo João Goulart. As lutas sociais no Brasil, 1961-1964, Río de Janeiro, Civilização Brasileira, 1977.

⁷ Thomas Skidmore, Politics in Brazil, 1930-1964. An Experiment in Democracy, Nueva York, Oxford University Press, 1967.

⁸ Leôncio Martins Rodrigues, Conflito industrial e sindicalismo em Brasil, San Pablo, Difel, 1966; Hélio Jaguaribe, Brasil: crisis y alternativas, Buenos Aires, Amorrortu, 1976; Vamireh Chacon, História das idéias socialistas no Brasil, 2ª ed., Fortaleza, Río de Janeiro, Universidade Federal do Ceará-Civilização Brasileira, 1981; Irving L. Horowitz, Josué de Castro y John Gerassi (eds.), Latin American Radicalism, Nueva York, Random House, 1969.

⁹ Denis de Moraes, A esquerda e o golpe de 64, 2ª ed., Río de Janeiro, Espaço e Tempo, 1989; Carlos Castello Branco, Os militares no poder, 3 vols., Río de Janeiro, Nova Fronteira, 1977-1979; Alfred Stepan, The Military in Politics. Changing Patterns in Brazil, Princeton, Princeton University Press, 1971, y su compilación Authoritarian Brazil, New Haven, Yale University Press, 1973; Ronald Schneider, The Political System of Brazil. Emergence of an Authoritarian “Modernizing” Regime, 1964-70, Nueva York, Columbia

University Press, 1971; Peter Flynn, Brazil. A Political Analysis, Boulder, Westview Press, 1978.

¹⁰ David Collier (comp.), The New Authoritarianism in Latin America, Princeton, Princeton University Press, 1979 [trad. esp.: El nuevo autoritarismo en América Latina, México, Fondo de Cultura Económica, 1985].

¹¹ Eugenio Kvaternik, El péndulo cívico-militar. La caída de Illia, Buenos Aires, Tesis, 1990; Guillermo O'Donnell, Modernización y autoritarismo, Buenos Aires, Paidós, 1972, y El Estado burocrático-autoritario, 1966-1973, Buenos Aires, De Belgrano, 1982; Roberto Baschetti (comp.), Documentos de la resistencia peronista, 1955-1970, Buenos Aires, Puntosur, 1988.

¹² Juan Carlos Agulla, Diagnóstico social de una crisis. Córdoba, mayo de 1969, Córdoba, Editel, 1969; Francisco Delich, Crisis y protesta social. Córdoba 1969-1973, México, Siglo XXI, 1974; Beba C. Balvé y Beatriz S. Balvé, El 69. Huelga política de masas, Buenos Aires, Cicso-Contrapunto, 1989.

¹³ Juan José Hernández Arregui, Peronismo y socialismo, Buenos Aires, Hachea, 1972; Oscar Terán, Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual en la Argentina, 1956-1966, Buenos Aires, Punto Sur, 1991; Guido Di Tella, Perón-Perón, Buenos Aires, Sudamericana, 1983; Juan Carlos Torre, Los sindicatos en el gobierno. 1973-1976, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1983; Tulio Halperín Donghi, Argentina en el callejón, Montevideo, Arca, 1964; Argentina, la democracia de masas, Buenos Aires, Paidós, 1983, y La larga agonía de la Argentina peronista, Buenos Aires, Ariel, 1994.

¹⁴ Alain Joxe, Las Fuerzas Armadas en el sistema político de Chile, Santiago de Chile, Universitaria, 1968; Norbert Lechner, La democracia en Chile, Buenos Aires, Signos, 1970; Ted Córdova-Claure, ¿Chile sí?, Buenos Aires, De la Flor, 1973; Manuel Castells, La lucha de clases en Chile, Buenos Aires, Siglo XXI, 1974; Arturo Valenzuela, Chile, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1976; Scott Mainwaring, J. Esteban Montes y Eugenio Ortega, "Rethinking the Chilean Party System", en Journal of Latin American Studies, núm. 32, 2000.

¹⁵ Carlos Waisman, Reversal of Development in Argentina. Postwar Counterrevolutionary Policies and their Structural Consequences, Princeton, Princeton University Press, 1987 [trad. esp.: Inversión del proceso de desarrollo.

Políticas contrarrevolucionarias y sus consecuencias estructurales, Buenos Aires, Eudeba, 2006]; Paul H. Lewis, The Crisis of Argentine Capitalism, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1990 [trad. esp.: La crisis del capitalismo argentino, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1993]; Donald Hodges, Argentina, 1943-1987. The National Revolution and Resistance, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1987; Daniel James, Resistance and Integration. Peronism and the Argentine Working Class, 1946-1976, Cambridge, Cambridge University Press, 1988 [trad. esp.: Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976, Buenos Aires, Siglo XXI, 2010].

¹⁶ Douglas Chalmers, Atilio Borón y Maria do Carmo Campello de Souza (comps.), The Right and Democracy in Latin America, Nueva York, Praeger, 1991.

¹⁷ Carlos Bañales y Enrique Jara, La rebelión estudiantil, Montevideo, Arca, 1968; Roberto Copelmayer y Diego Díaz, Montevideo, 1968: la lucha estudiantil, Montevideo, Diaco, 1969; Eleuterio Fernández Huidobro, Historia de los tupamaros, 3 vols., Montevideo, Tae, 1986-1987; Actas Tupamaras, 3a ed., México, Diógenes, 1981.

¹⁸ De forma paralela, se realizó un plebiscito para decidir acerca de la posible reelección de Pacheco Areco. Esta propuesta consiguió prácticamente la misma cantidad de votos que la lista de Ferreira Aldunate: cerca del 25%. El victorioso Bordaberry obtuvo unos pocos puntos porcentuales menos que Ferreira, pero llegó a la presidencia gracias a la Ley de Lemas.

¹⁹ Gonzalo Varela, De la República liberal al Estado militar. Crisis política en Uruguay 1968-1973, Montevideo, Nuevo Mundo, 1988.

²⁰ Howard R. Penniman, Venezuela at the Polls. The National Elections of 1978, Washington, American Enterprise Institute, 1980; Steve Ellner, Los partidos políticos y su disputa por el control del movimiento sindical en Venezuela, 1936-1948, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 1980.

²¹ Roger Hansen, La política del desarrollo mexicano, 8a ed., México, Siglo XXI, 1978; José Luis Reyna y Richard Weinert (comps.), El autoritarismo en México, México, s. e., 1981.

VI. EL CALDERO DE AMÉRICA CENTRAL Y EL CARIBE

GUATEMALA

La situación en Guatemala, esa especie de Bolivia de América Central, era, como en el país andino, muy grave en cuanto a acumulación de tensiones sociales. Un sector de jóvenes oficiales influidos por el ambiente de democratización que se perfilaba para la posguerra tomó el poder, derrocando a Ubico en 1944. Inmediatamente llamaron al prestigiado maestro Juan José Arévalo, de ideas socialistas, que estaba exiliado en Argentina. Al año siguiente, elecciones libres le dieron la presidencia (1945-1950), inaugurando un período de intensas reformas sociales protagonizadas por el Partido Revolucionario Guatemalteco. El poder estaba compartido entre los militares y los sectores civiles más izquierdistas.

La sucesión presidencial llevó a la primera magistratura al coronel Jacobo Árbenz, ya perfilado como hombre fuerte del régimen y volcado cada vez más hacia la izquierda, con roles importantes asignados al comunista Partido Guatemalteco del Trabajo (PGT) en la movilización popular. Una reforma agraria profunda fue implementada, afectando sobre todo a las grandes compañías bananeras (ya diversificadas hacia el azúcar y el algodón) y a latifundistas nacionales.

La reacción vino desde el exterior con fuerte apoyo estadounidense. Una tropa poco numerosa, equipada desde Honduras, invadió al país al mando del coronel Carlos Castillo Armas. Las Fuerzas Armadas nacionales, que en su mayoría miraban con aprehensión los cambios que se estaban introduciendo, así como su orquestación por el PGT, no resistieron y más bien se plegaron al cambio. De esta manera, con apoyo también del sindicalismo estadounidense, se instauró el régimen de Castillo Armas, pero en 1957 una bala terminó con la vida del coronel invasor, que fue sucedido por el general Miguel Ydígoras Fuentes (1958-1963), quien fue derribado por otro movimiento de las Fuerzas Armadas decididas ahora a ejercer el poder directamente, dentro de un modelo de tipo brasileño o argentino.

En gran parte de América Central, los años sesenta y setenta vieron el

crecimiento aparentemente inexorable de un terrorismo de Estado acompañado de una muy fuerte guerrilla, con características más dramáticas aún que en la mayor parte del resto del continente.

En Guatemala, después del “Gobierno de las Fuerzas Armadas” (1963-1966), que combatió con cierto éxito a una guerrilla que había sido iniciada por dos miembros del mismo ejército (los tenientes Luis Turcios y Marco Antonio Yon Sosa), se realizaron elecciones honestas en las que el Partido Revolucionario, de raíces arevalistas, llevó al gobierno, si no al poder, a Julio César Méndez Montenegro, una pálida reproducción de su mentor. De hecho, fue presa de las Fuerzas Armadas, que prácticamente cogobernaron prohibiendo cualquier revisión de los excesos cometidos durante sus actividades antisubversivas. El terrorismo de Estado no disminuyó y provocó al final el total desprestigio del Partido Revolucionario, que quedó convertido en un sello de goma, y cuyos elementos más consecuentes se apartaron y formaron el Partido Socialdemócrata.

En la renovación de 1970, la derecha se impuso con el coronel Carlos Arana Osorio, de distinguidos antecedentes en la lucha contra la guerrilla. La oposición estaba dividida entre el poco efectivo Partido Revolucionario, el emergente Partido Socialdemócrata y el Partido Demócrata Cristiano, donde ahora se concentraban las fuerzas reformistas. Ante una continuada situación de desapariciones y abusos por ambos lados en una interminable guerra de guerrilla, el fraude llevó al poder a un colaborador de Arana, el general Kjell Laugerud García (1974-1978).

Cuando correspondía otro ritual democrático, en 1978, la opinión daba por seguro ganador al general Efraín Ríos Montt, un militar convertido al protestantismo fundamentalista, apoyado por la Democracia Cristiana. El fraude fue tan evidente que no pudo evitar la generación de fuerzas de protesta en la misma institución armada, mientras se intensificaba la resistencia popular. La silla presidencial fue ocupada, de todos modos, por otro discípulo de Arana Osorio, el general Romeo Lucas García (1978-1982). Bajo su gobierno se produjo el asesinato del antiguo ministro de Méndez Montenegro, Alberto Fuentes Mohr, así como de numerosos curas rurales. Sin embargo, la represión – recordando un poco la situación boliviana del fin del autoritarismo en esos mismos años– era incapaz de controlar las protestas de los más diversos sectores sociales.

El acosado régimen militar ganó la renovación de 1982, pero significativamente teniendo que enfrentar no sólo al Partido Demócrata Cristiano, sino además a otros dos grupos de derecha que se consideraban los verdaderos continuadores de las tesis de seguridad nacional del coronel Arana. La falta de legitimidad provocó una vuelta de tuerca más en el “caos militar”: un golpe de Estado hecho sin derramamiento de sangre ofreció el poder al general Ríos Montt, al que ocho años antes se le había robado la designación cuando la Democracia Cristiana lo había propuesto al electorado.

Ahora los militares adoptaban el rol de reivindicadores y justicieros, aunque un poco tarde para ser creídos. Ríos Montt, de todos modos, parecía implicar un serio paso dado en dirección a una normalización de la sociedad y la política guatemaltecas. Sin embargo, no fue así. El presidente trató de gobernar de manera más efectiva ofreciendo una alianza a la derecha, disolvió el Congreso y nombró ejecutivamente a todos los alcaldes, mientras seguía un genocidio que se extendía a las zonas puramente indias, donde la población participaba cada vez más en la guerrilla por falta de otras alternativas de protesta. Ríos Montt quedó, de todos modos, como importante referente político para una opinión pública que lo seguía acompañando a pesar de sus faltas.

Después de otros episodios de “caos militar”, se convocó a elecciones libres ganadas por el demócrata cristiano Vinicio Cerezo, que inició serias negociaciones de paz, creando además una comisión de esclarecimiento de los crímenes cometidos durante los años de conflicto, que generaron centenares de miles de muertos. En el proceso de paz, se distinguió la dirigente indígena Rigoberta Menchú, Premio Nobel de la Paz, quien, sin embargo, no consiguió repercusión electoral.

Con Cerezo, se inició una etapa de funcionamiento democrático y una sucesión de transiciones civiles opacadas por un intento de autogolpe de uno de esos presidentes, que enseguida fue anulado, sustituyéndose constitucionalmente. En 1999, ganó las elecciones por amplia mayoría (en segunda vuelta) Alfonso Portillo, del Frente Republicano Guatemalteco, inspirado en Ríos Montt, impedido de presentarse por haber sido dictador, pero que a pesar de eso seguía teniendo muchos seguidores, aunque esta popularidad se desplomó al final del período de Portillo. Tras otro traspaso ordenado, en 2003, que fue ganado por una coalición de derecha, en 2007 se dio un cambio importante al vencer en las elecciones una coalición de centroizquierda, la Unión Nacional de la Esperanza (UNE) con Álvaro Colom a la cabeza, empresario que cultivaba el apoyo

indígena, quien llegó a ordenarse sacerdote de la religión tradicional maya a pesar de no pertenecer a esa etnia. En el año 2011, la prohibición constitucional de que ningún pariente cercano de un exmandatario se presentara al cargo y la dificultad de encontrar un sucesor prestigiado que no fuera la esposa de Colom, Sandra Torres, indujeron a ésta, por acuerdo con su marido, a divorciarse. Pero tal estratagema no convenció a los jueces, y al final se impuso en las urnas el derechista general Otto Pérez Molina. Es significativo que en Guatemala, a diferencia de El Salvador, los exguerrilleros no consiguieron formar un partido con posibilidades electorales, ni hay hasta la fecha un movimiento indigenista comparable al de Evo Morales en Bolivia. Lo que se está imponiendo es una bipolaridad entre una centroizquierda moderada (la UNE) y una derecha con fuerza electoral, pero basada en diversas formaciones que no terminan de consolidarse en una hegemonía en su hemisferio político, que le permitió a Pérez Molina volver a imponerse en 2013 ante la dispersión de la UNE.¹

EL SALVADOR

En El Salvador, un movimiento militar reformista había llegado al poder por pocos meses en 1944, siendo derrocado para reconstituir el autoritarismo clásico, aunque con poca estabilidad. A los cuatro años, una nueva expresión de descontento entre la oficialidad joven proclamó la revolución de 1948, esta vez decidida a retomar una línea progresista, aunque algo autoritaria. Uno de los objetivos fue controlar las organizaciones paramilitares y las policías nacional y rural (Guardia Nacional). Los ministerios fueron confiados a jóvenes tecnócratas civiles y se formó como órgano oficial, con algún apoyo popular, el Partido de Conciliación Nacional (PCN), un débil calco del PRI mexicano.

Una primera presidencia bajo este régimen (Oscar Osorio, 1950-1956), sin oposición, dio lugar a otra bajo el coronel José María Lemus, teóricamente con el 93% del electorado a su favor. Ya aquí la preocupación por la subversión comunista tomó prioridad, en especial desde el acceso de Fidel Castro al poder. La represión excedió los niveles considerados admisibles en la época, y un movimiento combinado de inspiración cívica y militar derrocó al régimen en 1960, sólo para provocar a los pocos meses otro contragolpe que restituyó el funcionamiento de los herederos de la revolución de 1948 y su Partido de Conciliación Nacional, donde siempre se expresaba de alguna manera un sector reformista de las Fuerzas Armadas, oscilante entre promover reformas y controlar a los que sintieran demasiado entusiasmo por ellas.

Hacia el final de los años sesenta, la oposición comenzó a tener más fuerza, y en 1972, los militantes del Partido Demócrata Cristiano (PDC), los socialdemócratas del Movimiento Nacional Revolucionario (MNR) y los pro comunistas de la Unión Democrática Nacional (UDN) se coaligaron en la Unión Nacional Opositora (UNO), que llevaba a José Napoleón Duarte como candidato con el izquierdista Guillermo Ungo (UDN) de compañero de fórmula. La derecha estaba dividida entre el oficialista PCN, intentando salidas parcialmente reformistas, y el más duro Frente Unido Democrático Independiente (FUDI), que veía al gobierno seguir los pasos de Kerenski hacia el abismo. La larga campaña presidencial caldeó los ánimos y fue acompañada por una ola de terrorismo y

asesinatos, incluso de miembros de las clases altas, muchos de ellos ligados a la Democracia Cristiana. Las elecciones fueron fraudulentas y aun así los opositores afirmaban haber tenido más votos que el oficialismo, aunque éste se apresuró a considerar victorioso a su candidato. La oposición amenazó con una huelga general que no se concretó.

Lo que sí ocurrió, según la pauta ya clásica en el comportamiento de las Fuerzas Armadas en esta “anarquía militar”, fue un intento de golpe supuestamente “progresista”. Pero el gobierno pudo dominarlo con el decidido apoyo de la Policía y la Guardia Nacional (rural), que bombardearon las posiciones rebeldes causando un centenar de muertos en marzo de 1972. Duarte, que se había apresurado a dar su apoyo al movimiento rebelde, tuvo que asilarse inmediatamente en una embajada. Después de vencido el levantamiento, se aplicó la Ley Marcial y comenzó otra ola de terror del tipo que seguiría afectando al país, con alternancias, por las próximas dos décadas, con escuadrones de la muerte que liquidaban a opositores o meros sospechosos sin el más mínimo juicio. Paralelamente, se formaron las Fuerzas Populares de Liberación Farabundo Martí (FPL) y el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP). Ahora ya nadie se salvaba de los ataques de alguno de los dos bandos en lucha, y pertenecer a la clase alta, al clero o al reformismo moderado no era una garantía de inmunidad ante los ataques oficialistas, como en tiempos anteriores.

La represión indiscriminada, por otra parte, afectó cada vez más al campesinado. La situación rural se había complicado por el gran desarrollo del litoral sur, antes de difícil acceso, ahora transformado en gran emporio algodonero, con la consecuente expulsión de campesinos que habían gozado de tenencias u ocupaciones consuetudinarias. El síndrome de 1932, con su intento revolucionario comunista, parecía volver a darse.

Las autoridades eclesiásticas, en general muy moderadas, se plegaron cada vez más a una resistencia civil que, a pesar de la violencia, seguía teniendo áreas donde poder expresarse y reunirse, aunque a riesgo de sus vidas. La asunción de la presidencia en Estados Unidos por Jimmy Carter (1977-1981) y la caída de Somoza en Nicaragua (1979) fueron la inscripción en la pared que sólo los ciegos se negaron a ver. Un amplio sector militar la vio y, mediante un golpe de Estado, derrocó en 1979 a la tiranía y estableció una junta, con participación en el gabinete de demócrata cristianos, socialdemócratas e incluso simpatizantes comunistas. Pero pronto una serie de movidas de piso desplazó a los izquierdistas y a sus amigos militares en el inicio del nuevo año de 1980.

Los servicios de seguridad de Estados Unidos estaban muy preocupados, pues consideraban a El Salvador como el siguiente dominó por caer después de Nicaragua, poco antes de la igualmente tambaleante Guatemala. El gobierno militar, ejercido por juntas cuya composición cambiaba de manera constante (como la de sus gabinetes), era el resultado efímero de la relación de fuerzas entre facciones que favorecían la represión y otras que buscaban cooptar a los rebeldes con reformas sociales. José Napoleón Duarte, jefe del ala más moderada de la Democracia Cristiana, mantuvo su participación en el régimen, aun en períodos en que los desaparecidos excedían los varios centenares por mes. La rebelión seguía con toda su fuerza, con un sector decididamente guerrillero y otro más orientado hacia la acción de masas, con organizaciones sindicales, de pobladores de barrios y de campesinos, todos los cuales convergieron en una alianza táctica, el Frente Democrático Revolucionario.

Las presiones de Estados Unidos, bajo la presidencia Carter, forzaron al régimen a sancionar leyes de reforma agraria muy radicales, pero éstas nunca se aplicaron a fondo. Sin embargo, miles de campesinos consiguieron de esta manera acceso a la tierra, disminuyendo de alguna forma la simpatía popular hacia la guerrilla. En 1982, incluso la junta llevó a Duarte a ejercer su presidencia provisional, y convocó a elecciones para una asamblea constituyente. Estas elecciones dieron la victoria a una alianza entre el viejo Partido de Conciliación Nacional (PCN) y una nueva organización dirigida por el mayor Roberto D'Aubuisson, calificado por el embajador estadounidense como “un criminal compulsivo”.² A pesar de eso, tenía –y siguió teniendo– bastante popularidad, en parte por reacción de muchos campesinos y sectores populares urbanos ante las violencias que también caracterizaban a los guerrilleros. La anarquía militar, de todos modos, continuaba.

Después de sancionada la nueva Carta por la Asamblea Constituyente, se convocó a elecciones, que fueron ganadas por José Napoleón Duarte, quien veía así coronados años de esfuerzo tratando de penetrar dentro de las esferas de poder cooperando con ese contradictorio régimen. Su gobierno (1984-1989) no fue mucho menos contradictorio, ya que se vio obligado a llevar adelante la más dura represión a cualquier organización popular teñida de simpatía por la guerrilla, mientras que las condiciones económicas no le daban mucho espacio para reformas sociales.

Cuando hubo que renovar las autoridades, la Democracia Cristiana estaba obviamente muy desgastada por su inefectivo ejercicio del poder. El cansancio

de muchos la llevaba a probar una salida constitucional de derecha. Ésa fue la solución victoriosa, nada menos que para el partido inspirado por D'Aubuisson, la Alianza Republicana Nacionalista (ARENA), que para renovar su imagen llevaba de candidato a un joven empresario, Alfredo Cristiani (1989).³

Bajo el nuevo régimen conservador, la guerra civil continuó con amplias zonas en posesión de la guerrilla, que sin embargo veía escapársele las posibilidades de una victoria decisiva, del tipo de Nicaragua. Al final, lo inesperado ocurrió: negociaciones entre el gobierno y los guerrilleros llevaron a un acuerdo de pacificación por el cual se otorgaban mutuas amnistías y olvidos de lo hecho, y se abría el camino para una acción política legal de los sectores revolucionarios.

Esta estrategia puede entenderse si se le aplica la ley de “Nixon en China”, es decir, los principales oponentes a una determinada política son, una vez que la adoptan, los más capaces de llevarla a cabo con éxito. Quienes de un modo genuino creían en ella se habían visto bloqueados, justamente, por el grupo político que con más dureza se les oponía. Al convertirse éste, ya nadie quedaba para resistirse al cambio. Claro está que no resulta siempre claro por qué un determinado dirigente o grupo social, en una coyuntura dada, súbitamente cambia de estrategia. Si lo hace, es para seguir tratando a la larga de conseguir sus objetivos básicos, o bien porque prefiere asegurarse de una parte de lo que quiere para no perder todo. La posibilidad de ser derrocado con violencia si no se toman a tiempo medidas de conciliación se vuelve a veces evidente, y los ejemplos de lo que ocurre a quienes no saben leer los signos de los tiempos son bastante abundantes.

Con la asunción de Cristiani, terminaron los largos años de anarquía cívico-militar, se creó la Comisión de la Verdad para investigar el pasado y se dio una coexistencia entre la derecha (la ARENA) y una izquierda encabezada por el Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN), que ocasionalmente sufrió escisiones hacia la socialdemocracia y terminó adoptando esa vía. Tras otra presidencia de la ARENA, finalmente en 2009 triunfó en elecciones nacionales Mauricio Funes, del Frente Farabundo Martí, por poca diferencia en segunda vuelta contra la derechista ARENA, que ya antes había conseguido controlar la alcaldía de la capital y luego el Legislativo. De esa manera, parecía imponerse en El Salvador una bipolaridad derecha-izquierda, esta última basada en los grupos guerrilleros ya muy convertidos a una posición socialdemócrata.

HONDURAS

Por contraste con la “boliviana” Guatemala, Honduras tuvo características más bien “paraguayas”, es decir, las tensiones sociales en su seno fueron mucho menores. La dictadura de Carías terminó ante el nuevo ambiente internacional en 1948, dando lugar a un sucesor que se decidió a abrir un tanto el panorama político. Tanto fue así que finalmente en 1957 accedió a la presidencia el liberal progresista Ramón Villeda Morales (1957-1963), que se fue inclinando cada vez más en dirección a la izquierda.

Su sucesor casi seguro iba a ser su correligionario, acusado de pro comunista, Modesto Rodas. Los militares intervinieron poco antes de los comicios combinando, como en Perú hacia esa misma época, una desconfianza hacia las consultas populares con deseos de introducir reformas sociales. Fue así que se inició el coronel Oswaldo López Arellano, con orientaciones “nasseristas” o “peruanistas”, pero pronto evolucionó hacia la derecha y se hizo legalizar de un modo fraudulento como presidente por el conservador Partido Nacional (1965-1971).

Durante su gobierno, ocurrió la llamada “guerra del fútbol” contra El Salvador, estimulada por la irritación causada en Honduras por la gran cantidad de inmigrantes (principalmente económicos, pero también políticos) salvadoreños. A la culminación de la guerra le siguió la expulsión masiva de los vecinos, lo que aumentó al rojo la temperatura política en el pequeño país del Pacífico, pero descomprimió muchas presiones en Honduras.

A fines de 1972, ocurrió otro golpe, que, como el de 1963, comenzó con intenciones reformistas y proyectos de reforma agraria, luego encauzados en una cooperación con el Partido Nacional. La nueva experiencia autoritaria contrastó, de todos modos, con las de los países vecinos, pues, aunque ocurrieron abusos y torturas, fueron mucho menos numerosos. Por otra parte, sólo de manera esporádica hubo actividades guerrilleras.

Este autoritarismo estable duró nueve años (1972-1981), y después de un golpe interno que desplazó al sector más “peruanista”, se orientó hacia una salida

electoral, primero para Asamblea Constituyente y luego para presidente, en la que venció por amplio margen el liberal Roberto Suazo Córdova, del ala derecha de su agrupación. Con esto se inauguró una sucesión de presidentes civiles, con hegemonía liberal y bipolaridad conservadora-liberal.

El sistema electoral hondureño, parecido al uruguayo con su Ley de Lemas, facilitó la proliferación de facciones, que permanecieron unidas por la conveniencia de sumar sus votos en los comicios. Por esta u otras razones, entre los dos partidos tradicionales –liberales y nacionales–, sumaron la gran mayoría de los votos, dejando poco espacio para una Democracia Cristiana dividida o para la izquierda, que incluyó un sector socialdemócrata escindido del liberalismo, mientras que otro de la misma orientación permaneció fiel al viejo partido. El sindicalismo buscó oponerse a la política oficial y tuvo, al igual que la prensa, condiciones para actuar con cierta libertad, pero le faltó fuerza e influencia en el campo partidario. Las tres centrales sindicales existentes, una de orientación marxista, otra socialcristiana y una tercera socialdemócrata, se fueron pasando el predominio entre ellas, más o menos en ese orden. El hecho muy significativo fue que, como en otros países del área, la rotación de partidos en el gobierno comenzaba a ser un hecho.⁴

Esa rotación entre liberales y nacionales se dio de manera estable, hasta que en el año 2006 se impuso un liberal de izquierda, Manuel Zelaya, simpatizante de Hugo Chávez. Hacia el final de su mandato, buscó forzar cambios constitucionales que permitieran su reelección, pero enfrentó la decidida resistencia tanto del Poder Judicial como del Legislativo, así como de la derecha, el empresariado y los medios. Cuando estaba por imponer su proyecto, las Fuerzas Armadas intervinieron apresándolo y debió exiliarse, mientras el Congreso, con mayoría liberal (del sector contrario a Zelaya), nombró a un presidente sustituto. Este golpe produjo una reacción internacional muy amplia, pero se buscó una salida de transición. Las nuevas autoridades convocaron a una elección en la fecha que correspondía, sin Zelaya de candidato, por impedirsele la Constitución que él había querido cambiar. El nuevo partido que había creado, el Frente Nacional de Resistencia Popular, decretó la abstención, pero los comicios se hicieron y venció el nacional Porfirio Lobo contra el candidato liberal del sector opositor a Zelaya.

Tras prolongadas negociaciones entre Zelaya y Lobo, con la intervención de otros países del área, se llegó a un acuerdo entre ambos rivales por el cual se permitió el regreso al expresidente y se reconoció su partido, el Frente de

Resistencia. Con esto se pacificó la situación y Honduras pudo regresar a la Organización de los Estados Americanos (OEA), de la que había sido expulsada.

Como resultado de estos eventos, parece que el sistema tradicional bipolar está siendo reemplazado por uno con tres actores, que incluye como tercer participante a una suerte de izquierda populista con la movilización de nuevos sectores populares antes pasivos, a expensas sobre todo del liberalismo. El fenómeno tiene alguna similitud con lo ocurrido en Uruguay, donde el clásico enfrentamiento colorado-blanco se transformó en una tripolaridad, ya que se sumó una nueva izquierda que en el caso hondureño es mucho más personalizada y simpatiza con Hugo Chávez.

NICARAGUA

En Nicaragua, la atmósfera de liberalización que acompañó el fin de la Segunda Guerra Mundial forzó una apertura. Somoza, que ya había comenzado por cultivar el apoyo comunista en 1944 (justificado por su decidida ubicación pro aliados), enfrentó una agitación incontenible en la opinión pública civil y aun en la Guardia Nacional por una renovación presidencial. Tuvo que ceder y permitir la candidatura de un anciano y posiblemente plegable político conservador. Cuando éste llegó a ejercer el Ejecutivo, se tomó en serio sus atribuciones, nombrando antiguos opositores en los ministerios, lo que le valió un golpe de Estado al mes de su inauguración (1945). Un período de buscar sustitutos terminó en 1948, cuando un tío del hombre fuerte fue designado por el Congreso, pero murió a los dos años.

Mientras tanto, Somoza, cada vez más convertido en dueño de un importante sector de la economía nacional, actuó como cuidadoso patrón, promotor del desarrollo y de ingentes negocios para sí mismo, en lo que algunos llamaron una pauta de “acumulación primitiva”. Trató además de imitar algunas actitudes de promoción del bienestar social que veía exitosas en regímenes autoritarios en búsqueda de legitimación. Como formalmente Somoza provenía del Partido Liberal, en cuyas filas había militado ya desde los años veinte y del que había heredado muchas de sus estructuras, la principal oposición se nucleó por bastante tiempo en el Partido Conservador. El partido de gobierno del régimen se denominaba Partido Liberal Nacionalista, aunque siempre hubo sectores disidentes del viejo tronco que lo enfrentaban.

El régimen pudo sobrevivir a la muerte de su fundador a través de las presidencias de Luis Somoza (1957-1963), hijo del creador de la dinastía, y del muy confiable René Schick (1963-1967), después de la cual le correspondió el turno a Anastasio Jr. (1967-1971). Con éste, sin embargo, se inició un proceso cada vez más personalizado hasta la victoria revolucionaria de 1979.

La fuerza armada nicaragüense, como en la República Dominicana y en otras partes del istmo, se llamaba Guardia Nacional, resultado del papel de Estados

Unidos en su creación. La idea era que no se necesitaba un verdadero ejército y más bien había que concentrarse en las funciones de policía. Los Somoza siempre temieron el desarrollo de un cuerpo militar muy profesionalizado y prestigiado, por motivos obvios, pero con esto debilitaban su capacidad de resistencia para el día –realmente no previsto– en que una fuerza guerrillera muy bien armada se les enfrentara. El excesivo predominio de la familia reinante terminó por enajenarle una buena parte de la burguesía nacional, ahogada ante los negocios de la elite que giraba en torno de la dictadura. El desarrollo capitalista, por otra parte, con el algodón y el azúcar, empujó a considerables sectores campesinos a una proletarización que alimentó la protesta social.

Una primera señal de que no todo estaba bajo control se dio en 1967, cuando los conservadores, los liberales independientes y los social cristianos formaron la Unión Nacional de la Oposición (UNO), para oponerse al retorno de un Somoza al poder después de la etapa algo aperturista de René Schick. En esa oportunidad, durante la campaña electoral, una gran manifestación fue baleada por las fuerzas de seguridad provocando quinientos muertos.

De esta manera, accedió a la presidencia Anastasio hijo, y al finalizar su primer período en 1971, intentó cooptar al conservadurismo más dialoguista, o “zancudo”, dando el gobierno a un triunvirato bajo dirección de un miembro de ese grupo, pero reteniendo él la jefatura de la Guardia Nacional. Consiguió con esto, por el momento, romper la unidad de la oposición. Pero en 1973, al volver al poder, se aceleró la cuenta regresiva, en el fondo ya iniciada con el terremoto de 1972. Durante la reconstrucción posterior a ese desastre natural, el peculado de los círculos palaciegos excedió todo límite, produciendo una profunda división en la clase dominante.

El Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) fue iniciado en el exilio, en Honduras, en 1961, bajo la dirección de Carlos Fonseca Amador, Silvio Mayorga y Tomás Borge. Este último fue el único de los tres que sobrevivió hasta la victoria en 1979. Los primeros años fueron de escasa actividad, probando tácticas de foco rural en el este deshabitado que no dieron mucho resultado, diversificando luego las acciones, hasta incluir un exitoso copamiento durante una recepción al cuerpo diplomático extranjero (1974) que obligó al gobierno a entregar un rescate y permitir la difusión pública de consignas rebeldes.

La discusión en el FSLN acerca de la estrategia que se debía aplicar dio lugar a

una división en tres facciones que por algunos años actuaron de forma separada:

(a) La Tendencia Proletaria insistía en una concepción estrictamente marxista leninista y en organizarse sobre la base de la clase obrera. Jaime Wheelock, Luis Carrión y Carlos Núñez estaban entre sus principales dirigentes.

(b) La línea Guerra Popular Prolongada prefería una táctica de focos rurales que no podía menos que llevar un largo período de tiempo antes de fructificar, circunstancia para la cual había que prepararse. Tomás Borge era su principal representante.

(c) La línea Insurreccional, también llamada Tercerista, favorecía un levantamiento masivo, basado en una convergencia interclasista lo más amplia posible, aun cuando los sectores proletarios y campesinos eran los únicos que, se pensaba, iban a ser consecuentes hasta el final. Daniel y Humberto Ortega capitaneaban este grupo, que es el que predominó y dirigió efectivamente la revolución después de reunificarse con los otros.

En 1977, coincidiendo con un infarto de Somoza, se inició la fase más masiva de la insurrección y las convergencias con grupos opositores moderados o aun de derecha. Una huelga general consiguió gran apoyo, aunque el sindicalismo, en parte oficialista y en parte moderado o comunista, no estaba muy ligado a la campaña guerrillera.

En enero de 1978, el director del diario La Prensa, Pedro Joaquín Chamorro, fue asesinado, lo que contribuyó a que importantes sectores de la burguesía no confiaran más en la capacidad del gobierno de controlar a sus propios extremistas. Tampoco a los de la guerrilla, que llegaron a ocupar el Palacio Nacional por breves horas en ese mismo año. Finalmente, un importante empresario, Alfonso Robelo, formó el Movimiento Democrático Nicaragüense (MDN) y convergió con otros sectores empresarios y políticos y con la viuda de Chamorro, Violeta, en una acción que incluía paros patronales y una coalición con los sandinistas.

Los signos de nuevos tiempos se iban sucediendo. Desde ya, la numerosa grey de la Teología de la Liberación se añadía a la guerrilla; los mismos obispos declararon el derecho del pueblo a la rebelión. Y para completar el panorama, el gobierno de Jimmy Carter decidió suspender el envío de armas. Ya no faltaba nada, pero Somoza aún pretendía jugar una última carta: pidió a Washington que

si se llegaba a un acuerdo para su retiro, el poder fuera entregado a una junta con participación de la Guardia Nacional y de su partido, el Liberal Nacionalista, lo que pareció muy razonable a las autoridades yanquis, aunque no así a los rebeldes. Finalmente, Estados Unidos dio su venia y todo se acabó con la ocupación de la capital en julio de 1979, en medio de una muy amplia protesta armada combinada con paros obreros y cívicos, independientemente de la organización guerrillera, pero convergentes con ella.⁵

El gobierno revolucionario de Nicaragua al principio estableció una junta en que compartían el poder la izquierda guerrillera y los aliados moderados o burgueses (1979). La convivencia fue difícil y la polarización, muy intensa. Entre los sandinistas, a pesar de las tendencias algo populistas de los hermanos Ortega, la ideología marxista leninista empujaba hacia reproducir el modelo cubano y terminar con la pluralidad de partidos y las libertades concedidas a la facción de derecha. Por el otro lado, entre los componentes moderados del régimen, se esperaba que pronto, una vez introducidas algunas medidas de reforma agraria, se volviera a un modelo básicamente capitalista de crecimiento, a la mexicana. Al intensificarse la movilización popular, los sectores ajenos al núcleo central sandinista fueron quedando relegados.

A la oposición dispuesta a luchar desde adentro se le agregó un sector de exiliados, que incluía a antiguos simpatizantes de Somoza y miembros de la Guardia Nacional, todo lo cual contribuyó a dar un considerable caudal al movimiento conocido como “Contras”, establecido principalmente en Honduras con apoyo militar y económico de Estados Unidos. En el ámbito interno, la política cada vez más radicalizada del gobierno intentó dar pasos agigantados hacia una economía socialista, pero no estaban dadas las condiciones para tener éxito. El embargo económico impuesto por Estados Unidos contribuyó de manera poderosa a esto, aunque no se debe descartar el deterioro producido por un ataque frontal a los antiguos mecanismos de acumulación y de disciplina del trabajo, sin poder sustituirlos por otros nuevos.

Las elecciones realizadas en 1984 dieron una gran victoria al sandinismo, en condiciones que los partidos opositores y gran parte de la opinión independiente juzgaron poco genuinamente competitivas. La presión para una evolución en sentido marxista leninista hacia el sistema de partido único se hizo sentir con fuerza y llevó, entre otras cosas, al cierre del prestigioso diario La Prensa. Sin embargo, la resistencia tanto interna como externa, así como la debilitación internacional del modelo cubano, hicieron difícil reproducirlo con éxito. Al final,

se realizaron elecciones, de nuevo con gran presión oficialista, pero no suficiente como para evitar la victoria del frente organizado por Violeta Chamorro, la UNO, donde se cobijaba gran cantidad de expresiones ideológicas que iban desde antiguos revolucionarios hasta conservadores.

Contra lo esperado, el gobierno entregó el poder, no sin serios enfrentamientos internos acerca de si correspondía ahogar de esta manera la revolución. El sandinismo consiguió pactar con la presidenta electa la continuidad del Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas, Humberto Ortega, quien de esta manera se convertía en garantía de los logros revolucionarios en el previsiblemente libreempresista régimen que se avecinaba. Antes de entregar el poder, los sandinistas se encargaron de consolidar en términos legales las transferencias de propiedad confiscadas y ocupadas por ellos, en lo que fue denunciado como “la piñata”, inicio de una etapa de corrupción dentro del FSLN, que siguió un camino que puede caracterizarse como “mexicano” de aburguesamiento de una revolución demasiado incorporada a la lucha de partidos pragmáticos. Esto le hizo perder progresivamente el apoyo de numerosos intelectuales y antiguos sandinistas desilusionados del movimiento que habían ayudado a crear.⁶

La nueva presidenta tuvo dificultad en encarar los problemas económicos, en parte debidos a la incertidumbre en que se había vivido durante varios años, ante una alternativa socialista o capitalista. Su principal apoyo era ahora del Partido Liberal Constitucionalista, que había absorbido a las huestes del antiguo conservadurismo opuesto a Somoza, pero consiguió transferir el poder en 1995 a un miembro de su propia organización, Arnoldo Alemán. Éste, sin embargo, pronto rompió con su mentora, estableciendo una alianza con el sandinismo, que de esta manera entraba decididamente en la antes condenada democracia burguesa con su “partidocracia”. Una nueva consulta popular llevó a la presidencia al también liberal, aunque de una fracción distinta, Enrique Bolaños, apoyado por Estados Unidos y enfrentado a una inestable coalición entre los sandinistas y la facción liberal encabezada por Alemán, sobre quien pesaban fuertes denuncias de corrupción. Esta alianza consiguió que el Poder Judicial anulara las condenas y prisión por veinte años de Alemán, que así pudo volver al ruedo político.

Finalmente, en el año 2006, el sandinismo volvió a la presidencia, siempre bajo la conducción de los hermanos Ortega, sin espantar a ningún sector de la burguesía urbana o rural. En 2011, debían realizarse nuevas elecciones, con

Daniel Ortega como candidato favorito para ser reelegido, contra las fuerzas liberales, divididas, pero con el antiguo y muy cuestionado Alemán al frente del principal sector liberal constitucionalista. El sistema político nicaragüense parece orientarse hacia una bipolaridad izquierda-derecha, con esta última dividida en dos fracciones que adoptan ambas el nombre de “liberal”. Al igual que en El Salvador y en contraste con Guatemala, los antiguos guerrilleros consiguieron transformarse en una fuerte opción electoral de izquierda, muy dispuesta a negociar dentro de la “democracia burguesa”, aunque aún ideológicamente al fidelismo y a Hugo Chávez.

COSTA RICA

En Costa Rica, el florecimiento reformista de los años de la guerra tuvo una rara expresión, pues se dio a través del gobierno conservador de Rafael Calderón Guardia (1940-1944), jefe del Partido Republicano Nacional. Calderón se decidió a implementar reformas sociales del tipo de las preconizadas por la Iglesia, que en el medio centroamericano producían más hostilidad que en los círculos eclesiásticos europeos. Fue así que se enfrentó a un importante sector de las clases altas, y en busca de aliados se acercó a la Vanguardia Popular, nombre local del Partido Comunista (PC), sin dejar de lado su afinidad con el somocismo (que también en esos tiempos había buscado el apoyo del PC). Al terminar su mandato, apoyó a su delfín, Teodoro Picado, con la clásica esperanza de una devolución a su tiempo.

En 1948, las elecciones dieron una ajustada victoria a la oposición, pero el gobierno alegó que había existido fraude, patrocinado por el tribunal supuestamente independiente que tenía a su cargo la fiscalización de los registros de votantes y de las elecciones mismas. Este argumento acerca de un fraude cometido por la oposición fue muy poco creíble y generó gran resistencia en la opinión pública. El candidato opositor, Otilio Ulate, había conseguido unificar un voto liberal-conservador junto a otros sectores reformistas pero opuestos a las alianzas comunistas del régimen. En los últimos años, se había formado un núcleo de orientación socialdemócrata bajo la dirección de José Figueres, que aún no tenía mucha más significación que la de un grupo de estudios y preparación de programas. Sin embargo, Figueres se lanzó a la guerra civil (1948) con el apoyo de una juventud reformista y de sectores laborales organizados por el cura Benjamín Núñez en sindicatos católicos.

La guerra civil costarricense fue de corta duración, y al imponerse Figueres organizó la Junta Revolucionaria que se mantuvo en el poder por casi dos años, aunque prometiendo al final de ellos entregar el Ejecutivo a Ulate, a quien consideraba legalmente elegido. Durante esos dos años, se tomaron medidas reformistas, como la disolución del pequeño ejército, la nacionalización de los bancos y un impuesto a la riqueza, a las que se opuso el sector de Otilio Ulate,

básicamente conservador.

Las elecciones para la Asamblea Constituyente –a las cuales los miembros de la Junta Revolucionaria no se presentaron– dieron una victoria muy amplia a Ulate, pues los partidarios de Calderón entraron en una abstención revolucionaria. En 1949, al terminarse el interregno revolucionario, nuevas elecciones crearon una cámara con mayoría basada en una alianza entre Ulate y Figueres, pasando el Poder Ejecutivo a Ulate.

Figueres formó en 1951 el Movimiento de Liberación Nacional (MLN), con la mayor parte de los miembros de sus grupos de estudio socialdemócratas, a los que se unieron otros políticos de menos claro perfil ideológico. Cuando hubo que renovar las autoridades, en 1953, Figueres accedió legalmente al poder mediante una gran victoria electoral, alcanzando el 65% de los sufragios, facilitados por una nueva abstención del sector de Calderón.

Al terminar el período de Figueres, en 1958, se dio el milagro –hecho posible por una escisión del MLN– de que ganara la oposición, basada ahora en una convergencia entre el calderonismo y el Partido de Unión Nacional de Ulate, fuertemente apoyados por la derecha económica y la prensa de esa misma orientación. Una nueva compulsa presidencial en 1962 dio la victoria a un liberacionismo reunificado bajo la conducción de Francisco Orlich. El sistema que se estaba desarrollando en el país era, si no totalmente bipartidista, al menos con bastante claridad bicoaliccionista.

Por un lado, el liberacionismo mantuvo su condición de principal partido nacional, con fuerte organización y una mezcla de ideas apristas y socialdemócratas, y se afilió a la Internacional Socialista. Por el otro, el sector de Calderón adoptó caracteres socialcristianos y el nombre de Partido Unidad Social Cristiana (PUSC). Grupos escindidos de ambos troncos principales a veces complicaron el panorama, y una izquierda en parte ligada a la ortodoxia moscovita y en parte autónoma buscó por años formar una tercera alternativa con poco éxito. Con esta base, el poder osciló repetidamente, a través del veredicto de las urnas, convirtiendo a este país en un caso especial en el continente.

El liberacionismo se hizo fuerte en el campesinado cafetalero y en las clases medias urbanas, así como en algunos sectores obreros. La izquierda obtuvo más bien fuerza en las concentraciones obreras portuarias o bananeras de la costa,

muchas con una mano de obra negra venida de países de habla inglesa del Caribe. El calderonismo (PUSC) consiguió una mezcla de apoyo conservador tradicional, con elementos de un caudillismo capaz de arrastrar algún apoyo popular.

Este bipartidismo continuó operando normalmente hasta 2001 con varias alternancias en el poder, que incluyeron a dos hijos de expresidentes, Rafael A. Calderón y José M. Figueres (lo que indicó la persistencia de las elites políticopartidarias en este país), y a un Premio Nobel de la Paz, Oscar Arias (1986-1990), expresidente del PLN y activo en la pacificación centroamericana. En el año 2002, emergió en la izquierda un nuevo movimiento, el Partido Acción Ciudadana (PAC), dirigido por Ottón Solís, lo que facilitó la victoria de la derecha. En 2006, se presentó de nuevo Oscar Arias y se impuso esta vez contra Solís, mientras el PUSC se eclipsaba reemplazado en ese hemisferio político por un nuevo partido, el Libertario. En 2010, el PLN llevó a la primera magistratura a Laura Chinchilla, contra una oposición que se repartía entre la derecha del Partido Libertario y la izquierda del PAC, cuyo jefe, ante esta derrota, prometió retirarse de la política, dejando al PUSC con el 4% de los votos.

El sistema se enfrenta a la alternativa de seguir con la bipolaridad izquierda-derecha (ahora PLN versus Partido Libertario, en lugar del PUSC) o ir a una tripartición con una nueva izquierda que podría reemplazar en ese rol al PLN, llevando a una reproducción del modelo uruguayo. Pero eso está aún en el campo de las posibilidades, pues el PLN mantiene una sólida mayoría (el 47% de los votos en 2010).⁷

PANAMÁ

En Panamá, el régimen oligárquico liberal había sido quebrado por la irrupción de Arnulfo Arias y su populismo en 1940, como resultado de la radicalización del fenómeno reformista en que él y su hermano Harmodio habían estado activos desde los años veinte. La ideología de este movimiento, como la de muchos fenómenos populistas, combinaba elementos autoritarios con otros populares. En este caso, incluía una especial aversión a los bastante numerosos asiáticos y negros residentes en el país, estos últimos en su mayoría anglófonos, protestantes e identificados con los estadounidenses. Arias había estado en Alemania y tenía ciertas simpatías por el régimen ahí existente, lo que sirvió como argumento fuerte para atraerle la antipatía no sólo de las clases altas locales, alarmadas por otros motivos, sino también de Estados Unidos, y en 1941 un golpe lo derrocó al poco tiempo de haber asumido el mando.

Se inició así un largo período de hostigamiento, y cuando en 1948 ganó otra elección, se vio impedido de asumir el poder por una intervención militar y policial con apoyo de la derecha, dirigida por el coronel José Antonio Remón. Esto originó un caos, y al final Arias pudo asumir su cargo, pero de nuevo por poco tiempo, siendo depuesto otra vez en 1951. Sin embargo, su fuerza popular se mantuvo intacta, y por otra parte, el juego político comenzaba a ser uno a tres puntas: la derecha civil, con su principal organización, el Partido Liberal; el militarismo, con el coronel Remón como jefe, con eventuales tendencias populistas también él, en la senda de Batista o de Perón; y Arias, con un populismo al fin y al cabo más conocido, que había tenido tiempo para asentarse y dejar de lado tanto sus excesos reformistas como sus ribetes autoritarios.

Remón organizó la Coalición Patriótica Nacional y asumió el gobierno en 1952, hasta caer asesinado en 1955. Su régimen combinó, como en varias otras partes de la región, reformismo social, algún apoyo sindical y fuerte autoritarismo, especialmente anticomunista. La derecha, de todos modos, no estaba muy tranquila con este tipo de régimen, por la alta inestabilidad que podía llegar a tener ante los ejemplos que se iban sucediendo en el continente.

Fue así que en 1960, después de diez años en el llano, Arias buscó un acuerdo con la derecha ordenando a sus seguidores votar por el liberal Roberto Chiari (como Haya había ordenado optar por Prado para librarse del general Odría), a cambio de tener el campo libre en 1964, cuando efectivamente ganó de lejos las elecciones. Sin embargo, no pudo asumir por el fraude oficial. Sin desanimarse, compitió de nuevo en la justa de 1968, y esta vez se sentó en el Palacio Presidencial, pero sólo por un par de semanas.

Lógicamente, quien lo había derribado era la Guardia Civil, equivalente panameño del inexistente ejército. De manera más sorprendente, el grupo que así llegaba al poder, entre ellos el coronel Omar Torrijos, planeaba dirigir un proceso de reformas sociales en alguna medida parecidas a las que siempre propugnaba Arias. Dentro de ese régimen militar, pronto emergió Torrijos como principal figura con apoyo popular cultivado en zonas bananeras, en parte mediatizado por el jefe militar de esa zona, Manuel Antonio Noriega.

Torrijos quería llevar adelante un programa de reforma social, pero que, a diferencia de los de Arias, estaría controlado por las Fuerzas Armadas. Obviamente, cualquiera que hubiera vivido los numerosos intentos de Arnulfo Arias por sentarse en el sillón presidencial no podía menos que abrigar serias dudas acerca de la efectividad de las elecciones y el sistema de partidos para establecer una política reformista. Además, eran los años en que se iniciaba el régimen de la revolución peruana, experimento cuya duración (1968-1981) casi coincidió con la del régimen de Torrijos.

Torrijos, “un cholo” según su propia autodefinición y la de sus enemigos, venía de la clase media rural y había estudiado en una Escuela Normal, donde el ambiente propendía a actitudes reformistas, antes de entrar en la Academia Militar. Luego pasó, como su generación, por numerosos cursos dirigidos por las Fuerzas Armadas estadounidenses y otros en Perú y Brasil, para conocer la experiencia antisubversiva en que las escuelas de Inteligencia de esos países sobresalían. La ideología que elaboró a través de esas experiencias fue muy sintética y no necesariamente congruente con la que sus mentores esperaban que absorbiera. Una vez en el poder, actuó de manera autoritaria y nunca pensó en consultar al pueblo en elecciones realmente competitivas, pero no ejerció una represión intensa. En eso se pareció también a sus colegas peruanos y, de la misma manera, no dio prioridad a la organización de un partido, aunque, a diferencia del país andino, hacia el final del régimen intentó hacerlo.

El hecho de soslayar las elecciones no le quitó, por cierto, simpatías en sectores intelectuales de izquierda, que no creían en ese tipo de formalismos. Muchos de ellos, incluso miembros del comunista Partido del Pueblo, participaron en el equipo gobernante de Torrijos, sobre todo en su primera etapa, más progresista, hasta 1974.

La Constitución de 1972, otorgada por el Ejecutivo, le dio a Torrijos, como jefe de la revolución, el poder de designar a los miembros del Poder Judicial y de la Legislatura, la cual a su vez era sólo consultiva. Otra cámara, la de Representantes, incluía a un miembro por cada corregimiento, elegido popularmente, pero se reunía sólo un mes por año y tenía muy pocas funciones, aparte de la de elegir al presidente, que de hecho nunca ejerció. La Dirección General para el Desarrollo de la Comunidad vigilaba las relaciones con la población y sus asociaciones, dentro de lineamientos parecidos a los del Sistema Nacional de Movilización Social (SINAMOS) peruano, promoviendo juntas en niveles locales y regionales, mientras que los partidos políticos no eran permitidos. En fin, se trataba de una “democracia participativa” según algunos de sus admiradores, pero por cierto no era una democracia como las realmente existentes, tildadas con desprecio de “formales”.

Desde 1974, el régimen se fue haciendo más conservador, y hacia 1978 se realizaron cambios según los cuales el Poder Legislativo se parecería más, a partir de 1980, a un Congreso clásico, con partidos y todo. De hecho el gobierno organizó el propio, denominado Partido Revolucionario Democrático (PRD), inspirado en el PRI mexicano, con una estructura corporativa interna. Además de éste, el único que pudo cumplir los difíciles requisitos exigidos fue el Partido Liberal.

Torrijos murió en un accidente en 1981, de manera que no fue posible ver cómo hubiera orientado la etapa más representativa de su sistema institucional. Sus sucesores perdieron la visión reformista que lo caracterizó y la corrupción se extendió a escala cada vez más incontenible, especialmente bajo el mando de Manuel Noriega hasta la intervención estadounidense de 1989, en que un comando raptó al presidente, acusado de narcotraficante, y se lo llevó a una prisión en Estados Unidos. Después de esa rápida operación, quedó a cargo del país un triunvirato del que emergió en elecciones Guillermo Endara como presidente.

En 1999, la viuda de Arnulfo Arias, Mireya Moscoso, alcanzó la presidencia

(1999-2004) contra un candidato del PRD. Volvía a darse el dúo de Torrijos y Arnulfo Arias, quienes, aun después de muertos, en una extraña encuesta, monopolizaban la intención de votos “si estuvieran vivos” con el 52% contra el 32%, respectivamente, pero ahora con el sector de Arnulfo Arias más a la derecha. Esto explica que un reciclado PRD, bajo la conducción del hijo de Omar Torrijos, Martín, se impusiera en 2004, contra un arnulfismo decadente. Al buscar la reelección en 2011, fue superado por Ricardo Martinelli, candidato de un claramente derechista Cambio Democrático (2009-2014). El sistema, como en otros países de la región, se encamina a una bipolaridad entre derecha e izquierda, estando esta última representada por un populismo moderado, ante la ausencia de un movimiento guerrillero que no existió en este país.⁸

CUBA

Los dos primeros años de gobierno revolucionario se habían dedicado a la desarticulación del régimen batistiano, incluyendo el fusilamiento de numerosos agentes de la represión. Se introdujeron al mismo tiempo cada vez mayores elementos de propiedad estatal, hasta que en 1961 Fidel hizo una declaración de objetivos socialistas, lo que implicaba la eliminación, salvo para posiciones periféricas, sobre todo en el campo, de la propiedad privada de medios de producción.

A comienzos de 1961, el presidente estadounidense Eisenhower, en el último tramo de su mandato, proyectó una operación de ataque a Cuba, realizada por voluntarios exiliados, con fuerte apoyo logístico de la CIA (Agencia Central de Inteligencia, por sus iniciales en inglés). Cuando Kennedy asumió el cargo a fines de enero, decidió seguir adelante con el plan. El operativo, consistente en el desembarco en Playa Girón de la Bahía de Cochinos (abril de 1961), fue un fracaso, por la decidida resistencia que se encontró, quedando más de un millar de presos en la isla.

El sistema político provisorio de los primeros años incluía la existencia del Movimiento 26 de Julio, organizado por los guerrilleros, junto al Directorio Estudiantil y al Partido Socialista Popular (PSP), nombre que habían adoptado desde hacía tiempo los comunistas. A pesar del predominio del Movimiento 26 de Julio, la mayor capacidad organizativa y el respaldo soviético fueron inclinando la balanza hacia el grupo de gente que dirigía el PSP. Contra ellos, la mayor fuerza eran las nuevas Fuerzas Armadas revolucionarias, dirigidas por Raúl Castro, hermano de Fidel.

Aníbal Escalante, antiguo jefe del PSP, fue el encargado de estructurar una entidad única, denominada primero Organizaciones Revolucionarias Integradas y luego Partido de Unidad Revolucionaria Socialista (PURS), que en 1965 adoptó el nombre de Partido Comunista. Con esto, Fidel aceptaba el modelo soviético, pero en realidad retenía el control de la organización, incluso en temas que podían producir fricciones con la potencia amiga.

En 1963, comenzaron a buscarse esquemas alternativos al soviético, sobre todo por influencia de Ernesto “Che” Guevara, que procuraba establecer un sistema de estímulos morales y reducción radical de las diferencias de ingresos. Esta etapa coincidió con un fuerte enfriamiento en las relaciones con la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) y llevó a una defenestración de Escalante, a quien se le quitó su puesto y se lo envió al extranjero.

A pesar de la purga de antiguos elementos comunistas, quedaron en pie algunos muy significativos, como el economista Carlos Rafael Rodríguez, quien se mantuvo al frente de la Reforma Agraria. Pero en 1966 hubo otra razia de elementos apellidados “sectarios”, y finalmente Escalante recibió, en 1968, dieciocho años de prisión por atentar contra el régimen.

Ese año de 1968 vio el apogeo de los ensayos ideológicos guevaristas, fuertemente influidos por las ideas de Mao Tse-Tung. Esta fase duró hasta 1970, cuando se dio marcha atrás, en parte ante el fracaso del intento de exportar la revolución a Bolivia, donde el Che halló la muerte en 1967.

La nueva línea “pragmática” implicó un renovado acercamiento a la URSS, una ampliación de los diferenciales de ingresos y una mayor dosis de poder a los dirigentes empresarios, siempre dentro del sector público. La economía pasó por varios años de crecimiento rápido (las estadísticas indican el 12% de aumento anual entre 1971 y 1977), ayudada por el alto precio a que llegó el azúcar, que de 4 centavos de dólar por libra en 1970 pasó a 65 en 1974 en el mercado internacional. Para 1977, el boom ya había pasado, con valores de 7 a 8 centavos, lo que era compensado por el acuerdo con la URSS, que compraba a 30 centavos y enviaba petróleo a precios subsidiados.⁹

La reorientación soviética de Castro coincidió con una mayor represión a la disidencia, lo que se evidenció en la prisión del poeta Heberto Padilla (1971), quien fue obligado a confesar una serie de crímenes poco creíbles, magnificados quizá por él mismo para que la opinión pública internacional recibiera el mensaje cifrado.

En cuanto a los sindicatos, durante los primeros años, incluyendo el período “sino-guevarista”, se les dio muy poca importancia, pues se consideraba que no tenían lugar en una sociedad sin clases, que tendía rápidamente hacia la igualdad total. A partir de la vigencia de la nueva política, en 1970, en cambio, se les encargó importantes tareas de representación de intereses sectoriales, aunque

siempre bajo la supervisión del Partido Comunista. Al mismo tiempo, se establecieron nuevos controles sobre la “vagancia”, destinados a poner fin al exceso de ausentismo, que llegaba al 20% en amplios sectores de la producción.

El sistema electoral no mereció en un comienzo gran atención, pues se consideró que el liderazgo de Fidel Castro y de los demás jefes revolucionarios compensaba cualquier ausencia de formalidades. El Partido, mientras tanto, se consolidaba y se convertía en vía de ascenso social, lo que no podía menos que distorsionar su composición humana. En 1965, los dos tercios de su Comité Central (de unos cien miembros) pertenecían a las Fuerzas Armadas. El número de afiliados aumentó considerablemente, llegando a constituir en 1975 el 7% de la fuerza de trabajo.¹⁰

Recién en 1975 se realizó el Primer Congreso del Partido, que elaboró un proyecto de Constitución Nacional aprobado al año siguiente por un referéndum. La nueva Carta Magna estableció Organizaciones de Poder Popular (OPP) electas a nivel municipal, las cuales designan de manera indirecta a otras OPP provinciales y a la nacional, equivalente a un Congreso, la que a su vez generó un Consejo de Estado con funciones más permanentes, pues la OPP nacional sólo sesiona por poco tiempo cada año, siguiendo en eso el modelo soviético. Aunque no existe libertad de organización de partidos, se procura que haya en general varios candidatos que compitan entre sí, como forma de verificar el estado de la opinión pública, aunque ninguno puede tomar actitudes realmente de oposición.

Los años setenta vieron también la expansión del rol internacional de las Fuerzas Armadas cubanas, que fueron enviadas a Angola en 1975, mientras que otros destacamentos fueron a Etiopía con motivo de la revolución militar socialista de este país. En total, llegó a haber 20 mil hombres en el exterior en estas misiones.

Durante todo el transcurso de la Revolución Cubana, hubo una gran emigración al exterior, principalmente en el inicio y luego en determinados momentos en que Fidel Castro flexibilizó las prohibiciones que operaban al respecto. La cantidad de presos políticos en la isla fue también bastante alta, pero en varias oportunidades las cárceles se abrieron para permitir la emigración a Estados Unidos y el consecuente aflojamiento de tensiones internas.¹¹

Hasta la primera década del siglo XXI, el sistema político se mantuvo muy estable y continuó con su autoritarismo y su marcha atrás en ciertas experiencias

de permitir una esfera de actividad privada en los servicios y en el campo. Las Fuerzas Armadas, bajo la conducción de Raúl Castro, se convirtieron en uno de los principales aparatos productivos del país, manejado de manera rígida pero no suficientemente eficaz, y generando una burocracia cuya dedicación a los ideales socialistas revolucionarios fue muy cuestionable, lo mismo que en el resto de la administración pública, salvo el puro aparato partidario.

En 2008, la mala salud de Fidel Castro lo indujo a retirarse y traspasar el poder a su hermano Raúl, considerado más pragmático y dispuesto a encarar reformas de peso. Por un tiempo, poco o nada se modificó, pero eventualmente el propio Fidel dio la señal de cambio cuando llegó a afirmar que el sistema socialista adoptado, ya golpeado por las experiencias rusa y china, no funcionaba “ni siquiera en Cuba”. Es previsible que los cambios continúen, y para orientarse en ese enigma, se pueden considerar las varias vías alternativas posibles sobre la base de la experiencia internacional.

De todos modos, lo que pueda ocurrir no será principalmente resultado de iniciativas individuales, aunque se cristalizará en ellas. En la isla hay una serie de otros factores que están operando en dirección de los cambios, como ocurrió en otros regímenes comunistas. El caso parece ser que, contrariamente a lo que pensaba Karl Marx, primero viene el comunismo y después el capitalismo. ¿Será posible entonces pensar en una “vía comunista hacia el capitalismo”, como ocurrió de un modo pacífico en China y en Vietnam y de manera más traumática en Rusia y en Europa Oriental?

Quienes en situaciones de este tipo buscan el cambio son los jefes administrativos de las grandes empresas estatales y los de la burocracia más administrativa de Estado, núcleos ambos de la clase dominante del colectivismo burocrático (nombre preferible al de “socialismo real”). En una situación algo distinta están los dirigentes específicamente políticos, ideológicos o partidarios. Pero ocurre que una vez consolidado, bien o mal, un sistema “comunista”, en él se forma una clase burocrática bastante parecida a la capitalista, sobre todo a su cúpula gerencial. Saltar de un sistema a otro para esa gente (a esta altura, con cero de convicciones ideológicas) es seguir en el mismo tipo de trabajo, pero con mayor seguridad y muchos más privilegios. Incluso para los más ideologizados las tentaciones son grandes, salvo para una pequeña minoría que, ante la deserción de sus principales bases de apoyo (que no son, por supuesto, la clase obrera, sino la burocrática), no es capaz de retener demasiado poder. La maduración, entonces, de un régimen comunista parecería ser la transformación

de su alta burocracia productiva en gerencial capitalista o, si puede, directamente en propietaria capitalista, como ocurrió de un modo masivo en Rusia y Europa Oriental, y está pasando en China de manera mucho más ordenada, pero con parecidas dosis de corrupción.

El modelo chino implica que el partido se mantiene unido y fuerte sin relajar los controles políticos, pero con la decisión de privatizar gran parte del aparato productivo. El futuro económico en este panorama estaría asegurado por una conducción fuerte pero modernizada, montada en un Estado todavía omnipotente. En el gigante asiático, de lo que se trata es de una versión “comunista” de los procesos surcoreano y taiwanés, aparte de otros del Sudeste asiático. En estos últimos, el desarrollo económico y la modernización de la sociedad generaron nuevas fuerzas y áreas de libertad (a pesar de los esfuerzos del régimen) que, al final, con un poco de apoyo externo, consiguieron imponer elecciones libres y pérdida del poder por parte de quienes habían conducido de manera exitosa los procesos de cambio.

Para seguir en esta futurología, es preciso tener en cuenta otro camino posible, el mexicano. Allí también hubo una revolución expropiatoria en términos radicales, con una ideología supuestamente socialista y con grupos dirigentes civiles y militares (exinsurgentes como Calles u Obregón) que muy pronto se convirtieron en capitalistas. Esto ocurrió por medios no siempre santos, pero sí eficaces, incluso para generar un proceso de desarrollo económico que fue bastante rápido en algún momento. Si se diera en Cuba, se trataría de una versión moderada de la china. El partido sería controlado por su sector “pragmático”, iría incorporando a ciertos nuevos grupos capitalistas y de clase media en su seno, y lentamente depondría sus poderes omnímodos, lo cual estimularía el pluralismo, aunque lentificara el crecimiento económico. En este modelo, a la larga, la pluralización, unida a la corrupción del régimen, facilita un cambio. Los dirigentes burocráticos, administrativos o aun partidarios, habiéndose convertido ellos mismos en gran parte en capitalistas, tienen fuentes autónomas de poder como para poder enfrentar sin demasiadas angustias la pérdida del gobierno.

Ambos modelos considerados –el chino y el mexicano– implican un abandono del sistema productivo estatista, pero la retención del poder en el partido, de forma omnímoda en el caso chino y parcial en el mexicano, con la posibilidad en este último de perder eventualmente el gobierno y transformarse en una oposición reformista. La alternativa de mantener un sistema productivo “socialista” (centralizado o radicalmente autogestionado) puede parecer más

deseable, pero no existen experiencias mundiales que hagan creer en su posibilidad, en especial dado el presente estadio productivo del país.

REPÚBLICA DOMINICANA

En la República Dominicana, la dictadura de Rafael L. Trujillo se había iniciado en 1930 a partir de su rol en la Guardia Nacional, al terminarse una ocupación estadounidense, y se prolongó a través de personeros o por ejercicio directo del poder hasta su asesinato en 1961. Su régimen fue paradigmático y representó una de las variantes posibles de gobierno autoritario, semejante al de Somoza y contrastante con la “anarquía militar” imperante en otros países del área. La represión fue atroz, pero concentrada en determinados individuos o en ocasiones puntuales. Fue así como se secuestró al opositor Jesús de Galíndez –un republicano vasco que había pasado unos años en la isla como refugiado– tirándolo luego a la caldera encendida de un barco. En otra oportunidad, se realizó una matanza de haitianos, inmigrantes ilegales que llegaban al país en busca de trabajo temporario. Pero no se dio la situación predominante más tarde en Guatemala o El Salvador, en que llegó a haber una decena o más de desapariciones diarias.

Por otra parte, como en Nicaragua con Somoza, el dictador, su familia y séquito, dueños de buena parte del país, lo administraron como buenos propietarios desarrollistas y hasta algo progresistas. Trujillo estableció elementos de seguridad social, y el mero hecho de haber mantenido el orden y la continuidad en un país de tan agitada trayectoria le dio cierta popularidad. Incluso, a pesar de su origen, se plantó en varias ocasiones ante las demandas de los intereses estadounidenses.

Cuando una bala tronchó su vida, se produjo una intervención militar que convocó a elecciones libres. En ellas triunfó el Partido Revolucionario Dominicano (PRD), de ideología que podemos llamar aprista de izquierda, dirigido por Juan Bosch (1962). Sin embargo, el antiguo funcionario del régimen de Trujillo, Joaquín Balaguer, obtuvo una buena proporción del electorado.

Bosch, empujado por sus militantes más exaltados, enfrentó a los intereses creados sin medir demasiado las consecuencias, provocando un golpe militar en 1963, del que emergieron en 1965 una situación de “anarquía militar” y una

rebelión popular acompañada por un sector militar que amenazaban con convertirse en protagonistas de una prolongada guerra civil. Para evitar la perspectiva de una nueva Cuba, Estados Unidos intervino enviando una fuerza armada con apoyo de algunos otros países del continente, y al año se realizaron elecciones en que se impuso Joaquín Balaguer con su Partido Reformista.

La radicalización de Bosch lo llevó a separarse del partido que había creado y del que parecía ser jefe carismático e inamovible, organizando su propio Partido de Liberación Dominicana (PLD), que no consiguió significativos apoyos electorales. Frustrado por la dificultad de implantar reformas democráticas, se orientó en términos ideológicos hacia lo que llamaba “dictadura con apoyo popular”, enfrentando a sus antiguos correligionarios del PRD. En esta extraña evolución, llegó a considerar a los secuaces del dictador caído como menos peligrosos, dada su raíz popular, que los moderados, a su juicio sobre todo de clase media, que apoyaban salidas sólo “formalmente” democráticas.¹²

Las principales concentraciones sindicales, nucleadas en torno a la muy dominante industria azucarera, apoyaban en cambio a diversas versiones de la izquierda. El fenómeno guerrillero estuvo aquí prácticamente ausente, en parte por las condiciones de la geografía, pero ante todo por la existencia de canales partidarios legitimados para la expresión de los diversos intereses que habían llegado a una convivencia relativamente pacífica.

Mientras tanto, el PLD fundado por Bosch fue evolucionando, bajo la nueva jefatura de Leonel Fernández, en sentido más empresarial y favorable al libre mercado, en un proceso que hace pensar en el experimentado por Fernando Henrique Cardoso en Brasil.

El PRD, reorientado de manera reformista, por mucho tiempo alternó en el poder, en transferencias ordenadas, con Balaguer, sempiterno candidato de su Partido Reformista Social Cristiano (PRSC), aun cuando ya casi había perdido el uso de la vista. Su fuerza se basaba en combinar una apelación al conservadurismo de las clases dominantes con los recuerdos que un cierto sector popular conservaba de los beneficios obtenidos en tiempos de don Rafael. Balaguer se hizo elegir cinco veces entre 1966 y 1994, con un interregno a cargo del PRD (1978-1986) hasta que las cuestionadas elecciones de ese último año forzaron su renuncia y un acuerdo de coexistencia partidaria que llevó en 1996 a Leonel Fernández a la Casa de Gobierno, pero con poca representación parlamentaria. Esto facilitó que en la renovación del año 2000 se impusiera el

PRD, que asumía el rol de oposición de orientación ya claramente socialdemócrata con Hipólito Mejía, mientras el balaguerismo agonizaba. La dupla reformista social cristiana afín a Balaguer (PRSC, vieja derecha) contra el Partido Revolucionario Dominicano (PRD, izquierda de raíces nacional populares) se iba reemplazando por otra que contraponía al PLD (derecha moderna) contra el PRD, que seguía asumiendo el rol de izquierda moderada con bases populares.

En 2004, Leonel Fernández llegó nuevamente al poder y consiguió reformar la Constitución para continuar al frente del Ejecutivo en 2008. Mientras tanto, la economía del país seguía evolucionando favorablemente y se abría cada vez más al mercado estadounidense, al que proveía de productos manufacturados livianos, una especie de “maquila” basada en una fuerza laboral barata, aunque mejorando en su tradicional condición de pobreza.¹³

HAITÍ

Menos feliz fue Haití en su desarrollo, aunque allí también hubo un equivalente del fenómeno trujillista con François Duvalier. Este médico lugareño había participado, durante los años treinta, de un movimiento nacionalista negro denominado les Griots (“los amargos”), que en alguna medida puede considerarse predecesor de la concepción de la négritude y tenía fuertes componentes progresistas. Se planteaba sobre todo como oposición al régimen de predominio de la minoría mulata, que gobernaba con una alternancia de regímenes civiles, intervenciones militares y ocupaciones estadounidenses, ya conocida en otras partes del Caribe y América Central.

Duvalier creó su dinastía, como Somoza, y pretendió gobernar el país autoritariamente pero de manera desarrollista, lo que consiguió sólo de un modo parcial (1957-1971). Los excesos brutales de su policía especial, los tonton macoutes, dificultaron cualquier forma de legitimación nacional o internacional, aunque lo intentó a fines de los años sesenta. En definitiva, su menos hábil hijo y sucesor sucumbió ante un golpe militar, con lo que se inició un período de “anarquía militar”.¹⁴

Esta etapa parecía terminar en 1991, con la elección del cura tercermundista Jean Bertrand Aristide, convertido en figura carismática, con el 67% de los votos y con fuerte apoyo de sectores de izquierda, dentro y fuera de la Iglesia. Su movimiento Lavalas (“la Avalancha”), una vez en el poder, no se cuidó demasiado de mantener todos los requisitos de funcionamiento de una democracia, incluyendo respeto a la oposición, que, en cambio, se sintió amenazada por las manifestaciones masivas populares en que no faltaban alusiones al tratamiento que podría dispensarse a quienes se opusieran demasiado al gobierno del pueblo. El resultado fue un incremento de las tensiones sociales y el desencadenamiento de un golpe militar a los pocos meses de su asunción.

Este retroceso en la ola continental de democratización produjo una intervención

de la OEA, con apoyo de gobiernos de la región y luego de Estados Unidos. Como índice de la complejidad de alianzas, debe mencionarse que el Primer Ministro seleccionado por los militares y visto como “moderado” por comparación a Aristide era miembro del Partido Comunista local.

En 1994, fue elegido de nuevo Aristide tras la intervención internacional, pero pronto fue depuesto por René Préal, suboficial que había sido su apoyo y que se convirtió en el hombre fuerte del país por varios años, cerrando el Congreso en 1999. En el año 2000, nuevas elecciones, con muy escasa participación, retornaron al poder a Aristide, quien sin embargo pronto fue depuesto y se exilió. En 2006, René Préal volvió a imponerse en las elecciones presidenciales contra Leslie Manigat, un connotado politólogo que organizó una oposición de ideología socialdemócrata. Completó su mandato en 2011, en momentos de tensión debida al retorno al país de Aristide, que aún mantenía fuertes elementos de apoyo popular.

PUERTO RICO

En Puerto Rico, se había formado desde 1938, bajo dirección de Luis Muñoz Marín, un Partido Popular Democrático de orientaciones reformistas moderadas, que lo colocaban en la línea internacional formada por Haya de la Torre, Betancourt y Figueres. La alianza con los sectores demócratas y sindicales de Estados Unidos y el uso de la capacidad económica de los empresarios estadounidenses fueron para Puerto Rico una necesidad casi sin alternativas. Fue así que Muñoz Marín resultó elegido gobernador en una seguidilla desde 1949 hasta 1963, inaugurando en 1952 el estatus peculiar de Estado Libre Asociado.

A su izquierda, quedaba el poco efectivo Partido Independentista de Pedro Albizu Campos, y a su derecha, quienes querían convertir a la isla en Estado de pleno derecho. Su peculiar forma de asociación le permitía mantener un sentimiento de identidad nacional unida a los beneficios de la integración y desgravaciones impositivas.

El progreso económico y educativo acompañó la gestión de Muñoz Marín, y la emigración masiva morigeró las tensiones sociales en la isla. Con el tiempo y el retiro de Muñoz Marín de la escena política, la situación se diversificó y se fortaleció una derecha ligada a los republicanos. El independentismo sigue sin conseguir mayor apoyo electoral, y la isla se transforma cada vez más en una parte pobre, pero en desarrollo, de Estados Unidos.

Durante un largo período, Puerto Rico sirvió como lugar de experimentación de políticas reformistas realizadas con un enfoque pragmático por una dirigencia nativa colaboradora de los intereses imperiales, y fue señalado en tal sentido como modelo por sus simpatizantes de la izquierda moderada latinoamericana. Desde el impacto de la Revolución Cubana, este esquema perdió su atracción en ambientes intelectuales, que era muy fuerte en la inmediata posguerra.

JAMAICA

En Jamaica, aún bajo la dominación británica, se había formado un partido basado en los sindicatos locales, sobre todo los del azúcar y la bauxita. Por lo tanto, fue denominado Partido Laborista, pero dirigido por un caudillo que además apelaba a otros intereses y estaba marcado por un intenso anticomunismo, Alexander Bustamante. Como en otras islas del Caribe inglés o francés, la industria azucarera producía una gran concentración de mano de obra fácilmente sindicalizable y convertible en base de un partido político obrerista, que podía ubicarse, a pesar de su nombre, más en una forma de populismo que de socialdemocracia. El campesinado, en cambio, brillaba por su ausencia en la isla en comparación a lo que ocurría en América Central, en islas más grandes como Cuba o incluso en las Guayanas, haciendo difícil la formación de un conservadurismo tradicional.

La alternativa a este partido popular orientado cada vez más hacia una forma de conservadurismo cercano al Partido Republicano en Estados Unidos fue el Partido Nacional del Pueblo (PNP), dirigido por el abogado Norman Manley, pariente de Bustamante, pero su rival político. Su base eran los sectores medios e intelectuales creados por la expansión educacional, sensibles a ideas izquierdistas modernas.

El Partido Laborista (JLP) ganó las primeras elecciones con sufragio universal en la época colonial en 1944. En 1955, las elecciones significaron un cambio de gobierno, pero en 1962 de nuevo volvió el laborismo por diez años, coincidiendo con el inicio de la vida independiente. Una importante mutación se dio en 1972, cuando el PNP, bajo la dirección de Michael Manley, hijo de Norman, obtuvo una mayoría en favor de un programa radical de cambio social, que llevó a cabo con incrementadas tensiones sociales por los próximos ocho años, inspirado en el ejemplo chileno.

Ambos partidos, el laborista y el PNP, tienen un sector sindical, aunque el segundo es más fuerte en estratos calificados, mientras que el JLP tiene eco en ambientes más pobres, algunos de los cuales están influidos por la religión

mesiánica del rastafarianismo, que considera al emperador de Etiopía su máxima dignidad, como símbolo de identidad africana. La radicalización del PNP volcó hacia el JLP a la mayor parte del alto comercio y el empresariado, que apoyaron su retorno al poder en 1980, bajo su nuevo líder Edward Seaga, de origen sirio. De esta manera, lo que podía haberse transformado en un proceso de confrontación a la chilena, con posible golpe militar, evolucionó dentro de los cánones de un sistema parlamentario y bipartidista. En 1988 se dio otro cambio, retornando el PNP al gobierno hasta 2007, pero esta vez con un moderado programa adaptado a las nuevas difíciles circunstancias de la economía mundial. En el año 2007 se dio otra alternancia, esta vez con Bruce Golding al frente del JLP, ya claramente convertido en una opción de derecha apoyada por el alto y medio empresariado, con algún apoyo en sectores bajos de las clases populares. El sistema parece basado de manera muy sólida en un equilibrio con fuerzas casi iguales, entre una centroderecha de orígenes populistas y una centroizquierda de ideología más izquierdista, aunque, en los últimos tiempos, muy moderada. La violencia, salvo en algunas etapas del período de gran radicalización bajo Michael Manley, fue relativamente baja por comparación a otras situaciones del Caribe.¹⁵

TRINIDAD Y TOBAGO

En Trinidad y Tobago, la economía azucarera y petrolera creó también, como en Jamaica, un fuerte sindicalismo, aunque dividido por motivos ideológicos y étnicos, pues hubo un considerable sector de origen hindú, mayoritario entre los trabajadores del surco, que rivalizó con los de origen africano de los ingenios. Varios líderes de un renacimiento cultural de los años treinta, entre ellos el historiador Eric Williams, abandonando su anterior marxismo, se decidieron a crear un partido de tipo nacionalista y de integración policlasista, el Movimiento Nacional del Pueblo (PNM), con particular anclaje entre la población de origen africano, para las elecciones de 1956, que por primera vez formarían un gobierno realmente autónomo, aunque todavía bajo tutela británica. Las elecciones le dieron una leve mayoría, y las autoridades, que podían nombrar una cierta cantidad de legisladores, lo hicieron de tal manera de permitirle formar dicha mayoría.

De los varios partidos opositores, era de particular significación uno de arraigo entre los hindúes, que fue apoyado desde Jamaica por Alexander Bustamante, cuando se planteó la posibilidad de estructurar partidos federales para la proyectada Federación de las Indias Occidentales (que duró pocos años). Fue así que se formó un Partido Democrático Laborista de Trinidad (TDLP), exitoso en esas elecciones federales, combinando apoyo étnico hindú, elementos sindicalistas y votos de los sectores empresarios.

Al mismo tiempo, se estaba dando una evolución hacia la izquierda del PNM, en parte por influencia del retorno del connotado intelectual y teórico marxista negro Cyril Lionel Robert James, y además por influencia del clima creado por la Revolución Cubana y el deseo de tener voz en la decisión acerca del uso de una base militar estadounidense en la isla. Sin embargo, el proceso duró sólo un par de años, y pronto el PNM volvió a su moderación, preparándose para asumir el poder completo al declararse la independencia en 1962. Las elecciones fueron de las más violentas de la historia del país, con un alto componente étnico, y podrían haber degenerado fácilmente en violencia racial abierta. El PNM al final se impuso, y las tensiones disminuyeron, con lo que la isla entró en un largo

período de evolución constitucional y democrática.

La oposición, de centroderecha, se basó en el United National Congress (UNC), que reemplazó al Partido Laborista, que como su homónimo jamaicano había evolucionado hacia ese hemisferio ideológico. Tras varias ordenadas transiciones electorales que vieron en el poder a ambos partidos alternadamente, en 2010 la victoria correspondió a una alianza de centro derecha hegemonizada por el UNC. La bipolaridad (de partidos o alianzas) se ha consolidado, pero con la peculiaridad de que, aparte de las diferencias clasistas, se presenta una de tipo étnico, lo que le da a ambos grupos un apoyo entre sectores populares.¹⁶

GUYANA

En Guyana, ex Guayana Británica, ya bajo control colonial se había generado un bipartidismo basado en las divisiones étnicas. Por un lado, Cheddi Jagan, de origen indostánico, dirigía al muy izquierdista Partido Progresista del Pueblo (PPP), de influencia marxista y clara simpatía castrista, enraizado en el campesinado. En oposición, se formó el Congreso Nacional del Pueblo (PNC) de Forbes Burnham, implantado en la comunidad negra, más urbana y profesional, incluyendo las Fuerzas Armadas y la policía.

Todavía bajo dominio británico, en 1957 unas elecciones dieron el gobierno a Jagan. Su victoria se repitió en 1961, aunque esta vez por muy poca diferencia contra el PNC de Burnham, presentándose como tercero en discordia –y posible fiel de la balanza– el Frente Unido (UF) de Peter D’Aguiar, apoyado por la comunidad de negocios, en buena parte étnicamente diferenciada tanto de los hindúes como de los africanos, con componentes portugueses, sirios y chinos.

Durante este período, la violencia se volvió intensa, ya que combinó los enfrentamientos raciales con los clasistas, aunque a menudo se dieron líneas superpuestas. Fue así que en 1964 los trabajadores hindúes de los ingenios azucareros se enfrentaron en una huelga contra el gobierno de su coterráneo Jagan, estimulados por la central sindical, Trade Union Congress (TUC) de hegemonía negra. Casi doscientos muertos fueron el resultado de este conflicto, que determinó la intervención de Gran Bretaña, aún el poder colonial en la región, que fue bienvenida por un amplio espectro de la opinión pública que deseaba una autoridad externa para pacificar a las comunidades en conflicto.

En este contexto, los intereses económicos internacionales y la política exterior de Estados Unidos volcaron su influencia a favor de Forbes Burnham, visto como moderado a pesar de sus posiciones sindicalistas y algo socialistas, pero que contrastaban con el proclamado marxismo leninismo de Jagan.

Las elecciones a que fue convocada la ciudadanía casi inmediatamente dieron una victoria relativa al PPP de Jagan (con el 46% de los votos), pero la suma del PNC de Burnham (con el 41%) y del centroderechista Frente Unido de D’Aguiar

(el 12%) consiguió imponerse.

Bajo el predominio de Burnahm, se obtuvo la independencia en 1966, y desde entonces el gobierno fue aumentando los elementos de autoritarismo y, al mismo tiempo, de tendencia izquierdista. Esto lo llevó a proclamar al país “república cooperativista” y a acercarse a Fidel Castro. El sector opositor acusó al oficialismo de realizar fraudes cada vez más descarados y de tener muy poco respeto por los derechos de la oposición.

En 1971, se nacionalizaron las empresas de bauxita y se tomaron medidas restrictivas contra la inversión extranjera. Esto produjo un cierto acercamiento de Jagan, que veía a su rival convertido en alguna medida a sus propias ideas. La presión tanto de la URSS como de Cuba también iba en el mismo sentido. Pero la convivencia de ambos líderes no fue fácil, y desde 1977 un nuevo alejamiento marcó sus relaciones. En 1980, la Asamblea Constituyente declaró la conversión del país en república, con lo que Burnham pasó a ser su presidente hasta su muerte en 1985.

En 1984, al establecerse el voto secreto en las elecciones sindicales, el PNC perdió el control que clásicamente tenía del movimiento obrero (TUC), lo que contribuyó a complicar la situación. Al morir el líder, fue sucedido en la presidencia por otro miembro de su partido, Hugh Hoyte, quien moderó su política adoptando recetas neoliberales. El resultado fue una derrota de su partido en 1992, cuando volvió al gobierno el tradicional líder del PPP, Cheddi Jagan, quien inauguró un largo período de hegemonía de este partido y abandonó su marxismo leninismo. La relativa mayoría indostánica en el país (aliada recientemente con los originarios americanos) le dio las mejores perspectivas para permanecer en el poder. En 1997, al morir Jagan, lo sucedió su esposa Janet por dos años, para luego iniciarse dos períodos en la presidencia del nuevo líder del mismo partido, Bharat Jagdeo, quien en 2011 debió enfrentar a su clásico rival, el PNC. El sistema político, con ocasionales erupciones de violencia, se mantiene como bipartidista, con bases principalmente étnicas que se superponen con aspectos clasistas que se aproximan a un enfrentamiento entre izquierda y derecha.¹⁷

SURINAM

En Surinam, la independencia llegó en 1975, aunque desde 1965 existía autonomía dentro del imperio holandés. Allí el mosaico racial es aún más extremo que en Guyana, pues en el campo, a los indostánicos (el 35%) se suman los javaneses (el 15%) y los excimarrones, vistos como una comunidad étnica con identidad propia (el 11%); mientras que en las ciudades, el elemento mulato o negro de origen no cimarrón (el 32%) provee mano de obra y a la vez profesionales y clase media, mezclado con algunos portugueses, chinos y árabes.

A inicios del siglo XX, el oro era la principal exportación, complementado luego por el azúcar, la madera y la goma, a las que se unió desde los años cuarenta, como fuerte impulsor de desarrollo, la bauxita. El nivel de vida y de sanidad no es malo en comparación con los demás países del área.

Ya bajo el dominio holandés, se había formado un sistema de partidos políticos con un moderado Partido Nacional Surinamés (NPS) basado en la elite mulata y los negros (“criollos”) en ascenso social, que ejerció el poder, primero, sobre la base de un voto restringido, y luego, de una distribución distorsionada de las circunscripciones. En la oposición, había un partido de la población criolla más pobre y otros dos de campesinos originarios de India e Indonesia.

Los últimos años del régimen colonial fueron prósperos, bajo un gobierno en que se coaligaba la elite criolla del NPS con alguno u otro de los demás sectores étnicos, especialmente los hindúes, comunidad con más experiencia de participación que la javanesa. De un modo paralelo, se formaron grupos políticos nacionalistas, algunos de los cuales promovían el desarrollo de un idioma propio y la valorización de las tradiciones culturales autóctonas, con pocos votos, pero bastante influencia en sectores estratégicos.

Después de la independencia, se creó una situación de violencia, con la consolidación de partidos de base étnica y fuerte activismo en sectores africanos. Se formaron también tres partidos de izquierda con programas cada cual más radicalizado. La comunidad hindú, temerosa de lo que el futuro pudiera reservar, comenzó a emigrar, en parte hacia Holanda, y esto debilitó más su

predicamento. La tensión se incrementó en la preparación para la nueva consulta electoral de 1980. Pero antes de que esa encrucijada fuera enfrentada, Desi Bouterse, un suboficial de la comunidad negra formado en Holanda, dio un golpe de Estado y un paso importante hacia la latinoamericanización de su país.

Al comienzo tuvo un apoyo general de la opinión pública, en parte debido a que las Fuerzas Armadas eran una de las instituciones o grupos sociales con mayor equilibrio étnico, factor importante para poder arbitrar entre las facciones. Pero entonces comenzó un juego de alianzas y estrategias de innovación, que recuerda un poco a la Cuba de 1933, con Bouterse jugando el rol de Batista aliado y luego enfrentado a los izquierdistas de Grau San Martín.

El golpe de los suboficiales fue apoyado por el nuevo empresariado industrial y comercial, pero, además, sorprendentemente, por uno —el más fuerte y populista— de los tres movimientos de izquierda antes aludidos, el Partido del Pueblo (VP), y algunos sindicatos nuevos influidos por él. En el Consejo Militar Nacional de nueve miembros formado para tener un elemento consultivo en el poder, la dirección estaba confiada a uno de los militares más izquierdistas. Para evitar suspicacias étnicas, el puesto de Primer Ministro fue concedido a un miembro de la colectividad china. El plan era volver a elecciones en un plazo prudencial, pero éste fue el momento en que se dieron las condiciones para el inicio de una “anarquía militar” que, combinada con el mosaico étnico y la lucha de facciones de extrema izquierda, resultaban en una mezcla explosiva.

El drama comenzó cuando Bouterse decidió dar otro golpe de Estado complementario en agosto de 1980, a seis meses de su primera intervención, ahora con la ideología de “surinamismo” y con amplio apoyo de los gobiernos de Holanda y Estados Unidos por su pragmatismo. Pero al año siguiente, tomó una senda inesperada: viéndose escaso de apoyos, se reconcilió con varios militares de izquierda a quienes había puesto presos y se declaró a favor de una “sociedad socialista”, ante la consternación de los observadores extranjeros que celebraban prematuramente la muerte de las ideologías. De inmediato vino la organización de comités del pueblo y milicias cívicas, con participación de la mayor parte de los partidos de izquierda inspirados en las etapas más movilizacionistas del régimen chileno de la Unidad Popular, y se anudaron fuertes lazos con Cuba.

La derecha interna, claro está, intentó reaccionar apoyando en 1982 un fracasado golpe militar, cuyo jefe fue reprimido y fusilado. Hacia fines de ese mismo año,

la oposición intentó organizar una resistencia basada en los antiguos políticos y las preexistentes estructuras sindicales, consiguiendo juntar más gente en la plaza que Bouterse. La violencia que se fue suscitando ocasionó el asesinato, por bandas oficialistas, de quince connotados opositores. El sindicalismo también fue perseguido, de manera que convergió en una alianza con la derecha económica, por cierto, espantada ante los acontecimientos. El gobierno respondió a esa “Asociación por la Democracia” con una ola de terrorismo, incendiando las oficinas opositoras y asesinando a otra docena de dirigentes, incluidos varios líderes sindicales y algunos militares.

Ante las indignadas protestas internacionales y una intervención diplomática brasileña, Bouterse intentó una alternativa moderada deshaciéndose de algunos de sus consejeros de izquierda y expulsando al embajador cubano. Prosiguió un año más de este inestable equilibrio entre facciones y a fines de 1983 una huelga en la mina de aluminio de Alcoa provocó la caída de la mayor parte de los intelectuales de izquierda incorporados al régimen.

Bouterse intentó entonces una alianza con el sindicalismo, que demandaba una mezcla de democracia y corporativismo, y fue así que se convocó a una Asamblea Constituyente, sin el trámite de las elecciones, con 14 delegados del partido oficialista (llamado Movimiento 25 de Febrero), 11 de los sindicatos (hasta el día anterior opositores) y 6 de las organizaciones patronales. Esto fue una bofetada para estas últimas, que no aceptaron participar y demandaron negociaciones más concretas. Bouterse y sus nuevos aliados se resistieron a esto, pero, al final, en 1985, el gobierno inició conversaciones con los grupos políticos (étnicos) tradicionales, así como con agrupaciones religiosas. Se lanzó entonces un programa de normalización de dos años, siempre dirigido por Bouterse, que finalizaría con elecciones competitivas y un retorno al régimen civil en 1987.

En 1991, con la victoria de una coalición de predominio empresarial y muy heterogénea opositora a Bouterse, el New Democracy and Development Front (“New Front”, que incluía al viejo NPS), compitiendo contra un movimiento dirigido por Bouterse, el National Democratic Party (NDP), de orientación más populista, finalizó el período de “caos cívico-militar”. Se inició entonces una alternancia en el poder de ambos grupos, siempre en coaliciones dada la proliferación de pequeños partidos necesarios para formar una mayoría, aunque la dualidad básica sigue siendo entre una centroderecha encabezada por el profesor Ronald Venetiaan (New Front, 1991-1996 y 2000-2010) y un populismo, el NDP de Bouterse, que gobernó con un lado del exdictador entre

1996 y 2000, y con el mismo Bouterse, elegido en 2010 y reconvertido a la democracia, aunque plagado de denuncias judiciales internacionales que le dificultan viajar fuera del país.¹⁸

¹ [Ronald M. Schneider, *Communism in Guatemala, 1944-1954*, Nueva York, Praeger, 1955 \[trad. esp.: *Comunismo en Latinoamérica. El caso Guatemala*, Buenos Aires, Ágora, 1959\]; Peter Calvert, *Guatemala. A Nation in Turmoil*, Boulder, Westview Press, 1985; Sheldon B. Liss, *Radical Thought in Central America*, Boulder, Westview Press, 1991; Héctor Pérez Brignoli, *Breve historia de Centroamérica*, Madrid, Alianza, 1985.](#)

² [Michael McClintock, *The American Connection*, vol. 2: *State Terror and Popular Resistance in El Salvador*, Londres, Zed Book, 1985, pp. 283-296; Jorge Cáceres P., Rafael Guidos Béjar y Rafael Menjívar Larín, *El Salvador: una historia sin lecciones*, San José de Costa Rica, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, 1988.](#)

³ [Steven Levitsky y Lucan Way, “The Rise of Competitive Authoritarianism”, en *Journal of Democracy*, núm. 13, 2002.](#)

⁴ [Arturo Fernández, *Partidos políticos y elecciones en Honduras en 1980*, Tegucigalpa, Guaymuras, 1981; Daniel Slutzky y Esther Alonso, *Empresas transnacionales y agricultura: el caso del enclave bananero en Honduras*, Tegucigalpa, Universitaria, 1982; James A. Morris, *Honduras. Caudillo Politics and Military Rule*, Boulder, Westview Press, 1984.](#)

⁵ [Jaime Wheelock y Luis Carrión, *Apuntes sobre el desarrollo económico y social de Nicaragua*, Managua, Secretaría Nacional de Propaganda y Educación Política del Frente Sandinista de Liberación Nicaragüense, 1980; Sergio Ramírez, *El alba de oro. La historia viva de Nicaragua*, México, Siglo XXI, 1983; Carlos Vilas, *Perfiles de la revolución sandinista*, Buenos Aires, Legasa, 1984; Florence Babb, *After the Revolution. Mapping Gender and Cultural Politics in Neoliberal Nicaragua*, Austin, University of Texas Press, 2001.](#)

⁶ [David Close, *Nicaragua. Politics, Economics and Society*, Londres, Pinter, 1988; Kent Norsworthy, *Nicaragua: A Country Guide*, Albuquerque \(NM\), The Inter-Hemispheric Resource Center, 1989; Thomas W. Walker \(ed.\), *Nicaragua. The First Five Years*, Nueva York, Praeger, 1985; Carlos Vilas, *La revolución*](#)

sandinista, Buenos Aires, Legasa, 1984, y “Especulaciones sobre una sorpresa: las elecciones en Nicaragua”, en Desarrollo Económico, núm. 30, 1990.

⁷ Charles D. Ameringer, Don Pepe. A Political Biography of José Figueres of Costa Rica, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1978; John Patrick Dell, Crisis in Costa Rica. The 1948 Revolution, Austin, University of Texas Press, 1971; Jacobo Schifter, La fase oculta de la guerra civil en Costa Rica, 2ª ed., San José, Editorial Universitaria Centroamericana, 1981; John Booth y Mitchell Seligson (comps.), Elections and Democracy in Central America, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1989; Mitchell Seligson, “Trouble in Paradise. The Impact of the Erosion of System Support in Costa Rica”, en Latin American Research Review, núm. 37, 2002.

⁸ Omar Torrijos, La batalla de Panamá, Buenos Aires, Eudeba, 1973; Sharon Phillips Collazos, Labor and Politics in Panama. The Torrijos Years, Boulder, Westview Press, 1991.

⁹ Carmelo Mesa Lago, Dialéctica de la Revolución Cubana: del idealismo carismático al pragmatismo institucionalista, Madrid, Playor, 1979, p. 219, y La economía en Cuba socialista, Madrid, Playor, 1983; Robert M. Bernardo, The Theory of Moral Incentives in Cuba, Alabama, University of Alabama Press, 1971; Maurice Halperin, The Rise and Decline of Fidel Castro. An Essay in Contemporary History, Berkeley, University of California Press, 1972.

¹⁰ Carmelo Mesa Lago, op. cit., pp. 111-115.

¹¹ Edward González, Cuba under Castro. The Limits of Charisma, Boston, Houghton and Mifflin, 1974; Maurice Zeitlin, Revolutionary Politics and the Cuban Working Class, Nueva York, Harper and Rowe, 1970 [trad. esp.: La política revolucionaria y la clase obrera cubana, Buenos Aires, Amorrortu, 1973]; Pedro Ramón López Oliver, Cuba: crisis y transición, Coral Gables (FL), Research Institute for Cuban Studies-North South Center, University of Miami, 1992; Amnesty International, Political Imprisonment in Cuba, Washington DC, The Cuban American National Foundation, 1987.

¹² Véase de Juan Bosch, The Unfinished Experiment. Democracy in the Dominican Republic, Londres, Pall Mall, 1966, El próximo paso. Dictadura con respaldo popular, Santo Domingo, Max, 1971, y Capitalismo, democracia y liberación nacional, Santo Domingo, Alfa y Omega, 1983.

¹³ [Jonathan Hartlyn, The Struggle for Democratic Politics in the Dominican Republic, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1998 \[trad. esp.: La lucha por la democracia política en la República Dominicana, Santo Domingo, Funglode, 2008\].](#)

¹⁴ [Lorimer Denis y François Duvalier, Le problème des classes sociales à travers l'histoire d'Haiti, Port au Prince, Les Griots, 1948 \[trad. esp.: Problema de clases en la historia de Haití, sociología política, Puerto Príncipe, Al Servicio de la Juventud, 1964\]; Leslie Manigat, Ethnicité, nationalisme et politique: le cas d'Haiti, Nueva York, Connaissance d'Haiti, 1974, y De un Duvalier a otro. Itinerario de un fascismo de subdesarrollo, Caracas, Monte Ávila, 1982.](#)

¹⁵ [J. H. Parry, P. M. Sherlock y A. P. Maingot, A Short History of the West Indies, Londres, Macmillan Caribbean, 1956; Michael Craton y James Walvin, A Jamaican Plantation. History of Worthy Park, 1670-1970, Londres, W. Allen, 1970; Orlando Patterson, The Sociology of Slavery. An Analysis of the Origins, Development and Structure of Negro Slave Society in Jamaica, Londres, McGibbon & Kee, 1967; Adam Kuper, Changing Jamaica, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1976; John D. Forbes, Jamaica: Managing Political and Economic Change, Washington DC, American Enterprise Institute, 1985; Kathleen Monteith y Glen Richardson, Jamaica in Slavery and Freedom, Kingston, University of West Indies Press, 2002.](#)

¹⁶ [Bridget Brereton, A History of Modern Trinidad, 1783-1962, Oxford, Heinemann International, 1981. El rol del gobernador permanecería después de la independencia representando a la Corona y a la unidad de la Commonwealth.](#)

¹⁷ [Kemp Ronald Hope, Guyana. Politics and Development in an Emergent Socialist State, Oakville, Ontario, Mosaic Press, 1985; Andrés Serbin, Guyana, Caracas, Bruguera, 1979; Rita Giacalone de Romero \(comp.\), Guyana hoy, Mérida, Corpoandes, 1982; Frank Birbalsingh, The People's Progressive Party of Guiana, 1950-1992. An Oral History, Londres, Hansib, 2007.](#)

¹⁸ [Henk E. Chin y Hans Buddingh \(eds.\), Surinam. Politics, Economics and Society, Londres, Frances Pinter, 1987; Betty Sedoc Dahlberg \(ed.\), The Dutch Caribbean. Prospects for Democracy, Nueva York, Gordon and Breach, 1990.](#)

VII. LA DEMOCRATIZACIÓN Y LOS INICIOS DEL SIGLO XXI

LA TRANSICIÓN BRASILEÑA

En Brasil, el régimen militar, recubierto con una fuerte capa legalista, comenzó a sentir presiones de cambio hacia el fin de los años setenta, cuando ya se había experimentado un notable progreso económico. El desarrollo industrial y el crecimiento de las ciudades creaban capas sociales que demandaban una mayor parte en las decisiones, tanto en niveles populares como empresariales. La posibilidad de que pudieran darse explosiones violentas si no se hacían algunos cambios no debe haber estado ausente de los cálculos en las esferas dirigentes. Como señal de la búsqueda de nuevas orientaciones, fue significativa la actitud del general Afonso Albuquerque Lima, miembro más destacado de un sector nacionalista, que nunca dejó de estar presente en las Fuerzas Armadas brasileñas.

Albuquerque Lima diseñó al finalizar los años sesenta el Plan Rondon, inspirado en el militar que había explorado las zonas salvajes del oeste amazónico y establecido la presencia nacional en esos páramos. El plan consistía en ofrecer a los estudiantes universitarios y otros jóvenes con formación técnica reemplazar su servicio militar por un período igual de trabajo social en las zonas más inhóspitas del país, dirigidos por los uniformados. El objetivo –una apuesta riesgosa– era que en esas condiciones se diera una camaradería, resultado de un común descubrimiento del “país real”, sacando así a los jóvenes de sus utopías revolucionarias y dando a los militares una comprensión de la mentalidad de la juventud educada. El proyecto se aplicó en escala por cierto menor que la soñada por su creador, y no llegó a generar actitudes nuevas en ninguno de los dos sectores involucrados, quizá por lo reducido de su envergadura o por lo difícil que era producir cambios de la magnitud de los contemplados.

De hecho, la apertura fue bastante más difícil de controlar que lo pensado y se vio dificultada por la baja de la coyuntura económica internacional, debida al incremento del precio del petróleo en 1973. El presidente Ernesto Geisel (1974-1979) dio los primeros pasos hacia la liberalización, después de los duros años de Garrastazú Médici (1969-1974). El ablandamiento del sistema represivo, con la casi eliminación de la censura previa, reavivó el interés político en la

población. Las mayorías que fácilmente conseguía la oficialista Aliança Renovadora Nacional (ARENA) comenzaron a debilitarse, y se preveía una pronta reversión de los guarismos.

En el Gran San Pablo, los viejos líderes sindicales (pelegos) tenían dificultad en imponerse ante una fuerza de trabajo que de manera pragmática quería representantes serios para dialogar con los patrones. Fue así que emergió un grupo joven de dirigentes de mentalidad pragmática y “sin antecedentes” (tanto por esa mentalidad como por su juventud), de manera que la policía no atinó a obstaculizar su ascenso. Entre ellos, se destacaba Luiz Inácio Lula da Silva, para quien en las primeras etapas de su carrera, el ideal del sindicalista era el de las trade unions estadounidenses.

Pronto, sin embargo, a su alrededor se nuclearon los más diversos sectores de la izquierda independiente (salvo el Partido Comunista, que competía más con él) y de la nueva izquierda católica, inspirada en la Teología de la Liberación, muy fuerte en el país. En el Movimento Democrático Brasileiro (MDB), que se engrosaba con algunos restos dispersos del Partido Social Democrático (PSD), la heterogeneidad era creciente, pues dentro de sus filas se albergaban también muchos militantes comunistas inhabilitados para formar partido propio. El presidente Geisel entonces dictaminó que mil flores debían florecer, de ser posible, en el cuerpo del MDB. La obligatoriedad de formar sólo dos partidos fue abolida, y el resultado colmó las expectativas.

El oficialismo, contando con el cemento de sus vinculaciones con la bolsa del Estado, mantuvo prácticamente incólume su unidad, transformándose en el Partido Democrático Social. La sigla de ese partido, PDS, aparte de no significar nada, buscaba adrede una confusión con el fenecido PSD, o sea, con la derecha varguista, para recanalizar hacia sí en la medida de lo posible a ese electorado que podía estar tentado de volver a sus viejas alianzas. Las raíces principales del nuevo partido, sin embargo, estaban en la vieja Unión Democrática Nacional (UDN). Durante todo el régimen militar, la ARENA había tenido dos corrientes principales, conocidas en general como “ARENA Uno” y “ARENA Dos”, formadas por los militantes de los antiguos UDN y PSD. Ahora, aun perdiendo un poco del elemento PSD, se mantenía la unión bajo la sigla PDS.

La explosión, en cambio, fue la que sacudió al MDB. Su tronco principal se mantuvo apenas cambiando de nombre y adoptó el de Partido do Movimento Democrático Brasileiro (PMDB). Pero los sectores más “auténticos” del

trabalhismo, inspirados por el cuñado y heredero político de Goulart, Leonel Brizola, ya activo en los años sesenta, formaron tienda propia. No les fue posible retomar la sigla PTB (Partido Trabalhista Brasileiro), pues la sobrina nieta de Vargas llegó antes al registro electoral y la hizo suya, para transformarla pronto en un mero sello alquilado al mejor postor. Brizola tuvo que adoptar el nuevo nombre de Partido Democrático Trabalhista (PDT), que se convirtió en el principal vehículo de los sentimientos varguistas más radicalizados, incorporando además a sectores de origen izquierdista que consideraban conveniente utilizar canales populistas.

Aún más a la izquierda quedaban Lula y el complejo universo de los grupos marxistas extremos que lo rodeaban en una inestable alianza, y que formaron con él el Partido dos Trabalhadores (PT). El Partido Comunista, aún ilegal, decidió en cambio permanecer en el vientre del PMDB. Pero a la derecha, el antiguo MDB sufrió otra escisión, esta vez temporaria. Varios de sus líderes históricos más moderados, de raíces vinculadas con el PSD, se unieron a algunos dispersos del oficialismo para formar el Partido Popular (PP), que, como corresponde a su nombre, era el menos popular de todos y era afectuosamente apodado “el partido de los banqueros”. Este engendro, de todos modos, no duró mucho, y pronto sus integrantes volvieron a los otros troncos, que de esta manera quedaron formando este espinel (dejando de lado a los irrelevantes), de derecha a izquierda:¹

el PSD, trasmutación de la ARENA, a su vez formada por la UDN liberal-conservadora y buena parte del PSD kubitschekiano, o sea, la derecha varguista;

el PMDB, ex MDB, a su vez alimentado por el viejo PTB (izquierda varguista) y algunos sectores del PSD;

el PDT, escisión del MDB que tomaba a los grupos más militantes del antiguo PTB;

el PT, con gente nueva, incluyendo algunas migajas del MDB.

El sistema continuó liberalizándose con una serie de tises y aflojes entre el gobierno y la oposición, que inexorablemente fue dando más peso a esta última,

a pesar de las astucias y los intentos oficialistas de dividir a las fuerzas adversarias. Llegó el momento, en las elecciones de gobernadores de 1982, en que los principales estados estuvieron en manos del PMDB, que, a pesar de sus rivales a la izquierda –el PDT y el PT, por ese entonces, débiles–, se perfilaba como el principal partido nacional. Hubo una demanda popular para establecer la elección directa de presidente, sustituyendo al Colegio Electoral, que estaba formado por el Congreso pleno más seis representantes extras por cada estado (lo que fortalecía a los distritos chicos fácilmente controlables por el oficialismo conservador). Esta campaña de “¡diretas já!” no consiguió su objeto, pero movilizó masivamente a la opinión realizando imponentes concentraciones que se beneficiaban de las renacientes libertades.

Había que dar la pelea en el Colegio, entonces, para la renovación de 1985, lo que fue rechazado por los sectores más radicalizados, o sea, ciertas facciones dentro del PMDB, el PDT brizolista y el PT de Lula. El PMDB, si quería ganar en ese difícil y bastante tramposo terreno, tenía que presentar un candidato súper moderado, Tancredo Neves, para captar los votos de muchos representantes de dudosa lealtad partidaria, que oscilarían entre oficialismo y oposición independientemente de los sellos de goma bajo los cuales habían sido elegidos. La maniobra de la oposición se vio coronada por el éxito sólo porque el oficialismo se dividió.

Al proponer el sector del gobierno más duro la candidatura de Pablo Maluf, un grupo dirigido por el vicepresidente Aureliano Chaves se separó del oficialismo para formar el Partido da Frente Liberal (PFL). Éste negoció con el PMDB una fórmula conjunta, y le tocó el segundo término a uno de sus principales dirigentes, José Sarney. Con el triunfo de esta fórmula en el Colegio Electoral, se terminó la larga transición brasileña en 1985.

En realidad, fue sólo el inicio de un largo camino, pues la muerte intempestiva de Neves llevó a la primera magistratura a una persona que, habiendo sido un alto personaje del último gobierno militar, era muy poco respetada, aunque su investidura fuera completamente legal. Gobernó con el PMDB y su propio PFL, pero le faltó arraigo en la opinión pública, de manera que a los numerosos e intratables problemas económicos tuvo que añadir uno de legitimidad que le dificultó enormemente su gestión.

Ya para este momento, la libertad de formación de partidos políticos era total, y entonces la cariocinesis operó sin ningún control. Principal víctima fue el

PMDB, que estalló en mil pedazos y llegó a la renovación presidencial en 1989 (ahora sí por elecciones directas) con un caudal electoral reducidísimo. Un grupo de prestigiados técnicos y profesionales emigró hacia el Partido da Social Democracia Brasileira (PSDB), con ideas socialdemócratas, aunque pocas estructuras del tipo de las que sostienen a esa clase de partidos en otras partes del mundo. De todos modos, sobre la base de haber heredado a unos cuantos políticos con experiencia, consiguió el 10% de los sufragios en la primera vuelta presidencial. Por motivos más personalistas, el PMDB perdió a varios dirigentes fuertes en determinados estados, los que formaron partidos con siglas de fantasía que sólo aportaban estructuras clientelistas. La votación de la izquierda, representada por el PDT y el PT, subió al 15% aproximadamente para cada uno de esos partidos.

El fenómeno inesperado, lanzado en buena medida por la cadena de televisión O Globo, fue el de Fernando Collor de Mello, de una familia empresaria nordestina muy fuerte, quien creó una sigla partidaria (Partido de Renovación Nacional, PRN) y alcanzó el 35% de los votos. En la segunda vuelta tuvo que enfrentarse con Lula, a quien venció por escaso margen absorbiendo a los muchos fragmentos partidarios locales. El problema era que en el Congreso prácticamente no tenía apoyo.

La renovación legislativa que se hizo en Brasil unos meses después de la elección del Ejecutivo le dio muy poco apoyo, pues el fenómeno de fascinación con una “cara nueva” que prometiera cambios profundos no se extendió a quienes fueron endosados por él localmente. En alguna medida, se reproducía, en otro hemisferio político, el fenómeno apuntado al ver el caso de Goulart acerca de la tendencia del electorado brasileño a dar una respuesta a nivel nacional distinta a la que otorgaba en escala local.

El gobierno de Collor, como el de su antecesor, no pudo parar la inflación, en buena medida por la endeblez de su apoyo político. El sistema de partidos, excesivamente fragmentado, se resistía a otorgar firmes mayorías que permitieran gobernar. Por otra parte, los programas económicos de Collor, de corte neoliberal, enfrentaron la oposición de los partidos populares (el PDT y el PT), que desempeñaron un papel de oposición sistemática, del tipo que en Argentina ejerció el peronismo durante la presidencia de Alfonsín.

Finalmente, en septiembre de 1992, después de una acumulación de denuncias por corrupción, el presidente fue acusado ante el Senado por la Cámara de

Diputados, que lo separó del cargo. Itamar Franco, el vicepresidente, lo reemplazó y formó una mayoría en el Congreso incorporando algunos elementos de los partidos opositores.² En 1993, Fernando Henrique Cardoso, conocido sociólogo y miembro del Congreso por el PSDB, fue designado ministro de Finanzas y lanzó el Plan Real, que creó una nueva moneda y consiguió parar la hiperinflación que por meses había estado superando el 50% mensual. Se estableció una paridad entre el dólar y el real, pero ello podía ir cambiando progresivamente por decisión del Ejecutivo, sin estar atado por una ley, como ocurrió en el caso argentino con el Plan de Convertibilidad de Domingo Cavallo, aprobado dos años antes, lo que hacía más difícil alterar la paridad sin crear una corrida al dólar.

El prestigio ganado por Cardoso con este exitoso plan le permitió presentarse triunfante a la elección presidencial a fines de 1994 (asumió el 1º de enero de 1995). Gobernó con una coalición de su, en teoría, socialdemócrata –pero, de hecho, centrista– partido, aliado a la derecha regionalista norteña del PFL y a sectores del también centrista pero muy heterogéneo PMDB. Cuatro años más tarde, fue reelegido con la misma base electoral, pero oscilantes aliados centristas y regionales. Su principal opositor fue el PT de Lula, que en segunda vuelta se presentó aliado con el PDT de Brizola, de raíces varguistas de izquierda.

En el año 2002, Lula se impuso en segunda vuelta, de nuevo contando con el apoyo del PDT y otros grupos menores. Estos partidos a menudo cambiaron de nombre y de estrategias aliancistas, dificultando la tarea presidencial, pero sin impedirla. Lula se vio obligado a tejer y destejer alianzas con numerosos grupos centristas, llegando hasta un acuerdo con el derechista Partido Progresista, muy apoyado por la gran burguesía paulista. Contando con el fuerte apoyo sindical de la Central Única dos Trabalhadores (CUT) y de grupos proletarios rurales, dirigió exitosamente el desarrollo económico del país moderando sus iniciales orientaciones muy izquierdistas y expulsando de su partido a quienes continuaban en ellas.³

En el año 2006, volvió a vencer a la oposición de centroderecha basada en la alianza del PSDB de Cardoso con el PFL regionalista (más tarde rebautizado Os Demócratas). Al finalizar su segundo mandato, la nueva candidata de su partido, Dilma Rousseff, se consagró presidenta a fines de 2010.

DIVERSIDAD DE TRANSICIONES: PERÚ, ECUADOR, BOLIVIA Y PARAGUAY

Perú

En Perú, el régimen militar entró en crisis a mediados de los años setenta sin poder hacer cuajar su esquema de movilización popular y golpeado por la crisis económica, en parte ocasionada por la desaparición aguas adentro del Pacífico de la anchoveta. En 1975, un golpe interno alejó a Velasco Alvarado, sustituido por el más conservador Francisco Morales Bermúdez, que decidió reconciliarse con los partidos políticos y planear un gradual retorno a la normalidad.

Fue así que se llegó a elecciones para una constituyente en 1978, en las que el aprismo sacó una mayoría, lo que hizo prever su pronto acceso al poder. Esa mayoría fue en parte debida a la abstención de Acción Popular, descontenta con la forma de convocación de la Asamblea. Al final, las elecciones presidenciales de 1980 se realizaron sin la presencia de Haya de la Torre, recientemente fallecido, lo que indujo una crisis de sucesión y división en su partido. El que se impuso fue Fernando Belaúnde Terry, quien esta vez pudo completar su período constitucional (1980-1985), con la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) debilitada y la presencia inquietante de un nuevo fenómeno, la Izquierda Unida, que agrupaba a una plétora de partidos marxistas.

La Izquierda Unida se perfilaba como una seria contendiente del APRA por el apoyo popular, fuerte en sindicatos y sectores estudiantiles. Paralelamente, de todos modos, se iba generando una guerrilla, Sendero Luminoso, de ideología mucho más extrema que la de los años sesenta, esta vez bajo advocación maoísta, pero incorporando elementos del milenarismo incaico.⁴

La etapa de gobierno de Belaúnde ayudó a facilitar la transición democrática. Una victoria de Izquierda Unida hubiera sido decididamente inaceptable para el establishment cívico-militar. Incluso un gobierno aprista hubiera tensado en

exceso las relaciones, debido a los ancestrales odios existentes, aunque éstos habían disminuido mucho en la última década ante el surgimiento de nuevos contendientes más radicalizados.

El test se dio al terminar Belaúnde su período y perder gran parte de su prestigio como resultado de los siempre presentes problemas económicos. En los comicios, el APRA se presentaba muy renovada con el liderazgo carismático de Alan García, que había unificado al partido con un enfoque más de izquierda. Obtuvo de esa manera la máxima votación que el partido nunca había alcanzado, casi el 50% del total, flanqueado por una Izquierda Unida con poco más del 20%. La Acción Popular quedó reducida al 8%, formando parte de un conjunto de centroderecha en el cual el Partido Popular Cristiano tenía el principal rol.

La función de transición de Belaúnde Terry y su posterior eclipse se parecen a lo ocurrido en España con la Unión de Centro Democrático (UCD) de Adolfo Suárez, que dio tiempo para que las actitudes de los varios actores políticos se adaptaran a la perspectiva de un gobierno ejercido por un partido popular de antiguas tradiciones revolucionarias, el Partido Socialista Obrero Español (PSOE). La evolución desde esas actitudes hacia otras de cuño reformista fue un proceso de largo plazo que se dio en ambos países. Pero el hecho de su derrota a manos de un partido moderado (en 1975 en España y en 1980 en Perú) forzó a sus cuadros dirigentes a adecuar su política, pues se volvía claro que la identidad entre “izquierdismo” y “pueblo” no era tan clara como una generación anterior había creído.⁵

A pesar de las condiciones políticas favorables con que se inició su período, la gestión de Alan García no fue feliz. Pretendió mantenerse en la línea clásica populista y estatista favorecida por la ideología de su partido, lo que en las nuevas condiciones internacionales se hacía cada vez menos eficaz. A mediados de su gestión, procuró reorientarse en su política económica, pero sin éxito. Por otra parte, no pudo controlar la corrupción y así fue perdiendo cada vez más apoyos.

Cuando se planteó la renovación presidencial en 1990, se había dado una importante mutación en el cuadro partidario nacional, aparte de lo que implicara la presencia de la fuerte guerrilla de Sendero Luminoso. La derecha siempre había sido débil en votos en el país. Ahora, ella tenía un nuevo aporte en la persona del conocido escritor Mario Vargas Llosa, convertido al neoliberalismo. El partido que fundó, con amplio apoyo empresarial, denominado Movimiento

Libertad, se coaligó con la derecha clásica (el Partido Popular Cristiano y la muy debilitada Acción Popular del expresidente Belaúnde Terry), y todo parecía augurarle un seguro triunfo ante el desprestigio en que había caído el APRA. La Izquierda Unida, aunque fuerte en sectores sindicales y estudiantiles, y prestigiada por el liderazgo del antiguo alcalde de Lima, el popular Alfonso “Frijolito” Barrantes, no parecía ser candidata al primer lugar, aunque se convertía en un protagonista fuerte de la escena política. Lo inesperado ocurrió con la súbita aparición de la candidatura del Alberto Fujimori, un ingeniero con pocos antecedentes políticos, pero vocación tecnocrática. Con una campaña con matices progresistas y propulsado por la televisión al primer plano –un poco como Collor en Brasil–, consiguió llegar en primer lugar aventajando a Vargas Llosa, con el APRA en tercer lugar y la Izquierda Unida muy golpeada al final del pelotón. Lo que ocurrió fue que gran parte del electorado aprista y una buena fracción aun de su dirigencia favorecieron a Fujimori para contrarrestar la casi segura victoria de la derecha.

Fujimori, que no contaba con suficiente apoyo legislativo, se vio muy trabado en su gestión, mientras el deterioro económico y la guerrilla continuaban desbocados. Al final, no resistió a aplicar sus modelos tecnocráticos expeditivos a la política y efectuó un autogolpe de Estado, disolviendo el Congreso. Prometió de esta manera llevar a cabo su programa sin cortapisas, pero enfrentó serias resistencias de la opinión pública internacional y gestiones de la Organización de Estados Americanos (OEA), preocupados por este mal ejemplo. Al poco tiempo, convocó a elecciones libres en que emergió un nuevo Congreso, esta vez con un importante sector propio. Su gobierno fue eficaz en muchos aspectos, pero corroído por la corrupción y la siempre fuerte presencia de Sendero Luminoso. En 1995, consiguió ser reelegido para la primera magistratura, y cinco años más tarde, se preparaba para que una mayoría adicta en el Congreso le permitiera presentarse para un tercer período. La reacción general fue muy grande, y al final tuvo que renunciar a ese proyecto y enfrentar procesos legales que lo obligaron a exiliarse en Japón.

El nuevo siglo presenció una fragmentación del esquema partidario, con nuevos sellos muy personalistas que emergieron ante cada consulta popular. Durante la presidencia de Alejandro Toledo (2001-2005), aunque sin una estructura sólida partidaria, tuvo lugar no obstante un crecimiento económico incipiente y la declinación de Sendero Luminoso.

En 2006, se simplificó el panorama partidario con una derecha nueva, Unidad

Nacional, dirigida por Lourdes Flores, enfrentando a un aprismo bastante recuperado y ahora dirigido nuevamente por Alan García, retornado de un exilio en Colombia debido a los juicios que pendían sobre él por corrupción, de los que pudo zafar. La popularidad entre ambos candidatos –en alguna medida, tradicionales– se vio complicada por la súbita aparición de un nuevo movimiento, el Partido Nacionalista Peruano, encabezado por el militar Ollanta Humala, que sostenía un muy ultrapatriótico y radical “etnocacerismo” inspirado en el ejemplo del general Andrés Cáceres de la guerra del Pacífico, con una imagen que recordaba en alguna medida a la de Hugo Chávez en Venezuela. Tras los comicios, llegó en primer término Ollanta con el 30% de los votos, con un empate técnico entre Alan García y Lourdes Flores, aunque con leve mayoría de García. En la segunda vuelta, ambos se unieron y quedó entonces vencedor el aprista, ya muy reciclado y convertido a la economía de mercado y los convenios de libre comercio con Estados Unidos. Se estaba dando una alianza entre el tradicional populismo ya muy integrado al sistema político y la derecha, contra el nuevo populismo, visto como amenazante para el sistema democrático. De hecho, la prédica de Ollanta no era como para tranquilizar a muchos. La nueva gestión de Alan García fue exitosa en cuanto a crecimiento económico, pero no pudo consolidar la presencia de su partido en la opinión pública. Personalmente, García seguía siendo popular y tenía aún el control de su partido, pero éste se había debilitado, casi convirtiéndose en un séquito personal del jefe.

Al final, en el año 2011, el APRA se abstuvo de presentarse y la lucha quedó circunscripta a un duelo entre Ollanta Humala (ya más moderado en sus planteos) y un fujimorismo revivido, como clara variante de derecha, que perdió por escasísima diferencia. Al parecer, se dio la casi completa sustitución del viejo populismo de orientación socialdemócrata por otro de tipo nacionalista, aunque la capacidad del APRA de recuperarse tuvo ya en el pasado varios episodios exitosos.⁶

Ecuador

En Ecuador, el cuarto gobierno de Velasco Ibarra (1968-1972) transcurrió sin demasiadas novedades, salvo que hacia su finalización fue obvio que Assad Bucaram saldría vencedor, dada la imposibilidad de la reelección del presidente.

Los militares, ya trabajados por el modelo peruano y deseosos además de impedir la desestabilización que seguramente acompañaría a una presidencia en manos de “don Buca”, se resolvieron a asumir el poder, esta vez sin pensar en dárselo enseguida a alguna facción civil. Los primeros momentos de su gobierno (1972-1978) fueron muy renovadores, bajo el general Guillermo Rodríguez Lara, para luego perder envión. A pesar de la prosperidad generada por el descubrimiento y la explotación de grandes yacimientos de petróleo, la inestabilidad perduró con luchas internas que finalmente forzaron a una apertura electoral en 1978 (con segunda vuelta en 1979).

El problema seguía siendo Bucaram, que fue vetado. Su yerno Jaime Roldós lo reemplazó, llegando al poder con el 27% de las preferencias de un electorado muy fragmentado, aunque en la segunda vuelta consiguió el imponente 68%. Es decir, sumó no sólo los votos opositores al statu quo, sino también una buena parte de los de la derecha.⁷

La muerte prematura del presidente dio el poder a su vice, Osvaldo Hurtado, quien consiguió completar su período. En 1984, con un electorado siempre muy fragmentado, se impuso la derecha, con León Febres Cordero (1984-1988) al frente de un Partido Conservador muy influido por ideas socialcristianas. La prosperidad petrolera ya estaba quedando atrás, aunque con un país bastante cambiado.

El sindicalismo y otros sectores progresistas de la opinión pública, cansados de los partidos tradicionales y del muy personalista populismo de Roldós, se fueron congregando en la Izquierda Democrática, que finalmente salió triunfante en 1988, imponiendo a Rodrigo Borja (1988-1992) tras dirimir en la segunda vuelta el cargo con el populismo de Guayaquil dirigido por un sobrino de Assad Bucaram, Abdala. El programa reformista que se esperaba no pudo ser realizado más que en pequeña medida, ante las presiones económicas comunes a toda el área, que obligaron a adoptar políticas económicas neoliberales. El resultado fue que en 1992 se impuso la derecha, pero en 1996 volvió al ruedo Abdala Bucaram con un programa de izquierda y una actitud teatral que lo llevó en la televisión a ofrecer en venta sus bigotes. Fue depuesto en 1997, por supuesta alteración mental, por una mayoría en el Congreso, lo que inauguró un período de anarquía cívico-militar que duró hasta el año 2006, en que se impuso en las urnas un nuevo dirigente popular de origen académico, Rafael Correa, con un movimiento político de izquierda nacionalista.

Durante esa anarquía, ocurrieron diversos episodios para nutrir la antología de ese tipo de situaciones, como los siguientes:

En 1998, ganó las elecciones un candidato de la derecha, Jamil Mahuad.

En el año 2000, el coronel Lucio Gutiérrez dio un golpe de Estado con apoyo del movimiento indigenista Pachakutik, alarmando a los sectores de la clase alta.

Enseguida, el general Carlos Mendoza lo depuso, generando entre los grupos indígenas el sentimiento de haber sido traicionados por los militares.

En 2002, Lucio Gutiérrez, con su apoyo original, fue elegido presidente, pero pronto el movimiento Pachakutik pasó a la oposición y se sucedieron continuas protestas populares ante la política neoliberal adoptada.

En 2005, una minoría opositora, sesionando sin quórum en el Congreso, lo depuso con apoyo militar, convocando nuevas elecciones.

Esta anarquía cívico-militar terminó en 2006, cuando unas nuevas elecciones dieron una sólida mayoría a Rafael Correa, al frente de su Alianza PAIS (Patria Altiva y Soberana), y luego un referéndum y cambio constitucional le permitieron ser reelegido en 2009. Su política es una versión más moderada y menos personalista del “socialismo del siglo XXI” del venezolano Hugo Chávez, enfrentando una gran oposición de la prensa y la televisión tradicional, algunos de cuyos medios fueron cerrados con causas legales. En 2010, una huelga policial degeneró en un intento de golpe de Estado con el presidente preso en un cuartel, pero sectores de las Fuerzas Armadas lo repusieron en el poder, retornando a la normalidad. En esa ocasión, fue importante la solidaridad latinoamericana de la recientemente constituida Unión de Naciones Sudamericanas (UNASUR) y de Estados Unidos.

Bolivia

En Bolivia, la dictadura de Banzer iniciada en 1971 como reacción ante los excesos de la Asamblea Popular y el movilizacionismo del general Juan José Torres (1970-1971) se sintió con suficiente fuerza como para convocar a elecciones competitivas –si no totalmente honestas– para 1978. Nunca se supieron ni probablemente se sabrán los verdaderos resultados de esta compulsa. El gobierno afirmó que su delfín, el general Juan Pereda, había ganado por amplio margen. La opinión pública estuvo convencida de que la victoria había sido de una fracción del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), denominada MNR de Izquierda (MNRI), dirigida por el veterano Hernán Siles Suazo, aliada con los cristianos de izquierda del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) y con el Partido Comunista.

La protesta cívica consiguió que el Tribunal Electoral invalidara el proceso y convocara a la ciudadanía a sufragar de nuevo. En ese momento, el ofendido general Pereda asumió el poder desplazando a su mentor Banzer, pero al poco tiempo un nuevo movimiento militar lo relegó y volvió a plantear las elecciones. Éstas se realizaron al año siguiente (1979), dando una ajustada victoria a la arriba aludida alianza de izquierdas.

El equilibrio, reflejado en el Congreso, al que correspondía decidir a falta de una mayoría absoluta, inauguró una “anarquía civil” que les trajo a las instituciones casi tanto desprestigio como la recién superada “anarquía militar” a los uniformados. Ante la imposibilidad de llegar a un acuerdo, se nombró a un presidente provisorio, el exmovimientista moderado Walter Guevara Arce, para que luego de un año consultara de nuevo la voluntad popular.

De inmediato, el general Alberto Natusch Busch dio un golpe de Estado, aunque enfrentando una seria resistencia cívica de los partidos y de la central sindical, la Central Obrera Boliviana (COB). A continuación tuvo lugar un breve período de represión, pero al final la resistencia civil obligó al gobierno a negociar, entregando provisoriamente el poder a la movimientista histórica Lydia Gueiler y convocando a una tercera elección. Los resultados se repitieron, y esta vez los partidos se apresuraron a proclamar presidente a Siles Suazo.

No les valió: el general Luis García Meza derrocó a las autoridades, prohibió la actividad de todos los partidos políticos e inició otra matanza masiva de opositores en la capital y en los centros mineros, que fueron persistentemente

bombardeados. Fue asesinado el exministro Marcelo Quiroga Santa Cruz, fundador de un promisorio Partido Socialista, que para distinguirse de los muchos homónimos se había dado el apelativo de “Socialista Uno” (PS-1). Con todo esto, sólo se consiguió recaer en la peor anarquía militar, con dos golpes internos destinados a borrar la impresión que se tenía en amplios círculos nacionales y extranjeros de que el país estaba gobernado por el narcotráfico.

La solución fue admitir los resultados de la última elección, llevando a Siles Suazo con su vice Jaime Paz Zamora a ocupar el Palacio Quemado. Con este cambio, se terminó un período de anarquía tanto civil como militar que al parecer fue incorporada a la memoria histórica de las elites políticas de este país. Pero la situación económica, a diferencia de la política, estaba lejos de haberse recompuesto y terminó en una de las mayores hiperinflaciones que jamás se hayan experimentado.

En 1985, la candidatura del general Banzer se perfilaba como muy fuerte, mientras que la izquierda en el poder había perdido credibilidad y estaba internamente escindida. Los sufragios dieron una mayoría al antiguo líder movimientista Paz Estenssoro, que llegó al gobierno tras concertar una alianza de “governabilidad” con la Acción Democrática Nacional (ADN) de Banzer y la derecha del Partido Demócrata Cristiano (PDC).

Durante su etapa en el gobierno, el MNR adoptó los más ortodoxos esquemas recomendados por el Fondo Monetario Internacional (FMI), convirtiéndose en el alumno modelo de la banca internacional. En 1989, parecía que el delfín del MNR, Gonzalo Sánchez de Losada, podría imponerse, sobre la base de su éxito en liquidar la inflación como ministro de Economía. Sin embargo, ese resultado se había conseguido a un precio social excesivo. La derecha más neta, por otra parte, prefería votar por Banzer, dueño del producto genuino, más que por el ersatz de un MNR cuya conversión no era, para muchos, del todo convincente. Los guarismos dieron prácticamente un empate entre el MNR histórico y el general Banzer, con el 23% de los votos cada uno, y el muy cercano 20% para la izquierda, ahora representada por el MIR, ya que el MNRI de Siles había prácticamente desaparecido. Los otros partidos de izquierda más extrema, desde el Partido Revolucionario de Izquierda Nacionalista (PRIN) de Lechín al Partido Obrero Revolucionario (POR) trotskista y al Partido Comunista de Bolivia (PCB), eran fuertes en los enclaves sindicales y mineros, pero no en términos de votos a escala nacional. El campesinado se seguía dividiendo entre el populismo tradicional de Paz Estenssoro y un conservadurismo popular que confiaba en

Banzer como protector, a la vez de sus energías productivas y de los poco ortodoxos títulos de propiedad dados por la revolución boliviana.

Como de nuevo faltaba una mayoría absoluta, se fue al juego de las alianzas, agregando un golpe más a la atribulada grey de los creyentes políticos: Paz Zamora, el último en llegar a la meta, aceptó los votos de la derecha banzerista (ADN) con tal de impedir el continuismo del MNR histórico de Paz Estenssoro. La ADN esperaba, por supuesto, una retribución del favor en la próxima ocasión. La política económica fue básicamente mantenida, bajo los ojos vigilantes de la ADN.

En 1993, llegó el momento de que el MIR de Paz Zamora apoyara a Banzer, pero la convergencia fue un fracaso y el candidato obtuvo apenas la mitad de los votos sumados de sus dos componentes en la última elección. Fue así que se impuso el MNR histórico, con el empresario Gonzalo Sánchez de Losada, para inaugurar un proyecto ya muy neoliberal. La esperada reacción se dio con huelgas, motines y cortes de ruta, y así se llegó a 1997.

Como compromisos son compromisos, se volvió a dar el apoyo, esta vez exitoso, de Paz Zamora al general Banzer, que así llegó de manera democrática al Palacio Quemado. Pero la salud no lo acompañó, y en el año 2001 tuvo que renunciar, dejando a cargo a su vicepresidente hasta terminar el período en 2002. Al año siguiente, se volvió a presentar por el MNR histórico Sánchez de Losada, esta vez con éxito y con bastante apoyo de diversos partidos políticos. Pero la suerte no lo acompañó, las resistencias a su política inspirada por el FMI se magnificaron, con huelgas, bloqueos de rutas, agitación entre campesinos cocaleros dirigidos por el indígena Evo Morales con su Movimiento al Socialismo, y numerosos muertos, forzando su renuncia.

Tras una transición constitucional con coaliciones provisionarias de gobierno, las elecciones de 2005 le dieron el triunfo a Evo Morales con el 51% de las preferencias. El sistema político tradicional estaba totalmente desprestigiado, y se inauguraba así una nueva fase de cambio social, con fuerte movilización popular, aunque con la agresiva oposición regional en el rico oriente basado en el departamento de Santa Cruz y un Congreso sin una clara mayoría favorable. Así terminó lo que ya amenazaba ser una nueva anarquía cívica, y también se produjo la casi desaparición de los populismos clásicos, reemplazados por la ola continental de los regímenes afines a Hugo Chávez.

Paraguay

El final de la dictadura paraguaya contrasta con el convulsivo final del proceso boliviano. En Bolivia, se dio una extraña combinación de altísima violencia con escasa efectividad represora, de manera que la dictadura fue como un ciego dando mandobles en la oscuridad, con gran derramamiento de sangre, pero sin poder imponerse. En parte, esta situación se debió a la coexistencia de fuertes núcleos estructurales de resistencia popular, sobre todo en las minas, y a la diversidad de intereses sectoriales estimulados por el deterioro económico, dentro de la burguesía y las clases medias, a todo lo cual se sumó el abismo étnico existente entre clases altas y populares.

En Paraguay, en cambio, el autoritarismo de Stroessner fue mucho más sólido, acompañado por una expansión económica de la que fue a la vez efecto y causa coadyuvante. La mayor simplicidad de la estructura social paraguaya, unida a su homogeneidad étnica, hizo mucho más gobernable al país, por contraste con el Altiplano. La transformación en sentido democrático asumió entonces un cariz más “a la española” o según el modelo brasileño, aunque con particularidades propias.

Un golpe de palacio, dirigido por el general Andrés Rodríguez, con cuñado y hasta ese momento protegido del dictador, realizó una transformación que se planteó establecer libertades públicas sin perder el poder. En esto el régimen se vio favorecido por su carácter en alguna medida populista, o sea, por el apoyo que el Partido Colorado era capaz de obtener en la población civil.

Este apoyo se debía paradójicamente en buena medida a la represión y el terrorismo que por décadas se habían aplicado a la oposición, así como a los beneficios de todo tipo que se obtenían afiliándose al oficialismo. Pero en otras latitudes, esos mismos métodos no producían idénticos efectos. En Paraguay, como ya se vio, la naturaleza populista del régimen estaba consolidada por una dinámica distribución de tierras, usando extensiones fiscales.

Fue así como el coloradismo siguió aportando apoyo a la presidencia de Rodríguez, quien pudo transitar exitoso por elecciones pasablemente libres. El

Partido Colorado, siempre dividido en facciones, apartó a los seguidores de Stroessner, aunque su mayoría siguió siendo tradicionalista, con una pequeña minoría realmente decidida a renovar sus estructuras. El liberalismo radical ocupó una oposición moderada, mientras que en la izquierda formó un núcleo, Paraguay para Todos, capaz de ganar las elecciones municipales en la capital, pero de escasa relevancia en el resto del país.⁸ Otro núcleo, el Encuentro Nacional, se formó en torno del empresario Guillermo Caballero Vargas, con suficientes raíces en las familias históricas del país como para albergar alguna esperanza, al menos, de convertirse en la principal oposición.

Pareció entonces perfilarse una tripolaridad entre un populismo autoritario clásico ya muy reciclado (Partido Colorado), un centro (Partido Liberal Radical, con tendencias de izquierda) y una derecha empresarial que fue cambiando de dirigentes y de formaciones partidarias (Encuentro Nacional y luego Patria Querida). En el coloradismo, se posicionó con fuerza el general Lino Oviedo, con episodios golpistas infructuosos, pero fuerte popularidad en ese partido.

En 2007, se generó un nuevo movimiento en torno al obispo Fernando Lugo con apoyo del liberalismo, de cierta izquierda y del clero bajo (y oposición de la jerarquía católica), que ganó la presidencia. En la oposición, siguió fuerte Lino Oviedo, como un posible émulo de Hugo Chávez y de Ollanta Humala, pero anclado en el tradicional Partido Colorado.

En 2012, una acelerada sesión del Congreso destituyó al presidente Lugo, con escasas formalidades, generando una reacción de los demás países del área que posiblemente obligue a recomponer las instituciones.

LA IMPREVISTA TRANSICIÓN ARGENTINA

En Argentina, el régimen militar nunca consiguió el grado de estabilidad e institucionalización que adquirieron sus pares en Brasil y Chile. El intento de despersonalizar en alguna medida el ejercicio del poder no tuvo éxito. Ciertamente es que el general Jorge Rafael Videla fue *primus inter pares*, con un triunvirato de representantes de cada fuerza. Pero cuando este triunvirato debió elegirle un sucesor para 1981, sólo con gran dificultad y al parecer por una mayoría de “dos tercios” se designó al general Roberto Viola, generando resentimiento en la Marina, que deseaba lanzar a su jefe, el almirante Emilio Massera, a roles más importantes.

Massera, en su búsqueda de aliados para confeccionar una nueva fórmula política, llegó hasta a sondear apoyos entre los Montoneros más pragmáticos, pero sin resultados. De todos modos, de principal violador de los derechos humanos se convirtió en crítico del régimen, posible ariete con el cual algunos opositores pensaron que se podía jaquear al gobierno. Los componentes de una eventual “anarquía militar” se estaban acumulando.

Dentro de este contexto, agravado por la persistencia de la crisis económica y el imparable aumento de la deuda externa, el general Leopoldo Galtieri se decidió a implementar un golpe y asumir la presidencia a fines de 1981. Ya la dictadura estaba visiblemente desprestigiada, e incluso su necesidad se volvía más problemática ante una cierta franja de la opinión, debido al desarme de la guerrilla.

Según se puede inferir, fue para remontar esta situación de aislamiento social y por verse contra la pared ante un previsible incremento de las demandas de retorno a la Constitución que Galtieri ordenó ocupar las Islas Malvinas en abril de 1982. Este gesto desesperado tuvo el conocido resultado, con lo que el régimen entró en su definitivo declive. Un movimiento interno depuso a Galtieri y lo reemplazó por el más institucional general Reynaldo Bignone, que se limitó a dirigir de la manera más ordenada y rápida posible una convocatoria a elecciones.

Para los comicios de 1983, todo el mundo pensaba que la victoria sería, como siempre cuando no había restricciones, de los peronistas. Sin embargo, no ocurrió así, en parte por el desorden en esa tienda política debido a la muerte del líder, y además, por la trama que mientras tanto había tejido Raúl Alfonsín desde la Unión Cívica Radical (UCR).

Alfonsín consiguió imponer a un grupo renovador en ese antiguo partido, y lo primero que hizo fue rodearse de gente venida de los más variados orígenes, en general, de izquierda moderada, incluyendo a muchos que habían tenido vinculación con el peronismo o el extremismo, interno o externo a ese movimiento. El resentimiento y la desilusión llevaron a una amplia franja de la intelligentsia y la juventud politizada a un rechazo frontal del peronismo, y a aceptar salidas reformistas y socialdemócratas. Este sector se fue aglutinando en torno a la figura de Alfonsín ante la debilidad de la izquierda tradicional, aún en buena parte nostálgica de las fórmulas marxistas leninistas.

Al crecer de esta manera su candidatura, ella se transformó en foco del antiperonismo, en su mayoría, de derecha moderada o de centro. Fue así como, sumando elementos bien desparejos del arco iris ideológico, Alfonsín terminó imponiéndose con algo más de la mitad del electorado, ante un peronismo abandonado por algunos de sus tradicionales aliados de centroizquierda y más aún por las huestes juveniles. Por eso se vio reducido al 40% de los sufragios. El resto quedó en diversas agrupaciones de derecha, regionalistas provinciales, y de izquierda, recalcitrantes a sumarse a las grandes mayorías.

La victoria radical facilitó la transición por dos motivos, de los cuales uno es obvio y el otro, más discutible. El obvio es que se trataba del partido con mayores convicciones democráticas en el país. El menos obvio es que significaba una menor amenaza para el establishment cívico-militar.

Contra esta interpretación, se arguye que había sectores militares que pensaban que se podrían entender mejor con los peronistas que con los radicales. Entre los peronistas, había también muchos que deseaban reanudar la antigua alianza entre ejército y pueblo, que había dado origen al movimiento. La presencia en el peronismo de ciertas minorías de orientación ideológica de extrema derecha, si no directamente fascistas, apuntaba en la misma dirección. Sin embargo, la mayor parte de los uniformados y de la derecha económica mantenían sólidos sentimientos antiperonistas y consideraban, en cambio, que nada tenían que temer del radicalismo. Al final, la derecha se volcó a votarlo aun con algunas

reticencias vencidas con facilidad ante la perspectiva alucinante de un retorno del peronismo y de las convulsiones de los años setenta.⁹

Durante su presidencia, Alfonsín tomó hacia los dirigentes del Proceso militar una actitud más dura –que terminó con todas las juntas presas por largos períodos– que la que hubiera podido implementar el peronismo. Esto se debió en buena medida a la característica básicamente moderada de la UCR, que no era vista como amenazante por ningún grupo social de peso. Cualquier acción parecida proveniente del justicialismo hubiera sido interpretada como venganza y hubiera suscitado los ancestrales sentimientos antiperonistas de la derecha y los militares, con la consiguiente desestabilización.

En el frente sindical hubo un intento de reformar por vía legislativa algunas de las prácticas de control abusivo por las mayorías, pero la gran resistencia del activismo gremial y la de una mayoría en el Senado (formada por justicialistas y partidos provinciales a veces aliados a ellos) lo hizo imposible.

La economía fue particularmente difícil de dominar, aunque el Plan Austral, sancionado en 1985, tuvo un éxito temporario en parar la inflación y dio réditos políticos en la inmediata elección de diputados. Pero a los dos años, otra renovación legislativa, unida a la de gobernadores de provincia, tentó al equipo alfonsinista a hacer concesiones que debilitaron el programa económico, y la alta inflación reapareció. Esta vez los guarismos electorales fueron desfavorables. Se impuso un peronismo muy renovado, con la dirección de Antonio Cafiero y Carlos Menem.

Durante ese mismo año 1987, volvió a agitarse el ambiente militar con una rebelión de mandos medios llamados “carapintadas”, por el camuflaje de práctica que usaban. La preocupación de los uniformados era disminuir la amenaza que pendía sobre sus cabezas de ser acusados legalmente por los crímenes cometidos durante la “guerra sucia”. La represión de este movimiento fue poco convincente, aunque en definitiva los rebeldes depusieron su actitud, según parece, mediante alguna promesa de suavizar para el futuro el rigor de las leyes. En efecto, se aprobó luego una Ley de Obediencia Debida y otra de Punto Final, que prácticamente quitaban toda responsabilidad a la gran mayoría de los posibles involucrados. Hubo aun otras dos rebeliones durante el año 1988, pero su fuerza fue cada vez menor ante las medidas conciliatorias tomadas por el gobierno y apoyadas por el Congreso.

En ese año, 1988, hubo elecciones partidarias transparentes en el peronismo, dirigido por Antonio Cafiero, en las que inesperadamente se impuso la oposición interna formada por Carlos Menem, uno de los primeros renovadores en el partido, que luego se alió con los sectores tradicionales con el añadido de numerosos grupos de origen izquierdista. La crisis económica hacía prever un mal desempeño del radicalismo, y las encuestas lo confirmaban. La perspectiva de un triunfo de Menem reavivó los tradicionales temores del antiperonismo en sectores empresarios e intelectuales, pues parecía que el gobernador riojano implicaba un retorno a las prácticas de más confrontación del pasado, sumando los autoritarismos del viejo peronismo con los de la nueva izquierda que se le había sumado. Este panorama, que incluía la promesa de un “salariazó” del 100% y una anunciada decisión de recuperar las Malvinas con sangre, unido a un traspie en el plan económico del gobierno, fue una de las causas más sólidas de la hiperinflación que se desató al conocerse los resultados oficiales de la elección. Se llegó al 200% en un mes, lo que obligó a un traspaso acelerado del poder.

La situación económica y política permitía augurar una repetición del tipo de confrontación social con ribetes de violencia que se había dado en Chile en tiempos de Allende (1970-1973), o en la misma Argentina durante los gobiernos peronistas de 1973-1976. Para evitar esa eventualidad, Menem adoptó una decisión sorprendente: realizar un pacto con la derecha basada, a falta de un partido presentable, en la mayor empresa del país, Bunge y Born (de orígenes agroexportadores y luego diversificada hacia la industria), a la que se le confió el Ministerio de Economía. La reacción en círculos empresarios nacionales e internacionales fue, como puede imaginarse, altamente positiva, aunque en un comienzo se podía pensar que se trataba sólo de una estrategia temporaria. Al persistirse en esa línea, se llegó a una pacificación decidida de los enfrentamientos entre los principales sectores sociales del país.

En la izquierda, en el sector sindical y en la militancia peronista, estas medidas, conocidas como Plan BB, fueron consideradas una traición a las tradiciones de lucha del movimiento popular. Sin embargo, la mayoría de los sindicatos no se plegó a la protesta y siguió negociando con el gobierno. En elecciones de renovación legislativa, en 1991, el oficialismo tuvo una validación, pues aunque bajó de casi el 50% al 40%, superó por bastante margen al radicalismo, también debilitado.

El resto de los sufragios fueron a diversas formaciones de derecha y de

izquierda, todas muy minoritarias. De manera sorprendente, un importante voto de protesta afluyó a los “carapintadas”, que habían formado un Movimiento de Dignidad Nacional (MODIN), el cual asumía al mismo tiempo el rol de “ley y orden” y el de genuino representante de las abandonadas banderas del nacionalismo popular. En distritos muy pobres del Gran Buenos Aires, llegó a obtener el 30% de las preferencias y el 10% en el conjunto de la estratégica provincia de Buenos Aires.

Fue significativo que la izquierda no consiguió en ninguna de sus numerosas alternativas, que ensayaron todas las posibles apelaciones, desde las moderadas a las más extremistas, pasando por las combinadas con elementos de peronismo disidente, reunir una cantidad respetable de votos. En parte, esto se debió a que las demandas sociales seguían canalizándose, por lealtad partidaria, en buena medida a través del peronismo oficial, a pesar de sus contradictorias políticas. Por otro lado, los sectores más carenciados y de muy bajo nivel educacional prefirieron la imagen del “hombre fuerte”, que debía ser un militar como Aldo Rico, jefe del MODIN, y no un político cualquiera o un dirigente sindical.

Después de algunos cambios en su equipo económico, Menem consiguió con el ministro Domingo Cavallo parar la inflación. Se estableció así la convertibilidad, por la cual cualquiera con un monto en pesos podía ir a un banco y pedir igual suma de dólares. Aunque esto tuvo éxito en un comienzo, terminó implicando una sobrevaluación de la moneda nacional, con la consiguiente facilidad de importaciones, daño a la producción nacional y debilitamiento de las exportaciones.

En el frente militar, Menem continuó la estrategia de su predecesor dando una amnistía a las cúpulas golpistas, que se sumó a una medida parecida para los jefes montoneros, con el fin de apaciguar a sectores de la opinión pública que retenían cierta simpatía por ese movimiento. Esta medida, aunque muy criticada por los organismos de derechos humanos, ayudó a reprimir con fuerza el último intento subversivo, el del general Mohamed Alí Seineldín, que no encontró solidaridad entre sus colegas.

En 1994, se planteaba el eterno problema de la sucesión presidencial. Menem deseaba cambiar la Constitución para hacer posible una reelección, pero el radicalismo y otras fuerzas de oposición estaban decididamente en contra. Se comenzó a barruntar un golpe de mano del presidente, inspirado quizás en el ejemplo de Fujimori en Perú. Al final, Alfonsín decidió acordar con Menem dar

su apoyo a esa reforma, a cambio de otras innovaciones compensatorias, en lo que fue bautizado como Pacto de Olivos. La reforma, aprobada con el apoyo de la bancada radical, establecía:

El presidente sería elegido directamente por el electorado nacional, y si no conseguía el 45% de los votos o el 40%, pero con una diferencia de 10% sobre su segundo inmediato, se tenía que pasar a una segunda vuelta. Su mandato se reducía de seis a cuatro años.

Se achicaba la composición de la Corte Suprema, negociándose la renuncia de dos de sus miembros más cuestionados.

Se establecía un Consejo de la Magistratura, con participación de asociaciones profesionales y del Congreso, para nombrar en el futuro a los miembros de la Corte Suprema y a los jueces, y para establecer un control sobre su desempeño, en vez de dejar todo esto en manos del Senado.

El Senado tendría tres miembros por provincia, dos por la mayoría y uno por la minoría. Esto hacía casi imposible que el oficialismo tuviera los dos tercios del cuerpo, apenas la oposición ganara al menos en una provincia.

Históricamente al justicialismo, confiado en tener una mayoría del electorado – aunque no absoluta–, no le gustaban cambios de este tipo, pues permitían la temida unión de todos contra el Partido Justicialista en la segunda vuelta.

Este pacto no fue entendido por gran parte de la opinión pública, incluso del electorado radical, dado que lo que estaba en el foco de atención era la posibilidad de una reelección presidencial. En la renovación del Ejecutivo Nacional, Menem volvió a imponerse con mayoría propia, mientras la UCR sufrió un duro castigo, quedando reducida al tercer puesto, tras una mezcla de peronismo de izquierda y sectores progresistas que formaron el Frente País Solidario (FREPASO).

Al promediar la segunda presidencia de Carlos Menem, la economía comenzó a dar señales de malestar por la continuada desprotección de la industria nacional y la consecuente desocupación, unidas a una aumentada deuda externa, a lo que

se sumó una derrota ante la oposición, ahora agrupada en la Alianza (UCR más FREPASO). Esta coalición se impuso en la contienda presidencial de 1999, llevando a la Casa Rosada al radical Fernando de la Rúa, con un vicepresidente del FREPASO. En esa ocasión, ya se evidenciaban fuertes tensiones en el oficialismo debido al intento desesperado del presidente de forzar las cosas, alegando que el límite a dos mandatos debía contarse sólo a partir de la vigencia de la nueva Constitución. Esta maniobra fue frustrada por el caudillo bonaerense Eduardo Duhalde, quien finalmente se presentó a las elecciones, pero perdió ante De la Rúa.

El nuevo gobierno no pudo revertir la rigidez de la convertibilidad y la economía siguió con problemas cada vez mayores, lo que determinó que en la renovación legislativa de 2001 el peronismo volviera a ser mayoría y la bancada radical ya no le respondiera al presidente. Éste se vio obligado a recurrir de nuevo a Domingo Cavallo, como mago de las finanzas, pero no pudo evitar una situación que bordeaba el default, y se tomaron medidas que perjudicaron a los ahorristas, mientras el malestar popular seguía creciendo. Al final, todo estalló con escenas de violencia en diciembre de 2001 y decenas de muertos y saqueos. De la Rúa renunció y dejó una difícil situación, pues casi nadie quería hacerse cargo del poder. Tras complejas gestiones, una mayoría legislativa designó presidente provisorio a Eduardo Duhalde, quien armó un gabinete de coalición (peronistas con dos radicales y un frepasista) que pudo conducir una recuperación tras declarar el default.¹⁰

En el año 2003, correspondía elegir presidente. Ante la debilidad del radicalismo, la casi desaparición del escenario electoral del FREPASO y la división dentro del peronismo, la lucha se dio entre tres candidatos de este origen: Carlos Menem, por la derecha de ese movimiento, con muchos votos de derecha liberal; Néstor Kirchner, con la izquierda de ese movimiento y un importante caudal de sectores no peronistas; y Adolfo Rodríguez Saá, más nítidamente ligado a estructuras justicialistas. Al final, por retiro de Menem, Kirchner se impuso, inaugurando una etapa de fuerte renovación en ese movimiento, poniendo énfasis en la defensa del empleo y la producción nacional, el enfrentamiento contra las exigencias del FMI y la banca internacional, y el castigo a los crímenes de la dictadura. La opinión pública lo acompañó y la recuperación económica fue muy significativa, con disminución de los índices de pobreza. Esto permitió a su esposa llegar a la Casa Rosada en 2007 con el 45% de los votos, contra una oposición muy fragmentada, y ese resultado volvió a conseguirse en el año 2011, con el 54% de los votos.

El panorama tiene un espectro que promete cambios en el esquema partidario para un futuro y que por el momento, se puede resumir así:

Una centroizquierda popular agrupada en el justicialismo y en un nuevo movimiento formado desde esferas gubernamentales, el Frente para la Victoria, con algunos aliados de izquierda.

Una oposición de centroderecha que va desde sectores justicialistas antikirchneristas hasta otros de raíz liberal.

Una centroizquierda no kirchnerista basada en un radicalismo muy vapuleado y varios partidos de izquierda más clásica, incluyendo un reavivado socialismo.

LAS APERTURAS POLÍTICAS EN URUGUAY Y CHILE

Uruguay

En las Fuerzas Armadas de Uruguay, se mantuvo un sector moderado de mayor envergadura que en los demás países del área, en parte por la muy menor amenaza a que había estado sometido el sistema. Fue así como la redemocratización pudo abrirse paso con más facilidad, aunque esto en parte fue resultado de la influencia de lo que estaba ocurriendo en los dos grandes vecinos.

En 1980, se realizó un plebiscito con el objetivo de convalidar un proyecto constitucional altamente autoritario. A pesar de la escasa libertad de prensa, una mayoría se expresó en contra de la nueva Carta, lo que comenzó a provocar el deterioro del régimen.

El presidente, el general Gregorio Álvarez (1981-1985), designado por el Consejo de la Nación, se vio obligado a implementar un lento retorno a la legalidad. Estableció contactos con los partidos políticos y lanzó un proceso de reorganización de sus estructuras mediante una afiliación masiva y un sistema controlado de elecciones internas, en alguna medida, parecido a las primarias estadounidenses.

Las nuevas autoridades de los partidos constituyeron interlocutores válidos para el gobierno, pero muy poco inclinados a aceptar una continuidad del régimen. Estaban, sí, dispuestos a llegar a un entendimiento en el sentido de archivar las investigaciones legales acerca de “excesos” cometidos durante la represión. El acuerdo, conocido como Pacto del Club Naval, tuvo por partícipes al Partido Colorado y al Frente Amplio, aunque el Partido Nacional o Blanco se rehusó a ponerle la firma.¹¹

En las elecciones nacionales, el Partido Colorado se impuso con algo más del 40% del electorado, aunque estaba dividido en su interior entre la mayoritaria

corriente centroizquierdista de Julio Sanguinetti y la claramente derechista de Jorge Pacheco. Por la operación de la Ley de Lemas, estas dos candidaturas sumaron sus votos, superando de esta manera a su rival blanco, quien sin embargo obtuvo más sufragios que los que directamente optaron por Sanguinetti. El Frente Amplio llegó en tercer lugar, con el 24% de los votos, muy concentrados en la capital.

Sanguinetti no tuvo mayoría propia en el Congreso, lo que complicó mucho su gestión, obligándolo a entrar en inestables alianzas con partidos que estaban muy poco dispuestos a facilitarle las cosas. El sindicalismo, muy radicalizado en sus niveles medios, mantuvo una actitud de resistencia contra la política económica del gobierno, la cual no podía gratificar las aspiraciones de la población. Sin embargo, la fragmentación de ambos grandes troncos tradicionales y también la muy intensa que operaba dentro del Frente Amplio permitieron tejer combinaciones algo fluctuantes, que para cada tema conseguían encontrar una mayoría adecuada.

En 1990, al finalizar el período de Sanguinetti, se había consolidado el régimen democrático, pero el apoyo para el partido oficial se había erosionado. Fue así que el Partido Nacional se impuso con un candidato de su sector conservador, Luis Lacalle Herrera, aunque en el mismo lema había grupos orientados hacia la centroizquierda. Algo parecido ocurría en el Partido Colorado. El Frente Amplio consiguió aumentar su votación y obtuvo la intendencia de Montevideo, aunque sin la mayoría absoluta. El panorama electoral estaba mutando desde la tradicional bipolaridad colorada-blanca hacia una tripartición, con el ingreso del Frente Amplio a las competencias principales.

En la renovación de 1995, volvió a imponerse el colorado Sanguinetti, esta vez con apoyo de la derecha del Partido Nacional (blanco). Durante su gestión, se introdujo una reforma constitucional que establecía el ballottage, o sea, una segunda vuelta, favorecida por los dos partidos tradicionales que temían una mayoría relativa del Frente Amplio, que podría llevar a una presidencia de izquierda sin suficiente legitimidad social, como en Chile con Salvador Allende en 1970. El resultado fue una nueva presidencia del coloradismo, en el año 2000, con el ya claramente centroderechista Jorge Batlle.

En la nueva compulsa del 2005, ya el tripartidismo vigente por algún tiempo se transformó en la bipolaridad derecha-izquierda, entre la casi permanente coalición de colorados y blancos contra un Frente Amplio que incorporaba a

sectores desprendidos de esos partidos, más la gama clásica desde socialistas, comunistas, extupamaros y demócrata cristianos, hasta formaciones ad hoc como Vertiente Artiguista y Asamblea Uruguay. La transición desde el clásico bipartidismo, vía una intermedia tripolaridad, para generar luego un nuevo bipartidismo tuvo algún parecido a la que en Gran Bretaña pasó de la lucha conservadora-liberal a un terceto con el laborismo incorporado, para luego volver por décadas al bipartidismo conservador-laborista con el voto liberal muy reducido. La diferencia estriba en que en el Uruguay, en lugar de bipartidismo, se está dando una bipolaridad entre coaliciones.

Finalmente, en 2005 el socialista moderado Tabaré Vázquez se impuso con la coalición frenteamplista, sorprendentemente unida a pesar de sus numerosos y bastante heterogéneos componentes. En 2010, se volvió a dar la básica bipolaridad de alianzas, pero esta vez con el extupamaro José Mujica, ahora ya muy moderado y equiparado por la opinión pública al brasileño Lula da Silva.¹²

Chile

En Chile, la transición fue mucho más lenta y pactada, por la mayor solidez del régimen militar. El contraste con Argentina fue obvio. También lo fue, aunque menos evidente, con Brasil. Allí, después del boom de los años sesenta y primeros setenta, tuvo lugar una crisis. En Chile, en cambio, se dio lo contrario: la primera mitad del período militar fue de estancamiento y aun de retroceso económico, que sólo gradualmente se convirtieron en un fuerte crecimiento. El régimen, entonces, pudo controlar la apertura desde posiciones de poder y confianza que en alguna medida recuerdan las del proceso español. Se hizo redactar un texto constitucional –aprobado por un plebiscito con poca libertad de prensa– muy restrictivo del rol de la oposición, pero que implicaba a muy largo plazo controles genuinos sobre el Ejecutivo y una vuelta a la legalidad. Según ese texto, en 1988 se debía realizar otro plebiscito para decidir si el general Pinochet seguiría en la Moneda por otro período, o si se debía convocar a elecciones competitivas. Esta nueva consulta, impulsada por los sectores moderados del gobierno, realizada bajo condiciones de mayor libertad cívica y la influencia de las transiciones en los demás países del área, dio una victoria a la oposición.

Se debe tener en cuenta que ahora Estados Unidos estaba decididamente volcado hacia la democratización, a diferencia de su apoyo al golpe de 1973. También fue decisivo el giro que habían tomado las actitudes políticas de los partidos populares. La Democracia Cristiana mantenía una posición de centro, inclinada a una izquierda moderada que la llevaba a una alianza con el socialismo. Este último partido, fragmentado en inúmeros grupos, en lo principal se había reunificado girando hacia posiciones socialdemócratas explícitas, que nunca habían tenido legitimidad teórica en su experiencia anterior, en especial desde los años de la admiración por el modelo cubano, que ahora se veía seriamente cuestionado.

La izquierda socialista quedó fuera de esta coalición, mientras el comunismo, muy afectado por las noticias que venían desde Moscú, vio reducidos sus efectivos. En un alarde de independencia respecto a sus mentores soviéticos, el partido chileno optó por apostar al menos algunos de sus recursos a la vía violenta, apoyando la formación del Frente Manuel Rodríguez, que realizó varias operaciones armadas y atentados, pero sin llegar a constituir una fuerza significativa. Esta estrategia extemporánea debilitó el apoyo popular del partido, que en el pasado había sido bastante grande (casi el 15% del electorado, cercano al del socialista).

La principal oposición fue entonces la formada por una alianza moderada de demócrata cristianos y socialistas, quedando la extrema izquierda en las sombras de una semiilegalidad. La elección dio el triunfo al demócrata cristiano Patricio Aylwin (1990), que armó un gobierno con los socialistas. Uno de los precios de la transición “a la española” fue el aceptar los elementos antidemocráticos de la Constitución, principalmente la presencia en el Senado de un nutrido pelotón de miembros designados por el Ejecutivo saliente y la autonomía conferida a los jefes de las Fuerzas Armadas, aparte de ciertos trucos en la ley electoral.

Al igual que en España, Perú o Argentina, también en Chile la victoria de un partido centrista –con más arraigo que sus pares de España y Perú– facilitó la transición, aun cuando estuviera aliado con uno de los sectores de la izquierda. La coalición entre el sector demócrata cristiano y el socialista (denominada Concertación), por otra parte, reprodujo en alguna medida el fenómeno italiano, refrendando una vez más la característica “europea” del panorama político en el país andino. Por otra parte, la derecha, tradicionalmente fuerte en Chile, mantuvo su fuerza electoral, aunque dividida en dos fracciones claramente pinochetistas, la Unión Demócrata Independiente (UDI) y el Partido de

Renovación Nacional (PRN), aparte de una candidatura “de dispersión”, pero derechista, la del empresario Jorge Errázuriz.¹³

Se inauguró así un período de veinte años de vigencia de la centroizquierda, con otro presidente demócrata cristiano (Eduardo Frei Ruiz-Tagle) y luego dos socialistas (Ricardo Lagos y Michelle Bachelet), hasta el año 2010, en que el socialismo sufrió la escisión de dos sectores de izquierda, y la Democracia Cristiana, uno de derecha, ocasionando la victoria del derechista Sebastián Piñera. La solidez del bipolarismo chileno, robustecido por el sistema electoral semejante al británico, que penaliza a las minorías, debería demostrarse en los próximos años.¹⁴

EL BIPARTIDISMO BAJO JAQUE EN VENEZUELA Y COLOMBIA

Venezuela

En Venezuela, la alternancia entre Acción Democrática y COPEI se había constituido, cada vez más, en característica del sistema, y en 1989 produjo el retorno al poder de Carlos Andrés Pérez, líder de Acción Democrática, que se había caracterizado durante su primer período (1973-1978) por una gestión estatizante y una industrialización subsidiada, así como por políticas de extensión de beneficios sociales. Todo eso fue posible por la prosperidad de los altos precios del petróleo.

Ahora la situación era totalmente distinta, y el recién elegido mandatario optó por entrar de lleno en la política de ajuste promovida por las autoridades financieras internacionales. El resultado fue una bomba: ante los aumentos de precios de transportes, servicios públicos y otros bienes, no acompañados de adecuaciones salariales, explotó la protesta popular. La población de las numerosas villas de emergencia asentadas en los cerros de los alrededores de la ciudad bajó al centro, dedicándose al saqueo de supermercados y causando innumerable destrozos. La represión dejó más de un centenar de muertos, empañando la inauguración del nuevo período.¹⁵

A pesar de esta reacción popular, las políticas neoliberales igual comenzaron a aplicarse, con gran dificultad por la cantidad de intereses creados, de todo tipo, que había que vencer. En 1992, otro acontecimiento, más inesperado aún que el anterior, aumentó las perplejidades: un grupo de mandos medios de las Fuerzas Armadas dirigido por el teniente coronel Hugo Chávez se rebeló, exigiendo corregir la orientación adoptada y luchar con más energía contra la corrupción que todo lo devoraba. Algunos sectores populares y estudiantiles, durante el par de días que duró el movimiento, difundido en varios lugares del país, se plegaron a él, amenazando con una convergencia de contradictorias características ideológicas, pero nada raro en la historia del continente. Chávez terminó preso,

pero meses después una pueblada de sus seguidores, más grupos de izquierda radicalizada, coparon estaciones de televisión ocasionando varios muertos, lo que bajó, sólo temporariamente, la popularidad del coronel.

En 1993, la muy extendida corrupción llevó a que el Congreso depusiera al presidente, sustituyéndolo por un gobernante interino, iniciando una crisis del tradicional sistema partidario con nuevas y extrañas alianzas. Rafael Caldera, el prestigiado expresidente, rompió con su Comité de Organización Política Electoral Independiente (COPEI) y formó una Nueva Convergencia con grupos de izquierda, canalizando incluso a sectores simpatizantes de Chávez, de quien dijo que sus métodos estaban equivocados, pero sus objetivos correctos. De esta manera, llegó por segunda vez a la presidencia (1994-1999), mientras la economía seguía en crisis, con corridas bancarias, alta inflación y bajos precios del petróleo. Tras ensayar recetas “heterodoxas”, terminó adoptando soluciones neoliberales implementadas por su ministro de Finanzas, el exguerrillero del Movimiento Al Socialismo (MAS) Teodoro Petkoff. A esta altura, la opinión pública ya estaba totalmente desilusionada, y una medición dio que más del 50% de los encuestados se declaraban indiferentes o antipolíticos, y un tercio, independientes. La Acción Democrática quedó reducida a bastiones estaduales, ciertos apoyos legislativos y poco creíbles candidatos al Ejecutivo Nacional, en especial cuando decidió apoyar las impopulares medidas de Caldera. Finalmente, Hugo Chávez, tras un segundo levantamiento fracasado de sus seguidores, fue amnistiado y pudo presentarse a las elecciones de 1999, donde venció a una plétora de opositores, entre ellos, a su principal antagonista, la ex Miss Venezuela, del barrio más rico de Caracas, Irene Suárez, quien pronto desapareció del esquema partidario.

Apenas elegido, Chávez comenzó a organizar una seguidilla de elecciones para cambiar la Constitución haciéndola más presidencialista, y luego, para refrendar su cargo presidencial. En general, esas elecciones fueron ganadas con holgura, pero con muy alta abstención (entre el 40% y el 60%), lo que no era común en el país e indicaba la presencia de una oposición que al no tener candidatos nacionales sólidos prefería simplemente deslegitimar al gobierno quitándole consenso en las urnas. Como principales opositores, quedaban un militar antiguo compañero golpista y Acción Democrática, con bastiones provinciales y continuada fuerza en la central sindical y en las universidades, que no pudieron ser controladas por el oficialismo, distinto en esto al primer peronismo, con el cual el nuevo movimiento tenía ciertas semejanzas. Chávez llegó incluso a perder un referéndum en que preguntaba si se estaba a favor de un cambio

constitucional que permitiera su reelección indefinida.

El gobierno implementó medidas de redistribución económica, formó “círculos bolivarianos” por manzana y hostilizó seriamente a medios de comunicación, pero sin llegar a un total monopolio de ellos. La tensión subió en 2002 con huelgas sobre todo en la zona petrolera (donde había mayoría opositora), lockouts y grandes concentraciones masivas, con escenas de violencia que produjeron más de una docena de muertos. Este panorama indujo a la oposición, ahora mayoritariamente de derecha, a apoyar un golpe militar que pretendió entregar el poder al presidente de la entidad empresaria Fedecámaras, pero tras dos días de interregno, otro sector militar restituyó a Chávez en el poder, para continuar de manera cada vez más radicalizada sus programas de movilización popular, con una ideología que definió como socialismo del siglo XXI.

Las oscilaciones del precio de petróleo tuvieron mucha influencia en los altibajos de popularidad del gobierno, en condiciones de alta inflación y pérdida de la mayor parte de sus apoyos en la izquierda independiente. En 2008, las elecciones de gobernadores pusieron en manos de la oposición, nucleada en antiguos colaboradores de Chávez y los restos de la Acción Democrática (AD) y el COPEI, el control de casi la mitad de la población del país, incluyendo el petrolero estado de Zulia, el industrial Carabobo y la capital.¹⁶ Pero en 2012 Hugo Chávez volvió a triunfar, con el 54% de los votos, contra una oposición unida y con alta presencia en las calles, pero internamente tensionada.

Colombia

En Colombia, el liberal César Gaviria fue elegido en 1990 en un momento de fuerte fragmentación partidaria, que afectó especialmente al conservadurismo. Fuera de este arco tradicionalista, se sucedieron diversas formaciones buscando ocupar una posición de izquierda, sin mucho éxito. Por un tiempo, fue el Movimiento Democrático M-19, integrado a la vida institucional después de bajar de la selva. En un primer momento de plantearse su retorno a la vida legal, el M-19 obtuvo una fuerte votación, lo que le permitió forzar una convocatoria a asamblea para reformar la Constitución. En aquella asamblea, se dio la extraña alianza entre esa extrema izquierda y la derecha de Álvaro Gómez, escindida del

Partido Conservador, que desde posiciones nacionalistas también condenaba el régimen liberal capitalista existente. Hubo otros grupos guerrilleros que se mantuvieron en sus posiciones de confrontación, y, por cierto, el narcotráfico siguió constituyendo una fuerza muy difícil de controlar, como la mafia en Italia, pero con mayor presencia armada. Se intentaron todos los medios posibles para doblegarlo, incluyendo la edificación de cárceles con todas las comodidades de un hotel de cinco estrellas para los jefes que prefirieran entregarse y dedicarse a la vida contemplativa, asegurándoseles, sobre todo, que no serían extraditados a Estados Unidos. Al meterse dentro de los complejos senderos de la política electoral y partidaria, el M-19 perdió algo de su aura y bastantes votos, y su rol fue tomado luego por diversas fuerzas.¹⁷

La abstención seguía siendo muy alta, llegando en 1994 al 70%, cuando se impuso de nuevo un liberal, Ernesto Samper, con una gestión enturbiada por escándalos de corrupción. Esto llevó a una victoria conservadora con Andrés Pastrana (1998-2002), hijo del expresidente, quien procuró sin éxito una estrategia de pacificación con la guerrilla. En el año 2000, emergió una nueva izquierda capaz de ganar la alcaldía de Bogotá con el independiente Antanas Mockus, muy eficaz en su tarea.

El sistema partidario estaba empezando a mutar con la declinación de ambos partidos tradicionales y el surgimiento de una nueva figura de origen liberal, pero ocupando el clásico lugar de la derecha, ahora más tecnocrática y menos clerical, Álvaro Uribe, con el Partido Social de Unidad Nacional. Uribe se impuso en 2002 con una prédica de mano dura contra la guerrilla, que adquirió gran popularidad. Esto le permitió intentar con éxito la reforma de la Constitución, con la que fue reelegido en 2006 con el 62% en primera vuelta y relativamente baja abstención, teniendo en cuenta los parámetros nacionales que la ubicaban en general en una mitad del electorado. Mientras, surgía otro fenómeno de izquierda en el Polo Democrático Alternativo, ocupando el lugar de Mockus.

Tras un intento de forzar las cosas con un tercer mandato, Uribe se conformó con hacer elegir en 2010 a su sucesor, Juan Manuel Santos, hijo de un clásico personaje liberal que había sido presidente en los años treinta. Su principal contendiente fue un resurgido Antanas Mockus al frente de un Partido Verde.

Es así que parece emerger una nueva bipolaridad, con el electorado de los dos clásicos partidos del establishment reabsorbidos en uno nuevo, en este caso, de

orígenes liberales, pero ocupando con claridad el lugar del viejo conservadurismo. El conservadurismo y el liberalismo siguen teniendo presencia, aunque ahora secundaria, mientras en la oposición se perfila un lugar que hasta el momento fue ocupado por una sucesión de movimientos que –sobre la base de experiencias comparativas– podrían en algún momento protagonizar un sistema estable de bipartidismo, sin todavía lograrlo.¹⁸

MÉXICO BUSCA EL CAMBIO

En México, el régimen del Partido Revolucionario Institucional (PRI) era consciente desde hacía años de que necesitaba reformarse para sobrevivir. Su punto más flojo era el manipuleo de los votos, habitual en todos los niveles, que lanzaba a actitudes violentas a muchos sectores de la oposición. Mientras la prosperidad acompañaba al modelo con cifras de incremento anual del producto del orden del 10%, los problemas podían ignorarse. Al entrar la economía en una fase de estancamiento, ligada al tema de la deuda y a la recesión internacional, el problema se hizo más grave.

Para la renovación presidencial de 1988, la oposición tuvo un aporte caído del cielo: Cuauhtémoc, el hijo del general Cárdenas, héroe de la Revolución y fautor de los mayores pasos dados en la Reforma Agraria y la nacionalización del petróleo, se había separado del partido oficial y había formado uno propio, denominado Partido Revolucionario Democrático (PRD), aliado en un Frente Democrático Nacional (FDN) con gran cantidad de los minúsculos grupos de la izquierda clásica. Como la peor cuña es la del mismo palo, la alarma cundió, porque el calor popular acompañaba al nuevo candidato.

En el momento del voto, al parecer hubo un fraude muy generalizado que le permitió al PRI imponer a Carlos Salinas de Gortari (1988-1994), miembro de la tecnocracia joven, orientado a una política neoliberal y privatista. Cuauhtémoc Cárdenas tuvo, de todos modos, gran cantidad de votos, y el centroderechista Partido Acción Nacional (PAN), de raíces católicas, también obtuvo una votación creciente.

El nuevo mandatario se propuso “limpiar” las estructuras existentes, empezando por algunas cabezas de la corrupción empresaria y administrativa, y sindicalistas también señalados como poco cuidadosos de los fondos de sus afiliados, en primer lugar, el mítico “La Quina”, jefe del gremio petrolero en Tampico. Con esta demostración de fuerza, el nuevo presidente planteó que procedería con sus planes, y gran parte de la opinión pública se le plegó.

En el ámbito electoral, los controles sobre el recuento de votos se intensificaron

y se reactivó el trabajo partidario de las bases en el PRI. El resultado fue que en la renovación legislativa el oficialismo consolidó su posición, notándose un retroceso de las cifras obtenidas por el PRD de Cárdenas, que no fueron denunciadas como falsas por la opinión independiente.

El PRD, pasado el inicial impulso que había parecido llevarlo al poder en un cortísimo plazo, fue consolidando su estructura, preparándose para una más larga lucha por llenar el puesto de una oposición con posibilidades de ganar, lo que fue una novedad en el sistema político mexicano. Para llenar este rol, compitió con el PAN, sólidamente anclado en sectores empresarios y católicos.

En 1994, México firmó con Estados Unidos y Canadá el Tratado de Libre Comercio (TLC, o NAFTA en inglés), lo que fue visto como amenazante por los productores rurales y por amplios sectores de la opinión pública nacionalista. Quizá por coincidencia, en ese momento estalló una rebelión en el estado de Chiapas, dirigido por un misterioso subcomandante Marcos al frente de un movimiento de reivindicación indigenista que fue violentamente reprimido, pero que después de un tiempo se encauzó de manera legal y perdió gran parte de su potencial revolucionario. Por otro lado, el narcotráfico se tornó cada vez más poderoso, convertido en una seria amenaza para las instituciones.

En ese mismo año 1994, la presión pública para seguir limpiando los establos había llevado al PRI a seleccionar a un representante de su ala reformista, Ernesto Zedillo, quien fue tan eficaz que llevó a su partido a la derrota en el año 2000. El victorioso fue Vicente Fox, del derechista PAN, que se impuso al PRD, dejando al PRI en un triste tercer puesto. Con este resultado revolucionario, terminó una hegemonía del PRI de setenta años de duración. Lo que había ocurrido era que, en tanto tiempo y con un fuerte desarrollo económico, la burguesía y gran parte de la clase media, hijas de la revolución de 1910 pero cada vez más disconformes con la fraseología de izquierda del PRI, prefirieron una fórmula más afín a sus sentimientos. Por otra parte, ese mismo desarrollo económico y educacional dio más fuerza a diversos organismos populares que se rebelaron contra su condición de engranajes menores en la maquinaria del PRI.

En 2006, el fenómeno volvió a darse con la victoria del también panista Felipe Calderón, amenazando al PRI con dejarlo en la condición de centro destinado a ver sus fuerzas reabsorbidas por los dos extremos del espinel. Esto es siempre una posibilidad. La otra es que el PRI asuma el rol de izquierda moderada “a la Lula”, con amplia experiencia de gestión, dejando en cambio al PRD en un rol

ideologista poco efectivo para gobernar.¹⁹

En 2012, ante el deterioro del PAN gobernante, se impuso Enrique Peña Nieto del PRI con el 38% del electorado, contra un 32% del izquierdista PRD, lo que obligará a buscar coaliciones para temas específicos.

¹ [Bolivar Lamounier y Fernando H. Cardoso \(comps.\), Os partidos e as eleições no Brasil, 2ª ed., Río de Janeiro, Paz e Terra, 1978; Olavo Brasil de Lima Junior \(comp.\), Sistema eleitoral brasileiro. Teoria e prática, Río de Janeiro, Rio Fundo-Iuperj, 1991; Ricardo Antunes, A rebeldia do trabalho. O confronto operário no ABC paulista: as greves de 1978/80, San Pablo y Campinas, Unicamp, 1988; John D. French, The Brazilian Workers' ABC: Class Conflict and Alliances in Modern São Paulo, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1992; Jacob Gorender, Combate nas trevas. A esquerda brasileira: das ilusões perdidas à luta armada, 3ª ed., San Pablo, Atica, 1987; Moacir Gadotti y Otaviano Pereira, Pra qué PT. Origem, projeto e consolidação do Partido dos Trabalhadores, San Pablo, Cortez, 1989; Leôncio Martins Rodrigues, CUT: os militantes e a ideologia, Río de Janeiro, Paz e Terra, 1990; Juan Carlos Torre y Silvio Feldman, "Asimetrías entre las relaciones de trabajo en Argentina y Brasil", en El Mercosur: un desafío, Buenos Aires, Centro de Economía Internacional, 1993.](#)

² [Alfred Stepan \(comp.\), Democratizing Brazil. Problems of Transition and Consolidation, Nueva York, Oxford University Press, 1989.](#)

³ [Marcelo Carvalho Rosa, "Sem-Terra: os sentidos e as transformações de uma categoria de ação coletiva no Brasil", en Lua Nova, núm. 76, San Pablo, 2009.](#)

⁴ [Gustavo Gorriti Ellenbogen, Sendero. Historia de la guerra milenaria en el Perú, Lima, Apoyo, 1990.](#)

⁵ [Augusto Zimmermann Zavala, Los últimos días del General Velasco. ¿Quién recoge la bandera?, Lima, Talleres Humboldt, 1978.](#)

⁶ [Kenneth M. Roberts, Deepening Democracy? The Modern Left and Social Movements in Chile and Peru, Stanford, Stanford University Press, 1998.](#)

⁷ [Nick D. Mills, Crisis, conflicto y consenso. Ecuador, 1979-1984, Quito, Editora Nacional, 1984.](#)

⁸ [Paul H. Lewis, Paraguay under Stroessner, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1980 \[trad. esp.: Paraguay bajo Stroessner, México, Fondo de Cultura Económica, 1986\]; Domingo Rivarola \(comp.\), Estado, campesinos y modernización agrícola en el Paraguay, Asunción, Centro de Estudios Sociológicos, 1982, y Los movimientos sociales en el Paraguay, Asunción, Centro Paraguayo de Estudios Sociológicos, 1986; Werner Baer y Melissa Birch, “La expansión de la frontera económica: el crecimiento paraguayo en los años setenta”, en Revista Paraguaya de Sociología, núm. 20, 1983; Fran Gillespie, “Comprehending the Slow Pace of Urbanization in Paraguay between 1950 and 1972”, en Economic Development and Cultural Change, núm. 31, 1983.](#)

⁹ [Oscar Oszlak \(ed.\), Proceso, crisis y transición democrática, 2 vols., Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1984; Liliana de Riz, Retorno y derrumbe, México, Folios, 1981; Pablo Giussani, Los días de Alfonsín, Buenos Aires, Legasa, 1986; Alejandro Horowicz, Los cuatro peronismos, Buenos Aires, Legasa, 1985; Vicente Palermo, Democracia interna en los partidos. Las elecciones partidarias de 1983 en el radicalismo y justicialismo porteños, Buenos Aires, Ides, 1986.](#)

¹⁰ [Steven Levitsky y María Victoria Murillo, “Argentina Weathers the Storm”, en Journal of Democracy, núm. 14, 2003.](#)

¹¹ [Juan Rial, “Los partidos tradicionales: restauración o renovación”, y Carina Perelli, “El discreto encanto de la social-democracia en el Uruguay”, documentos de trabajo, Montevideo, Centro de Informaciones y Estudios del Uruguay, 1984 y 1985; Arturo Porzecanski, Uruguay’s Tupamaros. The Urban Guerrilla, Nueva York, Praeger, 1973; Alain Labrousse, Una historia de los Tupamaros, de Sendic a Mujica, Montevideo, Fin de Siglo, 2009.](#)

¹² [Por otro lado, estos procesos no son “para siempre” y pueden revertirse, como en alguna medida ocurrió en Gran Bretaña con el resurgimiento del liberalismo ahora unido con una fracción disidente del laborismo. Pero en las elecciones de 2010 se produjo una nueva simplificación con el liberalismo, rebautizado Liberal Democrats, aliado con la derecha del conservadurismo.](#)

¹³ [Sergio Bitar, Chile. Experiment in Democracy, Filadelfia, Ishi, 1986; Manuel Antonio Garretón, The Chilean Political Process, Boston, Unwin Hyman, 1989 \[trad. esp.: El proceso político chileno, Santiago de Chile, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, 1983\]; John Londregan, Legislative](#)

Institutions and Ideology in Chile's Democratic Transition, Cambridge, Cambridge University Press, 2000; Adam Przeworski, A Primer in Political Economy, Nueva York, Cambridge University Press, 2001.

¹⁴ La elección de diputados se hace en circunscripciones binominales, en que se le asegura al perdedor también un escaño, salvo que el vencedor tenga dos tercios de los votos.

¹⁵ Carlos Rangel Guevara, Del buen salvaje al buen revolucionario, reed., Caracas, Monte Ávila, 1976; Ramón Escovar Salom, Evolución política de Venezuela, Caracas, Monte Ávila, 1975; José Antonio Gil Yepes, The Challenge of Venezuelan Democracy, New Brunswick, Transaction Books, 1981; Daniel C. Hellinger, Venezuela's Tarnished Democracy, Boulder, Westview Press, 1991; Luis J. Oropeza, Tutelary Pluralism, Cambridge (MA), Center for International Affairs, Harvard University, 1983 [trad. esp.: El pluralismo tutelar, Caracas, Centauro, 1982]; Michael Coppedge, Strong Parties and Lame Ducks. Presidential Polyarchy and Factionalism in Venezuela, Stanford, Stanford University Press, 1994.

¹⁶ Carlos Blanco, Revolución y desilusión. La Venezuela de Hugo Chávez, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2002; Steve Ellner y Daniel Hellinger (comps.), Venezuelan Politics in the Chávez Era. Class, Polarization and Conflict, Boulder, Lynne Rienner, 2003 [trad. esp.: La política venezolana en la época de Chávez: clases, polarización y conflicto, Caracas, Nueva Sociedad, 2003]; Daniel Hellinger y David Smilde (comps.), Bottom up or Top down? Participation and Clientelism in Venezuela's Bolivarian Democracy, Durham (NC), Duke University Press, 2010; Kirk A. Hawkins, Venezuela's Chavismo and Populism in Comparative Perspective, Nueva York, Cambridge University Press, 2010.

¹⁷ Para las diversas corrientes ideológicas en los partidos tradicionales, véanse Belisario Betancur, Despierta, Colombia, Bogotá, Tercer Mundo, 1970; Virgilio Barco, Lucha partidista y política internacional, Bogotá, Carlos Valencia, 1981; Alfonso López Michelsen, Parábola del retorno, Bogotá, Tercer Mundo, 1988; Carlos Holmes Trujillo, Colombia, drama y esperanza, Bogotá, Plaza y Janés, 1987; Ronald Archer, "Party Strength and Weakness in Colombia's Besieged Democracy", en Scott Mainwaring y Timothy Scully (comps.), Party Systems in Latin America, Stanford, Stanford University Press, 1995.

¹⁸ Jonathan Hartlyn, *The Politics of Coalition Rule in Colombia*, Nueva York, Cambridge University Press, 1988; Ana María Bejarano y Eduardo Pizarro, “From ‘Restricted’ to ‘Besieged’, the Changing Nature to the Limits to Democracy in Colombia”, en Frances Hagopian y Scott Mainwaring (comps.), *The Third Wave of Democratization in Latin America. Advances and Setbacks*, Cambridge, Cambridge University Press, 2005; Fernando Cepeda et al., *Colombia contemporánea*, Bogotá, IEPRI-Eco, 1996; Marco Palacios y Frank Safford, *Colombia, país fragmentado, sociedad dividida. Su historia*, Bogotá, Norma, 2002.

¹⁹ Kenneth F. Greene, *Why Dominant Parties Lose. Mexico’s Democratization in Comparative Perspective*, Cambridge, Cambridge University Press, 2007; Alejandro Moreno, *El votante mexicano. Democracia, actitudes políticas y conducta electoral*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003.

VIII. SISTEMAS PARTIDARIOS EN AMÉRICA LATINA: UNA CLASIFICACIÓN

PARA COMPLETAR este relato sobre la historia de los últimos cien años, esbozaremos una clasificación de los partidos que han sido descritos en las páginas precedentes. La clasificación, ya desde los tiempos de Linneo, sirve para detectar empíricamente tendencias evolutivas, si las hay, o posibilidades de cambio, sobre las cuales construir una teorización más exigente. Establecer algún orden en el maremágnum de partidos y movimientos vistos es una etapa esencial en el avance científico en esta área.¹

Para facilidad de exposición, en algunos casos se han tomado sistemas partidarios, más que partidos individuales. A grandes rasgos, se pueden plantear los siguientes agrupamientos:

El sistema bipolar clásico conservador-liberal.

El sistema conservador-liberal ampliado hacia el centro y la izquierda (socialista o populista).

Partidos socialistas.

Partidos socialdemócratas o comunistas reformistas.

Partidos social revolucionarios.

Partidos populistas o nacional populares.

Partidos populistas de clase media (“apristas”)

Partidos populistas obreros (“peronistas” o “chavistas”).

Partidos de integración policlasista.

La bipolaridad derecha-izquierda.

1. EL SISTEMA BIPOLAR CLÁSICO CONSERVADOR-LIBERAL

La cristalización más típica de este sistema se dio por mucho tiempo en Colombia, Ecuador, Chile y en la temprana historia de Cuba y de América Central, así como en el Brasil imperial. Un Partido Conservador, ligado a la Iglesia y a intereses terratenientes, se enfrentaba con uno liberal, laicista y vinculado a la emergente clase media y también a sectores agrarios, a veces regionales o más volcados a la exportación. La ubicación de los sectores comerciales urbanos dependía del contexto. En la mayor parte de los casos, optaban por el liberalismo, pero podían ser la base del conservadurismo, sobre todo cuando eran oriundos de la expotencia colonial, como en el Brasil imperial.

A veces, el conservadurismo tenía más capacidad que el liberalismo de movilizar a sectores populares bajos, a través de la Iglesia y de algunas figuras caudillistas, así como de su mayor sensibilidad hacia las necesidades proteccionistas de los artesanos. Por las mismas razones, podía concitar el apoyo de los industriales que competían con manufacturas extranjeras. Dentro del conservadurismo, típicamente existe una línea de “apertura social” por vía de la doctrina social de la Iglesia, mientras que en el liberalismo a menudo actúan corrientes de simpatía socialista.

Una versión algo diferenciada de este esquema se daba en Uruguay, con su Partido Blanco, rural y católico, contra el Partido Colorado, más urbano y anticlerical, prácticamente hasta tiempos recientes, en que apareció un tercero en discordia, el Frente Amplio izquierdista.

La bipolaridad conservadora-liberal es parecida –bajo condiciones sociales distintas– a la que tuvo vigencia en Gran Bretaña durante gran parte del siglo XIX. En general, implica que los enfrentamientos sociales más salientes son los que separan a sectores dentro de las clases altas o medias. Los estratos populares actúan como apoyo, de un modo clientelístico, respetando las jerarquías existentes, con poca movilización social y escasa organización autónoma. En la medida en que la adquieren, tienden a manifestarse disconformes con las expresiones políticas tradicionales y buscan canales propios, o al menos que

impliquen una innovación significativa con respecto a los cánones conocidos.²

2. EL SISTEMA CONSERVADOR-LIBERAL AMPLIADO HACIA EL CENTRO Y LA IZQUIERDA (SOCIALISTA O POPULISTA)

Con el desarrollo urbano, industrial y educativo, los países donde se había asentado la bipolaridad conservadora-liberal a menudo fueron desarrollando formaciones más hacia la izquierda, basados en las clases medias –que se autonomizan respecto a su temprana identidad liberal– y luego en la clase obrera. Es así como se agregan un Partido Radical, primero, y más tarde uno socialista o comunista, afirmados estos dos últimos sobre sindicatos autónomamente formados por militantes que emergen de las clases populares. Una variante de esta incorporación se da cuando en vez de un partido de ideología socialista aparece uno de carácter populista o movimientista (contrastar los modelos 3 y 4).

En América Latina, el caso típico de la extensión del espínel político es Chile. La clase media, al ser más numerosa y tener más confianza en su capacidad de acción, forma un partido propio, a veces aliada a grupos empresariales caracterizados por su condición periférica en la arena nacional. En cuanto al socialismo, éste emerge estrechamente ligado a las organizaciones sindicales, cuyos líderes, en su mayoría extraídos de las filas proletarias, mantienen una posición en el espacio social muy cercana a la de las bases, o sea, tienen una escasa burocratización.

En Chile, el Partido Radical, clásico representante de la posición centrista de las clases medias, fue reemplazado en las preferencias de su electorado, desde la mitad del siglo XX, por la Democracia Cristiana, ante la disminución de la vigencia de los temas anticlericales.

En países de alto desarrollo, como los del Primer Mundo, este tipo de partidos centristas no abunda. Tuvieron más vigencia en épocas anteriores a la Segunda Guerra Mundial, cuando el Partido Radical era el más poderoso en Francia, el liberalismo bajo Lloyd George cumplía un rol importante en Gran Bretaña, el Zentrum tenía gran vigencia en Alemania –flanqueado a su derecha por significativas fuerzas conservadoras y nacionalistas– y los populari expresaban

sentimientos de amplios sectores de modesto nivel socioeconómico en Italia.

Pero el continuado desarrollo de los partidos de base sindical o de izquierda debilitó el apoyo de esta posición autónoma de las clases medias, volcándolas en general hacia una alianza o absorción en la derecha. Fue así que en Alemania el antiguo Zentrum se vio reemplazado por el Partido Demócrata Cristiano, que aglutina a las principales fuerzas conservadoras del país. En Francia, el electorado que antes favoreció a los radicales pasó, enseguida después de la guerra, por una breve etapa demócrata cristiana (Mouvement Républicain Populaire) y luego se integró en el gaullismo derechista. El liberalismo británico también fue eclipsado como alternativa de poder, a pesar de ocasionales resurgires, pero recientemente en alianza con los conservadores.

Debe señalarse que, en esos países, la mentalidad centrista es muy predominante y afecta a los principales partidos de cada hemisferio político, el de la derecha (moderada) y el de la izquierda (igualmente moderada). Esto no quiere decir que hayan desaparecido las diferencias entre esos partidos, ni que sus apoyos sociales sean ahora equivalentes. Es cierto que casi todos los partidos son en alguna medida policlasistas, pero las diversas clases sociales tienen bien diversos pesos relativos en su seno. En el partido (o coalición) de la derecha, está la gran mayoría de los grupos organizados empresariales, mientras que el partido de la izquierda (o su correspondiente coalición) recibe el apoyo de los activistas del movimiento sindical y de una parte dominante de la intelligentsia.³

3. PARTIDOS SOCIALISTAS

Los partidos socialistas pueden ser básicamente de dos tipos, organizativamente bien distintos, aunque con puntos de contacto en su ideología: los socialdemócratas (categoría que incluye a los comunistas moderados) y los social revolucionarios. Las diferencias entre estos partidos no son nítidas, y a veces un partido socialista de hecho socialdemócrata, como históricamente fue el chileno, experimenta una radicalización, como en tiempos de Allende, pero sin la capacidad de protagonizar una revolución armada.⁴

3(a) Partidos socialdemócratas o comunistas reformistas

Este tipo de partido fue creado en Europa como resultado de la Revolución Industrial y la ampliación del derecho a voto. Se dio una convergencia entre la elaboración ideológica de intelectuales críticos y la lucha económica de los obreros organizados en sindicatos. El Estado, en casi todos los casos, fue ajeno a esta creación, y con frecuencia la hostilizó, aunque eventualmente trató de encauzarla.

Estos partidos desarrollaron actitudes de fuerte confrontación contra los poderes gobernantes y contra las clases propietarias, apoyados en una concepción total de lo que podía ser una sociedad ideal. Esto los llevó en coyunturas especiales a intentar salidas revolucionarias, que, según la teoría que los inspiraba – fundamentalmente, versiones del marxismo–, debían producirse como resultado inevitable de la acumulación de tensiones debidas al mismo crecimiento capitalista.

Como es sabido, esos fenómenos revolucionarios sólo tuvieron éxito en países periféricos, donde el desarrollo industrial no estaba muy avanzado o no se había difundido más que a ciertas áreas minoritarias o enclaves socioeconómicos. No

fue extraño, por lo tanto, que en esos casos las fuerzas que generaron el cambio fueran bien diversas de lo que la teoría preveía para los países de mayor avance industrial y cultural, como se verá en el punto siguiente.

Después de la degeneración totalitaria de las experiencias de toma revolucionaria del poder, se fue consolidando cada vez más una estrategia alternativa, básicamente moderada, pero con capacidad de representar los sentimientos e intereses de una mayoría de los sectores populares. Bajo esta orientación, los partidos que por su origen e ideología podemos denominar socialdemócratas adquirieron en Europa, Australasia y Japón un arraigo claro en las clases populares, con una estrategia reformista a la que se plegaron lentamente la mayor parte de los partidos comunistas.

En América Latina, ese tipo de partido fue difícil de arraigar, siendo sus principales ejemplos con raíces históricas el Partido Socialista de Chile y el de Argentina, hasta ser reducido a una escasa representación por la emergencia del peronismo. En tiempos más recientes, el conjunto denominado Frente Amplio en Uruguay y el Partido de los Trabajadores (PT) de Brasil se acercan a este modelo, aunque a veces necesitados de aliados para poder gobernar (los demócrata cristianos en Chile y una plétora de organizaciones centristas y regionales en Brasil).⁵

Este grupo de partidos no debe ser confundido con otros, como los “apristas”, descritos en el modelo 4(a), que a menudo adoptaron una ideología socialdemócrata y se afiliaron a la Internacional Socialista, pero cuya organización básica es distinta, por tener un componente de clase media y un tipo de liderazgo aún caudillista, mayores que los típicos del modelo ahora analizado.

Es muy probable que, como lo señalan los teóricos de la corriente “aprista”, justamente esa diferencia es la que da vigencia y arraigo a los partidos que la componen, y que no sería deseable para ellos reproducir los esquemas cuya eficacia sólo se ha demostrado en países de más alta industrialización y evolución cultural. Por la misma causa, sin embargo, podría plantearse la hipótesis de que, con el mayor crecimiento tecnológico, urbano e industrial de América Latina, el modelo “socialista obrero” tendrá una mayor perspectiva de imponerse.

3(b) Partidos social revolucionarios

En países que están en etapas tempranas de desarrollo capitalista, aunque con una economía muy carenciada, es común que las fuerzas antagónicas al orden existente adopten una ideología socialista. En esos casos, su estructura de apoyo reside, estratégicamente, en sectores medios e intelectuales, más que en una clase trabajadora organizada de manera autónoma, cuyo peso relativo es escaso.

Las tensiones sociales de todo tipo que operan sobre los niveles medios de estratificación, en etapas como las señaladas, generan para el fenómeno revolucionario una masa de potenciales reclutas, afectados por su inseguridad o su experiencia de descenso social, con la consiguiente tendencia al extremismo. El resultado es un partido capacitado para la lucha armada y con férrea organización verticalista.

Algo parecido se da en otros países en que las condiciones culturales o su trayectoria histórica favorecen una versión fanatizante de una religión tradicional, como el islam, en vez del marxismo. Pero por su mayor ligazón a estructuras religiosas tradicionales, esos partidos entran en otra categoría, más cercana a la de los de integración policlasista, modelo 4(c). Debe aquí observarse que esos partidos no existen en América Latina, quizá por la ausencia de la experiencia islámica, de la cual el catolicismo, en su estadio actual de evolución, no provee un sustituto equivalente.

Los partidos social revolucionarios, en este continente, se iniciaron con menor homogeneidad ideológica que en los casos paradigmáticos de Rusia y China. En Cuba, en sus inicios, el Movimiento 26 de Julio se parecía más a una expresión algo radicalizada del aprismo que al modelo social revolucionario. Incluso se puede suponer que, de haber adoptado Estados Unidos una estrategia más contemporizadora respecto al régimen de Fidel Castro, éste se hubiera visto mucho menos precisado de evolucionar según los cánones importados de la Unión Soviética.

En otras palabras, el modelo social revolucionario no tiene por qué siempre adoptar la ideología marxista leninista. Algunos intentos de formar movimientos de este tipo a partir de facciones populistas, como entre los Montoneros en Argentina o el Movimiento 19 de Abril (M-19) en sus inicios en Colombia, son

un ejemplo de esta posibilidad.

Un régimen de origen social revolucionario, si llega al poder, tiende a consolidarse con el predominio de la nueva clase burocrática, y por lo tanto, se transforma en algo parecido al modelo 4(c) policlasista integrador, ejemplificado en el Partido Revolucionario Institucional (PRI) mexicano, pero referido, por supuesto, a las clases posrevolucionarias. Si no llega al poder y se legitima entrando en la política electoral, es altamente probable que evolucione hacia formas más moderadas, de tipo “aprista” o socialdemócrata, como fue el caso del mismo M-19 en Colombia y del Movimiento Al Socialismo (MAS) en Venezuela.

4. PARTIDOS POPULISTAS O NACIONAL POPULARES

Estos partidos se caracterizan por tener apoyos populares y dirección verticalista, con participación dominante, aunque no numéricamente mayoritaria, en estratos más altos. Pueden ir desde las clases medias, en el modelo 4(a), que podemos llamar “aprista”; a elites opositoras al statu quo, pero de nivel alto, civil, militar o clerical como en el modelo 4(b) “peronista” o “chavista”; o recoger apoyos significativos, tanto estratégica cuanto numéricamente, en casi todos los estratos sociales, como en el modelo 4(c) de integración policlasista. Los partidos social revolucionarios comparten algunas de estas características, pues sus elites dirigentes tienen un origen social muy diverso al de la masa de seguidores, y ejercen un control muy fuerte e indiscutido sobre el partido, a diferencia de los socialdemócratas. Hemos preferido dejarlos entre los partidos de tipo socialista dada la importancia de su ideología y de las transformaciones que han podido realizar, pero los límites no son nítidos en este como en otros casos.⁶

4(a). Partidos populistas de clase media (“apristas”)

En países de desarrollo intermedio, es común encontrar un partido popular anclado en una convergencia de clases medias de modesta condición –a menudo provincianas– con intelectuales, clase obrera y campesinos. Podemos llamarlo “populista de clase media”, no porque esté sólo basado en la clase media (en ese caso, no lo llamaríamos “populista”), sino porque la clase media es su columna dorsal, con más peso organizativo y capacidad de liderazgo que los sindicatos y grupos campesinos, a pesar de que el apoyo de éstos es también esencial. Para un partido que no cuente con apoyo sindical organizado, es difícil entrar en esta categoría, salvo que compense esa falta con una gran votación entre sectores humildes que pueden no estar sindicalizados, sobre todo en países donde hay poca población urbana o industrial.

Llamamos a este modelo “aprista”, sobre la base del partido que más típicamente ha encarnado en su historia esta forma organizativa y que más la ha teorizado. Implica un apoyo policlasista, pero, a diferencia de los dos casos siguientes, “peronistas” o “chavistas”, le falta un componente apreciable en las clases altas. Si estos partidos pierden un significativo apoyo en estratos bajos o sindicales – por motivos no meramente coyunturales–, se convierten en partidos centristas de clase media, categoría distinta, ya mencionada en el modelo 2.

Aparte del propio Partido Aprista Peruano, se incluyen en esta categoría Acción Democrática de Venezuela, Liberación Nacional de Costa Rica, los partidos Revolucionario Guatemalteco (de Arévalo) y Dominicano (iniciado por Bosch), el Partido Popular Democrático de Puerto Rico y el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) de Bolivia. Tienen tendencia a adoptar una ideología socialdemócrata, y muchos de ellos están asociados a la Internacional Socialista, aunque se diferencian de los partidos clásicos de la experiencia socialdemócrata europea, australiana o japonesa, que se describen bajo el modelo 3(a), que dependen mucho más de la experiencia organizativa de la clase obrera.

4(b). Partidos populistas obreros (“peronistas” o “chavistas”)

Formas con algunos parecidos a la anterior –y por eso denominadas “populistas”– son el peronismo y su versión brasileña, el trabalhismo (Partido Trabalhista Brasileiro, PTB, antes del golpe de 1964, y Partido Democrático Trabalhista, PDT, desde la redemocratización). En estos casos, la “columna vertebral” es el movimiento obrero, que aporta gran parte de sus cuadros y estructuras organizativas, aunque por supuesto el liderazgo viene también, e incluso en su mayor parte, de niveles más altos de estratificación. Típicamente estos partidos, por su conformación, origen y apoyo social, expresan un enfrentamiento más clasista, aunque no siempre más violento, que el grupo anterior “aprista”. Les falta, en términos proporcionales, apoyo en los sectores medios que en cambio son centrales en la variante aprista. Pero se diferencian de los socialdemócratas del modelo 3(a) en que poseen significativos –aunque minoritarios– anclajes en sectores de las clases altas, a menudo militares, clero o industriales.

El peronismo es el caso que mejor encaja en esta descripción. El trabalhismo brasileño (PTB) se acercó a él en los últimos días de Vargas y durante el predominio de Goulart. En años más recientes, el partido (rebautizado PDT) mantuvo por un tiempo su capacidad de movilización popular, pero concentrado en algunos estados, bajo la dirección carismática de Leonel Brizola, para luego eclipsarse. En Brasil, la intensa industrialización generó una nueva clase obrera que en su mayoría se aparta del modelo populista para entrar, vía el Partido de los Trabajadores (PT) de Lula, en el modelo socialdemócrata, originariamente en su versión más de izquierda, luego convertido al reformismo pragmático.

A los partidos de este grupo se los ha llamado “populistas obreros”, para señalar dos de sus características estratégicas. No es, por supuesto, que sólo tengan apoyo en ámbitos obreros. Lejos de ello, los partidos que siguen la pauta “peronista” tienen importantes apoyos, como se acaba de decir, en sectores altos de la población, y a veces, como en el caso venezolano, no consiguen incorporar a los elementos dirigentes del tradicional sindicalismo. En ese sentido, su influencia se extiende con amplitud en la gama de estratificación social del país, pareciéndose en algo a los de integración policlasista, como el clásico PRI mexicano, que veremos a continuación. Hay una diferencia muy grande, no obstante, y es que en el modelo PRI el apoyo entre los empresarios y las clases medias es muy fuerte y oscurece —estratégicamente, aunque no en número de votantes, por supuesto— el que tienen en los sectores humildes. En el peronismo, aunque hay significativas minorías de los estratos altos que lo apoyan, en general son muy minoritarias en sus clases de origen y poco legitimadas en términos de los valores corrientes en ellas.

Estos partidos, como todos, pueden evolucionar en el tiempo, y a menudo se considera que el peronismo, más que nada durante la presidencia de Menem (1989-1999), tendía a convertirse en un partido que englobaba a los más diversos grupos sociales, como el PRI. Sin embargo, en el caso argentino, se trató más bien de una convergencia o alianza táctica de corta duración. Es difícil que esto ocurra de manera más permanente, pues en un país con fuerte y antigua composición urbana como Argentina, con una sociedad civil bastante organizada, existe una tendencia a que los grupos sociales se dividan según la composición clasista predominante en cada uno de ellos. O sea, es muy difícil, por no decir imposible, que en el mismo partido se encuentren los principales grupos organizados de sindicalistas y patronos, como en cambio sí han estado en el PRI. La experiencia internacional comparativa así lo sugiere. Otra cosa es que se establezcan alianzas y convergencias o pactos, como ocurrió en Argentina

durante los períodos de Carlos Menem en la Casa Rosada.⁷

Con el mayor desarrollo económico y cultural, y con la experiencia acumulada en décadas de democracia, el peronismo evoluciona hacia una forma ya no clasificable como populista, sino como un reformismo popular semejante al Partido Demócrata de Estados Unidos, y no muy distante de las experiencias socialdemócratas de Chile, Brasil y Uruguay. Hay que tomar en cuenta, al respecto, tanto la composición social de sus integrantes como las políticas aplicadas, aunque éstas oscilan mucho en función de las fuerzas económicas internacionales. En este sentido, debe señalarse que el peronismo ha perdido la mayor parte de los componentes que a lo largo del tiempo y de manera oscilante ha tenido en sectores militares, clericales o intelectuales de derecha. Es muy temprano para predecir si el chavismo seguirá este camino, aunque es bastante probable que ello ocurra en Ecuador y Bolivia, como ha sucedido –en otro ámbito ideológico– en Nicaragua o El Salvador.⁸

4(c). Partidos de integración policlasista

El caso típico de un partido que integra a fuertes sectores organizados en los diversos estratos sociales es el PRI mexicano durante sus largas décadas de hegemonía. No se trata sólo de tener adherentes en los varios niveles económicos, lo que ocurre prácticamente con cualquier formación electoral. Lo que caracteriza a estos partidos es que importantes grupos organizados, tanto del empresariado como de las capas medias y de los sindicatos y campesinos, se aglutinan en una misma estructura, aun cuando mantengan dentro de ella ciertas diferencias.

Cuando se dan condiciones revolucionarias, producto de una guerra civil interna o de la lucha por la independencia contra una potencia colonial, es más fácil que se genere un partido integrador policlasista. El PRI es un excelente ejemplo de ello. Lo mismo ocurre con el Partido del Congreso de India, que reúne desde fuertes capitalistas hasta campesinos, obreros y sectores de clase media. Igualmente sucede en la mayor parte de los países africanos y los de Medio Oriente, donde prevalecen formas de “socialismo árabe” que incorporan desde los estratos más altos de la sociedad (burócratas y militares cuando no hay

capitalistas privados) hasta los más bajos.

En Brasil, la casi permanente alianza varguista clásica del Partido Social Democrático (PSD) y el PTB (1946-1964) es un caso que se parece mucho a un partido de integración policlasista. Se diferencia del caso mexicano en que en Brasil no se trató de un partido, sino de una coalición, y además no hubo una revolución, lo que dio más fuerza a la derecha tradicional, externa a esta coalición policlasista. En Paraguay, el Partido Colorado también tuvo por décadas algunos de los aspectos de un partido de integración policlasista.

En un país en que domina un partido o coalición integradora policlasista, es común –si no hay régimen de partido único– que se formen a la derecha y a la izquierda pequeños partidos que agrupan a los sectores más duros o intransigentes de las clases altas, o de los militantes obreros o intelectuales. Si el predominio del partido dominante se debilita, se puede ir a un sistema de tres partidos, como ha estado ocurriendo en México desde el año 2000.

Los partidos de integración policlasista, cuando tienen orígenes revolucionarios, en general pasan por etapas tempranas durante las cuales su composición es menos integradora, y se parecen más al esquema “aprista” o al social revolucionario. Con la consolidación de la revolución, las nuevas clases dirigentes formadas en el proceso (burguesía industrial o alta burocracia) tienden a integrarse al movimiento y llegan a dominarlo. En muchas experiencias de tipo soviético, los partidos comunistas, una vez asentados en el poder, se transforman también en versiones integradoras policlasistas (de las clases posrevolucionarias, por supuesto), suponiendo que mantienen su popularidad, lo que no siempre es el caso.

5. LA BIPOLARIDAD DERECHA-IZQUIERDA

Históricamente, en etapas intermedias o altas de industrialización, ante el fortalecimiento de las fuerzas sindicales y socialistas, se produce una unificación de los partidos “burgueses” o la desaparición de uno de ellos. Es así como en Gran Bretaña, después de la tripolaridad conservadora, liberal y laborista, que corresponde al modelo 2, se va a una básica bipolaridad, desapareciendo o debilitándose con notoriedad uno de los dos partidos del esquema anterior, en este caso, el liberal. Queda entonces un partido basado en la mayor parte de los sectores capitalistas, pero con capacidad de cooptar a las clases medias y a una parte de las populares, sobre todo rurales; y otro anclado en los grupos obreros organizados, así como en una minoría “progresista” o intelectual de las clases medias.⁹

En los países de alto desarrollo, este esquema es el más común, en especial en Europa, Israel, Australasia y Japón. A veces, en vez de un partido, existe un sistema de dos o más partidos, casi permanentemente aliados, que ocupan su hemisferio político. Así, por ejemplo, en Francia están los dos partidos de origen gaullista, y en Suecia el trío formado por los conservadores, los liberales y los agrarios o centristas, que representaron por décadas la oposición a la socialdemocracia, con la que tienen un notable equilibrio de votos.

Esta bipolaridad se complica a veces con ocasionales agregados en los extremos o en el regionalismo o la religión, que a veces dificultan bastante el panorama, pero que tienden a coaligarse con los grandes batallones de su costado, como la Lega Nord en Italia con Berlusconi, el movimiento inspirado en Jorg Haider en Austria con los populares católicos, la Izquierda Unida o los autonomistas catalanes o vascos en España, oscilantemente aliados a la derecha o a la izquierda nacionales. En Estados Unidos, la izquierda no está representada por un partido de ideología socialista, sino por el Partido Demócrata, de raíces populares y alta composición sindical, aunque más mezclado en sus apoyos sociales. En Argentina, el peronismo renovado se está pareciendo mucho a este modelo.

En América Latina, el esquema bipolar derecha-izquierda está muy anclado en países como Uruguay o Chile, pero en otros de la región, incluso de escaso desarrollo económico, se está dando una tendencia parecida, como hemos visto en estas páginas. Ciertamente es que, como decía Giambattista Vico, en la historia hay corsi y ricorsi, y las tendencias, como vienen, pueden irse. Pero las marcadas en este volumen, sin ser absolutas ni para siempre, tienen bastante solidez. El futuro dirá si se consolidan y se sientan las bases para una convivencia democrática más estable.

¹ [Para otras clasificaciones de partidos e ideas acerca de tipologías, véanse Seymour Martin Lipset y Stein Rokkan \(comps.\), Party Systems and Voter Alignments. Cross National Perspectives, Nueva York, Free Press, 1967; Ruth Berins Collier y David Collier, Shaping the Political Arena. Critical Junctures, the Labor Movement, and Regime Dynamics in Latin America, Princeton, Princeton University Press, 1991; Paul Drake y Eduardo Silva \(comps.\), Elections and Democratization in Latin America, 1980-1985, San Diego, University of California, 1986; Liliana de Riz, “Política y partidos. Un ejercicio de análisis comparado: Argentina, Chile, Brasil y Uruguay”, en Desarrollo Económico, núm. 25, 1986; Richard Gott \(comp.\), Guide to the Political Parties of Latin America, Middlesex, Penguin, 1973; Jean Pierre Bernard et al., Tableau des partis politiques en Amérique du Sud, París, Armand Colin, 1969; Manuel Alcántara Sáez, Sistemas políticos de América Latina, 2 vols., Madrid, Tecnos, 1990; Herbert Kitschelt et al., Latin American Party Systems, Nueva York, Cambridge University Press, 2010; Donna Van Cott, From Movements to Parties in Latin America, Cambridge, Cambridge University Press, 2005 \[trad. esp.: De los movimientos a los partidos, Barcelona, Fundación CIDOB, 2006\].](#)

² [Evelyn Huber y John Stephens, “The Bourgeoisie and Democracy: Historical and Comparative Perspectives”, en Social Research, núm. 66, 1999; Ronald Inglehart y Christian Welzel, Modernization, Cultural Change and Democracy. The Human Development Sequence, Cambridge, Cambridge University Press, 2005 \[trad. esp.: Modernización, cambio cultural y democracia: la secuencia del desarrollo humano, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 2006\].](#)

³ [Timothy Scully, Rethinking the Center. Party Politics in Nineteenth- and Twentieth-Century Chile, Stanford, Stanford University Press, 1992; Scott Mainwaring y Timothy Scully \(comps.\), Christian Democracy in Latin America.](#)

[Electoral Competition and Regime Conflicts, Stanford, Stanford University Press, 2003 \[trad. esp.: La democracia cristiana en América Latina. Conflictos y competencia electoral, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2010\].](#)

⁴ [J. Samuel Valenzuela, “Movimientos obreros y sistemas políticos: un análisis conceptual y tipológico”, en Desarrollo Económico, núm. 23, 1983; Ian Roxborough, “The Analysis of Labour Movements in Latin America: Typologies and Theories”, en Bulletin of Latin American Research, núm. 1, 1981.](#)

⁵ [David Samuels, “From Socialism to Social Democracy. Party Organization and the Transformation of the Workers Party in Brazil”, en Comparative Political Studies, núm. 37, 2004.](#)

⁶ [Michael Conniff \(comp.\), Latin American Populism in Comparative Perspective, Albuquerque, University of New Mexico, 1982; Octavio Ianni, La formación del Estado populista en América Latina, México, Era, 1975.](#)

⁷ [James W. McGuire, Peronism without Perón. Unions, Parties and Democracy in Argentina, Stanford, Stanford University Press, 1997; Steven Levitsky, Transforming Labor-Based Parties in Latin America. Argentine Peronism in Comparative Perspective, Cambridge, Cambridge University Press, 2003.](#)

⁸ [Raúl L. Madrid, “The Rise of Ethnopolitism in Latin America”, en World Politics, núm. 60, 2008.](#)

⁹ [Norberto Bobbio, Derecha e izquierda, Madrid, Taurus, 1990; Edward Gibson, Class and Conservative Parties. Argentina in Comparative Perspective, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1996; Timothy J. Power, The Political Right in Postauthoritarian Brazil. Elites, Institutions and Democratization, Pensilvania, Pennsylvania State University Press, 2000; Herbert Kitschelt y Staf Helleman, “The Left-Right Semantics and the New Politics Cleavage”, en Comparative Political Studies, núm. 23, 1990; Kevin J. Middlebrook \(comp.\), Conservative Parties, the Right, and Democracy in Latin America, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 2000.](#)

ÍNDICE DE NOMBRES

Abadie, Washington Reyes

Acker, Alison

Adenauer, Konrad

Agor, Weston

Aguilar Camín, Héctor

Aguirre Cerda, Pedro

Aguirre Gainsborg, José

Agulla, Juan Carlos

Alape, Arturo

Albizu Campos, Pedro

Albuquerque Lima, Afonso

Alcántara Sáez, Manuel

Alem, Leandro N.

Alemán, Arnoldo

Alemán, Miguel

Alessandri, Arturo

Alessandri, Jorge

Alexander, Robert

Alfaro, Eloy

Alfonsín, Raúl

Allende, Salvador

Alonso, Esther

Alonso, José

Alonso, Paula

Alsina, Adolfo

Álvarez, Gregorio

Álvarez, Waldo

Alvear, Marcelo T. de

Ameringer, Charles D.

Anderson, Thomas P.

Ansaldi, Walter

Antunes, Ricardo

Aramayo, Carlos Víctor

Aramburu, Pedro E.

Arana Osorio, Carlos

Aranda, Ximena

Arango, Mariano

Araujo, Arturo

Árbenz, Jacobo

Arce, Armando

Archer, Ronald

Ares Pons, Roberto

Arévalo, Juan José

Arguedas, Alcides

Arias, Arnulfo

Arias, Harmodio

Arias, Oscar

Aricó, José

Aristide, Jean Bertrand

Arosemena, Carlos Julio

Arrais, Miguel

Artaza, Policarpo

Arze, José Antonio

Ávila Camacho, Manuel

Ayala, Eusebio

Aylwin, Patricio

Azevedo do Amaral, Antonio

Babb, Florence

Bachelet, Michelle

Baer, Werner

Balaguer, Joaquín

Balaguer, Rafael

Balbín, Ricardo

Balbis, Jorge

Baldivieso, Enrique

Baldomir, Alfredo

Balestra, Juan

Balmaceda, José Manuel

Balvé, Beatriz S.

Balvé, Beba C.

Bañales, Carlos

Bandeira, Moniz

Bánzer Suárez, Hugo

Baraona, Rafael

Barbosa Cano, Fabio

Barco, Virgilio

Barrán, José Pedro

Barrantes, Alfonso “Frijolito”

Barrett, Rafael

Barría, Jorge

Barrientos, René

Barrios, Justo Rufino

Basadre, Jorge

Baschetti, Roberto

Batista, Fulgencio

Batista, Pedro Ernesto

Batlle, Jorge

Batlle Berres, Luis

Batlle y Ordóñez, José

Beiguelman, Paula

Bejarano, Ana María

Belaúnde Terry, Fernando

Belzu, Manuel

Beni, Mário

Berlusconi, Silvio

Bernard, Jean-Pierre

Bernardo, Roberto M.

Berry, R. Albert

Bertagna, Federica

Betancourt, Rómulo

Betancur, Belisario

Bignone, Reynaldo

Birbalsingh, Frank

Birch, Melissa

Bitar, Sergio

Blanchard, Peter

Blanco, Carlos

Blanksten, George

Bobbio, Norberto

Bolaños, Enrique

Booth, John

Bordaberry, Juan María

Borde, Jean

Borge, Tomás

Borja, Rodrigo

Borón, Atilio

Bosch, Juan

Botana, Natalio

Bourricaud, François

Bouterse, Desi

Brandi, Pablo

Brereton, Bridget

Brizola, Leonel

Browning, David

Buarque de Holanda, Sérgio

Bucaram, Abdala

Bucaram, Assad “don Buca”

Buchrucker, Christian

Bulnes, Francisco

Burbano de Lara, Felipe

Burnham, Forbes

Busch, Germán

Bustamante, Alexander

Bustamante y Rivero, José Luis

Caballero, Bernardino

Caballero, Ricardo

Caballero Vargas, Guillermo

Cáceres, Andrés

Cáceres B., Jorge

Caetano, Gerardo

Café Filho, João

Cafiero, Antonio

Caldera, Rafael

Calderón, Felipe

Calderón, Rafael A.

Calderón Guardia, Rafael Ángel

Calles, Plutarco Elías

Calvert, Peter

Cámara, Helder

Camargo, Aspásia

Camp, Roderick

Campisteguy, Juan

Campobassi, José S.

Cámpora, Héctor

Campos, Francisco

Cano, Wilson

Cárdenas, Cuauhtémoc

Cárdenas, Lázaro

Cardoso, Ciro F. S.

Cardoso, Fernando Henrique

Carías Andino, Tiburcio

Carone, Edgard

Carr, Barry

Carrera Damas, Germán

Carrión, Luis

Carter, Jimmy

Carvalho Rosa, Marcelo

Casalecchi, José Ênio

Castello Branco, Carlos

Castells, Manuel

Castelo Branco, Humberto

Castillo, Ramón

Castillo Armas, Carlos

Castro, Cipriano

Castro, Fidel

Castro, Raúl

Castro Gomes, Angela Maria de

Cavallo, Domingo

Cepeda, Fernando

Cerezo, Vinicio

Céspedes, Augusto

Céspedes, Carlos

Chacon, Vamireh

Chalmers, Douglas

Chamorro, Pedro Joaquín
Chamorro, Violeta
Chang-Rodríguez, Eugenio
Charlín, Carlos
Chaves, Aureliano
Chávez, Hugo
Chiari, Roberto
Chibás, Eduardo
Chin, Henk E.
Chinchilla, Laura
Cibotti, Ema
Ciccarelli, Orazio
Ciria, Alberto
Clementi, Hebe
Close, David
Cockcroft, James D.
Colby, Bainbridge
Collier, David
Collier, Ruth Berins
Collor, Lindolfo
Collor de Mello, Fernando

Colom, Álvaro

Conniff, Michael L.

Conte, Francisco

Cooke, John William

Copelmayer, Roberto

Coppedge, Michael

Córdova-Claure, Ted

Correa, Rafael

Cortés Conde, Roberto

Cosío Villegas, Daniel

Cossío del Pomar, Felipe

Cotler, Julio

Craton, Michael

Cristiani, Alfredo

Cuadros Quiroga, José

Cuestas, Lindolfo

Cueva, Agustín

Cúneo, Dardo

D'Aguiar, Peter

D'Aubuisson, Roberto

Da Costa e Silva, Artur

Dahl, Robert

Dalton, Roque

Dantas, San Thiago

Davies, Thomas M.

De Almeida, José Américo

De Barros, Adhemar

De Castro, Josué

De Galíndez, Jesús

De Gaulle, Charles

De Herrera, Luis Alberto

De Irigoyen, Bernardo

De la Madrid, Miguel

De la Rúa, Fernando

De la Torre, Lisandro

De la Torre Espinosa, Carlos

De Piérola, Nicolás

De Riz, Liliana

Dean, Warren

Degler, Carl

Delgado, Oscar

Delich, Francisco

Dell, John Patrick

Denis, Lorimer

Devoto, Fernando

Di Tella, Guido

Di Tella, Torcuato

Díaz, Diego

Díaz, Porfirio

Díaz de Molina, Alfredo

Díaz Machicao, Porfirio

Dietz, Henry A.

Dix, Robert

Domínguez, Jorge

Don Porfirio, véase Díaz, Porfirio

Donoso, Ricardo

Dorfman, Adolfo

Dorticós, Osvaldo

Doyon, Louise

Drake, Paul

Duarte, José Napoleón

Duhalde, Eduardo

Dulles, John W. F.

Dumoulin, John

Dumpierre, Erasmo

Dunkerley, James

Dutra, Eurico Gaspar

Duvalier, François

Echaiz, René León

Echevarría, Luis

Echavarría Olózaga, Felipe

Edwards Vives, Alberto

Eisenhower, Dwight D.

Ellner, Steve

Endara, Guillermo

Ensinck, Oscar Luis

Erikson, Kenneth

Errázuriz, Jorge

Erro, Enrique

Escalante, Aníbal

Escovar Salom, Ramón

Escudé, Carlos

Estigarribia, José Félix

Estrada Cabrera, Manuel

Estrada Palma, Tomás

Etchepareborda, Roberto

Etkin, Alfredo

Evita, véase Perón, Eva.

Eyzaguirre, Jaime

Fals Borda, Orlando

Faoro, Raymundo

Farrell, Edelmiro

Fausto, Boris

Febres Cordero, León

Feldman, Silvio

Fernandes, Florestan

Fernández, Arturo

Fernández, Leonel

Fernández Huidobro, Eleuterio

Ferreira Aldunate, Wilson

Figueiredo, Eurico de Lima

Figueres, José

Figueres, José María

Finot, Enrique

Flores, Lourdes

Flores, Venancio

Flores Magón, Ricardo

Flynn, Peter

Fonseca Amador, Carlos

Forbes, John D.

Fox, Vicente

Franco, Itamar

Franco, Rafael

Frei Montalva, Eduardo

Frei Ruiz Tagle, Eduardo

Freire Esteves, Gomes

French, John D.

Fresco, Manuel

Freyre, Gilberto

Friedman, Milton

Frondizi, Arturo

Frugoni, Emilio

Fuentes Mohr, Alberto

Fujimori, Alberto

Funes, Mauricio

Gadotti, Moacir

Gaitán, Jorge Eliécer

Gallegos, Rómulo

Gallo, Ezequiel

Galtieri, Leopoldo

Gálvez, José

Gálvez, Manuel

García, Alan

García, Antonio

García, Romeo Lucas

García Meza, Luis

García Moreno, Gabriel

Garrastazú Médici, Emilio

Garretón, Manuel Antonio

Gaviria, César

Gay, Luis

Geisel, Ernesto

Gerassi, John

Germani, Gino

Gestido, Oscar

Giacalone de Romero, Rita

Gibson, Edward

Gil, Federico

Gil Yepes, José Antonio

Gillespie, Fran

Giussani, Pablo

Golding, Bruce

Gómez, Álvaro

Gómez, Juan Vicente

Gómez, Laureano

Gómez, Miguel José

Gómez, Vicente

Gómez Quiñones, Juan

Góngora, Mario

Gonzales, Michael J.

González, Edward

González Casanova, Pablo

González Videla, Gabriel

González von Marées, Jorge

Gorender, Jacobo

Gorriti Ellenbogen, Gustavo

Gott, Richard

Goulart, João

Graham, Richard

Grau San Martín, Ramón

Grayson, George

Greene, Kenneth F.

Grela, Plácido

Grosso, Alejandro J.

Gros Espiell, Héctor

Grove, Marmaduke

Gudmunson, Lowell

Gueiler, Lydia

Guerra, François-Xavier

Guerra y Sánchez, Ramiro

Guevara, Ernesto “Che”

Guevara Arce, Walter

Guevara Moreno, Carlos

Guido, José María

Guidos Béjar, Rafael

Gumucio, Mariano Baptista

Gutiérrez, Lucio

Gutiérrez, Mario

Guzmán Blanco, Antonio

Guzmán Campos, Germán

Hagopian, Frances

Haider, Jorg

Hall, Carolyn

Halperin, Maurice

Halperín Dongui, Tulio

Hansen, Roger

Hart, John M.

Hartlyn, Jonathan

Hawkins, Kirk A.

Haya de la Torre, Víctor Raúl

Heise González, Julio

Hellemans, Staf

Hellinger, Daniel C.

Hellman, Ronald G.

Hernández Arregui, Juan José

Hernández Martínez, Maximiliano

Herrera, Alberto

Herrera Soto, Roberto

Hilton, Stanley

Hippolito, Lucia

Hochschild, Mauricio

Hodges, Donald

Hoetink, Harry

Holmes Trujillo, Carlos

Hope, Kemp Ronald

Horowicz, Alejandro

Horowitz, Irving L.

Hoyte, Hugh

Huber, Evelyne

Humala, Ollanta

Humphreys, Robin A.

Hurtado, Osvaldo

Ianni, Octavio

Ibañez, Carlos

Illia, Arturo

Inglehart, Ronald

Isabelita. Véase Martínez de Perón, María Estela.

Jacob, Raúl

Jagan, Cheddi

Jagan, Janet

Jagdeo, Bharat

Jaguaribe, Hélio

James, Cyril Lionel Robert

James, Daniel

Jara, Enrique

Jaramillo Uribe, Jaime

Jóver Peralta, Anselmo

Joxe, Alain

Julião, Francisco

Justo, Agustín P.

Justo, Juan B.

Kamman, William

Kantor, Harry

Karnes, Thomas

Kennedy, John F.

Kerenski Aleksandr

Kirchner, Néstor

Kitschelt, Herbert

Klarén, Peter

Klein, Herbert

Knight, Alan

Knight, Franklin W.

Krauze, Enrique

Kubitschek, Juscelino

Kuper, Adam

Kvaternik, Eugenio

La Quina, Joaquín Hernández Galicia, llamado

Labrousse, Alain

Lacalle Herrera, Luis

Lacerda, Carlos

Lagos, Ricardo

Lamarca, Carlos

Lamounier, Bolivar

Landerberger, José

Lanusse, Alejandro

Larra, Raúl

Latorre, Lorenzo

Laugerud García, Kjell

Lebensohn, Moisés

Lechín, Juan

Lechner, Norbert

Leguía, Augusto

Leighton, Bernardo

Lemus, José María

Lengrand, Eloi

Lenin, Vladímir Ilich Uliánov, llamado

León de Tarapacá, véase Allessandri, Arturo

Lerdo de Tejada, Sebastián

Letelier, Valentín

Levine, Robert M.

Levingston, Marcelo

Levingston, Norberto

Levitsky, Steven

Lewis, Paul H.

Leyburn, James

Liévano Aguirre, Indalecio

Lima, Alceu Amoroso

Lima Junior, Olavo Brasil de

Lima Sobrinho, Barbosa

Limantour, Yves

Lins de Barros, João Alberto

Lipset, Seymour Martin

Liss, Sheldon B.

Lleras Camargo, Alberto

Lloyd George, David

Lobo, Porfirio

Lonardi, Eduardo

Londregan, John

López, Francisco Solano

López Arellano, Oswaldo

López Contreras, Eleazar

López Michelsen, Alfonso

López Oliver, Pedro Ramón

López Portillo, José

López Pumarejo, Alfonso

López Rega, José

Lora, Guillermo

Lowenthal, Abraham

Lucchini, Cristina

Lugo, Fernando

Lula da Silva, Luiz Inácio

Lumbreras, Luis G.

Mac Iver, Enrique

Machado, Gerardo

Machado, Gustavo

Madero, Francisco

Madrid, Raúl L.

Mahuad, Jamil

Maingot, A. P.

Mainwaring, Scott

Malloy, James M.

Malta, Octavio

Maluf, Pablo

Manigat, Leslie

Manley, Michael

Manley, Norman

Manrique, Francisco

Marco, Miguel Ángel de

Mariátegui, José Carlos

Marighela, Carlos

Maroff, Tristán

Martí, Farabundo

Martí, José

Martinelli, Ricardo

Martínez, Ezequiel

Martinez Corrêa, Ana Maria

Martínez de Perón, María Estela, llamada Isabelita

Martínez Peláez, Severo

Martins Rodrigues, Leôncio

Martz, John

Marx, Karl

Massera, Emilio

Matos Mar, José

Mayorga, Silvio

McClintock, Cynthia

McClintock, Michael

McGee Deutsch, Sandra

McGuire, James W.

Medina Angarita, Isaías

Mejía, Hipólito

Mella, Julio Antonio

Mellafe, Rolando

Melo Franco, Virgílio A. de

Menchú, Rigoberta

Méndez, Aparicio

Méndez, Joaquín

Méndez Montenegro, Julio César

Mendoza, Carlos

Menem, Carlos

Menjívar Larín, Rafael

Menocal, Mario

Mercadante, Pablo

Mesa Lago, Carmelo

Mesquita Benevides, Maria Vitória de

Meyer, Jean

Michelini, Zelmar

Middlebrook, Kevin J.

Millar Carvallo, René

Mills, Nick D.

Miró Quesada, Francisco

Mises, Ludwig von

Mitre, Bartolomé

Mockus, Antanas

Molina, Gerardo

Monteith, Kathleen

Montenegro, Carlos

Montero Moreno, René

Montes, J. Esteban

Mora y Araujo, Manuel

Moraes, Denis de

Morales, Evo

Morales Bermúdez, Francisco

Moreno, Alejandro

Moreno, Rodolfo

Moreno Friginals, Manuel

Morones, Luis

Morris, James A.

Mosconi, Enrique

Moscoso, Mireya

Moya Pons, Frank

Mujica, José

Muñoz Marín, Luis

Murillo, María Victoria

Murilo de Carvalho, José

Murmis, Miguel

Nahum, Benjamín

Nardone, Benito

Natusch Busch, Alberto

Neves, Tancredo

Nicholls, David

Nieto Arteta, Luis Eduardo

Nixon, Richard

Nocera, Raffaele

Noriega, Manuel Antonio

Norsworthy, Kent

Núñez, Bejamín

Núñez, Carlos

Núñez, Rafael

Nunn, Frederick

O'Connor, James

O'Donnell, Guillermo

O'Leary, Juan E.

Obregón, Álvaro

Oddone, Juan A.

Odría, Manuel

Olaya Herrera, Enrique

Oliveira Filho, Moacyr de

Oliveira Vianna, Francisco José

Onganía, Juan Carlos

Orlich, Francisco

Oropeza, Luis J.

Orrego, Claudio

Ortega, Daniel

Ortega, Eugenio

Ortega, Humberto

Ortiz, Fernando

Ortiz, Roberto

Osorio, Oscar

Ospina Pérez, Mariano

Ospina Vásquez, Luis

Oszlak, Oscar

Otávio, Rodrigo

Ovando, Alfredo

Oved, Iaacov

Oviedo, Lino

Pacheco, Jorge

Pacheco Areco, Jorge

Padilla, Heberto

Palacios, Marco

Palermo, Vicente

Palma Zúñiga, Luis

Parry, J. H.

Paso, Leonardo

Pastore, Carlos

Pastrana, Andrés

Pastrana, Misael

Patiño, Simón Iturri

Patrón Costas, Robustiano

Patterson, Orlando

Paz Estenssoro, Víctor

Paz Zamora, Jaime

Peña Nieto, Enrique

Peñaranda, Enrique

Penniman, Howard R.

Pereda, Juan

Perelli, Carina

Pérez, Carlos Andrés

Pérez Brignoli, Héctor

Pérez Jiménez, Marcos

Pérez Jr., Louis A.

Pérez Molina, Otto

Perón, Eva

Perón, Juan Domingo

Petkoff, Teodoro

Petras, James

Phillips Collazos, Sharon

Picado, Teodoro

Picón Salas, Mariano

Pinedo, Federico

Piñera, Sebastián

Pinheiro, Paulo Sérgio

Pinochet, Augusto

Pío XI

Pivel, Juan E.

Pizarro, Eduardo

Plaza, Galo

Pollack, Benny

Ponce, Camilo

Poppino, Rollie

Portantiero, Juan Carlos

Portillo, Alfonso

Porzecanski, Arturo

Potash, Robert

Powell, John Duncan

Power, Timothy J.

Prado, Manuel

Prestes, Luis Carlos

Préval, René

Primo de Rivera, José Antonio

Prío Socarrás, Carlos

Przeworski, Adam

Pucciarelli, Alfredo

Quadros, Jánio

Quintero, Rafael

Quiroga Santa Cruz, Marcelo

Rama, Germán

Ramírez, Pedro Pablo

Ramírez, Sergio

Ramírez Necochea, Hernán

Rangel Guevara, Carlos

Rapoport, Mario

Rawson, Arturo

Recabarren, Luis Emilio

Reed Millet, Allan

Remmer, Karen L.

Remón, José Antonio

Repetto, Nicolás

Reyes, Bernardo

Reyes, Cipriano

Reyna, José Luis

Rhodakanaty, Plotino

Rial, Juan

Richardson, Glen

Rico, Aldo

Ríos Montt, Efraín

Rivadavia, Bernardino

Rivarola, Domingo

Robelo, Alfonso

Roberts, Kenneth M.

Roca, Julio A.

Rock, David

Rodas, Modesto

Rodrigues, Edgar

Rodríguez, Andrés

Rodríguez, Carlos Rafael

Rodríguez Lara, Guillermo

Rodríguez Saá, Adolfo

Rojas, Isaac

Rojas Pinilla, Gustavo

Rokkan, Stein

Roldós, Jaime

Rolón Anaya, Mario

Romero Bosque, Pío

Rondon, Cândido

Roosevelt, Franklin D.

Ropp, Stephen C.

Rosas, Juan Manuel de

Rose, R. S.

Ross, Agustín

Ross, Stanley

Rouquié, Alain

Rousseff, Dilma

Roxborough, Ian

Ruiz, Ramón

Sabato, Hilda

Sabattini, Amadeo

Sacasa, Juan Bautista

Sáenz Peña, Roque

Safford, Frank

Salamanca, Luis

Salazar, Rosendo

Sales, Alberto

Salgado, Plínio

Salinas de Gortari, Carlos

Samper, Ernesto

Samuels, David

Sánchez, Luis A.

Sánchez Albornoz, Nicolás

Sánchez Cerro, Luis

Sánchez de Losada, Gonzalo

Sandino, Augusto César

Sanguinetti, Horacio

Sanguinetti, Julio

Santa Cruz Schuhkrafft, Andrés de

Santana, Roberto

Santos, Eduardo

Santos, Juan Manuel

Santos, Máximo

Santos Zelaya, José

Saravia, Aparicio

Sarney, José

Scarzanella, Eugenia

Schick, René

Schifter, Jacobo

Schneider, Ronald M.

Schvarzer, Jorge

Scully, Timothy

Seaga, Edward

Sedoc Dahlberg, Betty

Seineldín, Mohamed Alí

Seligson, Mitchell

Selser, Gregorio

Semo, Enrique

Sendic, Raúl

Serbin, Andrés

Sharpless, Richard

Sherlock, P. M.

Sierra, Justo

Sigal, Silvia

Siles Reyes, Hernán

Siles Suazo, Hernán

Silva, Eduardo

Silva, Hélio

Skidmore, Thomas
Slutzky, Daniel
Smilde, David
Smith, Peter
Snow, Peter
Soares D'Araújo, Maria Celina
Solaún, Mauricio
Solberg, Carl
Solís, Ottón
Somoza, Anastasio
Somoza, Luis
Somoza Jr., Anastasio
Sorel, Georges
Sosa, Ignacio
Sosa Abascal, Arturo
Souza, Maria do Carmo Campello de
Spencer, Herbert
Spina Forjaz, Maria Cecília
Stalin, Iósif
Stavenhagen, Rodolfo
Stefanich, Juan

Stepan, Alfred

Stephens, John

Strawbridge, George

Stroessner, Alfredo

Suárez, Adolfo

Suárez, Andrés

Suárez, Irene

Suazo Córdova, Roberto

Subcomandante Marcos

Taft, William

Tamayo, Franz

Távora, Juárez

Taylor, Philip B.

Terán, Oscar

Terra, Gabriel

Texeira Lott, Henrique

Tirado Mejía, Álvaro

Toledo, Alejandro

Tomic, Radomiro

Toro, David

Torre, Juan Carlos

Torres, Alberto

Torres, Camilo

Torres, Juan José

Torres, Sandra

Torrijos, Martín

Torrijos, Omar

Trías, Vivián

Trindade, Hélió

Trotsky, León

Trujillo, Rafael

Tse-Tung, Mao

Túpac Amaru

Turbay, Gabriel

Turcios, Luis

Ubico, Jorge

Ugarte, Manuel

Ugarte, Marcelino

Ulate, Otilio

Umaña Luna, Eduardo

Ungo, Guillermo

Unzaga de la Vega, Oscar

Uribe, Álvaro

Uriburu, José Félix

Uslar Pietri, Arturo

Valencia, Elmo

Valenzuela, Arturo

Valenzuela, Carlos

Valenzuela, J. Samuel

Valle, Juan José

Van Cott, Donna

Vandor, Augusto

Vanger, Milton I.

Varela, Alfredo

Varela, Gonzalo

Vargas, Getúlio

Vargas Llosa, Mario

Vasconcelos, José

Vazeilles, José

Vázquez, Tabaré

Vega Centeno, Imelda

Velasco Alvarado, Manuel

Velasco Ibarra, José María

Velázquez, Fidel

Venetiaan, Ronald

Verón, Eliseo

Vianna Filho, Luiz

Vico, Giambattista

Videla, Jorge Rafael

Viera, Feliciano

Vilas, Carlos

Villalba, Jóvito

Villanueva, Víctor

Villarroel, Gualberto

Villarruel, José C.

Villeda Morales, Ramón

Villegas, Jorge

Viola, Roberto

Wade, Christine

Waisman, Carlos

Walker, Thomas

Walvin, James

Way, Lucan

Weffort, Francisco

Weinert, Richard S.

Welles, Sumner

Welzel, Christian

Wheelock, Jaime

Williams, Eric

Williams, John Hoyt

Williman, Claudio

Witker, Alejandro

Wolfe, Joel

Womack, John

Wurth Rojas, Ernesto

Ydígoras Fuentes, Miguel

Yon Sosa, Marco Antonio

Yrigoyen, Hipólito

Zanatta, Loris

Zapata, Emiliano

Zedillo, Ernesto

Zeitlin, Maurice

Zelaya, Manuel

Zimmermann Zavala, Augusto

Zum Felde, Alberto

▪

Torcuato S. Di Tella

Historia de los partidos políticos en América Latina / Torcuato S. Di Tella. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Fondo de Cultura Económica, 2021.

(Popular. Breves)

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-719-278-0

1. Historia de América del Sur. 2. Partidos Políticos. I. Título.

CDD 320

▪

Diseño de cubierta: Juan Balaguer

Conversión a formato digital: Libresque

D.R. © 2013, 2021, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S.A.

Humboldt 2355, 2° piso; C1425FUE Buenos Aires, Argentina

fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar

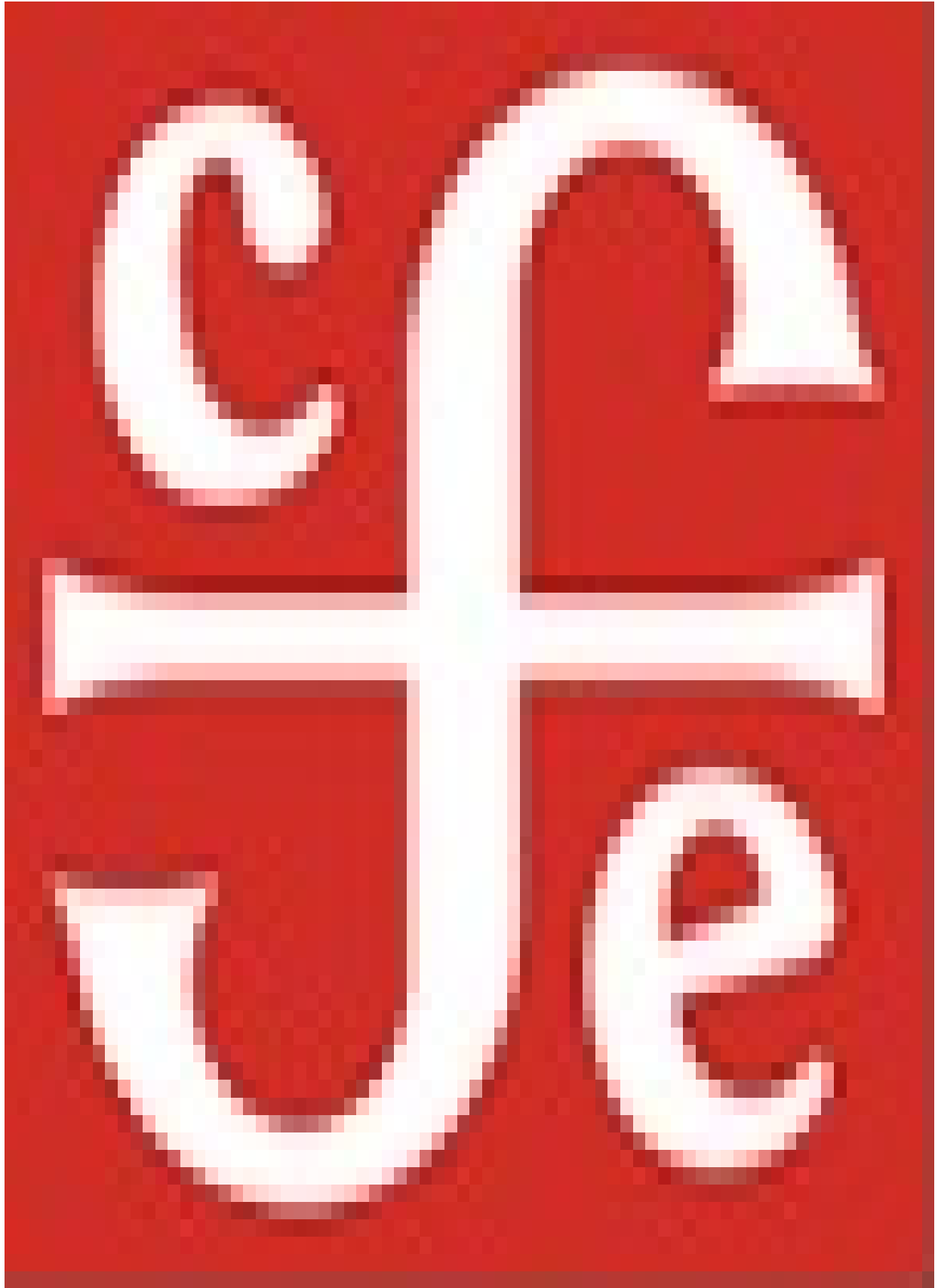
Comentarios y sugerencias: editorial@fce.com.ar

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

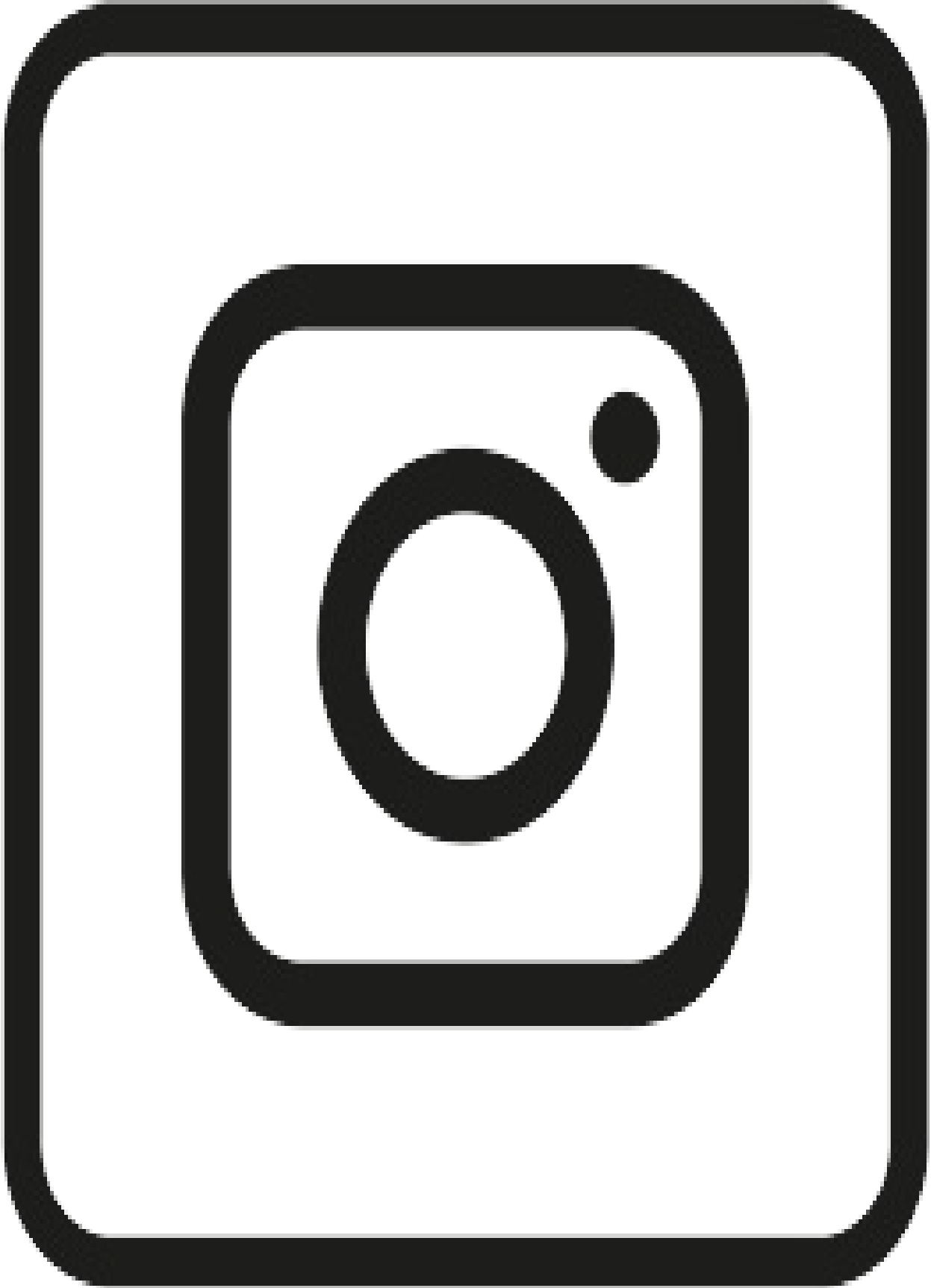
Carretera Picacho Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México

ISBN 978-987-719-278-0

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada o modificada, en español o en cualquier otro idioma, sin autorización expresa de la editorial.



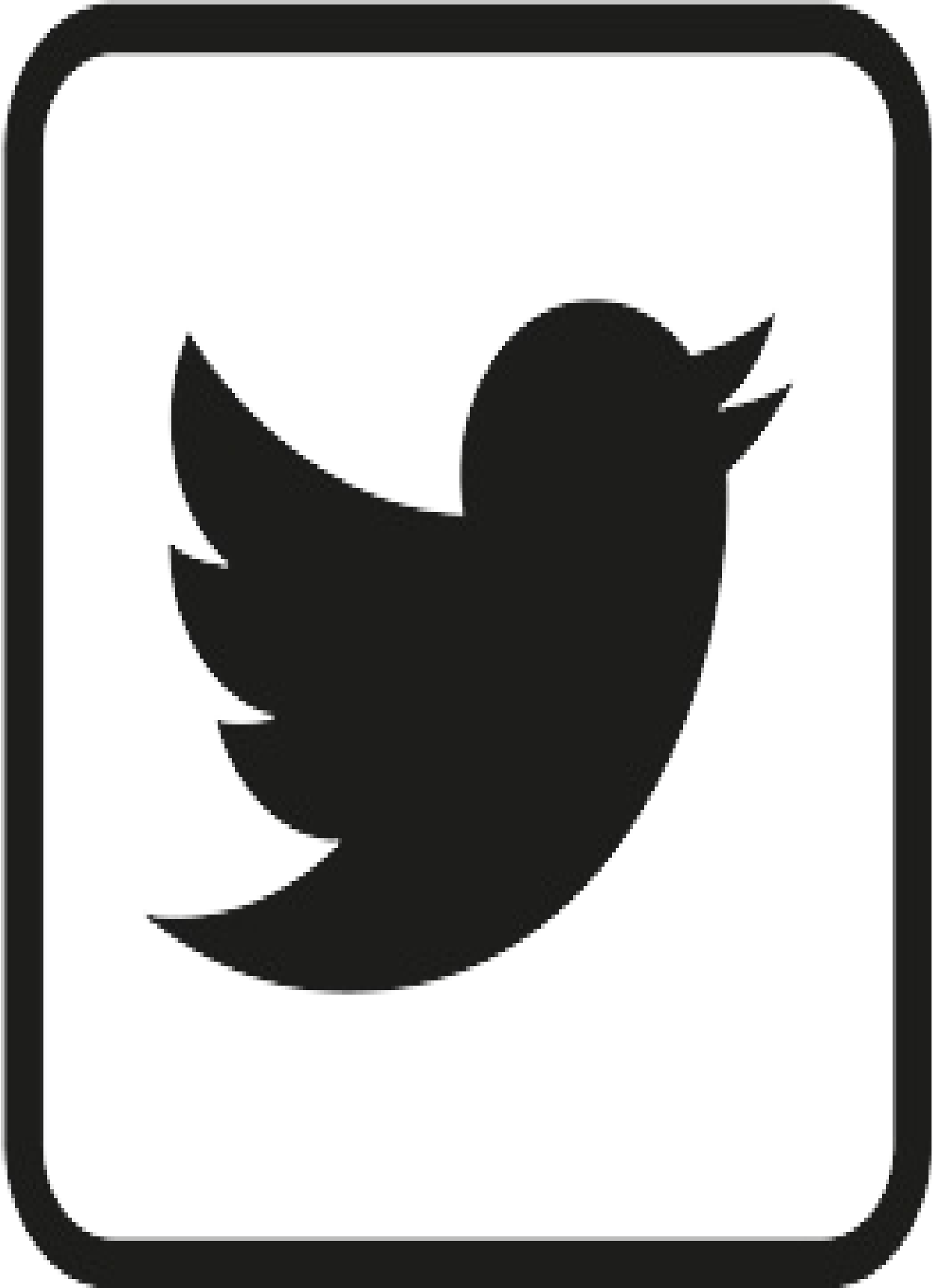
SIGAMOS CONECTADOS



[@fceargentina](#)



[@FCEdeArgentina](#)



[@FCEArgentina](#)



[FondoDeCulturaEconómicaDeArgentina](#)

www.fce.com.ar